

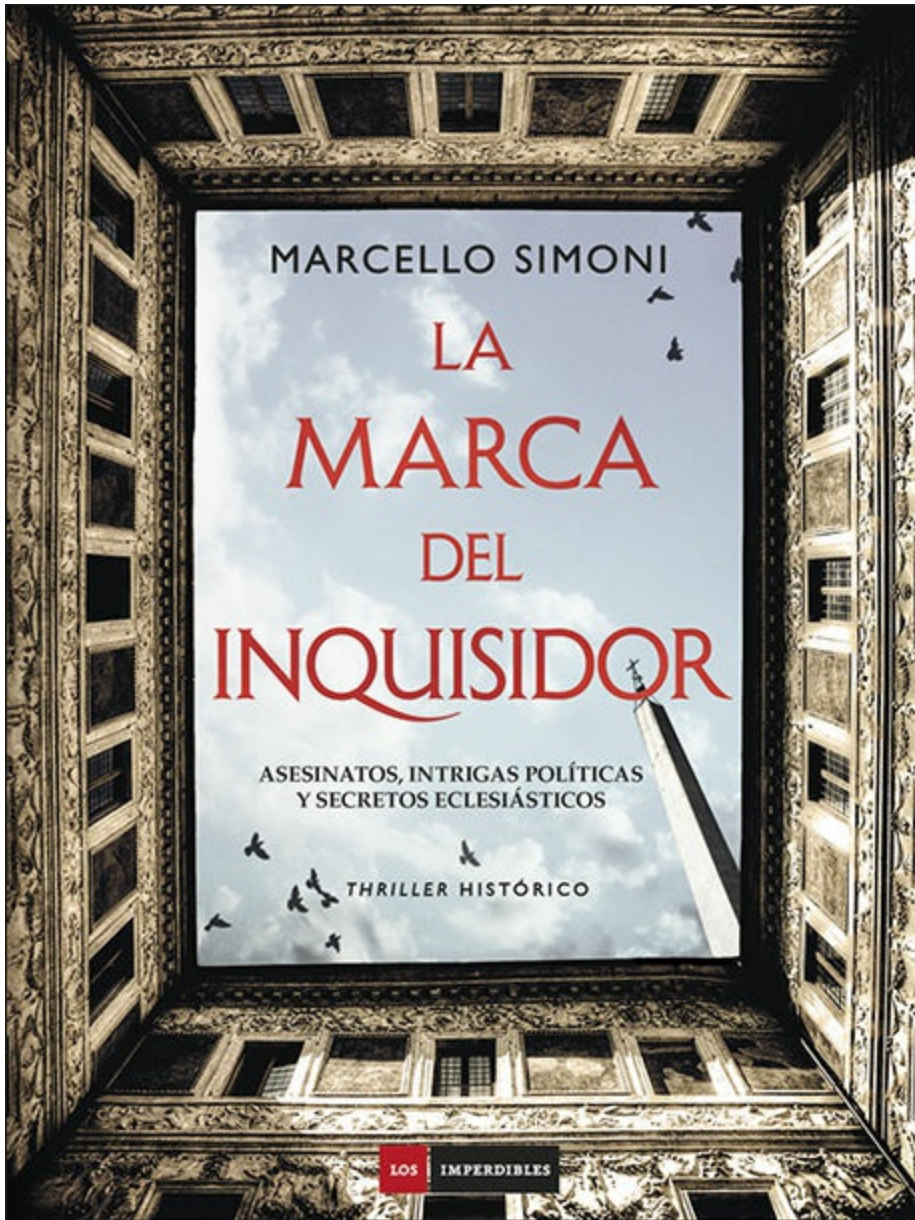
MARCELLO SIMONI

LA
MARCA
DEL
INQUISIDOR

ASESINATOS, INTRIGAS POLÍTICAS
Y SECRETOS ECLESIAÍSTICOS

THRILLER HISTÓRICO

LOS IMPERDIBLES



La marca del inquisidor

Marcello Simoni



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Portadilla

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Primera parte. A la caza del hurón

Segunda parte. La triple Muerte

Tercera parte. El baile de máscaras

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Notas al texto

Notas

Créditos

*A mi padre,
que me enseñó a ser un hombre*

*Et per viam inquisitionis vel investigationis
[...] procedendi.*

Pablo III, *Licet ab initio*, 1542.

¡Era un hombre de acción! Y vos le demostrasteis perfectamente que un homicidio era la única vía para reconciliarse con Dios y él os creyó ciegamente.

Cyrano de Bergerac,
Contre un Jésuite assassin et médisant.

Prólogo

*Roma, via del Arco camiliano
18 de diciembre de 1624*

Dejó el quinqué sobre el suelo sembrado de aserrín y xilografías descoloridas, mientras observaba las cinco patas de madera que sostenían el plano taraceado y, por encima de este, las traviesas, correas y palancas que formaban el mecanismo de la prensa. Si bien eran muchos los que maldecían aquella clase de artilugio, aquella Babel desde la cual se habían difundido las doctrinas de miles de seguidores de Lutero y Simón el Mago, él nunca lo había considerado un instrumento del diablo.

Y, sin embargo, de allí precisamente asomaban las piernas de la víctima, como si estuvieran a punto de ser devoradas junto al resto del cuerpo.

La escena le recordó a Jonás engullido por el monstruo marino, tal y como lo había visto años atrás en la miniatura de un salterio veneciano. Con la diferencia de que, en aquellas circunstancias, ya nada podía hacerse por el desventurado. El tronco había sido aplastado sin remedio por la platina metálica, bajo el tornillo del tímpano. El alma de aquel pobre desgraciado ya estaba en manos del Señor.

Fray Girolamo Svampa recogió el quinqué y se dirigió al otro extremo de la prensa. No fue la macabra imagen la que lo estremeció, sino más bien una sensación remota, familiar, que lo hizo llevarse una mano hasta la base del cuello. Tal vez fuera el olor de la tinta de agallas, o tal vez el olor aún más penetrante de los aceites con los que se impregnaban los moldes de madera de boj. En realidad, ya no importaba, pensó. Se trataba únicamente de combatir esa sensación, aunque fuera a costa de recurrir al frasco que llevaba oculto en un bolsillo de la capa.

Se concentró de nuevo en el taller, tan oscuro que tuvo la sensación de

estar dentro de una cueva, y se dirigió hacia la cabeza del cadáver.

Sobresalía más allá del tímpano, justo hasta el extremo del plano. La punta de la barba apuntaba hacia arriba y la cabeza tonsurada estaba apoyada en el borde. Las facciones fueron apareciendo poco a poco al acercarse la luz, pero en cuanto vio la boca, Svampa se olvidó del resto. Movido por quién sabe qué bárbaro impulso, alguien se había tomado la molestia de abrirla hasta desencajar el hueso, para después rellenarla con páginas impresas.

No todas, sin embargo, habían terminado en el interior de la cavidad. Muchas habían caído al suelo, a los pies de la prensa. Parecían pertenecer a uno o varios librillos del mismo formato y las habían arrancado con tanta prisa como rabia, sin la menor consideración por el papel ni por la encuadernación. Fray Girolamo recogió una de aquellas páginas y, sujetándola por una esquina, la examinó con atención.

Luego se la mostró al mesnadero que esperaba en silencio junto a la entrada.

Cagnolo, que ese era su nombre, sacó una mano de debajo del manto y se colocó bien el ala de fieltro de su sombrero.

—Por el amor de Dios, magíster —dijo, con voz ronca—. Sabéis muy bien que yo no entiendo de letras ni de alfabetos.

Svampa se abstuvo de contestar. Echó un último vistazo a las paredes oscuras, como si quisiera despedirse del Jonás devorado por la prensa, y cruzó la puerta para adentrarse en la gélida noche.

Los copos de aguanieve revoloteaban en el aire. El coche de caballos, que lo había apartado de sus ocupaciones vespertinas en una pequeña iglesia de la campiña romana, lo esperaba a veinte pasos de un arco en ruinas, entre la maraña de edificios vetustos que se encontraban frente al Colegio Romano. Vaciló a la hora de dirigirse hacia el coche y se quedó bajo la luz del candil que colgaba a la entrada del taller. De nuevo, experimentó una sensación de familiaridad, pero la rechazó, molesto. Y, de nuevo, se llevó los dedos a la base del cuello, justo debajo del escapulario de dominico. Como si estuviera hurgando en un pasado repleto de angustias y secretos.

De entre las sombras surgieron los crestones de dos celadas borgoñotas, revelando así la presencia de los soldados de caballería que esperaban sus órdenes. Svampa, sin embargo, los ignoró. Tras volverse hacia la puerta que

acababa de cruzar, se dirigió al mesnadero, inmóvil en la acera como si le estuviera guardando las espaldas.

–Ve, Cagnolo –ordenó el inquisidor–. Busca en la calle.

Primera parte

A la caza del hurón

1.

Convento de Santa Maria sopra Minerva *19 de diciembre de 1624*

–Conocía a la víctima, sí. –El padre Francesco Capiferro, secretario del Índice, dejó atrás la penumbra de la columnata y siguió caminando sobre la hierba cubierta de nieve, envuelto en el aire frío de la mañana–. Era fray Pietro Rebiba, consultor del Índice.

Svampa observó la silueta negra del religioso, que se recortaba bajo un cielo de matices ferruginosos, y luego lo siguió. Se encontraban en uno de los dos claustros del convento, entre lunetas con pinturas al fresco que representaban la vida de santa Catalina de Siena y un viejo pozo sobre cuyo borde correteaban varios gorriones. En torno al claustro, se alzaban edificios mucho más recientes, construidos en la época del Concilio de Trento para albergar congregaciones de prelados que habían peregrinado desde todos los rincones de la cristiandad, acompañados por sus intrigas y obsesiones. Al inquisidor casi le parecía escuchar el eco de sus voces, un lamento de almas frustradas bajo aquella apariencia de quietud. *Intra Ecclesiam nulla salus.*

–¿Era un fraile dominico o jesuita? –preguntó, retomando la conversación.

Capiferro se retorció los bigotes, untados con aceite de jazmín, y observó de soslayo a Svampa.

–Dominico, naturalmente. Como vos y como yo.

Fray Girolamo no lo había dado por sentado. La Congregación del Índice, hermana pequeña de la Inquisición, se estaba convirtiendo en terreno de infiltración para la Compañía de Jesús, cosa que no entusiasmaba precisamente a la orden dominica, que conservaba el control. Una guerra subterránea más, que se libraba en los pasillos de San Pedro. Como en cualquier otra iglesia, biblioteca o cofradía religiosa del mundo.

Se limitó a asentir, para no poner en peligro con comentarios innecesarios una relación que aún no había empezado. Esa clase de malentendidos le sucedían con frecuencia, hasta el punto de que se había ganado fama de insensible, cenizo y hostigador. Si bien le traía sin cuidado la mayor parte de la humanidad, estaba obligado a mostrar respeto a quien lucía desde ya hacía nueve años el ilustre y temido título de secretario del Índice.

Siguió observando los edificios, a su alrededor, con la desagradable sensación de que alguien lo estaba espiando. Cabía preguntarse si Capiferro había escogido deliberadamente aquel lugar, para intimidarlo. O para dejar bien claro que, en su opinión, había demasiados mastines del Señor correteando libremente por Roma. Por otro lado, el inquisidor no percibía hostilidad en el padre Capiferro. Siguió caminando a su lado y le concedió el honor de romper el silencio.

El secretario no tardó mucho en aceptar la invitación.

—Antes de adentrarnos en el caso Rebiba —dijo, sin perder tiempo—, permitidme que exprese mi incertidumbre en lo que a vos respecta. O, mejor dicho, en la tarea que se os ha encomendado.

Fray Girolamo arqueó una ceja.

—¿Acaso el maestro del Sacro Palacio no os ha informado?

—Su misiva ha sido cuando menos vaga —confesó Capiferro—. Por si eso fuera poco, todo ha sucedido muy deprisa, en mitad de la noche. Tened paciencia, magíster, si me cuesta comprender.

—No he venido para entorpecer vuestros planes —quiso tranquilizarlo, aunque sin parecer demasiado condescendiente—. Es decir —concretó—, que no interferiré.

—Al contrario, ¡espero que lo hagáis!

Con un movimiento gentil, Capiferro hurgó en una manga de su capa y extrajo una pipa de yeso de largo caño, como las que a veces se veían asomar entre la barba de ciertos marineros o viajeros holandeses.

—Vos no sabéis —prosiguió el secretario— lo que significa pasar días y días leyendo informes sobre libelos licenciosos, todos iguales, en los que jactanciosos escritoruelos ponen a prueba su escaso talento —suspiró—. En fin, después de medio siglo de censura, investigaciones e inspecciones en las fronteras, ¡a eso se reducen las funciones del Índice! Comprenderéis, por

tanto, que la llegada de un inquisidor de fuera, nombrado *commissarius* para investigar un delito, suponga para mí una forma de eludir el tedio.

A fray Girolamo no le pasó desapercibida la crítica que aquellas palabras encerraban hacia la Inquisición romana, que con tal de extender su propia autoridad no tenía el menor escrúpulo en limitar la del Índice. Intuía, sin embargo, algo más tras la sutil ironía del secretario. Se encogió de hombros, en un gesto evasivo.

–Se me ha encomendado una tarea cuando menos insólita, lo admito.

–Insólita es decir poco, querido magíster. Si no me falla la memoria, y es poco probable que eso ocurra, el último *commissarius* fue nombrado hace más de cincuenta años. Desde entonces, las estructuras ordinarias de la Inquisición y del Índice han demostrado ser más que suficientes.

–No me queda otro remedio que daros la razón. Por otro lado, la muerte de Pietro Rebiba excede en demasía lo que vuestra gracia define como «ordinario».

Al oír nombrar al hermano, a Capiferro se le ensombreció el rostro.

–Estoy al corriente de los hechos –dijo, al tiempo que aspiraba una bocanada de humo–. Ha sucedido en el *rione* Pigna, ¿me equivoco? En el taller del impresor Alessandro Zannetti.

–En realidad, el taller pertenece ahora a su mujer y a sus hijos –especificó el inquisidor–, dado que el impresor falleció de enfermedad hace dos días. Mientras se perpetraba el delito, la familia estaba participando en el velatorio en la iglesia de San Marco, también en el *rione* Pigna.

–Por tanto, ¿no hay ningún testigo?

–Ni un solo criado ni aprendiz, según parece. Los familiares de Zannetti fueron los primeros en tropezarse con el cadáver. Cuando volvían a casa de las exequias, justo después del anochecer, encontraron abierta la entrada del taller que se encuentra junto a su vivienda. Pensando que se trataba de un robo, entraron de inmediato.

–¿Tenéis ya alguna sospecha?

–¿Sospecha? –repitió Svampa, con un tono de sarcasmo en la voz.

Se acercó al pozo, mientras se preguntaba si era inteligente expresar en voz alta una opinión que, en el transcurso de los años, le había procurado no pocas disputas. Por otro lado, su peor defecto era el orgullo, además de la

necesidad de recordarle constantemente, a quien fuera, que él estaba muy por encima del entendimiento común.

–La sospecha es por definición una *dubitatio incerta* –decretó–, es decir, un error que se basa en la intolerancia, la torpeza y los estereotipos. Una contradicción en términos, de hecho, que ninguna autoridad debería tomar en consideración a menos que sea para proferir estupideces.

Francesco Capiferro, con la pipa en los labios, contempló extasiado el repentino vuelo de los gorriones.

–Por tanto –concluyó, en tono burlón–, además de tratar de ignorante a todo magíster del Santo Oficio, arrojáis por la borda las reglas sobre la sospecha y sobre la *investigatio* que suscribe su santidad Pablo III.

–Que los demás sean ciegos –replicó Svampa, eludiendo la pregunta– no significa que yo tenga que vendarme los ojos como hacen ellos.

–¿No creéis, pues, en la infalibilidad de la Iglesia?

–Creo en las palabras de santo Tomás de Aquino, según el cual juzgar basándose en una sospecha supone pecado mortal.

El secretario pareció dividido entre la admiración y el deseo de objetar.

–Suponiendo que estéis en lo cierto –se limitó a decir–, ¿cómo pensáis conducir la investigación?

El inquisidor se apoyó en el borde de la boca de piedra, atraído por la oscuridad del aljibe. La misma oscuridad que había encontrado en el taller de Zannetti y que ya se le había empezado a extender por el alma.

–Recurriendo al método del hurón –respondió.

–¿Es decir...?

–El hurón –repitió, como si hubiera acabado de expresar algo obvio–. Los antiguos cazadores se servían de ese animal para obligar a los conejos a abandonar sus madrigueras y conducirlos hacia una red. Pues bien, en nuestro caso la madriguera del conejo consiste en el conjunto de los hechos relacionados con el crimen. Quien quiera estudiarlos a conciencia, tendrá que adentrarse en ellos, igual que el hurón en el refugio de la presa, con el fin de sacar a la luz nombres, indicios y posibles móviles. Escuchad bien lo que he dicho, padre: me refiero a hechos objetivos e inalterables. Congelados en el instante, por así decirlo.

A los labios del secretario afloró una sonrisita escéptica.

–A menos que deseéis que Bernardo Gui y compañía se revuelvan en su tumba, tendréis que interrogar también a alguien.

–Las personas son accidentes necesarios –minimizó fray Girolamo–. Hay que recurrir a ellas, es obvio, pero en lo que a mí respecta, eso es algo que conviene realizar siempre con la máxima cautela. Con sus divagaciones, sus antipatías y sus prejuicios, las personas tienden a contaminar nuestros pensamientos, a mentir, a alejarnos de la visión de conjunto. Y la mayor parte de las veces, se revelan inútiles en tanto que sospechosos.

–Cualquiera que os escuche, pensará que la verdad existe únicamente más allá del mundo tangible.

–Del mundo presente, para ser más exactos. –Svampa agitó las manos para alejar los efluvios del tabaco. Los olores fuertes le provocaban náuseas, sobre todo cuando acababa de despertarse–. La verdad absoluta reside únicamente en lo que ya ha sucedido, o bien en los sucesos permanentes e inmutables del pasado. Se trata de una dimensión absoluta y definitiva, como la palabra de Dios. Bastará analizarla, aislándolos del imprevisible fluir que nos rodea y, siempre que nuestro análisis haya sido preciso, conseguiremos resolver el crimen.

–Entonces, volvamos al crimen –lo invitó Capiferro, al tiempo que se acercaba a un banco de piedra en los límites del claustro. Barrió la nieve con un faldón de la capa y se sentó–. Crimen de una barbarie inaudita, sin la menor duda, por mucho que a simple vista carezca de una marca herética que justifique la intervención de un *inquisitor commissarius*.

Fray Girolamo permaneció en pie ante él.

–No diríais lo mismo si conocierais el contenido de las páginas.

–¿Las que se encontraron en la boca de la víctima?

–No solo en la boca. –Svampa rememoró la escena de aquella noche, aguijoneado por la sensación de que se le estaba escapando un elemento fundamental–. La suerte quiso que uno de los esbirros a los que llamaron los Zannetti fuese capaz de leer y alertar a la autoridad pontificia. En cuestión de pocas horas, el maestro del Sacro Palacio tomó nota de la situación y, de común acuerdo con las venerables eminencias de la Inquisición, decidió recurrir a mi experiencia.

–Y exactamente, ¿de qué experiencia se trata?

–Permitidme que sea yo quien haga las preguntas –lo interrumpió fray Girolamo, a riesgo de irritarlo–. Si esta noche he decidido hospedarme en Santa Maria sopra Minerva no ha sido ni por casualidad ni por capricho. Necesito vuestra ayuda.

–Será un honor para mí –replicó el secretario, irónicamente–. ¿Querréis que os acompañe a la madriguera del conejo?

–Os he elegido por el papel que representáis –concretó Svampa, pasando por alto el tono mordaz–. Ejerceréis de lente, a fin de que yo pueda comprender mejor algunos aspectos del caso. Por ejemplo, las tareas que desempeñaba Pietro Rebiba.

Francesco Capiferro esperó a que el toque de tercia se difundiera desde el campanario de Santa Maria sopra Minerva a todos los bronces de Roma y llenara el aire con sus vibraciones.

–Fray Rebiba –respondió entonces, mientras se apartaba la pipa de la boca– era miembro de la Congregación del Índice y estaba a mis órdenes directas. Eso, sin embargo, ya lo sabéis. Para ser más precisos, era un consultor. Dicho de otro modo, uno de los eruditos encargados de analizar y valorar el contenido de cada uno de los libros sometidos al control del Índice con el fin de impedir la divulgación de textos heréticos, blasfemos o inmorales. Podríamos definirlo como un agente de la censura.

–¿Estáis al corriente de lo que estaba leyendo en el momento de su muerte?

–Las mismas patrañas de siempre, supongo. –En el rostro de Capiferro apareció una expresión de impaciencia–. Con el control sistemático de las fronteras y de los librerías, hoy en día es raro toparse con material calvinista, luterano o relacionado con la magia. Después de que Giordano Bruno fuese condenado a morir en la hoguera, los casos comparables a Copérnico o a Galileo son muy pocos, sinceramente. Sobre todo, lo que nos da más trabajo son los libelos obscenos sobre los que os hablaba hace un momento, además de algún tratado académico o jurídico de corte subversivo. La pila, sin embargo, resulta enorme. No hablamos únicamente de textos impresos o a la espera de recibir el imprimátur, sino también de composiciones teatrales o musicales, almanaques, opúsculos, manifiestos y muchos, muchos manuscritos cuya circulación es prácticamente imposible controlar. Ante un maremagno de esas dimensiones, un solo individuo no puede, desde luego,

tener presentes todos los títulos que llegan a las salas del Índice. Ni siquiera, lo admito, alguien que posea mi formidable memoria –dijo, con una sonrisa enigmática–. Y de ahí que, lo mismo que los demás consultores, fray Rebiba estuviera obligado a presentar una relación mensual de todo lo que leía. Precisamente, estaba yo esperando la última cuando... –Se interrumpió de golpe y una expresión de desconcierto centelleó en su mirada–. ¿Creéis tal vez que su muerte tiene que ver con un libro?

A Svampa se le ensombreció el rostro.

–Eso tendréis que juzgarlo vos.

–¿Basándome en qué, decidme?

–En vuestros conocimientos. Que os convierten en la persona idónea para interpretar el contenido de las hojas halladas en el lugar de los hechos. –Rebuscó bajo la capa y extrajo un pliego de páginas atadas con cordel–. Las hemos recogido para vos.

–Oh, un regalo inesperado –dijo Capiferro. Sin pedir permiso, las cogió y procedió a hojearlas–. Diría que pertenecen a algún opúsculo de contenido libertino –murmuró, para después alzar la voz–. Un clásico, si se me permite decirlo. El *libertinage érudit* cunde entre los intocables de la nobleza y del clero romano, sobre todo entre aquellos que están en contacto con los pensadores del otro lado de los Alpes.

–Volvamos a las páginas –lo invitó el inquisidor.

–Papel ordinario, tinta de pésima calidad... –prosiguió el secretario, que parecía cada vez más interesado. La pena por Rebiba, si es que había experimentado tal cosa, ya había caído en el olvido–. El texto es tosco, repleto de citas anticlericales. –Apartó un par de páginas y se las mostró–. Aquí, por ejemplo, hay una referencia a *El cortesano* de Baltasar Castiglione, censurado hace unos cuantos años. Y aquí se menciona al luterano Pier Paolo Vergerio, seguido inmediatamente, fijaos bien, de una obscenidad de las gordas, «La plegaria corta y la salchicha larga», que se acerca bastante al estilo de los proverbios del libertino alemán Bebel.

Si bien fray Girolamo no estaba acostumbrado a experimentar asombro, se dio cuenta de que sentía admiración.

–¡Una memoria prodigiosa!

Francesco Capiferro lo observó, complacido. No será el del hurón, decía su

mirada, pero yo también tengo mi propio método. Un instante más tarde, se concentró de nuevo en analizar el pliego. Arrugó la frente.

–¿Habéis topado con algo destacable? –preguntó el inquisidor, al ver que el secretario se detenía en una página ilustrada.

–Con algo extremadamente sugerente, me atrevería a decir –admitió el secretario, al tiempo que le mostraba el objeto de su interés–. Una impresión muy estropeada, realizada probablemente con un molde de madera de cerezo. Se reconocen las marcas que ha dejado la nervadura de la madera. ¡Mirad!

El inquisidor examinó la página, presa de una discreta perplejidad. Se trataba de un grabado a mitad de página que representaba una extraña danza macabra. La Muerte, madre de la peste, de la putrefacción y de cualquier otro delirio horrendo, aparecía tres veces con el semblante de un cadáver. Y con aquel rostro tres veces sarcástico, como si quisiera escarnecer las virtudes humanas, irrumpía en el taller de un impresor para atentar contra librerros y tipógrafos. Uno de los cuales, precisamente, estaba ocupado manejando una prensa.

–¿Creéis que podría tratarse de un indicio?

El secretario aspiró una bocanada de humo.

–Dadme un poco de tiempo, por la noche podré ser un poco más convincente.

–Muy bien, reverendo padre. Mientras tanto, os solicito permiso para registrar la vivienda de fray Rebiba y también el lugar en el que desarrollaba sus tareas de consultor.

Francesco Capiferro seguía con la vista clavada en el grabado.

–La primera se encuentra aquí, en el convento de Santa Maria sopra Minerva –le reveló–. El segundo, en cambio, dentro de los muros del Vaticano, en el palacio del Santo Oficio.

2.

Las calles de Roma fueron apareciendo poco a poco bajo la luz matinal, descubriendo así los colores de un mundo que podría haber inspirado terror, de no ser porque resultaba tan majestuoso que incluso podría haber encantado a las serpientes. Majestuoso no solo por su opulencia, sino también por su miseria. Cagnolo conocía bien los peligros de aquel mundo, pues a lo largo de su vida se había visto obligado, más de una vez, a repartir fendientes justo en aquel punto en que podía olfatearse el hedor del infierno sin llegar a quemarse, o casi. Por ese motivo, y a medida que las sombras se alejaban sigilosamente de los tejados, de los pórticos y de las grietas de los muros, ya no se sentía tan seguro como unas pocas horas antes, cuando deambulaba en la penumbra. Ni siquiera le sorprendía que de los pobres diablos con los que se había cruzado durante su camino, ninguno afirmara haber presenciado hechos insólitos.

Él mismo habría sido el primero en no confiar ni una sola palabra a un desconocido vestido con una capa bajo la cual asomaba la hoja de una espada. Así, había seguido merodeando durante lo que quedaba de noche con una molesta y cortante sensación de inquietud, enfrentándose a la frustración y a los agujonazos del frío. Ya al amanecer, lo había asaltado el recuerdo de su hija Matilde, recluida en un convento de Roma, hasta que el toque de tercia lo había devuelto a la realidad. Solo entonces se había convencido de que nada, en el laberinto de calles que se extendía entre el taller de Zannetti y el Colegio Romano, lo conduciría al autor del crimen.

Por otro lado, no podía regresar junto al magíster sin llevarle un hueso, sobre todo cuando ya intuía hacia dónde debía encaminar sus pesquisas. Había reflexionado largo rato sobre ello, pese a que la cuestión se reducía a preguntarse si debía correr riesgos o no. Una decisión fácil para alguien que, como Svampa, permanecía cómodamente instalado en su torre de marfil. Pero si en el mundo de los curas un riesgo se pagaba con un simple *mea culpa*, en

las callejuelas oscuras, donde vivían las alimañas, los errores solían acabar en derramamiento de sangre. Propia o de otros.

Y era precisamente en esa clase de lugar donde estaba a punto de adentrarse el mesnadero.

Surgía frente a la entrada de la *via* del Arco camiliano, detrás de una hilera de olmos. Allí serpenteaba el laberinto de ruinas y casas medio derruidas donde pocas horas antes fray Girolamo había ordenado al coche de caballos que esperara, para que no lo vieran los jesuitas del Colegio Romano. Cagnolo había preferido no adentrarse enseguida, debido a la oscuridad. Ahora, sin embargo, era el momento idóneo para intercambiar unas cuantas palabras con cortabolsas, pordioseros y el resto de canallas que vivían entre aquellas ruinas. Porque allí vivía la escoria, de eso no le cabía duda. Por mucho que estuviera en el *rione* Pigna, a un tiro de piedra de la iglesia del Gesù.

Dejó atrás los árboles, llegó hasta un viejo edificio y, con la excusa de colocarse bien el ala del sombrero, echó un indiferente vistazo al interior de un zaguán. Allí estaba, pues. ¡La hediondez del infierno! Niños de ojos famélicos, agazapados como gatos, que lo espiaban desde la oscuridad.

Cruzó la entrada con torva mirada, mientras acariciaba la guarnición de su espada ropera. Un gesto más que suficiente para que no se le acercara nadie. Era inútil, por otro lado, detenerse a charlar con aquellos diablillos, que no hubieran dicho ni una palabra sin el permiso de su señor. Prosiguió, pues, hasta una especie de patio cercado por muros agrietados, repleto de todo tipo de cachivaches y plantas trepadoras que la nieve cubría. Los restos de una hoguera y de un caldero que aún humeaba indicaban la proximidad de otros habitantes. En guardia, se dijo.

El lamento de una mujer, sin embargo, lo pilló desprevenido.

Se volvió, de golpe, y se topó con una pordiosera cubierta de harapos. Menuda y con la cara llena de forúnculos, se sentaba en un rincón para protegerse del frío. Entre las manos aferraba la maraña de amuletos e imágenes sagradas que llevaba colgada del cuello. La mujer se lamentó de nuevo, como si sufriera un dolor lacerante.

Cagnolo se acercó a ella, con cautela.

—¿Cómo estáis, buena mujer?

La quejumbrosa esbozó una mueca estoica.

–Hay que rezarle al Señor pa’ to meno pa’ los garrotazos.

–Esta noche, los garrotazos se los ha llevado otro. Y no flojos –dijo él, al tiempo que le ofrecía un cuatrín–. Han asesinado a un pobre infeliz.

La bruja se guardó la moneda y suspiró, como si quisiera dar a entender que ella no sabía nada.

–Puede que vos no estéis al corriente, buena mujer, pero tal vez otras personas sí.

–Aquí no s’ hace daño a naide.

–Yo no pretendo hacer daño a nadie –quiso tranquilizarla el mesnadero–, solo quiero dirigir las preguntas a las personas adecuadas.

La mujer desvió la mirada, casi como si estuviera buscando ayuda.

Cagnolo se volvió, para disuadir a cualquier posible agresor. Había por todas partes brechas y agujeros de los que habría podido surgir el mismísimo Belcebú, pero él no era hombre al que se pudiera sorprender fácilmente. Con la mano ya en la guarnición de la espada, siguió hablando.

–Si no me lo contáis a mí –dijo, poniendo énfasis en sus palabras–, vendrán los esbirros. Y esos sí que hacen daño.

Ante aquella amenaza, la mujer dio un traicionero respingo. Para vencer su desconfianza, sin embargo, hizo falta un segundo cuatrín.

El falso tullido estaba encogido en la cavidad de un muro que discurría por la acera de la calle opuesta a la plaza del Colegio Romano, detrás de los olmos. Mimetizado como si fuera un monje dendrita, o un búho, roía con los pocos dientes que le quedaban un mendrugo de pan más duro que la madera. Cagnolo recordó haber pasado antes por allí cerca sin ni siquiera haber reparado en su presencia. Y, de hecho, hubiera vuelto a hacerlo de no ser por las indicaciones de la pordiosera.

–¿Eres Cicello? –le preguntó.

–Sí, señor –respondió el hombre, sin dejar de masticar.

Por el timbre de su voz, Cagnolo comprendió que bajo aquella capa de mugre, barba y pelo hirsuto, se ocultaba una persona aún joven. Dirigió una escéptica mirada al muñón de la pierna izquierda y se agachó.

–Según me han dicho, esta noche has visto algo raro.

–No, señor, lo juro por Dios.

Por toda respuesta, Cagnolo lo cogió por el cuello y lo arrastró hasta el exterior, alzándolo en vilo.

–¡Júralo por la furcia de tu madre!

–¡No, piedad! –suplicó el pobre desgraciado, mientras sacudía su única pierna.

Un muñón de verdad, observó perplejo el mesnadero. Luego le atizó un revés que lo dejó medio aturdido.

–¿Quieres otro? –le preguntó, dispuesto a golpear de nuevo.

–No..., no...

–¡Pues habla!

Cicello se estremeció de pies a cabeza.

–Un hombre..., un hombre al anochecer –lloriqueó, mientras el mesnadero lo obligaba de nuevo a sentarse–. Ha salido de allí, de la calle del arco, vestido de negro y con una máscara de nariz muy larga. Como esas que llevan los médicos que visitan a los apestados –dijo. Recuperó la compostura y se limpió una gota de sangre que le caía de la boca–. Y cuando me lo he visto tan cerca..., qué queréis que os diga..., lo he llamado para pedirle una limosna. Al fin y al cabo, no tiene nada de malo, ¿verdad, señor? Pero el muy mezquino se ha girado de golpe, ha abierto la capa y ha desenvainado una espada. ¡Juro por Dios que me he visto muerto y enterrado!

–¿Y luego? –lo apremió el mesnadero.

–Y luego..., luego... –gruñó el tipo, mientras recogía el mendrugo de pan del suelo–. Me hubiera gustado ver qué hacíais vos, señor, delante de aquella cara que parecía la del demonio. Hasta le he preguntado si era la Muerte que venía a llevarme consigo.

–¿Y él?

–Él ha contestado que no. Ha dicho que era..., sí, ahora me acuerdo. El capitán Spaventa.

Cagnolo se lo quedó mirando, incrédulo.

–Os lo juro, señor, eso es lo que ha dicho –se apresuró a corroborar Cicello, temiendo otra bofetada–. Me ha hecho un gesto para que guardara silencio y se ha ido.

–Una capa, una máscara, una espada... –recapituló el mesnadero, mientras

se acariciaba los bigotes—. ¿Recuerdas algo más?

—La voz.

—¿De qué estás hablando?

—No era romano. Siciliano, quizá.

—¿Y qué sabes tú de los sicilianos?

—Mi madre era sícula, señor.

Cagnolo escudriñó la entrada del Arco camiliano. Tanto la procedencia como la hora de la aparición del hombre encajaban. La máscara, por otro lado, era un recurso habitual entre espías y sicarios. Pero algo no cuadraba, meditó. ¿Por qué tomarse tantas molestias?

—¿Estás seguro de que venía de allí? —quiso cerciorarse, al tiempo que señalaba con el dedo en dirección al taller de Zannetti.

—Sí.

—Y luego..., ¿hacia dónde ha ido?

Con un gesto de la cabeza, el cojo indicó el edificio del Colegio Romano.

—¿Estás seguro? —se sobresaltó el mesnadero.

—Lo juro por Dios.

Tras darle un cuarto de escudo a aquel falso tullido que había resultado serlo de verdad, Cagnolo se dirigió a la taberna de la *via* Gatta, a un paso del palacio Doria. Si hubiera sido más cumplidor con sus deberes, habría seguido de inmediato la pista del hombre enmascarado, pero el frío que había pasado durante la noche y la idea de continuar con la búsqueda en el Colegio Romano lo habían convencido de que era mejor proseguir sin prisas.

Se acercó a la barra, pidió vino caliente y se sentó junto a un tipo encorvado sobre su vaso. Se trataba de un anciano de perfil aquilino, con anteojos de grueso cristal y, a pesar de lo temprano de la hora, la nariz tan brillante como la luz de un quinqué.

—Hoy no empieza bien el día —comentó el mesnadero, a modo de saludo.

—Y menos para vos. —El parroquiano se apartó un mechón de pelo gris y observó a Cagnolo a través de sus anteojos—. Tenéis una cara...

—Es una lucha continua, amigo mío —respondió el mesnadero, mientras dejaba el sombrero sobre un taburete.

–Cierto –dijo el desconocido, sin dejar de observarlo–. Tenéis el aire de un veterano.

El mesnadero esbozó una media sonrisa, cogió la jarra de vino y bebió un largo trago.

–Batalla de la Montaña Blanca –murmuró–, hace cuatro años.

–Disculpad mi ignorancia, soy más bien hombre de papeles, no presto demasiada atención a lo que acontece en el mundo.

–No muy lejos de Praga –prosiguió Cagnolo, al tiempo que se secaba el mentón con el dorso de la mano–. Combatí como mercenario a las órdenes del conde de Tilly. Primero contra los herejes bohemios y luego contra el tifus.

–Que, según la sabiduría popular, es mucho más despiadado que los protestantes.

–El beso del diablo, señor.

La mirada del compadre se detuvo quizá un segundo más de lo necesario en la funda de la espada, revelando una lucidez inusitada en un borrachuzo.

–¿Y cómo os ganáis la vida ahora, si me está permitido preguntarlo?

–Trabajando para los curas –respondió Cagnolo, lacónico–. Para los malos.

–Un oficio poco agradable, me atrevería a decir.

–Con todo el respeto, siempre será mejor que vuestros papeles.

3.

El complejo de Santa Maria sopra Minerva no podía definirse como una basílica propiamente dicha, pero tampoco era un convento. A Svampa le parecía más bien un laberinto. Mejor dicho, varios laberintos construidos unos encima o alrededor de otros, donde se alternaban los espacios dedicados a la oración, al estudio y a la convivencia. Para él, acostumbrado a cenobios recogidos, aquello equivalía a sufrir una agresión mental. A medida que se iba adentrando, de hecho, imaginaba que la maraña de celdas, pórticos y senderos se expandía no solo hacia fuera, entre huertos, calles y jardines, sino también en el interior de su mente.

Si no luchaba contra ese hechizo era porque la sensación de alienación que le provocaba servía para distraerlo de la inquietud de la noche anterior. Inquietud, por otro lado, que se resistía a desaparecer, si bien se había atenuado un poco durante la conversación con el secretario del Índice. La oía de fondo, como un ruido lejano, como el llanto de un niño al que sacan a rastras de un taller y acercan al borde del agua. Le bastó pensar durante un segundo para encontrarse de repente delante de un muelle junto a una mujer que lloraba. Destrozado por el dolor..., ¡ah, aquel mordisco abrasador en la base del cuello!

Ahuyentó el recuerdo con un gesto airado, consciente de que tendría que enfrentarse a él cuando llegara el momento oportuno. Mientras la investigación estuviera en marcha, sin embargo, mejor aquello de un clavo saca otro clavo que recurrir a la solución extrema, la contenida en el frasco que guardaba en el bolsillo, porque solo habría servido para sumergirlo en recovecos aún más intrincados.

Cruzó la biblioteca y la *schola* para dirigirse al complejo que había visto poco antes desde el claustro. Su construcción se remontaba a cien años atrás, cuando la *insula sapientiae* de Santa Maria sopra Minerva se había consolidado como una de las sedes de mayor renombre de toda la cristiandad.

Ya en aquella época había acogido los cónclaves de los papas humanistas Eugenio IV y Nicolás V; en la actualidad, además de albergar los aposentos del maestro general y otros ilustres miembros de la orden dominica, era el escenario de las reuniones del Santo Oficio, presididas por su santidad en persona.

Según las indicaciones de Capiferro, la estancia de Pietro Rebiba se encontraba cerca de la biblioteca y justo después de los alojamientos destinados a las delegaciones que visitaban Roma, entre las celdas destinadas a sus séquitos. Nada más localizarla, procedió a introducir la llave que le había sido entregada, abrió la cerradura y cerró el batiente a su espalda. Enseguida experimentó una sensación de alivio.

La estancia era angosta, pero ordenada, con pocos elementos que la definieran: una ventana, un camastro, los objetos indispensables para las abluciones, un estante de libros y un escritorio.

Permaneció junto al umbral y observó todos los detalles hasta memorizar la colocación exacta de cada uno de ellos. Luego cerró los ojos y reconstruyó mentalmente la escena. Repitió la operación un par de veces, tras lo cual dio los primeros pasos sobre el suelo de terracota.

Lo primero que inspeccionó fue el estante, ocupado por varios misales y breviarios, además de un cartulario repleto de bulas papales, advertencias a libreros firmadas por el maestro del Sacro Palacio y listas de títulos añadidos al índice. Reconoció también una edición ilustrada de *Compendium maleficarum* de Francesco Maria Guaccio, que él mismo había consultado durante su juventud para profundizar en sus conocimientos sobre las prácticas de brujería, y los tres tomos del *Strix* de Pico della Mirandola.

Después pasó al escritorio, que ya a simple vista le ofreció un perfil de Rebiba bastante complejo. A juzgar por los documentos a la vista, la actividad del consultor no se limitaba a examinar libelos obscenos, tal y como había afirmado Capiferro. Ciertamente, había al menos una docena de obras desacralizadoras apiladas a un lado del escritorio, pero el erudito parecía haberse ocupado principalmente de tratados de juristas españoles, famosos por propugnar la superioridad del poder real sobre el del papa.

Como meticuloso católico que era, Rebiba había elaborado una lista de aquellos títulos junto a la cual había redactado notas en las que explicaba por

qué estaban prohibidos o expurgados, pero sin citar las bibliotecas o librerías de las cuales procedían.

Pero sobre el escritorio había algo más, y fue precisamente eso lo que puso en guardia al inquisidor. Se trataba de un pliego de páginas pulcramente apiladas en la parte derecha del escritorio. En cuanto se dio cuenta del tema que trataba, sintió tanta repugnancia que echó un nuevo vistazo a su alrededor y tuvo la sensación de que, de repente, la atmósfera se había vuelto hostil. Luego se concentró de nuevo en el pliego.

Era un manuscrito de magia.

Contenía demasiados símbolos astrales, siglas hebreas y fórmulas latinas como para que pudiera quedarle alguna duda: el enésimo acto de devoción hacia aquel dios de las tinieblas cuya existencia Svampa dudaba un poco más día tras día. Tras años de persecución e innumerables casos de maldad, perversión y locura, no se había topado aún con una prueba concreta de la obra del Maligno. Y había llegado casi al punto de creer que las monstruosidades que por lo general se atribuían a lo sobrenatural, surgían en realidad de la propia maldad humana.

Por otro lado, la blasfemia del autor del manuscrito seguía ahí y, con ella, el imperativo categórico de castigarlo. Lástima que la firma de la primera página fuese tan solo un nombre ficticio: Faustus.

Bajo el nombre, podía leerse una frase: *A teutonico sermone versus.* «Traducido de la lengua germánica.»

Con un gesto de rabia, fray Girolamo dejó el pliego donde lo había encontrado y se dirigió al centro de la estancia, mientras trataba de explicarse la presencia de una obra como aquella en los aposentos de un consultor.

La persecución de la magia no era asunto del Índice. Pietro Rebiba, o alguien de su parte, tendría que haber alertado a la Inquisición nada más entrar en posesión de aquel manuscrito. Existían varias hipótesis para explicar por qué no lo había hecho, pero bien mirado...

Oyó un ruido bajo la suela del zapato.

Interrumpiendo sus reflexiones, observó el suelo y apoyó el pie derecho justo en el punto del que acababa de apartarlo.

Otra vez aquel ruido.

Una baldosa suelta.

Movido por la curiosidad, se agachó para levantarla.

No se sorprendió demasiado al descubrir una cavidad oculta, en cuyo interior vio una carta y algunas monedas.

La cantidad ascendía a diez escudos.

Las líneas escritas en el papel revelaban cuál era el objeto de la carta.

Reverendo padre:

Con estos mis ahorros acompaño la súplica de que me sea concedido el anhelado plácet –o, mejor, el *vidit*– para publicar mi preciada traducción, cuyo contenido me habéis concedido el honor de leer y aplaudir.

Vuestro humilde siervo,

Orazio Piuma, Osm

4.

Al principio, el padre Capiferro no reparó en el joven fraile que se hallaba al otro extremo del escritorio, esperando. Siguió, pues, dando vueltas a sus pensamientos, con el caño de la pipa bien sujeto entre los labios y los codos apoyados en los brazos de su sillón. Tras el encuentro con Svampa, había desempeñado rápidamente sus deberes matutinos para encerrarse en su estudio, que se encontraba entre los más inaccesibles del convento de Santa Maria sopra Minerva, y meditar acerca de la relación entre la muerte de Rebiba y las páginas que habían aparecido en su boca. Páginas que a aquellas alturas ya tenía impresas en la mente, donde se dedicaban a revolotear, superponerse y descomponerse en forma de intrincados castillos.

Tras aclararse la garganta tres veces, el fraile consiguió finalmente atravesar la cortina de humo que envolvía al secretario, el cual emergió entonces de su extraño letargo.

–Y bien –barbotó Capiferro–, ¿qué queréis?

–Pues en realidad..., estoy aquí porque vos lo habéis ordenado, reverendísimo padre. ¿Recordáis?

El religioso cerró los párpados con fuerza, en un esfuerzo de atrapar un recuerdo al parecer muy lejano.

–Ah, sí –dijo, mientras la lucidez regresaba a sus pupilas–. Os ruego me disculpéis, pero estaba completamente absorto consultando ciertos documentos...

El joven fraile lanzó una ojeada al escritorio vacío y luego a los bargueños de estilo italiano en los que descansaban ejemplares intonsos. Desde hacía meses, a juzgar por la capa de polvo que los cubría. Aunque estaba contrariado, procuró no mostrar su desaprobación.

–El caso Svampa –puntualizó.

–Sí, sí. –Capiferro se volvió hacia un lado para asegurarse de que la entrada a su estudio estuviese cerrada–. ¿Habéis descubierto algo?

–Al principio ha sido difícil, pero después he recibido algún soplo.

–Os escucho.

–Las voces proceden del *borgo* de San Pedro. Parece que al *commissarius* y a su eminencia monseñor Nicola Ridolfi, el maestro del Sacro Palacio, los une una amistad de más de veinte años.

–Hasta ahí ya había llegado yo solito –barbotó el secretario–. ¿Por qué, si no, nombrar a un inquisidor de fuera, habiendo tantos disponibles en Roma?

–Con mayor motivo, dados los conocimientos de Svampa.

–¿Qué estáis insinuando?

El informador esbozó una mueca significativa.

–Parece que fray Girolamo ha trabajado en varias diócesis de los Estados Pontificios, exclusivamente en casos de brujería.

Capiferro expulsó una nube de humo.

–¿Brujería? –repitió–. ¿Ninguna implicación política? ¿Ninguna persecución de herejes?

El joven fraile arqueó una ceja.

–Eso es lo que se dice, reverendísimo padre. Aparte del hecho de que Svampa tiene, al parecer, muchos enemigos. Ya sea por sus métodos de investigación...

–Lo cual no me sorprende.

–... o por su pasado.

El secretario frunció el ceño.

–¿Es que le pesa algún pecado en la conciencia?

El informador se concedió una pausa. Luego apoyó ambas manos en el borde del escritorio y susurró:

–No es él quien carga con el pecado, sino su padre, un librero de Venecia que hace muchos años despertó sospechas de herejía. Fue arrestado por los agentes del Santo Oficio y trasladado a Roma, pero no llegó con vida al proceso. Pereció, según se me ha confiado, en las mazmorras de Castel Sant’Angelo.

–¿Se sabe por qué? –preguntó Capiferro–. ¿Y de qué clase de herejía se trata?

El fraile negó con un gesto.

–Si deseáis una información más precisa, tendréis que espulgar los

archivos.

El secretario lo observó, con el caño de la pipa sujeto entre los dedos. La curiosidad le aguijoneaba la mente.

–Profundizaré en persona –suspiró, al tiempo que despedía al fraile con aire ausente–. En cuanto a vos, mantened la boca bien cerrada.

El fraile retrocedió con una servil inclinación y, tras solicitar permiso, se dirigió hacia la puerta.

–Una última cuestión –dijo, al tiempo que apoyaba la mano en el tirador–. Después de mis tareas matutinas, antes de ir al Vaticano, he descubierto algo curioso acerca de Svampa. Algo que tal vez no tenga demasiada importancia, pero que creo que vuestra gracia debería tomar en consideración.

–Hablad –lo invitó Capiferro.

–Es algo que tiene que ver con esta noche pasada, cuando el *commissarius* se presentó en nuestro convento. Antes de dirigirse a su aposento, parece que le formuló unas cuantas preguntas al padre portero, una de ellas bastante insólita. Pretendía saber, en resumen, en qué edificio de Roma residen los *magistri* inquisidores ya retirados de sus funciones debido a su avanzada edad.

5.

El Tíber era un hervidero de balsas, palos mayores y embarcaciones de toda clase. Durante un segundo, fray Girolamo se sintió niño otra vez y se vio a sí mismo caminando por el puente de Rialto de la mano de su padre. Luego miró ante sí y vio el bastión de Castel Sant'Angelo. Enseguida notó un pinchazo en el cuello, que lo obligó a frenar la marcha. Apretó los dientes, ahuyentó tanto el dolor como el recuerdo y, tras acelerar de nuevo el paso, se dirigió hacia el arco de ladrillo que daba acceso al Vaticano.

La entrada estaba custodiada por un numeroso grupo de soldados de infantería armados con alabardas. La verdadera amenaza, sin embargo, consistía en un trío de lanceros, reconocibles gracias a las celadas borgoñotas y a las musleras en forma de cola de gamba. Valiéndose de su semblante altanero y de su hábito de dominico, Svampa los dejó atrás sin encontrar tropiezos y pronto se halló sobre el empedrado de *via Alessandrina*. A su alrededor, los edificios del *burgus Sancti Petri* se extendían hasta donde abarcaba la vista, fundiéndose con las murallas leoninas y con el laberinto de caminos que por el norte se dirigían hacia el Belvedere y por el sur hacia Porta Cavalleggeri.

Ante él se recortaba el obelisco, silencioso guardián colocado en el centro de la plaza por voluntad del papa Sixto V. La dirección de la sombra le recordó que la mañana ya estaba muy avanzada y que a mediodía tenía que acudir a una cita importante en la Torre de los Vientos. Mejor que se diera prisa, si de verdad quería inspeccionar el estudio de Rebiba.

Se abrió paso entre los transeúntes, una procesión de purpurados y aristócratas que en su mayoría pululaban a la derecha de la basílica, en dirección al Palacio Apostólico.

La sede del Santo Oficio se encontraba en el lado opuesto, no muy lejos de Porta Cavalleggeri. Con su doble hilera de ventanas enrejadas y un cuerpo

que parecía más bien una fortaleza, el edificio se cernía con aire amenazador sobre la plaza.

Hasta entonces, fray Girolamo solo había estado dos veces en aquel edificio: la primera cuando había recibido la licencia de inquisidor y la segunda cuando habían estado a punto de revocársela. Le bastó echar un vistazo para reconocer la fachada, recortada en los ángulos por dos saledizos, y el portón reforzado con hierro, a cuyos lados se abrían las aspilleras para los arcabuces.

Llamó al batiente para identificarse y, obtenido el permiso para pasar el arco de entrada, intercambió unas pocas palabras con los guardias que hacían su ronda. Luego se dirigió a los soportales interiores.

Fue en aquel punto donde se cruzó con una hilera de religiosos que en ese momento se ocupaban de transportar montañas de documentos para un rollizo cardenal. Eran jóvenes, pero no tanto como para que los excluyeran de tareas más edificantes, dado el lugar en el que se encontraban. Uno de aquellos recaderos pareció reconocer a Svampa y, superando la timidez, se aventuró a saludarlo.

El inquisidor pasó de largo sin parpadear siquiera y se dirigió al ala del edificio destinada a la Congregación del Índice.

Intra Ecclesiam nulla salus, repitió para sus adentros con amargura.

El estudio de fray Rebiba resultó ser aún más espartano que sus aposentos. Era apenas un cubículo ocupado en su mayor parte por un escritorio de madera de cerezo. Amontonados en el suelo, en torno al escritorio, vio libros similares a los que ya había encontrado en el convento de Santa Maria sopra Minerva. Daba la sensación de que el consultor se había dedicado a apartarlos de la mesa de trabajo a medida que asimilaba el contenido y que, como si imitase la balanza del arcángel Miguel, arrojaba los buenos a la derecha y los falaces a la izquierda. Era probable que, una vez por semana, entrara algún sirviente en la estancia para llevarse los textos ya analizados y trasladarlos a algún depósito remoto, donde los registraban y clasificaban en receptáculos no muy distintos a las fosas de las almas condenadas. Por el momento, sin embargo, aún no se había presentado nadie. Todos los libros seguían allí,

exactamente como los había dejado Rebiba la noche anterior. Pocas horas antes de su muerte.

A menos que alguien hubiera estado allí antes que él, fray Girolamo se encontraba en ese momento en una burbuja del pasado que había permanecido intacta después de que se hubiera verificado el crimen. Al consultor lo habían matado después de salir de aquel lugar, sin que hubiera regresado al convento. Se lo había confirmado el padre guardián de Santa Maria sopra Minerva y, en la entrada del Santo Oficio, también los guardias que estaban de ronda.

Le bastó echar un vistazo al escritorio para tener la sensación de que Rebiba se había marchado apresuradamente. Plumas y tinteros habían sido abandonados en desorden sobre la mesa, como si antes de marcharse de su estudio el religioso hubiese anotado algo. Sobre la superficie del escritorio, además, se veía una gota aún reluciente de lacre.

Una carta, concluyó Svampa. Una de las últimas cosas que había hecho Pietro Rebiba antes de morir era escribir y sellar una carta.

Intuyendo que tal vez se tratara de un indicio crucial, Svampa la buscó por todas partes: entre los papeles del escritorio, en los cajones del mueble y entre el material para escribir. No la encontró. Pero sí tropezó con algo igualmente interesante.

Entre los documentos esparcidos sobre el escritorio había uno, de hecho, escrito en latín curial: en él, el consultor expresaba una valoración positiva sobre la traducción de un texto germánico realizada por Orazio Piuma. Recomendaba su publicación y lo describía directamente como *liber necessarius et speciosissimus*.

Al leer el nombre del autor de la obra, Svampa se sobresaltó.

¡Faustus!

El toque de mediodía interrumpió el hilo de sus pensamientos y le recordó que tenía una cita a la que de ningún modo podía faltar.

Dobló con cuidado el documento, se lo guardó en un bolsillo de la capa y se dirigió a la salida.

No se podía hacer esperar al maestro del Sacro Palacio.

6.

Palacio Apostólico, corredor norte

Con sus casi treinta y tres *canne** de altura, la Torre de los Vientos descollaba por encima de cualquier otro edificio del Vaticano, a excepción de la cúpula de San Pedro. Era una especie de nido de águila desde el que se podía observar, además de los astros, el patio del Belvedere, los edificios circundantes y el hormiguero humano que pululaba entre las murallas leoninas. Monseñor Nicola Ridolfi se encontraba en la sala del observatorio, frente a una meridiana de mármol engastada en el suelo. Svampa llegó hasta allí a través de un sistema de escaleras y corredores, para encontrarse casi de golpe en aquel espacio tan particular, repleto de frescos y galerías, pero desprovisto de techo. En su lugar había un sol pálido que trataba de asomar entre nimbos que prometían nieve.

Otra clase de intemperie, sin embargo, parecía gravitar sobre el maestro del Sacro Palacio. Aunque le daba la espalda, fray Girolamo lo reconoció al instante gracias al aire marcial de los hombros, marcados bajo el tejido del hábito. Era lo primero que le había llamado la atención en él cuando, siendo fray Girolamo aún niño, se habían encontrado cara a cara en una celda de las cárceles pontificias. Por aquel entonces, Girolamo tenía apenas cinco años y se había entregado, instintivamente, a la protección de aquel dominico en apariencia duro como una roca.

El padre Ridolfi no era el único presente en el observatorio. Entre las columnas del pórtico, en un vano intento de refugiarse de las rachas de viento que azotaban la torre, se hallaban dos desconocidos. Uno de ellos, bajo y de rostro demacrado, vestía un traje prelaticio; el otro, de figura imponente, llevaba gorguera y casaca de terciopelo negro. El maestro les estaba dando

instrucciones en voz baja, pero nada más reparar en la presencia del recién llegado, los despidió con una rápida señal de la cruz.

Solo entonces se atrevió Svampa a acercarse.

El reverendo Nicola lo recibió con una paternal sonrisa.

–Aquí tenemos al hijo pródigo.

–Excelencia –replicó él, al tiempo que le besaba el anillo–, tenéis buen aspecto.

–Estáis mintiendo y lo sabéis –protestó el prelado–. Las tareas de un *magister palatii* son muchas y, en algunos casos, enervantes como poco.

Svampa dirigió la mirada hacia la salida, como si quisiera aludir a los dos hombres que acababan de marcharse.

–¿Los conocéis? –preguntó el maestro de palacio.

–No, vuestra gracia.

–El religioso es el cardenal bibliotecario, su excelencia Scipione Cobelluzzi. El otro es Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá y embajador español.

–Español... –murmuró el inquisidor, mientras pensaba en los textos jurídicos hallados en el aposento de Rebiba.

El padre Ridolfi lo observó de reojo.

–¿No os gustan los españoles?

–Perdonad, excelencia, estaba pensando.

–Tenéis mucho en que pensar, hermano Girolamo –dijo el maestro, en tono conciliador–. La investigación que os he encomendado es un gato duro de pelar, lo sé muy bien.

–Si no fuese así, no me habríais hecho subir hasta aquí para hablar de ello –comentó Svampa.

Con un suspiro evasivo, monseñor Ridolfi se acercó al fresco de la pared sur, que representaba el milagro de la tempestad calmada. Observó la barca de Pedro entre las olas y luego, en el extremo superior derecho, contempló el genio del viento que en lugar de boca tenía un agujero gnomónico practicado en la pared para estudiar el movimiento solar.

–Durante los meses fríos, aquí arriba –dijo el prelado, mientras seguía el débil rayo de luz que salía del orificio y caía sobre la meridiana– hay más

quietud de la que se pueda encontrar en cualquier capilla secreta del Vaticano.

El inquisidor se situó junto a él, haciendo caso omiso del viento que le sacudía la capucha de la capa.

–¿Tan grave es lo que tenéis que contarme?

–Solo pretendo ponerlos en guardia acerca de ciertos peligros sobre los cuales, con todo el alboroto de esta noche, no os he podido hablar. Consideradlo una precipitación por mi parte, si así lo deseáis, pero por más que poseáis el ingenio necesario para desentrañar misterios, vos sabéis mejor que yo que no estáis acostumbrado a los ambientes romanos y, menos aún, a ocultar vuestra ojeriza. Esta vez, en cambio, tendréis que recurrir al sutil arte del disimulo. No podéis permitir os ceder a los viejos rencores, como ya habéis hecho en el pasado.

–¿Acaso la Inquisición romana alberga aún dudas en lo que a mí respecta?

–No seáis pueril. Yo no he venido hasta aquí para hablaros de la Inquisición y menos todavía del Índice, sino del papa Urbano. Un papa elegido hace apenas un año, recordadlo bien, y que ya se dispone a abrir la puerta santa del jubileo.

Svampa asintió. Era fácil dejarse engañar por la mole granítica de monseñor Ridolfi, quien sin embargo destacaba por su refinada manera de actuar y por su capacidad de manipular al prójimo. Gracias a su educación jesuita y a su vocación dominica, era frecuente que se recurriera a él para mediar en situaciones delicadas, ya fueran de naturaleza política o teológica.

–No nos podemos permitir –prosiguió el maestro de palacio– que circulen rumores acerca de crímenes inspirados en ideologías subversivas. Especialmente en un periodo tan delicado como este y especialmente si la víctima es un hombre de Iglesia. De ahí la necesidad de un inquisidor *commissarius*, capaz de investigar en silencio, sin el jaleo que arman los esbirros.

–Sabré actuar con sensatez –lo tranquilizó Svampa–. No lo dudéis.

El padre Ridolfi siguió contemplando la barca, zarandeada por las corrientes.

–¿Tenéis ya alguna pista que seguir? –preguntó al fin.

–Puede que sí –respondió Svampa, con vaguedad–, tengo que investigar

más.

–En ese caso, puede que esto os resulte útil. –El maestro hurgó entre los pliegues de su hábito y extrajo finalmente un sobre–. La *licentia inquirendi* con *commissio*, extendida en todos los Estados Pontificios. Con este mandato os otorgo oficialmente el título de *commissarius* que, tenedlo bien presente, os permite actuar por encima de cualquier figura religiosa o poder laico. Enseñadlo en el caso de que os topéis con almas reacias a colaborar. Por lo demás, responderéis única y exclusivamente ante mí.

–Os doy las gracias, excelencia –dijo Svampa, tras lo cual inclinó la cabeza a la espera de recibir permiso para marcharse.

–Una última cosa, hermano Girolamo.

–Decidme, reverendo padre.

–¿Habéis acudido al padre Francesco Capiferro?

–Naturalmente –respondió el inquisidor–. Tal y como me sugeríais en vuestro mensaje.

El maestro de palacio sonrió en un gesto de aprobación.

–Os resultará bastante útil, ya lo comprobaréis. Pero os pido que tengáis cuidado con sus castillos en el aire.

–¿Castillos? –repitió fray Girolamo.

–Castillos, sí –respondió Ridolfi, sin dejar de sonreír–. De los más efímeros y exagerados que hayáis visto jamás. Capiferro construye algunos capaces de sostenerse sobre un simple huevo, como el mago Virgilio. –Dirigió la mirada hacia el agujero gnomónico–. Y puede que también sobre un rayo de luz.

7.

Una vez cruzado el *ponte Elio*, Svampa se encontró de nuevo caminando por las calles de Parione. La angustia apenas le permitía respirar y no vaciló en atribuirle a los transeúntes que iba encontrando por el camino, a sus miradas descaradas, a su empeño en examinarlo con una expresión a caballo entre la reverencia y el escarnio. Por mucho que en Roma hubiera muchísimos religiosos, un dominico despertaba siempre la desconfianza hacia la naturaleza represora de la Iglesia. Por lo general, fray Girolamo recibía esa clase de sensación con cierto agrado, pero no aquel día. Tras el encuentro con el maestro de palacio, se sentía extrañamente expuesto, casi como si bajo la capa negra que llevaba se escondiese un niño, en lugar de un hombre. El niño asustado, recién llegado de Venecia en busca de su padre. El niño convertido en huérfano en la ignominia.

La sensación de estar siendo perseguido lo acompañó durante todo el trayecto hasta el convento de Santa Maria sopra Minerva. Mientras, su paso se fue volviendo más y más rígido, casi grotesco, como si las piernas se le hubieran convertido en palos de madera y un yugo lo obligase a caminar encogido.

Evitar los viejos rencores, meditó con los dientes apretados. Su excelencia sabía muy bien lo que decía. Ciertos rencores no habían llegado a apaciguarse jamás y cada vez le resultaba más difícil contenerlos.

Por suerte, el trayecto entre San Pedro y el convento de los frailes dominicos era bastante breve. Decidió, sin embargo, rodear el mercado de *piazza Navona*, a fin de evitar uno de los puntos donde se concentraba buena parte de la cháchara del vulgo. Cruzó una calle invadida por las carretas y luego prosiguió en silencio, como si fuera un fugitivo, por un laberinto de callejuelas que lo condujeron hasta los jardines de Santa Maria sopra Minerva.

Cruzó la entrada cabizbajo, respondió en tono huraño al saludo del padre

guardián y se dirigió con paso rápido a su aposento, sin molestarse en mirar a nadie a la cara.

Una vez llegado a su destino, cerró con dos vueltas de llave y apoyó las manos en la pared, jadeante y sudoroso. Se quitó de un tirón la capa y el hábito, y se quedó desnudo de cintura para arriba, a pesar del frío. El pecho, reluciente por el sudor, subía y bajaba a un ritmo frenético, mientras Svampa trataba de controlar la respiración.

Los viejos rencores, pensó con desdén.

Ni siquiera se había dado cuenta de que ya tenía aferrado entre los dedos el frasco de láudano.

Vaciló, con las yemas de los dedos sobre el tapón, mientras un dolor ciego –en parte imaginario y en parte real– le atormentaba la base del cuello, justo en el punto donde aún se apreciaban las huellas de una marca de fuego.

La marca tipográfica de una zarza ardiente.

8.

Fortalecido por el vino, Cagnolo subió de nuevo la calle que flanqueaba el palacio Doria, se detuvo en un puesto de castañas asadas y prosiguió hacia el Colegio Romano. Al fijarse en la majestuosa fachada del edificio, por un segundo le pareció absurda la historia del misterioso capitán Spaventa que había huido en aquella dirección. El testimonio del tullido Cicello era, sin embargo, lo único de lo que disponía, así que era mejor seguir el juego e interpretar la parte del sabueso.

Se acercó a un anciano enjuto, que en esos momentos se ocupaba de barrer la fina capa de nieve que había cubierto la escalinata del palacio.

–Padre reverendísimo, una pregunta.

El hombre levantó la cabeza calva, adornada únicamente por dos mechones grises que semejaban un par de cuernos.

–¿Acaso os parezco un jesuita –le reprochó–, dado que me llamáis padre?

El mesnadero observó el traje negro que vestía el hombre, largo como una sotana, que en un primer momento le había parecido el hábito de un religioso.

–Os pido disculpas, pero sí, lo parecéis.

–¿Habéis visto alguna vez a un miembro de la Compañía de Jesús darle a la escoba? –prosiguió el viejo, en tono cada vez más hosco.

–Pues si os he de ser sincero, sí, por penitencia.

–¿Penitencia? –se echó a reír el viejo–. Esta sí que es buena.

–¿Quién sois, pues?

–El guarda.

–Mejor que mejor.

El anciano entrecerró los ojos y observó a Cagnolo de pies a cabeza.

–Sois bastante extraño, señor.

–Y vos tenéis dos ojillos avispados que me podrían ser de gran ayuda –replicó Cagnolo–. ¿Estabais de ronda anoche?

–Estaba sentado allí dentro, al calorcito –dijo el viejo, al tiempo que

señalaba una ventana situada junto a la entrada del colegio— de la garita.

El mesnadero asintió, complacido.

—¿Y visteis algo extraño quizá, más o menos entre el anochecer y la caída de la oscuridad?

Por toda respuesta, el guarda lo fulminó con una mirada suspicaz.

—¿Quién quiere saberlo, por favor?

Cagnolo se apartó la capa apenas lo justo para dejar a la vista la guarnición de su espada.

—Un buen samaritano que teme por vuestra buena salud.

En lugar de asustarse, el viejo blandió la escoba como si fuera un garrote.

—¡No vi nada extraño! —exclamó—. Y ahora, ¡marchaos! ¡Largo!

—¿Estáis seguro? —insistió el mesnadero, al tiempo que esquivaba un golpe de aquella escoba de sorgo—. ¿No visteis a un tipo con capa, espada y una máscara de larga nariz?

—Puede que viera a un mono con el culo rojo.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—Tengo la sensación de que sois vos quien me lo quiere tomar a mí.

El mesnadero levantó la mirada al cielo y luego conminó al viejo a deponer la escoba.

—Se trata de un asunto muy serio, señor mío. No me estoy mofando de nadie.

—Pues en ese caso, no —se decidió el guardia—, no vi a nadie con capa. Por lo menos, no al anochecer.

—¿De qué estáis hablando?

—De lo que ocurrió ayer por la mañana.

En un arrebato de impaciencia, Cagnolo se acercó a él.

—Adelante, hablad.

—Hay poco que contar —retrocedió el viejo—. Y además, en honor a la verdad, tampoco es que sea asunto vuestro.

—Dejad que sea yo quien decida si lo es o no —dijo Cagnolo, al tiempo que le daba un golpecito con el dedo a la empuñadura de su espada.

—Bueno, si me lo pedís así... Sucedió aquí, delante del colegio, a un profesorcillo de la escuela jesuita. Tres rufianes lo pararon en plena calle y lo pisotearon como si fuera uva. Así por las buenas, sin motivo alguno.

–¿Tres rufianes?

–Por lo curtidos que parecían, dudo que se tratase de lechuguinos. Espadas, cuchillos, arcabuces..., vamos, que exhibían las herramientas propias de su oficio, no sé si me entendéis.

–Os entiendo, os entiendo –lo interrumpió—. ¿Y por casualidad no visteis el rostro de esos tres caballeros?

–¿Y cómo iba a vérselo, con esas exuberantes melenas? Los oí hablar, sin embargo, y juraría que eran españoles.

–Españoles... –murmuró Cagnolo.

–Sí.

–¿No sicilianos? –quiso cerciorarse el mesnadero, al recordar el relato de Cicello.

–Con todos los respetos –se ofendió el guarda–, tengo la sensación de que me estáis tomando el pelo otra vez.

–Con todos los respetos –repitió el mesnadero–, no lo he hecho en ningún momento.

–¿Y entonces por qué me acusáis de no saber distinguir a un matón siciliano de un matón español?

Cagnolo apretó los puños para resistir la tentación de darle un par de bofetadas.

–Habladme del otro –suspiró—. Del tipo al que pegaron. El profesorcillo lo habéis llamado, si no me equivoco.

–Lo dejaron allí, pobre desgraciado, medio muerto –dijo el guarda, al tiempo que empezaba a barrer de nuevo—. La suerte quiso que, tras la fechoría, varias damas devotas lo socorrieran y lo acompañaran a sus aposentos para curarlo. No se merecía una paliza así. Enseña interpretación en la escuela de la Compañía de Jesús y también es actor de teatro. Con bastante talento, además. Lo vi interpretar a Judas en una representación sacra y...

–Y amén –lo interrumpió el mesnadero, que ya estaba al límite de su paciencia—. Si no os importa, ahora me gustaría saber cómo se llama.

9.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

–¿Os encontráis bien, magíster?

Svampa se estremeció y resurgió de las tinieblas. Durante un segundo había vagado por una superficie de piedra húmeda, frente a imágenes de sufrimiento, y allí estaba ahora, en el estudio del secretario del Índice con la espalda pegada a un sillón y el eco de un discurso aún en los oídos.

–Habéis perdido el hilo –prosiguió Capiferro, sentado al otro lado del escritorio.

En su voz se adivinaba un tono de alarma.

Fray Girolamo se encogió de hombros.

–Un pensamiento fugaz –mintió, al tiempo que maldecía el láudano que, a pesar de las horas transcurridas, insistía en minar sus pensamientos–. Retomemos la conversación, si no os importa. Estaba a punto de concluir el informe sobre el registro de los espacios en los que vivía y trabajaba Rebiba.

–Y yo –dijo Capiferro, adoptando un aire más acomodaticio– de hablar sobre el manuscrito de magia que vos habéis hallado. Un descubrimiento bastante significativo, si me permitís que os lo diga.

–Sería significativo si Faustus no fuese un nombre falso.

–Qué queréis que os diga. Faustus era ya un *nom de plume* cuando el poeta Marlowe decidió convertirlo en una obra de teatro. Magos y nigromantes se ocultan tras ese nombre desde hace más de un siglo.

–Por otro lado –replicó el inquisidor– la relación entre «nuestro» Faustus y la carta de Orazio Piuma, la que encontré bajo el suelo de terracota, es un hecho indudable.

–¿No os parece temerario vincular esos dos elementos?

–Lo sería, excepto por la existencia de un tercer elemento: la valoración en la que Rebiba aprobaba la obra de Faustus, traducida por el mismo Piuma.

–Expresada en esos términos, parece la teoría de los vasos comunicantes.

–Os dejo a vos las especulaciones eruditas. A mí solo me interesa el nexo con el homicidio.

–Entonces, ¿creéis que Piuma es el asesino de Rebiba? ¿Y si el asesino fuera el huidizo Faustus?

–Es una hipótesis verosímil, aunque existen otras.

El secretario dejó entrever un cortés escepticismo.

–¿Todas formuladas en el transcurso de una mañana?

Svampa hizo caso omiso de la ironía.

–Sigamos profundizando en esta, si no os importa –dijo, al tiempo que lo observaba fijamente–. En calidad de subordinado vuestro, ¿Pietro Rebiba os mencionó en alguna ocasión el nombre de Orazio Piuma?

–Si así fuera, lo recordaría.

–Piuma es un religioso –subrayó Svampa–. En su carta firma Osm.

–*Ordo Servorum Mariae*. –Mientras sopesaba su pipa de marinero, el secretario adoptó un aire circunspecto–. Si estuviera en vuestro lugar, me mostraría más cauteloso a la hora de pronunciar ciertas frases.

–¿Me consideraréis imprudente?

–Un siervo de María puede ser muchas cosas, pero mago y demonólatra...

–Y, sin embargo, en su carta se dirige a Rebiba con la intención manifiesta de corromperlo y de obtener el *vidit* para la publicación de la obra.

–Una obra de la cual no es autor –le recordó Capiferro–, sino traductor.

–Al traducir se ha convertido a su vez en autor –replicó Svampa, con una expresión que presagiaba tormenta–. Pero mi crítica –añadió– se extiende también a fray Rebiba, que en tanto que hermano dominico y miembro del Índice tenía el deber de denunciar el manuscrito de magia a la Inquisición. Deber que, por razones para nosotros desconocidas, decidió incumplir.

–Eso no es suficiente para ensuciar su nombre –dijo el secretario, poniéndose tenso–. Seguía siendo un consultor de la censura, designado por el maestro del Sacro Palacio en persona.

–Vamos, padre –dijo fray Girolamo, al tiempo que le dedicaba una sonrisita mordaz–. ¿Demostraríais ese mismo fervor si no se tratase de un hermano?

El secretario permaneció inmóvil, observándolo.

–Capto cierto desprecio en vuestro tono, magíster.

–Captad lo que queráis, las palabras significan lo que significan. –Se separó del respaldo y estiró el cuello con altivez–. Es un tópico, ¿sabéis? Los hombres de Iglesia, ya estén vivos o muertos, eluden las indagaciones inquisitoriales con más frecuencia de la que se podría creer. Por lo general, debido a un fatuo sentido de la solidaridad.

–No siempre.

La sonrisa de Svampa se transformó en una mueca.

–Y sin embargo, a pesar de vuestras objeciones, no dudáis en defender a Pietro Rebiba y a Orazio Piuma.

–En realidad –lo azuzó de inmediato el secretario–, me sentiría más predispuesto a acusar si se tratara de un filósofo del otro lado de los Alpes o, no sé –dijo, esbozando una mueca ambigua–, de un tipógrafo veneciano.

Fray Girolamo se aferró a los brazos del sillón.

–¿Qué estáis insinuando?

–Ah, nada.

El inquisidor contuvo la rabia y estudió la expresión socarrona del secretario, mientras se preguntaba si había lanzado aquella provocación por casualidad o más bien *ad hoc*.

–Pasando por alto vuestra opinión –afirmó–, me propongo analizar con la mayor exactitud posible la postura de Rebiba en todo este asunto. A un religioso no lo matan nunca sin un motivo, sobre todo de una forma tan brutal. Y, por eso, la carta que él mismo redactó poco antes de morir podría arrojar luz sobre la investigación.

–¿Qué carta? –le respondió el secretario–. Creía que solo habíais encontrado una gota de lacre.

–¿Y para qué sirve el lacre, sino es para sellar una misiva?

–Aunque estuviese de acuerdo con vos –dijo Capiferro, que había adoptado la expresión de quien busca un armisticio–, el rastro del hurón se acaba aquí.

–Por desgracia, sí –suspiró Svampa.

La repentina condescendencia del secretario lo llevó a preguntarse si, con sus irritantes objeciones, lo que pretendía Capiferro era contrastar la validez de las hipótesis que él había planteado. Muy a su pesar, no le quedó más remedio que quitarse el sombrero. Pero ahora le tocaba a él.

–Veamos ahora vuestros progresos, pues –dijo.

–A vuestros pies –respondió Capiferro, tan enigmático como una esfinge.

Tras aspirar una bocanada de humo, el secretario abrió un cajón del escritorio, cogió las páginas –reblandecidas tras haber estado entre los dientes del cadáver– y las dispuso sobre la mesa como si de un tarot se tratara.

–Tal y como os prometí, he analizado hasta la última palabra –empezó a decir–, aunque para sacar a la araña del agujero haya tenido que ir mucho más allá.

Svampa frunció el ceño.

–¿Y eso significa...?

–Vayamos por partes. Confirмо que estas páginas pertenecen a un opúsculo, o sea, de esa clase de libelos sencillos, que se imprimen con poco dinero. El tenor de los textos no es muy distinto a lo que os he anticipado esta mañana. Párrafos anticlericales, de corte libertino, en los cuales las citas más insidiosas guardan relación con el materialismo de Lucrecio y las teorías de Tomás Campanella.

–¿Y no aparece ningún Faustus entre líneas?

Capiferro negó con la cabeza.

–Nos enfrentamos a escritores demasiado toscos como para estar a la altura de nuestro mago Faustus. Y, creedme, no utilizo el plural sin ton ni son. A juzgar por el estilo de la prosa, las páginas que estamos sometiendo a examen son obra de un círculo de tres o cuatro personas. Si consideramos además que se trata de una recopilación de textos y que no hay frontispicio alguno, comprenderéis que es imposible conocer los nombres de los autores o el título del opúsculo en sí.

–Así pues, ¿cómo habéis procedido?

–Para que podáis comprender bien el significado –prosiguió el secretario, en un ligero tono de autocomplacencia–, primero debéis saber que estas páginas pertenecen al mismo opúsculo, sí, pero a distintas ediciones. Es muy probable que nos encontremos ante una colección de publicaciones periódicas. Y ello se deduce de las características del papel, de la

encuadernación y, por último, de ciertos números de página que aparecen allí donde los textos no coinciden.

Svampa observó las páginas. Desde que las había visto en la boca del cadáver, se había convencido a sí mismo de haber hallado un elemento clave para la resolución del caso, por lo que deseaba que el secretario no lo estuviera conduciendo hacia alguno de aquellos castillos efímeros acerca de los cuales ya lo había advertido el maestro de palacio.

–Y bien... ¿qué pista habéis seguido?

–Las iniciales parlantes –respondió Capiferro con expresión cándida.

Fray Girolamo examinó las páginas y concentró su atención en las letras capitulares que abrían cada párrafo. Eran de mayor tamaño que los caracteres normales utilizados en el cuerpo del texto, como si se tratara de un homenaje a la elegancia de las mayúsculas miniadas que utilizaban los amanuenses en los códices antiguos. Cinceladas con recargadas formas geométricas, se sobreponían a figuras de animales elegidos por su nombre. Así, el elefante «hablaba» de la *e*, el fénix de la *f* y el murciélago de la *m*.

–¿Os referís a estas? –dijo fray Girolamo, señalando una de aquellas letras.

El secretario asintió.

–En mi opinión, representan la única pista válida. Son claramente identificables y, sobre todo, implican el uso de matrices xilográficas concretas, o sea, grabadas en madera. La tipología que emplea la iconografía zoomorfa se encuentra entre las más difundidas. Cada tipógrafo, por lo general, utiliza sus propias matrices.

–Por tanto –dedujo Svampa–, si encontrase las matrices de estas letras capitulares, encontraría también al impresor del opúsculo. Y, a través de él, a los autores de los textos que tenemos aquí delante ahora mismo.

Capiferro respondió de nuevo con un gesto afirmativo.

–Habláis como si se tratara de dar caza a un asesino.

–Es una hipótesis que no excluyo.

–Otra hipótesis, pues. Tras las de Faustus y Piuma.

–Y otras que aún quedan por ahí, sí.

El secretario adoptó un aire reflexivo.

–Si no he malinterpretado vuestro razonamiento, suponéis que el asesino le

introdujo a Rebiba estas páginas impresas a modo de..., de... –dijo, mientras giraba el caño de la pipa, en busca de la palabra adecuada.

–Reivindicación –concluyó Svampa–. Y, si así fuera, el asesino podría ser uno de vuestros «escritores toscos», con el objeto de impedir o castigar un acto de censura de Rebiba.

–Imposible, magíster. Una medida de este tipo se intuiría en los informes del consultor y yo no recuerdo nada en absoluto.

La inquebrantable fe de Capiferro en su memoria empezaba a desconcertar al inquisidor. Por el momento, sin embargo, tenía entre manos un embrollo demasiado enmarañado como para pedirle explicaciones.

–Puede que Rebiba no consiguiera llevar a la práctica tal acción –propuso, en tono conciliador–, o que estuviera a punto de hacerlo.

–¡Ah! –dijo el secretario, mientras se golpeaba con una mano la palma de la otra–. Os referís a la misteriosa carta escrita de prisa y corriendo.

–O sea, que ahora creéis en su existencia –se burló Svampa.

Capiferro se retorció los bigotes y pasó por alto el comentario.

–En resumidas cuentas, ¿cómo tenéis pensado actuar? –preguntó.

–Restringsiendo el campo. –Fray Girolamo se levantó de repente y empezó a caminar en círculos–. Habrá que identificar no solo al impresor, sino también los puntos de distribución del opúsculo. Supongo que los ejemplares se habrán vendido en alguna parte, así que nos basta con uno, que incluya el frontispicio con el título de la obra y el nombre del autor, para avanzar en la investigación.

–Operación nada fácil, por otra parte –lo decepcionó el secretario–. Los libelos de esa clase suelen distribuirse de forma clandestina, igual que las gacetas. O puede que incluso más. Hay muchísimos y no solo en las librerías. Barberos, teatros, tabernas...

Svampa, que a fin de cuentas no consideraba que la tarea fuese tan complicada, se detuvo a meditar.

–En vuestra opinión –dijo al fin–, ¿se trata de material de importación o se ha impreso en Roma?

–Impreso en Roma, sin la menor duda. Se deduce de la filigrana.

–En ese caso, solo habría que pasar por el tamiz las librerías de Roma.

–Especialmente las de *piazza* Navona y alrededores, sí. Que son las mejor

provistas. Pero respecto a ese «solo» vuestro...

–Las dificultades son otras –lo interrumpió el *commissarius*–. ¿Podrías facilitarme una lista?

Por toda respuesta, el rostro de Capiferro se transformó en una máscara irónica.

–Librería Dini, con una gata en el letrero –dijo, al tiempo que iba contando con los dedos–, librería Senese con una loba de oro, Martinelli con un peregrino, Ingrillanti con la luna, Corbo con Europa, De Rossi con una salamandra, Scheus con una reina... –Se interrumpió, con una sonrisa significativa–. ¿Queréis que siga? Quedarán unas cincuenta...

Fray Girolamo desvió la mirada, molesto. Siempre se había jactado de conocer bien Roma, pero hasta ese momento nunca se había molestado en contar las librerías, ni imaginaba que fueran tan numerosas. Aunque hubiera podido contar con Cagnolo –y no podía, porque el mesnadero no sabía leer–, habría tardado semanas enteras en inspeccionarlas todas, tiempo del que habría dispuesto el asesino para darse a la fuga. Guardó silencio un minuto, mientras seguía caminando en círculos por el estudio.

–Necesitaré ayuda.

–Era justo lo que os iba a sugerir –dijo Capiferro, con expresión grave–. Os procuraré ayudantes para que los enviéis a las librerías romanas.

–De acuerdo, pero deseo la máxima discreción.

–Encargaré la tarea a una decena de frailes de Santa Maria sopra Minerva, que después acudirán a mí. Y yo a vos, claro. Les daré a conocer los aspectos más destacados de las páginas halladas en el lugar de los hechos, para que acoten la búsqueda.

–Dejo en vuestras manos ese cometido, pues –concluyó Svampa–. Yo, mientras, saldré a la caza de letras parlantes.

–Pues os adentraréis en una selva oscura –lo advirtió el secretario–. Son varios los tipógrafos que utilizan imágenes zoomorfas, y el primero de ellos... –Llevado por una repentina intuición, señaló una hilera de libros colocados sobre un bargueño–. ¿Me haríais el favor de coger ese tomo? Ese encuadernado en piel, el del lomo dorado.

Fray Girolamo lo cogió del estante y se lo entregó.

Capiferro le mostró de inmediato el frontispicio.

–Lodovico Dolce, *Dialogo nel quale si ragiona del modo di accrescere e confermar la memoria** –recitó–. Venecia, 1562, en la imprenta de Giovanbattista y Melchiorre Sessa.

–Hace bastante que no lo consultáis –observó el inquisidor, mientras se soplaba el polvo de las yemas de dos dedos.

–No me hace falta –replicó Capiferro–. Me sé de memoria todos los pasajes y grabados, igual que ocurre con otros muchos libros.

El inquisidor ya lo había intuido, aunque no acababa de decidir si aquella ostentación de memoria era real en tanto que capacidad prodigiosa, o era únicamente un truco de bibliófilo pedante.

–¿Significa eso que habéis puesto en práctica las enseñanzas de este libro?

–De este y de otros muchos, sí. De joven adquirí el vicio de cultivar los *loci* mentales, método que ya utilizaban los antiguos para convertir la memoria en una inmensa biblioteca en la que reponer los textos consultados.

–¿No tenéis bastante con los archivos y las bibliotecas reales?

El secretario negó con la cabeza, en un gesto amargo.

–En estos tiempos se queman libros, magíster. Muchos libros –confesó, con una considerable dosis de valentía–. Considero, pues, que es mi deber salvar al menos un ejemplar de cada uno de esos libros –dijo, al tiempo que se daba un golpecito en la sien con un dedo–. Aquí dentro.

Fray Girolamo estaba asombrado, pero no tenía la menor intención de inflar aún más el narcisismo intelectual de aquel religioso. Así pues, señaló de nuevo la obra de Lodovico Dolce.

–No creo que me hayáis mostrado este tomo para pavonearos...

–No, desde luego –dijo Capiferro, al tiempo que iba pasando las páginas–. Es para que os fijéis en las mayúsculas de principio de párrafo.

Svampa vio pasar antes sus ojos decenas de imponentes letras capitulares que representaban figuras zoomorfas.

–Letras parlantes –dijo, al reconocerlas–. Como las del opúsculo.

–Es obvio, pero hay ciertas diferencias –le hizo notar Capiferro–. Estas son más finas, más detalladas. El artesano que las realizó era un auténtico maestro. ¡Un artista! Pues bien, si queréis encontrar las matrices que buscáis, tendréis que prestar atención a esa clase de diferencias.

–Ahora entiendo vuestro razonamiento. ¿Tenéis algún otro consejo que

darme?

–Si estuviera en vuestro lugar, empezaría a buscar entre las imprentas más conocidas por el uso de matrices xilográficas de madera. En Roma, no son muchas. La de Stefano Paolini, la de Domenico Gigliotti y también, sí, la de Guglielmo Facciotto, en el *rione* Ponte.

El inquisidor entrecerró los ojos.

–No tardaré en presentarles mis respetos, podéis estar seguro. –Y luego, tras volverse hacia la salida, añadió–: Aunque antes, padre, tengo que dirigirme a otro sitio.

–¿Qué queréis decir? –preguntó el secretario, en un intento de retenerlo.

Fray Girolamo, sin embargo, ya había cruzado el umbral.

–A una cerradura que no me convence en absoluto –se limitó a decir, mientras la última punta de su capa negra revoloteaba y desaparecía más allá de la jamba.

10.

La cerradura en cuestión era la del taller de Zannetti. Estaba encajada en la puerta de madera oscura de roble, de al menos un palmo de espesor, que protegía la entrada. El cerrojo parecía bastante sólido y no presentaba signos de haber sido forzado. Lo mismo ocurría con el marco.

Agachado ante la bocallave, Svampa examinó todos los detalles que la noche anterior no había podido observar a causa de la oscuridad. Se había vuelto imperturbable, como una roca insensible al flujo del devenir. Y valiéndose de la protección de aquella álgida emotividad, había interiorizado los sentidos para encaminarlos, guiados por la razón, hacia un momento concreto del pasado: el instante en que el asesino había entrado en el taller con Pietro Rebiba.

Fray Girolamo estaba convencido de que el consultor había llegado hasta allí por sus propios medios. Debía de haber llegado a la imprenta invitado por alguien o acompañado de alguien, ignorando la trampa que le habían tendido. De no haber sido así, no se explicaba la meticulosidad de un delito planeado con premeditación, sin duda, y producto de una mente escrupulosa.

Sin embargo, Svampa no podía ir más allá en sus suposiciones, al menos de momento. Fray Rebiba se había presentado en aquel lugar poco después de abandonar el palacio del Santo Oficio. Asustado o esperanzado. Dejando tras de sí solo unos cuantos papeles y una gota de lacre.

La presencia de una sombra en el batiente lo apartó de sus pensamientos y lo obligó a volverse, ligeramente sobresaltado. Una mujer –vestida de negro, con el pelo oculto bajo el velo y los puños apretados a ambos lados del cuerpo– lo observaba, inmóvil y con un aire cuando menos amenazador.

–Y bien –dijo la mujer, en cuanto estuvo segura de que su presencia había sido detectada–, ¿ya habéis espiado bastante?

–No espiaba en absoluto –se defendió Svampa, irguiéndose cuan alto era.

El tono brusco de la mujer, sumado al bochorno de ser sorprendido en una

postura tan poco digna, provocó en él una expresión altanera. Observó a la mujer de pies a cabeza, mientras se recolocaba la capa.

–¿Quién sois vos, que os atrevéis a dirigirlos a mi persona con tanto descaro?

–Tarquinia Passeri –le espetó ella–, dueña de esta casa y de este taller.

–Ah, la viuda –concluyó el *commissarius*.

La noche anterior no la había interrogado, pues por el momento le había parecido suficiente el testimonio que ella misma había ofrecido a los esbirros. Pero ahora que contemplaba aquel rostro aún joven y curtido –como si fuera piel de vaca– por el dolor, lamentaba no haber sido más rápido a la hora de examinar la cerradura. Las manifestaciones de dolor siempre lo incomodaban. No las de los acusados ni las de los torturados, a decir verdad, sino la expresión del luto, que para él era lo más desconcertante que se podía concebir. Se le antojaba comparable al olor de una lluvia acre, capaz de permear cualquier ambiente y trasladarlo a los momentos más terribles de su infancia. Por si eso fuera poco, aquella mujer dejaba traslucir también una rabia cargada de desdén, a punto de estallar en cualquier momento.

–Llegáis tarde para la extremaunción –prosiguió ella, apretando los dientes–. Y en cuanto a la ofrenda por la misa de difuntos, debéis saber que mi familia ya ha dado.

Svampa bajó la cabeza.

–No he venido ni por la cura de almas ni por las limosnas. He venido por el homicidio.

Tarquinia retrocedió un paso.

–Entonces, sois...

–Sí –confirmó él–. La Inquisición.

La mujer lo observó, sorprendida, y luego volvió al ataque.

–¿Qué es lo que estáis buscando en la puerta de mi taller?

Fray Girolamo observó una vez más la cerradura.

–Señales de violencia. Que no he encontrado.

–¿Así que...?

–Así que quien entrara a consumir el delito, tenía la llave. A no ser que vos, o vuestros hijos, olvidarais correr el cerrojo.

–¿Y eso qué significa?

El inquisidor se encogió de espaldas.

–Por el momento nada, mi señora, aunque tal vez... –Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una de las páginas halladas en la boca de Rebiba. Se la mostró a la mujer–. ¿Os resultan familiares estas letras capitulares?

La viuda las estudió con atención.

–Es la primera vez que las veo –respondió con sequedad.

–Tal vez porque no estáis familiarizada con el oficio de vuestro marido.

–Al contrario –rebatió ella–. Soy hija de impresor y, durante todos estos años, siempre he trabajado junto a mi difunto esposo, que el Señor tenga en su gloria. –Tras observar una vez más la página, se la devolvió–. Para que no os quede ninguna duda: puedo afirmar con total certeza que en este taller nunca se utilizan mayúsculas zoomorfas. Podéis comprobarlo, si así lo deseáis. Mis hijos os podrán ser de ayuda.

Svampa sacudió la cabeza.

–¿Y por lo que respecta a los clientes de vuestro marido? –prosiguió–. ¿Los conocéis?

–Bastante, ya que siempre ha sido tarea mía llevar el libro mayor.

–¿Los nombres Orazio Piuma o Faustus os dicen algo?

La expresión de la mujer se volvió aún más hosca.

–No me gusta nada vuestro tono de acusación, padre.

–No estoy acusando a nadie –aclaró él–. Por lo menos, de momento.

–Entonces, ¿queréis ponerme los cepos? –lo provocó ella, al tiempo que levantaba los puños y el tono de voz–. ¿Arrastrarme hasta el palacio de las torturas?

Svampa permaneció impasible, aunque deseó que el estallido de la viuda no azuzara el descontento de algún transeúnte. Ya quedaba lejos la época en que los inquisidores recorrían las calles escoltados por diez hombres armados y, sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo desde el episodio en que uno de aquellos inquisidores había sido agredido y abochornado en público.

–No habéis respondido a mi pregunta –replicó Svampa, en tono imperioso.

–No conozco esos nombres –respondió la mujer–, pero por la forma en que los habéis pronunciado, me atrevería a decir que no se trata precisamente de caballeros. Por tanto, que esto os sirva de aviso, querido hermano: en este

taller solo se imprimen los libros que han obtenido el imprimátur de los altos cargos eclesiásticos.

Svampa se mostró incrédulo. No necesitaba la memoria bibliófila de Capiferro para estar al corriente de que existía un submundo de textos que se imprimían a espaldas del Índice y de la Inquisición. En cuanto al resto de los libros, en aquellos tiempos tan duros no se podía hilar muy fino, de modo que a menos que se tratase de blasfemias dirigidas al sentimiento religioso, hasta los prelados más curiosos e intransigentes tendían a hacer la vista gorda.

–Lo verificaremos a su debido tiempo –dijo, dando por terminada la conversación.

Tras haberle impartido la señal de la cruz, Svampa giró sobre sus talones y se alejó de allí a buen paso.

Absorto en sus pensamientos, se dirigió hacia el sur cual nave a la deriva, hasta llegar al *vicolo* delle Botteghe Oscure. Una silueta de hombre se apartó en ese momento de un muro y empezó a seguirlo. Svampa oyó los pasos y, temiéndose lo peor, se volvió de golpe para encontrarse ante unos bigotes que conocía muy bien.

–Por fin –resopló–. Ya iba siendo hora de que dieras señales de vida.

–Os he buscado en Santa Maria sopra Minerva, magíster –protestó Cagnolo–. Y luego se me ha ocurrido que os encontraría en los alrededores.

–¿Y bien? ¿Tienes algo para mí?

–Un buen jaleo, no os engaño.

Echaron a andar uno junto al otro, inquisidor y mesnadero, como si fueran dos compadres recién salidos de una taberna. En torno a ellos, los últimos momentos del día volvían aún más fría y tenebrosa aquella callejuela sembrada de antiguos pórticos.

–Parece que ayer, al atardecer –prosiguió Cagnolo–, un hombre se alejó de la *via* del Arco camiliano y desapareció en las inmediaciones del Colegio Romano. Llevaba una máscara, además de capa y espada.

–¿Una máscara? –repitió fray Girolamo.

–Eso afirma un pobre mentecato. Afirma, además, que oyó salir de sus labios el nombre de capitán Spaventa.

El religioso asintió sin decir nada, mientras revivía aquella sensación indefinida que había experimentado la noche anterior ante el cadáver encajado en la prensa.

–¿Qué más?

–Una fechoría cometida ayer por la mañana, también delante del Colegio Romano.

–Cuéntame.

–Unos rufianes, magíster, le dieron una paliza a un profesorcillo o comediante, de la Compañía de Jesús, y...

Svampa lo obligó a detenerse.

–¿Profesor o actor de teatro?

–¿Y cómo queréis que yo lo sepa? –se lamentó Cagnolo–. Lo que sí he descubierto es que el tipo se aloja en el Colegio Romano. Y allí, sin permiso de un cura, no dejan entrar a un desgraciado como yo.

–O sea, que no te has aprovechado de mi nombre –dedujo el inquisidor, complacido–. ¿Y esos rufianes que has mencionado?

–Sicilianos o españoles, no me acuerdo bien.

–¡Serás estúpido!

Cagnolo se metió un dedo bajo el sombrero y se rascó la cabeza.

–Tanto oír hablar de españoles y sicilianos –murmuró, a modo de disculpa–, me he hecho un lío.

–En resumen –siguió reprendiéndolo Svampa–, ¿has ido a callejear para nada?

–No, algo he encontrado. Recorriendo las tabernas, he tenido noticia de algunos forasteros de estoque fácil, por así decirlo, que desde hace un par de días se divierten haciendo bravuconadas en el vecindario. Se dice que vienen de Nápoles.

–Espadachines napolitanos, pues.

–Napolitanos, españoles... ¡quién sabe! Para mí que son los mismos que han atacado al actorcillo.

–¿No era un profesorcillo?

–Os ruego me disculpéis, estoy hecho un lío.

–El que se está haciendo un lío soy yo –se impacientó el inquisidor, que

entre las bibliotecas mentales de Capiferro y los desvaríos del mesnadero empezaba a ver doble y a pensar cuádruple.

Con un gruñido de disculpa, Cagnolo hundió la cabeza entre los hombros.

–¿Queréis que averigüe algo más?

–Sí, pero sin buscar camorra.

Durante la conversación, Svampa no había dejado de pensar en la máscara del capitán Spaventa. Una cortina de humo, se dijo, lo mismo que el nombre de Faustus, aunque la alusión al actor había despertado en su mente la misma sensación escurridiza que había experimentado ante el cuerpo de Rebiba. Y ahora, por fin, había aferrado esa sensación y se había dado cuenta de que, en el caso que se le había asignado, todo olía a teatro. Se dirigió de nuevo hacia Cagnolo.

–Mejor que averigües algo más sobre ese profesor, actor o lo que diantre sea.

–¡Pero ya os he dicho que allí no me dejarán entrar!

En lugar de molestarse en dar explicaciones, fray Girolamo introdujo una mano en uno de los bolsillos interiores de la capa, del cual extrajo un grafito y un trozo de papel. Escribió algo y se lo entregó al mesnadero.

–Con esto entrarás –sentenció–. Di que es para un fraile de Santa Maria sopra Minerva.

Cagnolo se guardó la hoja bajo la capa sin dignarse siquiera a echarle un vistazo.

–¿Puedo mencionar vuestro nombre?

–Desde luego que no –replicó Svampa con una sonrisa torcida–. Di que es para su gracia el secretario del Índice.

Y, con esas palabras, lo despidió. Luego echó a andar de nuevo y se encontró en una calle desconocida que parecía deslizarse hacia el corazón de la noche romana.

Un corazón vacío, repleto de insidias y turbación.

Un corazón que había dejado de latir hacía mucho, mucho tiempo.

11.

Envilecido por el frío y con los tobillos hinchados de tanto caminar, el mesnadero volvió a subir por las tortuosas callejuelas entre Sant'Eustachio y Parione, siguiendo una estela de quinqués dispersos en la noche. El aire era una danza de corpúsculos blanquecinos, ruidos amortiguados que resonaban en el cenagal marcado por miles de pies de mocosos, transeúntes y ruedas de carreta. Él, sin embargo, solo veía los ojos de Svampa. Aquellos ojos que lo habían observado bajo la luz crepuscular como dos heridas abiertas en un sueño. A aquellas alturas, ya los conocía lo suficiente como para ser capaz de distinguir en ellos la furia o la neblina del láudano. Y Cagnolo temía ambas cosas a partes iguales, pues el despertar de la primera de ellas llevaba a Svampa, inevitablemente, a refugiarse en la otra. Le había bastado observar durante un instante el caminar undívago del inquisidor, en el *vicolo* delle Botteghe, para comprender que andaba perdido, que ni siquiera se daba cuenta de la consistencia del suelo que pisaba.

Lo que impulsaba al mesnadero a seguir avanzando en la oscuridad, sin embargo, era un tesón distinto. Llegó a Campo Marzio y se adentró en un laberinto de edificios y casuchas hasta encontrarse ante la fachada de Santa Maria della Concezione.

Apoyó una mano en el batiente y dedicó un instante a imaginar a Matilde acostada en su jergón, con las manos unidas en plegaria, a medio camino entre el duermevela y la contemplación.

Reza también por mí, hija mía.

Dejó escapar un suspiro y prosiguió hacia su tugurio, que apestaba a vino.

Sin reparar en el hombre que lo seguía al amparo de la oscuridad.

12.

20 de diciembre, por la mañana

Al sonar el toque de tercia, Svampa ya había encontrado al impresor Paolini, en Santa Caterina della Rota, y al sucesor de Gigliotti, un tal Lepido Facij, que prensaba libros en la parroquia de San Marco. Como ya había anticipado Capiferro, el registro de los talleres había sacado a la luz diversas matrices xilográficas de letras parlantes, aunque ninguna de ellas era idéntica a las encontradas en la boca de Rebiba. El inquisidor las había comparado una a una, al tiempo que daba golpecitos con el pie, impaciente por obtener una prueba concreta. Finalmente, sin embargo, se había visto obligado a despedir a los artesanos con un brusco *in nomine Patris*.

Solo le quedaba un tipógrafo de letras zoomorfas por visitar: Guglielmo Facciotto en el *rione* Ponte, *via* del Monte Giordano. Tras encaminarse en aquella dirección, fray Girolamo venció la repulsión que le inspiraba la muchedumbre y atravesó la *piazza* Navona, aprovechando la ocasión para comprobar si los dominicos que había enviado el secretario del Índice estaban ya realizando su trabajo. Descubrió a un par de ellos encorvados sobre el puesto de un librero ambulante y, tras pasar de largo, deseó que también los otros estuvieran cumpliendo con su tarea.

Sus pensamientos, mientras tanto, se abrían como telones ante todas las posibles reconstrucciones del crimen. Los elementos de los que disponía no eran, desde luego, suficientes y procedían de distintas direcciones, pero aun así algo se atisbaba. Dos hombres, el asesino y su víctima, que entraban en el taller Zannetti, más un espadachín enmascarado que se alejaba a paso ligero... Quién se escondía tras aquella máscara seguía siendo un misterio, siempre y cuando no se tratase de un error de Cagnolo. En aquellos momentos, el capitán Spaventa podía ser un impresor, un librero, un escritor libertino, un actor jesuita o un rufián de origen español, siciliano o

napolitano. O tal vez un mago demonólatra, por no decir uno de los juristas de la corte madrileña, cuyos nombres y títulos de obras había leído Svampa en el escritorio de Rebiba.

Bajo aquella procesión de figuras, el inquisidor captaba un latido remoto, casi como el tambor de una marcha fúnebre que poco a poco aumentaba de intensidad. Había empezado a percibirlo tras el encuentro con el maestro del Sacro Palacio, junto a los indicios de que tras aquella investigación se ocultase alguna insidia que él aún ignoraba.

Viene a por ti, le sugirió una voz, que le instilaba el deseo ansioso de resolver el caso y alejarse de Roma lo más rápidamente posible.

Viene a por ti y tú no estás preparado.

Pero aquella voz vigilante se perdía en un mar de razonamientos contaminados por las mismas xilografías relacionadas con el crimen. En el mismo instante en que se había dado cuenta, Svampa había comprendido que ya era tarde para liberarse. La idea ya se le había metido en el cuerpo y no dejaría de perseguirlo hasta que consiguiera resolver el caso. A regañadientes, pues, aceptó que su mente catalogase en forma de letra parlante –con sus rebordes entintados y sus formas geométricas– a cada una de las personas implicadas. Rebiba, con su chillona *r* inicial, se había transformado en una rana aplastada bajo una prensa. Capiferro, en cambio, era un can o, mejor dicho, un *canis Domini* dominico, con tres cabezas a modo de Cerbero: una de expresión ambigua, la otra leal y la tercera –la del centro–, sarcástica.

El camino hacia el taller de Facciotto lo llevó hasta la subida del Monte Giordano, ofreciéndole una perspectiva del opulento edificio que en otros tiempos había pertenecido a la familia Orsini y, más recientemente, al cardenal Hipólito de Este, que lo había convertido en un refugio para poetas como Tasso. La calle no tardó en iniciar el descenso, quedando así oculta del sol, hasta que los edificios empezaron a ser más bajos y modestos, pegados hasta el punto casi de dar la sensación de que se sostenían unos a otros. Unos pocos pasos más allá, Svampa empezó a olfatear en el aire un efluvio de tinta que lo condujo hasta un edificio de ventanas cuadradas. Sobre la entrada, se veía un letrero que reproducía la marca tipográfica de la esperanza.

Tras entrar, le bastó una mirada para captar la diferencia respecto a los otros talleres que ya había visitado. Maese Facciotto hacía algo más que limitarse a imprimir libros y había extendido sus actividades al comercio de todo lo que producía. La estancia daba a una antecámara ocupada por un mostrador en el que se exponían hermosos volúmenes encuadernados y, sobre todo, páginas sueltas. Se trataba, en su mayoría, de frontispicios decorados según los gustos de la época, con delicadísimos grabados arquitectónicos realizados en rojo y negro. Los oropeles de las imágenes ocupaban las portadas hasta casi salirse de los márgenes, dejando el espacio justo para el título de la obra y el nombre del autor.

A la espera de que apareciese alguien, el inquisidor se dedicó a examinar el material expuesto: fue pasando revista a escudos de armas, viñetas y retratos de comisionistas, hasta que se topó con unos cuantos fascículos impresos a dos columnas, en caracteres entredós, con grandes letras capitulares impresas en los márgenes del texto.

—Tal vez —dijo una voz de acento piamontés— vuestra paternidad encuentre más de su agrado otra clase de composiciones.

El que había hablado era un hombre calvo y achaparrado, que llevaba un delantal cubierto de lamparones y salpicaduras de tinta. Había entrado por una portezuela que daba a la parte posterior del edificio, donde seguramente se encontraba el taller. Apoyó una mano sobre una pila de libros de formato mínimo y le ofreció uno al inquisidor.

Svampa lo observó de reojo y pasó las páginas de lo que, sin duda, era una obra devocional.

—Maese Guglielmo Facciotto —supongo.

—El mismo —respondió el hombre, con una servil inclinación—. ¿Me honráis con vuestra visita para una compra o para encargarme la impresión de un libro?

—Para verificar la calidad de vuestras obras, por así decirlo.

—¿Vuestra gracia conoce el oficio?

—Este y otros —fue la vaga respuesta de fray Girolamo—. Pero lo que hoy me interesa saber tiene que ver con vuestras letras parlantes.

El artesano pareció sorprendido.

—¿Os referís... a esas que estabais observando?

–Me refiero a todas las que obran en vuestro poder.

–¡Ah, queréis decir las matrices, entonces!

–Exactamente.

Facciotto soltó una risita.

–Bueno, reverendo padre, no pretendo ofenderos... pero en mi imprenta no se permite el acceso a cualquier curioso.

–Decidid vos –dijo Svampa, al tiempo que dejaba caer sobre el mostrador el libelo devocional que el impresor le había entregado momentos antes. Luego se volvió hacia él y le lanzó una imperiosa mirada–: ¿Preferís contentarme de inmediato o verme regresar dentro de una hora acompañado de los hombres armados del Santo Oficio?

–Virgen santa –se sobresaltó el tipógrafo–. ¿Qué queréis decir?

El inquisidor, sin embargo, ya había rodeado el mostrador.

–Que no he venido aquí para decir misa –sentenció, en tono seco.

13.

Maese Facciotto tenía miedo. Svampa lo percibió claramente y no le entusiasmaba mucho la idea, pues sabía lo contraproducente que podía resultar, durante el curso de una investigación, infundir más temor del estrictamente necesario. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Contuvo su lado agresivo para no empeorar la situación e invitó al artesano a indicarle el camino.

El taller, menos acogedor que la entrada, palpitaba bajo la tenue luz de las ocho lámparas de aceite que colgaban del techo. El techo en cuestión era bajo, sustentando por vigas, mientras que el suelo consistía en una capa de terracota ennegrecida tras años –o puede que siglos– de ires y venires. En el centro se hallaban dos prensas en las que trabajaban en ese momento varios mozos, entre ellos un prensista cuya tarea era girar el tornillo del tímpano para imprimir una imagen en papel. Nada más verlo, Svampa imaginó al capitán Spaventa en el momento de triturar del mismo modo el tronco de Rebiba. El consultor debía de haber sufrido las penas del infierno, mientras los huesos se le hacían trizas y las páginas metidas hasta la garganta le impedían gritar para desfogarse del dolor.

–Las miniaturas –dijo Facciotto con voz tensa, devolviendo al inquisidor a la realidad– están aquí.

Indicó un chibalete de madera de nogal apoyado contra una pared del fondo del taller, donde apenas llegaba la luz.

–Cuando decís «miniaturas» –quiso asegurarse Svampa–, ¿os referís a lo que os he pedido?

–Así es como se llaman las matrices de las iniciales adornadas, ya sean de madera o de metal.

–A mí me interesan las xilografías de madera –precisó Svampa–. Y, de esas, solo las que tienen figuras de animales.

El impresor abrió el cajón situado en lo alto del chibalete.

–Veamos –dijo–, aquí dentro hay un poco de todo, aunque esté desordenado. Almohadillas, orlas, frisos de estaño, estiletos... –Se secó la frente con una mano negra como el alquitrán, cerró el cajón y abrió el siguiente–. Aquí en cambio tenemos caracteres comunes, cursiva san agustín,* atanasia, redonda, entredós, gallarda y luego, a ver qué más tenemos por aquí –dijo, al tiempo que se inclinaba para abrir el tercer cajón–: Griego, hebreo, mayúsculas grandes de dos líneas y... ¡Ah! –suspiró–. Aquí están las figuras grabadas.

–Mostrádmelas –ordenó el inquisidor, al tiempo que señalaba la superficie del chibalete.

El hombre obedeció y empezó a ordenar las matrices bajo la atenta mirada del inquisidor. Parecían cubos, de un dedo de altura y medio de espesor, cada uno de ellos decorado en una de las caras con minuciosos grabados tallados con buriles, cuchillos pequeños o gurbias.

–Se inspiran en temas diversos –explicó el tipógrafo–. Flor de virtudes, las fábulas de Esopo, el *legendario* de las vírgenes, los *mirabilia*, los apóstoles, el jardín espiritual...

Fray Girolamo lo interrumpió.

–Solo las letras parlantes, ¿recordáis? Las que tienen figuras de animales.

–De acuerdo. –Movido por el deseo de complacer al inquisidor, Facciotto sacó de golpe el cajón y lo dejó caer con estruendo sobre la superficie del chibalete–. Vos mismo, reverendo padre.

Svampa procedió de inmediato a buscar las matrices contenidas en el cajón y las fue sacando una a una con la ayuda de un pañuelo, para no ensuciarse las manos. Estaban tan empapadas de grasa y tinta que prácticamente se confundían con la penumbra.

–Acercadme esa luz –dijo, al tiempo que señalaba un quinqué.

Una vez más, el artesano obedeció.

El inquisidor, pues, pudo proseguir su inspección: fue descartando matrices de leones, serpientes, lechuzas y docenas de bestias enroscadas en letras capitulares.

–¿Esto es todo? –preguntó, antes incluso de haber terminado.

–Con el debido respeto –replicó Facciotto, con un deje de orgullo en la voz–, a mí ya me parecen demasiadas.

–Lo que quiero decir –se corrigió el *commissarius*– es si hay otras desperdigadas por la imprenta.

El hombre echó un vistazo al contenido del cajón.

–Creo que no –respondió–, está el repertorio al completo.

En lugar de responder, fray Girolamo acercó al resplandor de la lámpara una *d* tras la cual, en un centelleo de escamas, se adivinaba un delfín montado por un amorcillo.

–Esta es parecida –murmuró, cada vez más concentrado– y, sin embargo...

–¿Puedo ayudaros?

–Sin embargo, es más elegante, está mejor tallada –prosiguió decepcionado, al parecer sin haber oído siquiera al impresor.

–Entonces, tal vez estéis buscando una imitación.

Svampa se volvió de golpe.

–¿Qué habéis dicho?

–Creo que no he entendido gran cosa –retrocedió el artesano–, pero por vuestras cavilaciones creo haber comprendido que buscáis una matriz similar a la *d* que tenéis entre los dedos, pero más tosca.

–Podría ser –respondió el inquisidor, al tiempo que observaba de nuevo el delfín–. En cualquier caso, me gustaría ver entera la serie a la cual pertenece esta matriz.

–Todas las piezas están aquí. –Más intrigado que atemorizado, Facciotto las recuperó del fondo del cajón y las dispuso en fila–. Veintiuna mayúsculas decoradas con figuras de animales. Constituyen uno de mis caballos de batalla, reverendo padre. Hace más de treinta años que las uso.

Svampa observó las matrices con atención.

–Reconozco la *a*, la *f* y la *c* –admitió–. Sí, son prácticamente idénticas a las que aparecen impresas en las páginas que obran en mi poder. Pero digo lo mismo que he dicho antes con la *d*: estas son más detalladas, más elegantes.

–Si vuestra paternidad tuviera la cortesía de mostrarme las páginas a las que se refiere –propuso el impresor–, tal vez yo pueda, cómo decirlo, orientaros en vuestra búsqueda.

Por su naturaleza intrínseca, fray Girolamo consideraba que el simple hecho de aceptar ayuda era una muestra de debilidad, por no decir de inferioridad. A pesar de ello, le pareció oportuno hacer una excepción. Se

guardó bien de precisar, sin embargo, que Facciotto se iba a meter en un buen lío en el caso de reconocer aquellas páginas.

–¿Os resultan familiares? –preguntó, al tiempo que le mostraba un par de páginas.

–En absoluto –respondió el artesano, tras un concienzudo examen–. Pero en lo que respecta a las mayúsculas con la xilografía zoomorfa, estáis absolutamente en lo cierto. Se parecen a mis matrices, pero son más toscas.

–¿Y?

–Y –meditó el hombre, mientras hacía un visible esfuerzo por recordar–, creo haber comprendido.

–Adelante, os escucho.

–Se trata de una imitación xilográfica que solía utilizar hace años, para no usar esas letras parlantes más refinadas a las que habéis echado un vistazo. En aquella época trabajaba en un pequeño taller del *rione* Borgo y para poder ir tirando, me dedicaba también a imprimir libros de más baja calidad.

–Si decís la verdad, ¡las matrices que estoy buscando son vuestras! –exclamó Svampa, con una mirada torva–. ¿Por qué, entonces, no se encuentran entre las que me habéis mostrado?

–Porque, a decir verdad –repuso Facciotto, sin saber cómo interpretar aquella repentina vehemencia–, me fueron robadas.

–Una excusa muy conveniente.

El hombre se encogió de espaldas.

–Eran matrices viejas, la verdad es que ya no me interesaban mucho. Por eso mismo..., cómo explicarlo..., dejé que se las quedara él, aquel aprovechado, sin hacer demasiadas preguntas. Aunque, en honor a la verdad, le habría bastado con pedírmelas amablemente y yo...

–¿Qué aprovechado?

–Manelfo Manelfi –dijo el artesano–, un antiguo aprendiz mío.

–¿Estáis seguro de que las cogió precisamente él?

–Pondría la mano en el fuego, reverendísimo.

–Manelfo Manelfi –dijo, paladeando el nombre como si el simple hecho de pronunciarlo pudiera evocar la presencia del hombre en cuestión–. ¿Dónde puedo encontrarlo?

–Hace ya algún tiempo que no trabaja en mi taller –le explicó Facciotto–.

Desde que desaparecieron las matrices, para ser más exacto. Ahora se gana la vida como prensista en el taller de Zannetti.

–¿El que está en la *via* del Arco camiliano?

–¿Acaso hay otro?

Svampa evitó hacer comentarios. Impartió una bendición tan veloz como rabiosa y se dirigió a grandes zancadas hacia la salida. Antes de cruzar la puerta, sin embargo, se volvió de repente y dijo:

–Maese Facciotto, espero que me hayáis contado la verdad. En caso contrario, os doy mi palabra de que yo personalmente os llevaré ante el torturador de la cárcel de Tor di Nona.

14.

Rione Pigna, Colegio Romano

Cagnolo había dormido mal y soñado aún peor. Nada grave, sin embargo, comparado con el hecho de haberse tenido que levantar para ir al Colegio Romano. Cuanto más lo pensaba, menos le gustaba aquella tarea. A su entender, Svampa tendría que habérsela encargado a algún dominico de Santa Maria sopra Minerva o tal vez a alguno de aquellos conversos siempre tan devotos y serviciales, lo cual le habría permitido a él concentrarse en la búsqueda de los rufianes –ya fueran españoles o sículos– aparecidos dos días antes justo enfrente de la sede jesuita. Sin duda, no le resultaría difícil encontrar pistas sobre ellos en calles y tabernas.

Pero en lugar de eso, allí estaba, en busca del profesorcillo para interrogarlo.

Antes de que el sol hubiera llegado muy alto, Cagnolo ya había cruzado la lengua de aguanieve mezclada con fango que cubría las calles del *rione* hasta la garita del colegio. El viejecito lunático ya no estaba. Su lugar lo ocupaba ahora un sacerdote alto y enjuto, que llevaba un vistoso cuello a la valona, de encaje.

–Señor mío –lo interrogó el sacerdote, al tiempo que lo observaba de pies a cabeza–, ¿estáis seguro de que no os habéis equivocado de dirección?

–Cumpló órdenes –respondió el mesnadero, al tiempo que le mostraba la nota que el magíster había escrito la noche anterior.

El religioso la leyó con expresión de incredulidad, para luego recitar:

–Tarquinio Galluzzi, *Renovación de la tragedia antigua*.

–¿Y eso qué significa? –le espetó Cagnolo.

–Significa –repuso el sacerdote–, que eso es lo que está escrito en la nota.

–Ah –improvisó el mesnadero, al tiempo que maldecía a Svampa desde lo

más profundo de su corazón—. Es el título de un libro.

–Menos mal que estáis vos aquí para aclarármelo, señor.

–No es para mí.

–Eso ya lo suponía.

–Lo necesita una importante eminencia –subrayó Cagnolo, para suavizar un poco la situación.

La respuesta del sacerdote fue una risita burlona.

–Importante eminencia o graciosa señoría, los libros del Colegio Romano no se prestan a la ligera.

–¿Ni siquiera al secretario del Índice? –respondió el mesnadero en el mismo tono.

Bastaron esas palabras para que el religioso palideciera de golpe.

–Queréis decir que..., ¿os envía su gracia ilustrísima, el padre Francesco Capiferro?

–En persona. Pero si no os basta mi palabra, siempre puedo volver para que me entregue un documento de petición formal, con su *sigillum bullarum, kalendas librorum, quibuscumque* y todo lo demás. Pero debéis saber que eso lo irritaría sobremanera.

–¡De ningún modo, Dios bendito! ¡Pasad, yo os acompaño!

El sacerdote del cuello de encaje se adentró por los pasillos del colegio, caminando ligero sobre sus piernas de cigüeña. Tras él, a unos pasos de distancia, Cagnolo estaba muy ocupado observando a su alrededor.

–El libro que ha solicitado el secretario –declamó el religioso, en tono melifluo– es, como poco, una obra iluminante. Exalta el teatro, especialmente el drama, rehuyendo los preceptos de Aristóteles.

–No pretendo privaros de esa iluminación –replicó el mesnadero, como de costumbre cuando oía mencionar a Aristóteles, Petrarca y otros nombres que olían a censura–, pero en estos tiempos que corren vive más el que permanece en la ignorancia.

–¿Pero qué estáis diciendo? –se exaltó el otro hombre–. ¡El analfabetismo es una plaga!

–Y también un escudo –añadió el mesnadero, al tiempo que se señalaba a

sí mismo a modo de ejemplo—. ¿Acaso se ha tachado de hereje a algún analfabeto?

El religioso, casi ofendido, desvió la mirada y siguió caminando con la nariz bien alta, sin dignarse siquiera a volver a dirigirle la palabra. Se adentró por un sendero cubierto que se dirigía hacia el ala sur del edificio y luego giró a la izquierda, en dirección a una puerta de doble hoja.

—Aquí es donde se guardan los libros de teatro —explicó al fin—. Esperad un momento y podréis...

Se detuvo para echar un vistazo a su espalda.

—¿Señor? —llamó, al darse cuenta de repente de que estaba solo. Dirigió la mirada hacia el fondo del pasillo, bastante extrañado—. ¿Señor, os habéis rezagado?

La única respuesta fue la que obtuvo del aire.

15.

El padre Carmelo iba pasando las cuentas del rosario con una sola mano, mientras con la otra se sujetaba la cataplasma de achicoria aplicada sobre el ojo derecho. Los pinchazos de dolor eran a duras penas soportables, como los que notaba en la espalda y en el costado. A decir verdad, le costaba creer que hubiera sobrevivido a tantos golpes y hasta se había preguntado, en un momento de frivolidad, si acaso el Señor no le habría concedido también a él el milagroso temple que la tradición atribuía a los santos mártires. En aquel momento, en su pequeña celda del Colegio Romano, imploraba a la Virgen que le perdonara aquel pueril pecado de soberbia.

No conseguía, sin embargo, alcanzar el recogimiento que acompañaba a las plegarias. Y el motivo no era tanto el dolor, como la preocupación de que el ojo tardase mucho en deshincharse. Dentro de una semana tenía que interpretar el papel principal en una importante representación dedicada a la Navidad y temía que el maquillaje no fuera suficiente para disimular aquel desastre.

Ay, Virgen Santa, otra vez la vanidad.

Por otro lado, ¿qué podía hacer? Su alma solo le pertenecía a medias a la Compañía de Jesús. La otra mitad le pertenecía al arte, al teatro. Había existido una época de su juventud, cuando vivía en Sicilia, durante la que había acariciado el sueño de convertirse en poeta o músico. Pero luego..., Roma y sus dramas sacros, el *Crispus* de Stefonio, la tragicomedia y el melodrama, lo habían fascinado hasta el punto de encaminarlo hacia aquel «recitar cantando» que encajaba a la perfección con alguien como él, de cuerpo gallardo y rostro apuesto. Así pues, por muy sacerdote que fuera, casi se le permitía una pizca de narcisismo.

Recitó el último avemaría, se quitó la cataplasma y, cuando se disponía a sumergirla de nuevo en la jofaina, un chirrido a su espalda lo advirtió de la presencia de un hombre que estaba cruzando la entrada a hurtadillas. La

imagen del sombrero de fieltro y de la espada evocó en un abrir y cerrar de ojos el recuerdo de la agresión sufrida, arrancándole un grito de terror.

Cagnolo se abalanzó inmediatamente sobre él, dispuesto a taparle la boca.

–Tranquilo, padre, por caridad –lo tranquilizó con un susurro–, no he venido para haceros daño. –Con la mano, sin embargo, le tapaba la boca–. ¿Sois el padre Carmelo? –preguntó, para cerciorarse–. ¿El que recibió una paliza?

Esperó un gesto de asentimiento y luego soltó la presa. El religioso retrocedió, temblando.

–¿Quién..., quién sois?

–Me envía la Madre Iglesia –respondió el mesnadero, con una respuesta vaga y, al mismo tiempo, tranquilizadora– para aclarar el incidente que os ha tocado en suerte vivir.

–¿Incidente? –repitió el otro, al tiempo que se señalaba el rostro desfigurado–. Calamidad, querréis decir.

–Un ultraje imperdonable –lo apoyó Cagnolo, poniendo énfasis en sus palabras.

–¿Y el susto? ¿Qué me decís del susto?

–Ah, sin duda habrá sido un buen sobresalto.

Pero el padre Carmelo, que aún titubeaba, lanzó una suspicaz ojeada hacia la puerta, que había quedado entreabierta.

–¿Por qué os habéis presentado aquí con tanto secretismo?

–Cuando se indaga –respondió el mesnadero–, siempre es mejor moverse entre las sombras.

–Hubiera preferido una entrevista formal.

–Y yo nacer hijo de banquero –lo interrumpió Cagnolo–. Y ahora, contadme qué ocurrió, para que pueda hacerse justicia. Decidme qué recordáis de aquel desagradable encuentro.

El religioso dejó escapar un suspiro, recogió la cataplasma y se la volvió a aplicar sobre la excrecencia cárdena que ocupaba el lugar del ojo.

–Una tragedia, señor mío.

–Lo imagino, pero no del todo.

–Eran tres y todos llevaban capa y espada –empezó a contar–. Me esperaban no muy lejos del palacio Barbo, mirando hacia la iglesia del Gesù.

Veréis, yo salía de misa y al darme cuenta de que aquellos rufianes me pisaban los talones, me sentí tentado de pedirles explicaciones. Sin embargo, su aire amenazador me impulsó a acelerar el paso, o a echar a correr más bien, por la *via* del Corso hasta llegar al Colegio. Fue entonces cuando se me echaron encima, los tres a la vez, sin motivo alguno. Y luego, ay Virgen Santa...

–Los golpes.

–Sí, señor mío. Bofetadas, puñetazos, patadas y todo lo que os podáis imaginar. Durante un segundo, creí que no lo contaba.

A juzgar por aquel rostro amoratado, Cagnolo no dudó de que el padre decía la verdad.

–¿Os dijeron algo?

–Algunas palabras en castellano. Insultos, sobre todo, que no llegué a entender.

–¿En lengua castellana? ¿Estáis seguro?

–Sí, ¿por qué?

–Según se comenta por ahí, puede que aquellos matones procedieran de Nápoles.

El religioso soltó una risita.

–Bueno, creo que no me equivoco al afirmar que en Nápoles, como en todo el virreinato, residen bastantes españoles.

El mesnadero asintió apresuradamente, con la esperanza de dar por concluida aquella conversación antes de que el sacerdote con el cuello de encaje descubriese dónde se había metido.

–¿Tenéis idea de los motivos por los que os han agredido?

–No hago otra cosa que preguntármelo –respondió el padre Carmelo–. Mirad..., llevo una vida sencilla, no hago daño ni molesto a nadie. Divido mi tiempo entre la plegaria y el teatro: interpreto y doy clase por encargo de la Compañía de Jesús.

–¿Y en el ámbito teatral, tenéis algún enemigo?

–Al contrario, puedo jactarme de ser muy querido por el público y muy apreciado por los discípulos a los que doy clase.

–Pero algo tendréis que haber hecho para recibir una tunda como esa –le

respondió Cagnolo—. Una ofensa indirecta, una afrenta cometida sin querer... Ya sabéis cómo son las cosas, la gente se exalta por cualquier nadería.

El padre Carmelo se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que vos —se apresuró a decir, para después quedarse pensativo—. Aunque sí que tuve un presagio.

—¿Cuál?

—Que se habían equivocado.

El mesnadero se le acercó.

—¿Y qué os hizo pensar tal cosa?

—En un determinado momento —se explicó el religioso—, dio la sensación de que se habían equivocado de persona. Uno de ellos me observó de cerca, luego farfulló algo dirigiéndose a los otros y los convenció para alejarse de allí y dejarme agonizando sobre la nieve.

—¿Y no recordáis nada más?

—Eso es todo, señor mío.

Cagnolo lo observó un instante, como si quisiera asegurarse de que le había contado toda la verdad, luego asintió y solicitó licencia para marcharse.

—¿Alguno de esos individuos —preguntó, cuando ya se alejaba— llevaba por casualidad una máscara?

—No, señor.

—Y decidme... ¿Alguno de ellos mencionó el nombre del capitán Spaventa?

El padre Carmelo se quedó perplejo.

—El único capitán Spaventa que me viene ahora a la memoria —respondió— es el de la famosa comedia de Andreini.

—Gracias de todas formas —resopló el mesnadero.

Y, tras echar una ojeada al otro lado de la puerta, se escabulló sin despedirse siquiera.

16.

En lugar de volver a Santa Maria sopra Minerva para comer con el resto de los hermanos, Svampa prefirió mordisquear un pan de centeno comprado a un panadero en el *rione* Ponte, para no tener así que interrumpir su paseo hasta el *borgo* de San Pedro. El aire era menos cortante y se insinuaba, casi juguetón, entre los pliegues de su capa, mientras la luz concedía matices ambarinos a callejuelas y casuchas, dándoles así un hermoso aspecto. Fray Girolamo sabía muy bien que solo se trataba de una ilusión, pero no consiguió resistirse al encanto de aquel solitario paseo, tan parecido a un estado de contemplación, por mucho que la Navidad ya tan cercana y la proximidad del año santo atrajesen hordas de peregrinos a Roma. Un milagro, en pocas palabras.

Comprendió que ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que había experimentado una relajación parecida del espíritu y le dio las gracias al Padre Eterno. En la monotonía del claustro, era habitual volverse insensible a aquella clase de cosas y acabar sintiéndose estéril, sin objeto en la vida. Y eso, para Svampa, representaba la peor de las pesadillas. Motivo por el cual había aprendido a llevar una vida cuyos días eran siempre iguales, repetitivos, una existencia propia hecha de proyectos, estrategias y batallas secretas. Y allí, precisamente, había podido crecer el niño llegado desde Venecia, sin que nadie le mellara el temple. Y, también allí, la rabia se había convertido en deseo de venganza.

Aquel recuerdo destruyó el encanto y le mostró el antiguo mal que anidaba bajo la ilusión. Y mientras aceleraba más y más el paso, mientras cruzaba el *ponte* Elio y la puerta de las murallas leoninas, su mente empezó a trabajar de nuevo con el cincel. Manelfo Manelfi, las matrices de las letras parlantes y su relación con la muerte de Rebiba ahondaban en un secreto del cual –a Svampa no le cabía duda– apenas había empezado a rascar la superficie.

Se encontró de repente bordeando el palacio del Santo Oficio, tan absorto

en sus propias cavilaciones que tropezó con un anciano fraile que en ese momento salía del portón blindado.

El pobre infeliz cayó de espaldas, los anteojos que llevaba saltaron por los aires y la barba blanca se le erizó como si fuera la cola de un lobo. Fue necesaria la intervención de un guardia para ayudarlo a ponerse en pie de nuevo, tras lo cual Svampa –más molesto que compungido–, se excusó y prosiguió su camino hacia el lado sur de las murallas.

Allí, precisamente, se alzaba el cuartel, al abrigo de la puerta fortificada cuyo nombre llevaba. Parte del edificio se fundía con el adyacente palacio del Santo Oficio, si bien conservaba su aspecto de marcial coherencia. En la parte alta de la fachada, justo por encima de una entrada de severas formas geométricas, se veían los escudos de armas de los distintos destacamentos de soldados de caballería y lanceros, cada uno de los cuales se subdividía en compañías de un centenar de soldados a las órdenes de un capitán.

A pocos pasos de la entrada, fray Girolamo se fijó en un soldado a caballo, armado con pistola y espada. Más que su juventud, era la armadura –sin ristre y provista de sencillas escarcelas– la que denotaba que se trataba de un soldado de rango inferior.

–Soldado –dijo, aproximándose a él–, necesito los servicios de vuestro destacamento.

El soldado, que hasta ese momento no había reparado en su presencia, se volvió de golpe al tiempo que levantaba la visera de su celada.

–Reverendo padre –dijo–. ¿Os envía el Palacio Apostólico?

–La Inquisición.

–¿En nombre de qué purpurado?

–Nada de cardenales –precisó Svampa, al tiempo que le mostraba el sello del mandato de *commissarius*.

El soldado abrió unos ojos como platos.

–Os pido disculpas, no imaginaba que...

El inquisidor lo mandó callar con un gesto indulgente. Aunque deploraba la pobreza intelectual de los hombres de armas, los consideraba en general más útiles y menos molestos que ciertos prelados engreídos. Su código de conducta, sumado a la obligación de cumplir servilmente las órdenes que

recibían, los convertía en máquinas, cosa que hacía fácil predecir sus movimientos e intuir sus objetivos.

–¿Tenéis buena memoria? –quiso saber el inquisidor.

–No me quejo, vuestra gracia.

–Entonces escuchad con atención, ya que seréis vos quien traslade mis órdenes a vuestro capitán.

El soldado asintió.

–Pues bien –prosiguió fray Girolamo–, necesito cuatro arcabuceros a caballo.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo.

–¿Misión?

–Dos de ellos tendrán que encontrar y arrestar a un hombre –respondió el inquisidor, mientras repasaba mentalmente las declaraciones de Facciotto–. Se llama Manelfo Manelfi y trabaja como prensista en la imprenta Zannetti, en el *rione* Pigna. Que descubran dónde vive, le pongan los cepos y lo escolten hasta Tor di Nona.

–¿No sería mejor la cárcel de Sant’Angelo? –propuso el soldado–. Tor di Nona está medio en ruinas, es poco adecuada para un religioso honrado con vuestra autoridad.

–La cárcel de Tor di Nona es perfecta –insistió Svampa, con una sonrisa misteriosa.

–De acuerdo. ¿Y los otros dos arcabuceros?

–Esos, para mi escolta personal.

17.

Cagnolo salió del Colegio sin dejarse ver, pero a pesar de aquel golpe maestro, estaba muy lejos de sentirse como un zorro. La historia que le había contado el profesorcillo, es decir, el padre Carmelo, solo había servido para remarcar lo obvio y para poner en tela de juicio las pocas certidumbres de las que hasta ese momento disponía. En resumen, una pista perdida. Los agresores españoles, al parecer, se habían equivocado de persona. Mejor sería comunicárselo a Svampa y soportar una reprimenda más.

Atravesó la plaza a la que daba la sede jesuita y se dirigió a Santa Maria sopra Minerva. Estaba pensando en hacer una parada para comer algo cuando, con un repentino estruendo, un disparo le pasó silbando justo por encima de la cabeza y le hizo volar el sombrero.

El mesnadero se lanzó al suelo, bocabajo, mientras maldecía entre dientes y echaba un vistazo a su alrededor. Durante un segundo, se vio a sí mismo de nuevo en el campo de batalla, entre el estruendo de los arcabuces bohemios y los gritos del mariscal de campo, el excelentísimo conde de Tilly, que mandaba al ataque sus tropas febriles a causa del tifus. Momentos después, la desbandada general y el frío de la nieve lo devolvieron a la calle, en busca del bellaco que por muy poco no le había volado la tapa de los sesos.

–Dónde estás –rechinó entre dientes, rabioso.

Enseguida descubrió la silueta de un hombre con una pistola, en la entrada de una callejuela. Por sus apresurados movimientos, parecía estar buscando pólvora en una bandolera. Cagnolo se puso en pie de un salto y echó a correr hacia él, para no darle tiempo a recargar su arma.

El tirador comprendió la maniobra y, tras vacilar un instante entre disparar o darse a la fuga, se decantó por la segunda opción. Huyó, pues, adentrándose en una maraña de edificios en la que era fácil perderle la pista, pero el mesnadero avanzó con la suficiente rapidez como para verlo entrar en la *via* del Cacco, hacia Santo Stefano, el monasterio de los monjes silvestrinos.

–¡Quieto! –gritó con vehemencia.

El fugitivo prosiguió su carrera y entró en un zaguán que los condujo a ambos a un pequeño patio cerrado.

Cagnolo aprovechó el momento para recuperar el aliento y se detuvo ante aquel hijo de perra que se había metido él solito en una trampa. Moreno y de estatura media, llevaba una capa negra que apenas disimulaba un cinturón, del cual colgaban una pistola y una daga. El sombrero era de ala ancha, también negro, decorado con vistosos penachos que le caían a un lado.

Solo le faltaba la máscara de larga nariz.

–Y bien, amigo –dijo el mesnadero, al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor, como si quisiera aludir al silencio sepulcral que los envolvía–, os corresponde a vos decidir si me ofrecéis una explicación o la oportunidad de una reparación. Y, para que os quede claro, una cosa no excluye la otra.

El desconocido se limitó a observarlo de reajo, con una expresión desafiante.

Fue entonces cuando Cagnolo captó un movimiento a su espalda y, al volverse, vio a otros dos matones que en ese momento salían del mismo zaguán por el cual había entrado él. Una emboscada, se dijo, temiendo verse atrapado. Concentró su atención en el más alto de los recién llegados, que sin duda era el jefe. También vestido de negro, la espada le levantaba la capa por detrás, como si fuera la cola de un gallo. Una cicatriz oblicua le surcaba el rostro, desde la sien derecha hasta la quijada izquierda.

Los dos compadres se detuvieron ante la única vía de huida, con los brazos cruzados. Finalmente, el de la cara marcada le hizo un gesto al tercer hombre, que seguía esperando en el lado opuesto del patio.

Fue suficiente para que Cagnolo intuyera de qué lado le iba a llegar el primer ataque. En un abrir y cerrar de ojos, el hombre al que había seguido hasta allí adoptó una posición de combate y dejó al descubierto la cazoleta de su espada. Por toda respuesta, el mesnadero desenfundó su espada ropera mientras empuñaba con la izquierda la pequeña daga que llevaba sujeta a la espalda.

Apenas tuvo tiempo de levantar la guardia, pues enseguida se vio obligado a defenderse de una serie de tomas de hierro, cada una más audaz que la anterior, a las que puso fin buscando la estocada. El enemigo se distanció y se

concedió una pausa, mientras caminaba pegado a un muro con la hoja extendida hacia delante.

–Vamos, canalla, ¿tienes miedo? –lo azuzó el mesnadero, al tiempo que señalaba con gesto burlón el penacho que su enemigo lucía sobre el sombrero–. ¿O es que esas plumas de capón no te dejan ver?

Con un grito ahogado, el rival se precipitó hacia él, al tiempo que lanzaba una estocada. Cagnolo la desvió con el guardamanos de la daga y anticipó un segundo ataque, lanzando un tajo que le rasgó el muslo izquierdo a su enemigo.

El grito de dolor del matón le resonaba aún en los oídos cuando se dio cuenta de que el segundo de los compadres se disponía a atacar. Giró sobre sí mismo, con la ropera empuñada, convencido de que tendría que enfrentarse al hombre de la cicatriz. En cambio, se encontró ante el tipo más bajo y achaparrado, armado como él con espada y hierro corto.

Se produjo entonces un feroz intercambio de golpes, acompañado desde ambas partes por resoplidos e imprecaciones. El hombre de la cara desfigurada se limitó de nuevo a observar, inmóvil, casi como si creyera que no valía la pena esforzarse.

Por lo demás, Cagnolo tuvo que admitir que el segundo patán era hábil. Buscaba continuamente el juego corto, el muy hijo de puta, y le trababa la espada con una curiosa daga provista de dientes de presa similares a los brazos de un compás. El mesnadero solo podía responder con estoques, con el objeto de distanciar lo bastante a su enemigo como para abrirse paso hasta su pecho o su cara.

Mientras tanto, el enemigo herido había apoyado la espalda en el muro y se sujetaba con ambas manos el muslo, del cual brotaba sangre que iba tiñendo de rojo la aguanieve. De vez en cuando, Cagnolo le lanzaba una ojeada, solo para asegurarse de que no lo pelaran de un disparo.

Por otro lado, pensó, ¿para qué esforzarse tanto? ¿Acaso creía que iba a poder derrotar a tres rivales como aquellos? Aquellos bellacos eran hábiles y, desde luego, no se andaban con chiquitas. Cuando uno de ellos desfalleciera, otro lo sustituiría, asalto tras asalto, en un inacabable alternarse que tarde o temprano lo dejaría a él exhausto.

La idea de la muerte evocó el recuerdo de su hija Matilde, encerrada en un

convento de monjas de clausura para huir de las penas de amor. Solo de pensar que iba a dejarla sola en el mundo, sintió un dolor atroz.

Un centelleo metálico lo devolvió de nuevo al duelo. Bloqueó la espada enemiga y opuso resistencia en una prolongada trabazón, hasta que reunió fuerzas para empujar hacia atrás a su rival, el cual cayó casi con los pies en alto. Aprovechando el momento, dio un paso al frente y lo remató con una doble estocada, clavándole en la carne espada y daga.

–¡Puerco!* –oyó a su espalda.

Le dio las gracias al tirador herido, pues con aquel insulto lo había advertido del peligro. Tras extraer las hojas ensangrentadas, Cagnolo se volvió justo a tiempo de ver la pistola que lo apuntaba y de agacharse para esquivar el disparo.

El estruendo de la detonación hendió el aire y, antes incluso de que se apagara, dio paso a los gritos de alarma procedentes de las calles vecinas.

–¡A los esbirros! –gritó alguien–. Que se matan, ¡llamad a los esbirros!

El mesnadero comprendió entonces que estaba a salvo.

Con una silenciosa expresión de ira, el hombre de la cara marcada levantó del suelo a su compañero medio muerto y lo sacó de allí, al amparo de las sombras del zaguán. Tras ellos, con la pistola aún humeante en alto como si fuera una advertencia, renqueaba el tercero.

Sin dejar de empuñar las armas, el mesnadero esperó a que desaparecieran en la oscuridad. Luego se persignó y echó una ojeada a las manchas que había dejado la sangre caída sobre la nieve.

Mientras tanto, los gritos se acercaban cada vez más y él, que no sentía deseos de dar explicaciones a las autoridades ni menos aún de sacar a la luz el nombre de Svampa, decidió ahuecar el ala.

Tras enfundar de nuevo las armas, se marchó a paso ligero por el mismo lugar por el que había llegado.

Y, mientras se preguntaba por los motivos de aquel misterioso ataque, esperó al menos poder recuperar su sombrero.

18.

La parte de Parione que se extendía hacia el sur, hacia el *rione* Renula, se encontraba entre las más pobladas y míseras de Roma. A pesar de los muchos edificios ilustres que allí se alzaban, entre ellos la cancillería y los bancos de crédito, las calles carecían de empedrado. Una espesa capa de barro cubría todo el recorrido entre Campo de' Fiori y San Pantaleo degli Scolopi lo cual hacía imposible avanzar sin ensuciarse el hábito y los pies. Por ese mismo motivo, Svampa había exigido –además de la escolta de dos soldados de caballería– una montura para él, de modo que no tuviera que hundir los zapatos en aquella capa de estiércol y aguanieve. Montar a caballo le permitía, por otro lado, elevarse por encima del populacho que llenaba aquella maraña de calles, manteniéndose a salvo de garrapatas y *grancette*.* Los arcabuceros que lo escoltaban, por otro lado, no resultaban lo bastante disuasorios como para detener a miserables y ladrones, algunos de los cuales se ocultaban en los espacios vacíos entre viviendas, en cuchitriles generosamente descritos como «habitaciones». Así pues, dejó atrás con escaso alivio a dos infelices puestos en berlina y encadenados a una columna con varias argollas. Por mucho que el papa Sixto V deplorase la escoria de Roma, se propagaba en el nuevo siglo junto a la pobreza y a la crisis del sur, agravada por el dominio español.

Llegó al poco a *piazza* Pollaroli, invadida por el hedor de las mismas mercancías que le daban nombre.* De las jaulas de aves, apiladas a decenas a lo largo de todo el perímetro, surgía un incesante cacareo que se confundía con el murmullo de la gente.

Impaciente por alejarse de aquella grotesca Babel, Svampa azuzó a su corcel y se abrió paso entre la gente, despejando así el camino hasta un caserón situado junto a una iglesia. Tras desmontar de su silla, ató las riendas del caballo a una anilla clavada en el muro.

–Vosotros esperadme aquí –ordenó a los soldados de caballería–, hasta que

os haga una señal.

Cruzó un portón medio abierto y se adentró en el edificio. El olor a rancio y a muebles viejos lo agredió al instante. Sintió el impulso de utilizar las puntas de la capucha para taparse la nariz, pero en el último momento le pareció mejor acostumbrarse a aquel tufillo y prepararse para el encuentro que lo esperaba en lo alto de una escalinata que llevaba a la planta superior. No tenía ni idea de quién era el padre Orazio Piuma, ni de cómo iba a reaccionar al hallarse en presencia de un inquisidor.

Se detuvo ante una puerta y llamó con la aldaba. Le abrió el hombre de aspecto más grotesco que jamás hubiera visto. Más alto que la media, de anchos hombros y abultado vientre, lucía unos bigotes y un entrecejo tan poblados que los jilgueros hubieran podido posarse en ellos sin demasiados problemas. Era la nariz, sin embargo, lo que más llamaba la atención. Larga y rojiza como una zanahoria, revelaba una clara inclinación al bebercio.

–¿Quién llama? –preguntó, medio distraído, aquel individuo. Un instante después, se sobresaltó al reconocer el hábito dominico–. ¡Oh, qué gran honor! –exclamó–. Un *frater praedicator*.

–El padre Orazio Piuma, supongo –dijo Svampa.

Tras presentarse simplemente como fray Girolamo, entró en la estancia. Le bastó un simple vistazo al interior para concluir que se trataba de un espacio bastante lúgubre, de ventanas selladas y paredes junto a las que se amontonaban los libros.

–Me envía fray Pietro Rebiba –mintió.

El padre servita lo observó con curiosidad.

–¿Vos también pertenecéis al convento de Santa Maria sopra Minerva? –preguntó–. No creo haberos visto nunca.

–Hace poco que he llegado a Roma.

–Ah, eso lo explica todo... ¿Os apetece beber algo? Tengo un excelente rosolí, si lo deseáis.

–Preferiría desentrañar antes la cuestión.

–Como queráis. –Piuma le indicó un sillón forrado–. Acomodaos.

El inquisidor declinó la oferta, dando así a entender que prefería quedarse en pie para examinar los volúmenes que llenaban los estantes. Por otro lado,

cualquier excusa le parecía buena, con tal de no tener que sentarse en aquel mueble que olía a moho.

–Así pues –prosiguió el servita–, os envía fray Rebiba.

Svampa asintió.

–¿No os ha advertido de mi visita?

–Si os he de ser sincero, hace una semana, o tal vez dos, que no hablo con él... Ya sabéis cómo son estas cosas: el estudio –dijo, al tiempo que indicaba con un gesto una mesita semienterrada bajo montones de papeles– me absorbe hasta el punto de alterar mi percepción del paso del tiempo.

–Y en ese lapso de tiempo tan poco concreto –prosiguió el inquisidor–, ¿os habéis comunicado con él de algún otro modo? Cartas, mensajes...

Piuma se rascó la descomunal nariz.

–No, padre.

–¿Ni siquiera habéis recibido una carta suya en las horas recientes?

–No –repitió el servita, cada vez más cauteloso.

Más y más interesado por momentos en el contenido de los estantes, Svampa pasó por alto el cambio en el tono de su interlocutor. Concentró toda su atención en una edición del *Daemonolatreiae libri*, de Nicolas Rémy, junto al cual se encontraba un ejemplar del *Tractatus de haereticis et sortilegiis*, de Paolo Grillando. Los autores de aquellas obras, que él mismo había estudiado, eran inquisidores, además de cazadores de brujas.

–Y bien, padre Orazio –dijo, dignándose a dirigirle una mirada a su anfitrión–, he venido para informaros de que Rebiba me ha permitido analizar vuestro manuscrito en espera de publicación.

Piuma ensombreció el rostro.

–Entonces, ¿vos también sois un consultor?

Svampa se encogió de hombros.

–Sí, en cierta manera, aunque mi aproximación a la censura es más..., cómo decirlo..., más drástica, eso es.

Por toda respuesta, el servita cogió la botella de rosolí que se encontraba en el otro extremo de la habitación. Se la mostró a Svampa, que volvió a declinar la oferta, y luego llenó un vaso.

–¿Y qué os ha parecido? –preguntó, al tiempo que bebía un trago.

–¿El qué?

–Mi manuscrito.

–Ah, sí –murmuró el inquisidor, que ya estaba observando de nuevo la librería–, hablábamos del manuscrito. –A decir verdad, si Piuma se hubiese sumido en un profundo sueño le habría hecho un enorme favor. El registro de aquella estancia era más que suficiente para determinar el grado de implicación del religioso–. Una lectura muy sugerente, la del tal Faustus –dijo, fingiendo admiración–, aunque en algunos momentos me han quedado algunas dudas acerca de la fidelidad de vuestra traducción respecto al original en lengua germánica.

–La fidelidad es absoluta –le aseguró el servita, al tiempo que vaciaba el vaso.

–Deduzco, pues, que habéis trabajado de común acuerdo con el autor.

–¿Os referís a Faustus? –sonrió–. No he tenido nunca el privilegio de conocerlo, padre. Me limité a dar con su obra, una espléndida edición impresa en Augsburgo, tras lo cual no pude resistirme a la tentación de traducirla al latín.

–Ah, ahora me habéis picado la curiosidad –le siguió la corriente el *commissarius*–. Me gustaría mucho ver el libro original.

–Y a mí satisfacer vuestro deseo, si pudiese.

–No me digáis que ya lo habéis cedido.

–Extraviado, más bien –precisó Piuma–, en una de las muchas bibliotecas que he frecuentado en los últimos meses. Veréis..., lo llevaba siempre encima para comparar el texto en alemán y mi versión latina con tratados de temática similar y... En fin, ya sabéis cómo son estas cosas. Habrá acabado por error en quién sabe qué estantería y creo que recuperarlo va a ser una empresa bastante ardua. Da igual, en estos momentos lo único que tenemos es mi traducción manuscrita.

–Lo lamento –siguió disimulando Svampa, mientras se disponía a tender su trampa–. Debo confesar, sin embargo, que me sorprende que hayáis consultado libros en otros lugares. Vuestra biblioteca privada está increíblemente bien provista. Mientras leía al azar algunos de los títulos, no he podido dejar de notar que tenéis tanto interés como Rebiba en la brujería y el culto al Maligno.

–Lo de Rebiba no es más que curiosidad de principiantes –le restó

importancia Piuma, para atribuirse todo el mérito—. Como seguramente sabéis, él es más bien un lector de tratados jurídicos. Si se ha jactado de sus conocimientos en temas relacionados con lo sobrenatural, supongo que será porque yo mismo le regalé algunos libros.

El inquisidor frunció el ceño.

—¿No son libros perniciosos, si se malinterpretan?

—¡Desde luego que no! —protestó el servita, orgulloso de su propia erudición—. Se trata de textos de hombres de Iglesia, entre ellos muchos frailes dominicos.

Como si quisiera probar sus afirmaciones, cogió de una estantería un volumen elegantemente encuadernado y le mostró el frontispicio.

Fray Girolamo reconoció el quinto libro del *Formicarius* de Johannes Nider, un hermano alemán que había vivido dos siglos antes. Era un tratado dedicado a los engaños del Maligno, repleto de referencias, al que había recurrido incluso el autor del célebre *Malleus maleficarum*.

—Por lo que parece, no os falta nada —dijo Svampa—. Vuestros conocimientos sobre doctrinas demonológicas deben de ser profundísimos.

Piuma hinchó el pecho, como si fuera un gallo.

—¿Acaso mi versión latina de Faustus no es prueba suficiente?

—Y, sin embargo —objetó Svampa de repente—, se aleja bastante de las ilustres obras que ocupan vuestras estanterías. No enseña a luchar contra el demonio, sino a invocarlo.

—¿Acaso no hay que conocer al demonio para poder luchar contra él? —se defendió el servita.

El inquisidor, sin embargo, ya estaba en pie de guerra.

—Eso es absurdo —lo reprendió, bajándole los humos—. Sería como sostener que beber vino en exceso ayuda al hombre a mantenerse sobrio.

—Habéis tergiversado el objeto de la obra —dijo Piuma, tratando de remediar la situación. Una expresión de alarma apareció en su rostro—. Los símbolos y fórmulas de invocación recogidos por Faustus, y por mí traducidos, no tienen por objeto establecer una relación con los espíritus malignos, sino que pretenden demostrar que todo eso no es más que fruto de la superstición. El objetivo, en resumen, es dejar claro que las prácticas de brujería son, además de fútiles, ineficaces.

–Habláis como si lo hubierais comprobado en persona.

–¿Y si así fuese? –estalló el servita–. No son más que fetiches y patrañas. Las mujercuelas que recurren a esas cosas simplemente se engañan acerca de su eficacia; la única experiencia que tienen con el diablo está en su fantasía. Las brujas que tanto tememos no existen, mi querido padre. No son más que pueblerinas frustradas e ignorantes, víctimas de sus propias ilusiones.

Lejos de bajar la guardia, Svampa indicó los libros de los estantes.

–Y, sin embargo, aquí tenéis libros de autoridades en la materia que sostienen lo contrario. Martín Delrío, Henri Bougnet, Pierre de Lancre... Todos ellos escritores convencidos de que tanto las brujas como sus poderes existen de verdad, y que hay que temerlas. Así pues..., ¿de dónde salen vuestras convicciones?

Piuma, encolerizado, apartó un montón de papeles y cogió un libro.

–Leed vos mismo –dijo, al tiempo que se lo entregaba.

El inquisidor lo abrió por la primera página.

–*De l'imposture et tromperie des diables* –dijo, leyendo el título–, escrito por un tal Wierus. Edición de 1567, de una imprenta parisina.

–Autor holandés –añadió el servita, con la expresión de quien arroja la mano ganadora en la mesa de juego–. La *editio princeps* se remonta a cuatro años antes y se imprimió en Basilea. Wierus, que en realidad era médico, comparó la condición de bruja a la «melancolía» o, dicho de otro modo, a un estado de sonambulismo visionario. Los prodigios que esas mujeres creen presenciar se producen en realidad durante un delirio obsesivo inducido por ciertas hierbas narcóticas.

–¿Y vuestro Faustus expone teorías similares? –preguntó fray Girolamo.

Luego, sin esperar respuesta, se dirigió hacia una de las ventanas selladas y la abrió de par en par. La luz inundó de repente la estancia, acompañada de la algarabía procedente de la *piazza* Pollaroli.

Cada vez más desconcertado, el servita observó al inquisidor, que en ese momento se asomaba y miraba hacia abajo, como si buscara algo en el bullicio del mercado.

–No lo afirma explícitamente, pero...

–Pero –dijo el inquisidor, agitando una mano fuera de la ventana–. Pero vos lo defendéis. Es más, divulgáis sus doctrinas.

–¡Porque la obra de Faustus es edificante! –se obstinó Piuma–. Y Rebiba pensó exactamente lo mismo que...

–¡Rebiba murió anoche, poco después de haber vendido su alma al diablo! –lo interrumpió fray Girolamo. Ignorando el desconcierto que aquella revelación había causado en Piuma, el inquisidor se acercó a él y le clavó un dedo en el pecho–. Un diablo que compró su favor como consultor, a cambio de unas cuantas monedas y, tal vez, algún que otro halago.

El servita se vio empujado hacia atrás. Abrió mucho los ojos, casi sin aliento.

–Pero..., ¡pero es terrible! ¡Absurdo! No lo sabía... ¿No pensaréis, verdad, que yo pueda haber...?

–En lo que a vos respecta –prosiguió Svampa, sin dejar de inclinarse sobre él–, aquí estáis, *in flagranti crimine*, mientras tratáis de engañarme a mí, precisamente, un hermano de santo Domingo, miembro del Santo Oficio, ofreciéndome los escritos del tal Wierus. ¿De verdad creíais que no lo conozco, padre Orazio? Se trata de Juan Wiero, discípulo del tristemente célebre Agripa de Nettesheim, príncipe de los magos negros y autor además de *De occulta philosophia*. ¡Y es precisamente un libro de esa índole, una nueva filosofía oculta, el que os proponéis difundir entre la gente, haciéndola pasar por inocua!

–¡Os engañáis! –En un repentino arrebató de ira, Piuma lanzó hacia delante su mole para atacar al inquisidor–. El libro de Faustus es un...

Lo interceptaron a viva fuerza los dos soldados de caballería, que habían entrado en la estancia justo a tiempo.

Svampa lo observó con una mirada iracunda, sin retroceder ni un solo paso.

–Sé muy bien qué es el libro de Faustus, mi querido padre. Es un *grimorium*, pero es aún más insidioso que los libros anteriores a los que se refiere puesto que, si bien afirma que las brujas no existen, da a entender que cualquiera puede dedicarse a la magia solo por diversión, sin temer las consecuencias. Pero las consecuencias existen, condenado necio. Puesto que, sean verídicas o no, esas prácticas inducen a las mentes simples a adorar a Satanás. Y es por ese delito por lo que os acuso, relegándoos a yacer con

vuestro orgullo y vuestra estupidez en la celda más oscura de la cárcel de Tor di Nona.

–¡No! –aulló el servita, retorciéndose entre los brazos de quienes lo sujetaban–. ¡Tor di Nona no!

–Pues esa será vuestra nueva morada –sentenció el inquisidor, al tiempo que daba órdenes para que se lo llevaran de allí–. Esa será, sí, hasta que confeséis la verdad sobre el mago Faustus y sobre su relación con la muerte de fray Rebiba.

19.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

El padre Capiferro observó a los frailes dominicos que tenía delante con la vaga impresión de encontrarse frente a un grupo de cantores. La disposición que habían adoptado era la misma que la de una *schola* de voces blancas, todos pulcramente sentados en bancos que formaban un semicírculo. De no ser por el lugar elegido para la reunión –el locutorio, en lugar del coro del convento–, casi se habría esperado que alguno de aquellos monjes arrancase a cantar con un aria o un *introitus*. Empezó a pasear con las manos unidas a la espalda, impaciente por recibir noticias, hasta que se dio cuenta de que uno de los monjes cargaba con un cuévano similar a los que llevaban a la espalda los librereros ambulantes de Lunigiana.

–Y bien –le dijo, al comprobar que el cesto contenía material impreso–, ¿cómo ha ido la búsqueda?

–Fructífera, reverendo padre.

–Así pues, ¿habéis localizado el opúsculo cuyas páginas os mostré?

–Creemos que sí –respondió el hermano, aunque dejando entrever cierta desaprobación en la voz–, pero hemos tenido que ampliar la búsqueda más allá de *piazza Navona*.

Capiferro captó la indirecta. Era más que consciente de que había apartado a aquellos religiosos de las costumbres y tareas cotidianas del convento. Por otro lado, lo que lo había impulsado a abusar de la disponibilidad de aquellos frailes no era tanto el deseo de ayudar a Svampa como el de satisfacer su propia curiosidad.

–¿Y habéis realizado tal tarea en una sola mañana? –los felicitó, para apaciguar un poco los ánimos–. Me complace.

El fraile se encogió de hombros.

–Bueno, nos hemos dividido en parejas y...

–Enseñadme lo que habéis encontrado –lo interrumpió el secretario.

Sin esperar a que lo obedecieran, ordenó que le entregaran el cuévano y extrajo de él un haz de libelos rudimentariamente encuadernados, similares por sus dimensiones a las páginas halladas en la boca del cadáver de Rebiba. Presa del desasosiego, abrió uno y lo hojeó hasta detener la vista en una letra capitular decorada con una figura zoomorfa.

–¡Sí! –exclamó, pasando velozmente las imágenes que almacenaba en la memoria–. ¡Son las mismas matrices xilográficas!

–Pocos ejemplares impresos, en verdad –añadió el hermano–, pero por si acaso los hemos requisado todos. Como ya habíais intuido, forman parte de ese género de opúsculos publicados de forma periódica, si bien inconstante. La mayor parte se encontraba debajo del tenderete de la librería Corbo en Parione, y unos cuantos más en *piazza* Pasquino.

–¿Os han dicho los librereros de dónde proceden?

–De vez en cuando pasa un muchacho a repartirlos. Nadie sabe quién es.

El padre Capiferro dejó escapar un suspiro.

–Ya suponía que no iba a ser fácil...

–Si deseáis ampliar la búsqueda –propuso el fraile–, os sugeriría que...

–No, resultaría inútil. Tendremos que seguir con lo que tenemos.

Y, mientras pronunciaba esas palabras, el secretario volvió a cerrar el opúsculo y examinó el frontispicio.

El autor y el impresor eran anónimos.

El título, en cambio, consistía en una única y enigmática palabra: *Mercurio*.

Capiferro se cargó el cuévano en bandolera e, insensible al peso, abandonó el parlatorio para dirigirse a los archivos. Mientras caminaba, iba consultando uno tras otro los ejemplares impresos del *Mercurio*, cuyo contenido asimilaba a una velocidad asombrosa. Su memoria se incautaba de párrafos enteros, letras capitulares, grabados y hasta de las imperfecciones del papel, para después buscarles sitio en imaginarios estantes modelados expresamente para albergar las nuevas informaciones. Entre tanto, recorría a paso ligero los pasillos de Santa Maria sopra Minerva.

Estaba ya revisando el tercer opúsculo, justo al llegar a la entrada del claustro del aljibe, cuando una voz interrumpió su marcha.

–¿Qué sucede? –se sobresaltó Capiferro.

–Un hombre en la entrada, armado con espada y pistola –repitió el inoportuno, que resultó ser el portero–. Afirma que es el mesnadero de fray Girolamo y que debe encontrarse inmediatamente con él. Pero yo no lo había visto nunca, reverendo padre, y en ausencia del prior no quiero asumir la responsabilidad de dejar entrar a un canalla de esa ralea en el convento. Además, Svampa está ilocalizable en estos momentos y...

–¿Y qué me importa a mí todo eso? –lo interrumpió el secretario, quien ansioso por concentrarse de nuevo en sus asuntos ni siquiera le había prestado atención. Echó a andar de nuevo y, de repente, se detuvo sobre sus pasos–. ¿El mesnadero del *commissarius*, habéis dicho?

–Sí –confirmó el portero, al tiempo que observaba con curiosidad el cuévano–. Un tal Cagnolo Alfieri.

–¿Y dónde se encuentra Svampa en estos momentos?

–No tengo la menor idea. Esta mañana ha salido muy temprano y con tantas prisas que casi daba miedo.

Capiferro reflexionó un instante, mientras una sonrisilla astuta le asomaba lentamente bajo los bigotes.

–Escoltad al mesnadero hasta la antecámara de mi estudio –ordenó finalmente.

–Pero...

–Nada de peros, obedeced y punto. Y decidle que espere.

Luego reprendió la lectura y el paso.

Al llegar a los archivos del convento, devolvió al cesto los ejemplares impresos del *Mercurio* y empezó a deambular por aquel espacio inmenso e intrincado, accesible únicamente a unos pocos miembros de la orden. Ahora debía concentrarse en el segundo enigma que lo aguijoneaba desde el día anterior. Un enigma tal vez más complejo que el relacionado con la muerte del consultor Pietro Rebiba.

En aquel laberinto de cubículos, corredores, artesas y estantes, el convento de Santa Maria sopra Minerva custodiaba una memoria mucho más amplia de la que podían contener las meninges de Capiferro. Actas compiladas en siglos

de procesos inquisitoriales, listas de condenas a muerte, de sospechosos, acusaciones, confesiones obtenidas bajo tortura, anatemas y testimonios de herejías de toda clase. A todo ello se había sumado, en los últimos cincuenta años, la poderosa aportación de la Congregación del Índice, que se concretaba en listas de títulos, autores, libreros e impresores dedicados a la difusión de los escritos que la Iglesia condenaba.

El *Index librorum prohibitorum* era, en esencia, un baluarte que iba más allá de la prohibición de leer o divulgar textos marcados por la censura. Era una tela invisible suspendida entre el pasado y el presente, un mapa transversal que reflejaba –en un lapso de tiempo relativamente breve– la evolución en los pensamientos, sueños y utopías de ciudades y seres humanos, dejando tras de sí infinitos rastros de tinta.

Uno de los cuales condujera quizá a los orígenes de fray Girolamo Svampa.

Capiferro se encaminó hacia una montaña de registros y, tras depositar el cuévano, empezó a consultarlos. La lectura, sin embargo, no tardó en volverse ingrata, pues se reducía a listas tan insustanciales como incoherentes que lo obligaban a ir pasando de una página a otra, cada vez más frustrado. A medida que iba pasando el tiempo, se desorientaba más y más, aunque también crecía en él el deseo de poner en práctica el proyecto que acariciaba desde que lo habían ascendido a secretario: publicar una lista organizada de los libros incluidos en el índice, ya fuera por el Concilio de Trento o por el papa Clemente VIII, ampliándola además con los frutos de la más reciente actividad censoria. Una empresa titánica a la que ya dedicaba desde hacía cuatro años un amplio sector de sus *loci* mentales, mientras reconstruía paso a paso lo que a él le gustaba definir como «biblioteca en la sombra». La biblioteca que no existía y que, sin embargo, habría podido existir. La biblioteca que se regeneraba sin descanso para después ser devorada por las llamas de Roma y renacer, a lo largo de los canales de Venecia y los montes de Pontremoli, hasta los caminos que se dirigían hacia los confines de los Estados Pontificios y al otro lado de los Alpes.

Permaneció ante los registros durante más de una hora, hasta que finalmente se convenció de que así no encontraría jamás indicio alguno.

Se encaminó, pues, hacia otra ala de los archivos, la dedicada a los

procesos del Santo Oficio, y fue revisando decenas de legajos hasta que, con una triunfal exclamación, tropezó con un fascículo medio roído por las termitas, fechado en el otoño de 1592.

Al pie de la primera página aparecía el nombre de fray Gabriele da Saluzzo, inquisidor de Venecia. Bajo ese nombre se podía leer otro, el de un artesano de la misma ciudad arrestado por herejía.

Fulvio Svampa, impresor de libros.

20.

No muy lejos de Castel Sant'Angelo, tenían su sede las cárceles de Tor di Nona, en un edificio situado en la orilla izquierda del Tíber. El edificio, que se reflejaba en las aguas grises, parecía alimentarse de la misma escarcha que enturbiaba las profundidades del río. Svampa observó su silueta recortada contra un cielo blancuzco: una mole con tres hileras de ventanas enrejadas que destacaba entre una sucesión de fachadas de desteñidos colores. El olor procedente de los embarcaderos y el lento fluir de las embarcaciones parecían colocados allí a propósito, para superponerse a recuerdos de infancia y revestirlos de un aire de desolación dominado por la imponente torre.

El inquisidor llegó a la cárcel tras cruzar la plaza en la que se ajusticiaba a los prisioneros, y se imaginó la reacción de Orazio Piuma ante aquellas vistas. En aquellos momentos se encontraba ya recluido en las mazmorras del edificio, a la espera de ser interrogado, pero a Svampa le parecía escuchar aún sus gritos. Por otro lado, su mente ya había transformado al servita en una *p* mayúscula ornamentada con un pollo muy ocupado en hacer el gallito. Un ave ridícula y, por ese mismo motivo, insidiosa, pues con su absurdo cacareo disfrazaba de necesidades las blasfemias que le salían del pico.

Aunque creía haber actuado de manera justa, Svampa no estaba del todo satisfecho de haber arrestado a aquel hombre. Fuera porque la acusación solo se relacionaba de refilón con la muerte de Rebiba, o porque trataba sobre un delito que él mismo cometía repetidamente, cada vez que dudaba acerca de la existencia del Maligno.

El verdadero malestar, sin embargo, surgía de razones bastante más profundas. El hecho de que hubiera arremetido contra el traductor de Faustus se explicaba porque el día anterior había cedido a la seducción del láudano. Si por una parte se había tratado de un acto necesario, por otra parte lo había hecho sentirse vulnerable, provocando en él la necesidad de contrarrestar esa sensación con un gesto resuelto, determinado por su propia voluntad.

En aquel momento, sin embargo, volvía a sentirse lúcido y podía colarse en la madriguera del conejo en busca de aquel momento del pasado que escondía la clave del enigma. Aunque los aposentos de Piuma –registrados tras el arresto– no habían arrojado indicio alguno sobre el asesinato del consultor, le habían permitido hallar elementos que lo conducían a razonar por exclusión. En realidad, dudaba mucho que Rebiba tuviese fresca en la memoria –instantes antes de morir triturado en la prensa– la traducción de Faustus. No dejaba de ser, simplemente, un manuscrito al cual pretendía otorgar el *vidit* y que, por tanto, esperaba ver publicado. ¿Por qué, entonces, no dirigirse en persona, tal vez acompañado del propio Piuma, a una imprenta para ponerse de acuerdo en cuanto a la presentación tipográfica de la obra? El taller de Zannetti, por ejemplo, la misma noche en que había muerto.

Una hipótesis perfecta, de no ser por un par de incoherencias: las páginas que habían aparecido en la boca del cadáver y ese capitán Spaventa al que habían visto alejarse del lugar de los hechos. A pesar de su enorme nariz, que encajaba perfectamente con la máscara descrita por Cagnolo, fray Girolamo no terminaba de imaginar al corpulento Piuma huyendo al anochecer, oculto bajo una capa, tras haber amenazado a un pordiosero con su espada. Además, ¿por qué iba a querer matar al único defensor de su traducción?

Svampa tuvo la sensación de que el terreno de sus razonamientos se iba resquebrajando, hasta que se encontró frente a un abismo al que se precipitaban pruebas, hipótesis y letras capitulares, disolviéndose así en la nada. Dirigió, pues, la mirada hacia Tor di Nona, con la esperanza de que tras su lóbrego portal se ocultase la solución a todos aquellos interrogantes.

O de que, por lo menos, uno de los dos hombres a los que había hecho arrestar aquel día estuviese dispuesto a proporcionársela.

21.

Los tres pisos de Tor di Nona albergaban las llamadas cárceles «grandes», que a pesar de su nombre consistían en ruinosas estancias de las cuales solo algunas –de escasa amplitud e iluminación– podían considerarse habitables. Los guardianes las reservaban a los reclusos que podían pagar una pensión, mientras que el resto de las celdas se destinaban a los pobres diablos deshonrados por delitos leves. Sin embargo, no era allí donde Svampa había ordenado recluir a sus prisioneros. Tras procurarse una antorcha y un manojo de llaves, siguió a un guardia por una escalinata que descendía en espiral hacia las entrañas mismas del edificio. Tras preguntar hacia dónde debía dirigirse, continuó en solitario por los pasillos de las mazmorras.

Mientras avanzaba en la penumbra, el resplandor de la llama acariciaba el umbral de minúsculas celdas, parecidas en todo a los nichos de un columbario. El inquisidor recordaba muy bien qué significaba yacer en aquellos espacios tan angostos, sufriendo el tormento del frío y de la humedad. Habían transcurrido treinta y dos años, pero aún solía despertarse sobresaltado en plena noche, creyendo escuchar el correteo de las ratas y el ruido lejano de las gotas de agua. Y la sensación de estar allí, muy niño aún, aferrado a las vestiduras de su padre.

Se detuvo de golpe, depositó la antorcha en una argolla clavada en el muro y se trazó sobre el pecho la señal de la cruz. A pesar de su fe en la existencia del paraíso y del lugar en el que los justos esperaban la resurrección, el seno de Abraham, tenía la sensación de que el alma de Fulvio Svampa seguía vagando por aquellos pasillos, ansiosa de venganza.

Sumido en esos pensamientos, le pareció que la atmósfera se volvía más cargada y el frío más intenso, y que el zarzal que llevaba marcado a fuego en la carne empezaba a arder, como si fuera una brasa de verdad. Se arrodilló en el suelo y susurró una plegaria, para después alzarse como una espada forjada en el desdén.

Algún día se os hará justicia, padre mío.

La celda de Orazio Piuma se encontraba al fondo de aquellas catacumbas, en un punto en que las paredes casi exudaban las aguas del Tíber. Svampa recuperó su antorcha, descorrió el cerrojo y abrió la puerta, deteniéndose justo bajo el umbral.

El corpulento servita se hallaba hecho un ovillo en el interior. Demasiado alto para estar de pie o tumbado, parecía una criatura grotesca encajonada en un nicho. En cuanto reconoció a la persona que tenía delante, los ojos le centellearon de cólera.

–Vos –dijo entre dientes–, ¡chacal embustero!

–Por lo que parece –observó el inquisidor–, el frío de la cárcel no basta para extinguir el fuego de vuestro espíritu.

–No tenéis derecho a hacer lo que hacéis.

Fray Girolamo se limitó a acercar el resplandor de la llama hacia los cepos que Piuma llevaba en los tobillos, para asegurarse de que el recluso no pudiera abalanzarse sobre él.

–Os voy a formular algunas preguntas –advirtió–. Y, para evitar malentendidos, debéis saber que verificaré con mis propios ojos cada una de vuestras respuestas. En el caso de que alguna de ellas, aunque sea solo una, resulte ser inexacta, parcial o falaz, debéis saber que se os volverá a interrogar en la sala de torturas.

La palidez de Piuma resultó visible incluso en la oscuridad.

–Y todo esto..., ¿por haber traducido un libro?

–Enseguida hablaremos de eso –prometió Svampa–. Lo que me urge, de momento, es averiguar si todo lo que habéis referido esta mañana, en vuestros aposentos, corresponde a la verdad.

–No tenía motivo alguno para mentiros –dijo el servita, en un vano intento de mantener la voz firme.

Lo mismo que la vanidad intelectual, también la vehemencia de su carácter empezaba a aplacarse. El inquisidor, sin embargo, se mostraba indiferente a cualquier cambio en el estado de ánimo. Todas sus palabras y amenazas

estaban dirigidas exclusivamente a la reconstrucción de los hechos, y las utilizaba como si se tratara del instrumental de un cirujano.

–Me refiero, especialmente, a las preguntas que os formulé acerca de Rebiba –precisó.

–No lo veo desde hace una..., dos semanas –confirmó el prisionero–. Estaba a la espera de que me diera su opinión sobre mi traducción manuscrita.

Svampa asintió.

–Decidme, ¿hablasteis con él acerca de la posibilidad de publicarla?

–Bueno, sí. Tuvimos ocasión de hablar de eso. Respecto a lo demás, aludo a ello también en mi car... –dijo Piuma, pero enseguida se mordió el labio, arrepentido.

–¿Vuestra carta? –terminó la frase fray Girolamo–. La he leído. Estaba oculta bajo una baldosa del suelo, en la morada de Rebiba. –Le restó importancia al tema con una mano y dio a entender que quería pasar a otras cuestiones–. ¿Ya teníais alguna tipografía de referencia?

–Le confié al padre Rebiba que me daba lo mismo una que otra, con tal de que fuera barata y capaz de realizar un trabajo aceptable. Él se mostró dispuesto a presentarme a algunos impresores, en caso de que le gustara el manuscrito. Me aseguró que conocía a varios bastante competentes.

–¿Mencionó a alguno?

–No lo recuerdo.

–¿A un tal Alessandro Zannetti, tal vez?

–No lo recuerdo, ya os lo he dicho. Ha pasado demasiado tiempo y, por otro lado, no entiendo mucho de esas cosas. Yo escribo, sí, y leo libros... Pero de impresores, prensistas y calcógrafos, el padre Rebiba sabía bastante más que yo.

–Por tanto –añadió fray Girolamo–, no conocéis el taller de Zannetti.

Piuma lo observó, contrariado.

–Yo no he dicho eso en absoluto.

–¿Tenéis alguna relación con quienes trabajan allí?

–Conozco al propietario y a su esposa, aunque en realidad nos limitamos a decirnos hola y adiós.

–¿Y el aprendiz?

–¿Aprendiz? No sabía que tuvieran uno.

–Se llama Manelfo Manelfi –le reveló Svampa–. Y, en estos momentos, se encuentra en la celda contigua a la vuestra.

El prisionero se esforzó por comprender.

–¿Existe, pues, algún nexo entre él y yo?

–Es evidente –le respondió el *commissarius*– que tanto vos como él formáis parte de los últimos momentos de vida de Pietro Rebiba. Antes de morir, de hecho, Rebiba tenía en mente vuestro manuscrito, de eso no hay duda. Tras la muerte, en cambio, tenía en la boca las páginas impresas con las matrices de Manelfo Manelfi.

–¡Pero eso es absurdo!

–No, es un hecho.

–Por tanto, todo lo que yo pueda decir en mi disculpa...

–No cambiaría nada de lo que ha sucedido –terminó la frase el inquisidor. Al observar de nuevo a Piuma, se fijó en que su descomunal nariz había adoptado casi la forma de un signo de interrogación, lo cual indicaba una pregunta tácita–. No he venido para arrancaros una confesión –prosiguió, impasible–. Solo me servís para verificar las circunstancias relativas al delito. Para sopesarlas, en esencia. Consideraos, pues, una balanza. O un agujero gnomónico, si lo preferís.

–Por tanto, ¿no se me acusa de nada?

–Vuestra acusación la conocéis bien, tiene que ver con el manuscrito.

–Una inofensiva traducción... –insistió Piuma.

–No es en absoluto inofensiva –objetó Svampa–. Ni tampoco es una traducción, a mi entender.

–¿Qué disparates estáis diciendo? –estalló el prisionero, presa de un temblor que se concretó en el intento de agredir al inquisidor.

Fray Girolamo lo apuntó con la llama, obligándolo así a acurrucarse en un rincón de la celda.

–Le presentasteis a Rebiba la traducción del libro de un autor desconocido. Libro, por otra parte, que no se puede encontrar, ya que os ha resultado imposible mostrármelo. Libro cuya procedencia habéis indicado, Augsburgo, sin especificar ni el tipógrafo ni la fecha en que se imprimió. Pues bien, yo

sostengo que el libro en cuestión no existe y que tras el falso nombre de Faustus se esconde ni más ni menos que el vuestro.

El prisionero contrajo la expresión.

–¿De verdad? ¿Y en qué descabellada teoría basáis esa acusación?

–Es un truco muy conocido. Hace algunos años, Alessandro Tassoni publicó *La secchia rapita* en París bajo nombre falso, para después hacerla entrar en Italia en una edición enmendada, *cum licentia et privilegio* del papa Urbano. El principio es el mismo. Vos, por otro lado, habéis acelerado el proceso al inventaros esa historia del libro de Faustus y proponer a Rebiba un texto de vuestro puño y letra, haciéndolo pasar por una traducción. Vuestro texto, sin embargo, es mucho más insidioso que el poema de Tassoni, porque desgrana doctrinas de nigromancia y las presenta como inofensivos juegucitos. Muchos han muerto en la hoguera por menos, ¿sabéis?

–No tenéis pruebas que sostengan vuestra acusación –exclamó Piuma, en un arranque de rabia y temor.

Pues resulta que sí, decía la mirada del inquisidor. Cuando, aquella mañana, se había dedicado a examinar la biblioteca del servita, había encontrado demasiados títulos relacionados con la clase de magia de la que se hablaba en el manuscrito como para que pudiera tratarse de una casualidad.

–La obra es vuestra, sin la menor duda –se limitó a decir–. Y eso os convierte no solo en un mentiroso y un corruptor, sino también en un *magus* de la peor especie. Faustus sois vos. La verdadera pregunta es si habéis mentido también respecto a la muerte de fray Rebiba.

El prisionero se retorció con furia, en un nuevo intento de romper las cadenas que lo inmovilizaban.

–No, no –gruñía–. ¡No soy un asesino!

–Espero que tengáis razón, pero me convenceré de ello solo después de haberlo averiguado en persona mediante otro instrumento –respondió Svampa, al tiempo que empezaba a retroceder–: Manelfo Manelfi.

Y, tras esas palabras, volvió a cerrar la puerta de la celda.

22.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

Conmocionado aún por la agresión sufrida en la calle y a oscuras acerca del motivo por el cual lo habían conducido a una antecámara repleta de mapas geográficos, Cagnolo estaba sentado contemplando un suntuoso planisferio cuando de repente vio aparecer a un dominico con un cuévano a la espalda, hirsuto bigote y una larga pipa de yeso sujeta entre los labios.

Al principio, el religioso pareció ignorarlo. Siguió su camino hacia la puerta opuesta a la que había cruzado al entrar hasta que, tras volverse, lo observó con una expresión meditabunda.

–Ah –murmuró, como si se estuviera dirigiendo a una tercera persona–, el mesnadero de Svampa.

–Espero al magíster –le explicó Cagnolo, al tiempo que se ponía en pie.

–No. –El fraile dejó resbalar la mirada hacia la espada y la pistola que el mesnadero llevaba sujetas al cinto–. Me esperáis a mí.

–Debe de ser un error... –trató de explicar el mesnadero.

–No hay ningún error –lo interrumpió Capiferro, mientras abría la puerta que daba a su estudio–. Seguidme, por favor.

El secretario del Índice dejó el cuévano en un rincón de la estancia, se acomodó tras su escritorio e invitó a su huésped a sentarse al otro lado.

Cagnolo se debatía entre el instinto de huir y la curiosidad por saber qué quería de él aquel fraile. No estaba acostumbrado a afrontar situaciones de aquel tipo, ni mucho menos a conversar con religiosos de la corte, a los que consideraba criaturas imprevisibles y manipuladoras. Y nada más verlo, aquel Capiferro le había parecido un lobo disfrazado de oveja. Así pues, se mantuvo en guardia, listo para defenderse del segundo ataque de la jornada.

–Un mesnadero, que cosa más graciosa –murmuró el secretario, para luego

esbozar un gesto de disculpa—. No me malinterpretéis, mi señor, pero es cuando menos insólito que un miembro del Santo Oficio pague de su propio bolsillo a un hombre armado.

Cagnolo se encogió de hombros.

—No sabría decirle, vuestra gracia.

—¿Hace mucho que estáis a su servicio?

—Serán ya tres años, puede que cuatro.

—¿Y qué hacíais antes?

—Soy veterano de guerra. Combatí contra los protestantes de Bohemia.

Capiferro enarcó una ceja, considerablemente sorprendido.

—No tenía la impresión de que bajo esa capa se ocultase un cruzado.

—No sé qué es un cruzado, eminencia.

—No importa —profirió el religioso, aburrido ya de aquel tema. Se inclinó hacia un lado y extrajo del interior del cuévano un ejemplar del *Mercurio*—. Estoy a punto de comunicar importantes noticias a vuestro señor —dijo, al tiempo que le entregaba el opúsculo—. Tal vez os apetezca echar una ojeada.

El mesnadero se dejó llevar por la curiosidad y echó un vistazo, pero enseguida se contuvo.

—No sé leer.

El secretario aguzó la vista.

—¿No sabéis o no queréis?

—Soy analfabeto, vuestra gracia.

—Analfabeto —repitió el dominico, como si se encontrase ante una extraña criatura—. ¿Significa eso que no sabéis reconocer ni siquiera las letras mayúsculas?

—Distingo un poco los números, si me esfuerzo.

—¿Y con Svampa?

—¿Con Svampa qué?

—Con él os entendéis, supongo.

El mesnadero resopló.

—Bueno —dijo, en un tono de ligera insatisfacción—. La mayoría de las veces es un diálogo en sentido único.

—Lo imaginaba —asintió el secretario—. Tengo la sensación de que fray

Girolamo es una de esas personas que evitan hasta jugar a ajedrez con el prójimo, para no dejarse contaminar por los razonamientos de los demás.

–Tampoco conozco el ajedrez –dijo Cagnolo, perdido.

–Pero a vuestro señor sí lo conocéis –volvió a la carga el dominico–. ¿Estáis al corriente de los motivos que lo vuelven tan huraño?

–Por lo que yo recuerdo, siempre ha sido así, vuestra gracia. Y, en honor a la verdad, no sé si eso es bueno o malo.

–No os sigo.

Cagnolo estaba a punto de dar por terminada la conversación, pero lo cierto es que sentía la necesidad de desfogarse. No tanto por el hecho de haber estado a punto de perder la vida en las calles de Roma, sino más bien por la decepción de que el magíster lo hubiera relegado a las tareas menos importantes.

–La mayoría de las veces –explicó– está tan ocupado hurgando en el pasado que ni siquiera se da cuenta de que los crímenes sobre los que investiga le pueden ocasionar problemas también a su propia persona.

–Definid «problemas».

–Consecuencias, quiero decir. Sobre todo cuando los malvados aún andan sueltos.

Capiferro volvió a mostrarse de acuerdo. Le deslizó el opúsculo bajo los ojos y luego lo depositó de nuevo en el cuévano.

–Ahora entiendo cuál es vuestra tarea –concluyó.

–Le guardo las espaldas –confirmó el mesnadero.

–Mucho más que eso, supongo –dijo. Se alzó de su sillón y le indicó la salida a Cagnolo–. Mucho más.

23.

A Manelfo Manelfi le bailaba el ojo izquierdo. El temblor del párpado inferior acentuaba la arrogancia de su mirada, que parecía relucir pese a la oscuridad en que estaba sumida la celda. Lo que irritaba a Svampa, sin embargo, eran sus facciones, tan parecidas al hocico de la *mustela*.* Mejor mantenerse alerta, se dijo, pues según la leyenda aquel animalucho era el único capaz de matar al basilisco.

–La viuda de Zannetti –dijo el inquisidor, al tiempo que sujetaba la antorcha ante la entrada– olvidó decirme que su esposo tenía un aprendiz.

–No soy aprendiz, soy prensista –precisó Manelfi, molesto–. Y no solo eso, pues soy experto en todos los ámbitos del oficio de imprimir libros.

–Da lo mismo –lo despreció Svampa–. Tarquinia Passeri no dijo nada sobre vos, ni a mí ni en sus declaraciones a los esbirros.

–¿Y eso qué significa?

–Eso significa que cambia el escenario –respondió.

Regresó mentalmente a la noche en que se había cometido el crimen, para imaginar la silueta del asesino que arrastraba a Rebiba al interior de la prensa, le introducía en la boca las páginas impresas y accionaba el tornillo del tímpano. ¿A cuántas personas, aparte de a un artesano impresor, se les habría ocurrido un método así para matar a alguien?

–Estáis al corriente de lo sucedido hace dos días en el taller de Zannetti, supongo.

–A la fuerza lo sé –reveló el prisionero–, puesto que se ha suspendido toda actividad del taller hasta que se aclare el caso. Lo cual es una barbaridad, a mi entender.

–Una barbaridad impuesta por los esbirros, siguiendo mis órdenes.

–¿Con qué fin?

–El de no perturbar una burbuja del pasado.

–No entiendo.

Peor para vos, dejó entrever la mirada de Svampa. A diferencia de Orazio Piuma, la arrogancia de Manelfo Manelfi parecía surgir de un auténtico coraje que lo empujaba a luchar pese a su condición de recluso. Fray Girolamo se mostró indiferente.

–Hablábamos de lo acontecido –prosiguió con altanería–. Mientras se producía el asesinato del consultor Rebiba, la familia de maese Zannetti acudía a las exequias, que tuvieron lugar en la iglesia de San Marco en el *rione* Pigna, razón por la cual ninguno de ellos puede ser el culpable. Ahora, sin embargo, el hecho de saber que en el taller trabajaba otra persona me obliga a investigar más a fondo.

–Entonces debéis saber –replicó el artesano– que yo también asistí a las exequias. Seguí la misa.

–Por vuestro bien, espero que tengáis testigos.

–Preguntad a quien os plazca. Todo el mundo me vio.

–¿Y después? –insistió Svampa, que no estaba en absoluto satisfecho–. La familia Zannetti se quedó para una larga vela.

–Yo no. Recé por el difunto y me marché.

Puesto que no disponía de pruebas directas que relacionasen al prensista con Orazio Piuma, el inquisidor prefirió mostrarse algo vago.

–¿Os visteis con alguien?

Manelfo Manelfi negó con la cabeza.

–Era tarde, volví a casa.

–En el *rione* Renula, ¿verdad? Donde esta mañana os han detenido los soldados de caballería.

–Precisamente.

Svampa se entretuvo un instante contemplando la danza del ojo.

–Y, decidme, ¿tenéis llaves del taller?

El prisionero negó con otro gesto.

–No sería correcto, desde el momento en que la imprenta Zannetti no es de mi propiedad.

–No puede decirse que tengáis fama de respetar la propiedad ajena –comentó el fraile con un deje de sarcasmo en la voz–. Al menos, en opinión de vuestro maestro Facciotto.

Al escuchar aquel nombre, Manelfi se puso en pie de un salto.

–¿Ese sinvergüenza me acusa? –vociferó–. ¿Me encuentro aquí por su culpa?

–No de él –precisó fray Girolamo, mientras reparaba por primera vez en el collar de hierro que encadenaba al prisionero al muro–, sino de las matrices xilográficas que le robasteis.

–¿Qué matrices?

–Letras parlantes con imágenes de animales. Según parece, eran de Facciotto hasta que vos os las apropiasteis.

El artesano volvió a acurrucarse en las sombras, mascullando entre dientes.

–Trabajar para Facciotto era una tortura –dijo al fin–. Aquel hipócrita no me pagaba lo suficiente, y bien sabe Dios que me explotaba.

–¿Afirmáis entonces que cogisteis sus viejas letras parlantes, a modo de resarcimiento?

–De resarcimiento, sí, aunque solo saqué por ellas veinte escudos.

Svampa frunció el ceño.

–¿Las habéis..., vendido?

Al darse cuenta de que lo había descolocado, Manelfi sonrió con insolencia.

–Sí señor, casi enseguida, con el objeto de ahorrar cuatro perras para poder abrir mi propio taller. ¿O acaso debo pasarme la vida trabajando para otros?

El inquisidor aferró con más fuerza el leño de la antorcha.

–Admitiendo que eso sea cierto –dijo, con voz cavernosa–, ¿a quién se las vendisteis?

–¿Por qué os interesa? ¿Acaso el canalla de Facciotto pretende que le sean devueltas?

–¡Respondedme! –lo advirtió Svampa–. De lo contrario, os prometo que os haré probar los instrumentos de tortura.

El insolente alzó el mentón, en un gesto desafiante.

–Pienso permanecer mudo hasta que me digáis de qué se me acusa. Seré hijo del vulgo, pero soy lo bastante listo como para saber que uno no acaba en las cárceles del papa solo por haber robado unas tristes matrices de imp...

Sobresaltado, Manelfo Manelfi se vio de repente empujado contra la pared por la mano de Svampa, que lo había agarrado del collar de hierro.

–¡Pues resulta que sí, miserable –lo increpó el inquisidor–, porque esas

matrices sirvieron para imprimir los libelos blasfemos cuyas páginas aparecieron en la boca de un cadáver aplastado bajo una prensa! ¿Lo habéis entendido? –El inquisidor no soltó su presa hasta que no percibió un tímido gesto de asentimiento–. Dadle pues a la lengua y más os vale que vuestras palabras tengan sustancia, a menos que queráis dar trabajo al torturador o al verdugo.

El artesano fue resbalando hasta caer de rodillas.

–Por caridad, ilustrísimo padre, no os acaloréis... –chilló, al tiempo que trataba de recuperar el aliento–. Las matrices se las vendí a un joven..., un estudiante de la Sapienza.

–¿Su nombre?

–No lo recuerdo... Por Dios, dejadme pensar.

Fray Girolamo se inclinó sobre él.

–¡Pronunciad una vez más el nombre de Dios en vano –lo amenazó– y haré que os claven la lengua a una tabla de madera!

–Vanini –dijo entonces Manelfi–. El estudiante se llamaba Antonio Vanini.

–¿Estáis seguro?

–Sí.

El religioso anotó mentalmente el nombre.

–Investigaré.

–Ya que os ponéis –añadió el artesano, que mientras tanto había recuperado su actitud cortés–, echad un vistazo también en otro lado.

Svampa, perplejo, lo observó atentamente.

–¿De qué estáis hablando?

Manelfi dejó escapar una risotada estridente.

–¿De verdad no os habéis dado cuenta, padre? –Se echó a reír de nuevo, como solo puede hacerlo quien ve perfilarse a lo lejos la silueta de la horca–. Yo soy su chivo expiatorio. Los Zannetti, maese Facciotto... Se cubren las espaldas mutuamente, ¿lo entendéis?

–Vuestras afirmaciones no tienen el menor sentido.

–Pues resulta que sí lo tienen –insistió Manelfi–. Y también lo tendrían para vos si la tarde del funeral hubierais entrado en la iglesia de San Marco. ¡Allí hubierais encontrado a todos esos canallas! La viuda, los hijos de Zannetti y hasta la familia Facciotto al completo.

—¿La familia Facciotto? —se sorprendió fray Girolamo.

El prisionero asintió.

—Están emparentados, ¿no lo sabíais? Maese Facciotto está casado con una Zannetti. Y ese matrimonio ha reforzado las relaciones de negocios entre ambas familias, permitiéndoles imponerse a otros tipógrafos de Roma. No me sorprendería, pues, que también se ayudasen entre ellos para encubrir un delito.

Fue entonces cuando Svampa reconoció la insidia de la *mustela*, animal astuto capaz de confundir para luego lanzarse directamente al cuello. Retrocedió instintivamente mientras sus certidumbres se iban disgregando para después adoptar un nuevo orden.

—Bobadas —replicó—. Lo que me ha llevado hasta vos no es un complot familiar, sino el rastro dejado por un tipo concreto de matrices xilográficas.

—Matrices que jamás habéis visto con vuestros propios ojos, si no he entendido mal —le recordó el prensista—. ¿Y si maese Facciotto os hubiese mentido? ¿Y si os hubiera encaminado hacia la búsqueda de las matrices equivocadas?

En su momento, fray Girolamo también había sopesado aquella posibilidad, para concluir finalmente que Facciotto no tenía motivo alguno para mentir. Pero ahora, mientras se iba perfilando una red de intereses familiares, las cosas cambiaban y mucho. Tal vez de una forma radical. Tras realizar un rápido examen de conciencia, concluyó que la culpa de aquel imperdonable descuido no era suya, sino de la persona que sin demora lo había dirigido hacia aquella búsqueda. Un fraile pedante que, tal vez, lo hubiera distraído a propósito, atrapándolo así en un efímero castillo de ilusiones.

Murmuró una imprecación entre dientes y, sin dirigirle a Manelfi el más mínimo gesto de despedida, cerró con rabia la celda y luego se dirigió a grandes zancadas hacia la superficie.

24.

Fray Girolamo encontró al padre Capiferro ante la monumental fachada de Santa Maria sopra Minerva, ocupado en entregar un mensaje a un correo. Rabioso de indignación, se encaminó directamente hacia él y, sorprendiéndolo por la espalda, lo sacudió por un brazo.

–¿Por qué no me lo habéis contado?

–Santo cielo –se sobresaltó el secretario, al tiempo que se volvía de golpe–. ¿De qué estáis hablando, magíster?

–De maese Facciotto –despotricó Svampa, sin soltar su presa–. Omitisteis decirme que está emparentado con los Zannetti.

–Yo..., no entiendo nada.

–A la fuerza teníais que estar al corriente, maldita sea. Con toda vuestra memoria y vuestra experiencia en el mundo de los tipógrafos romanos, conocíais sin duda el vínculo entre ambas familias.

Por toda respuesta, Capiferro se soltó bruscamente y despidió al mensajero con un gesto de asentimiento. Luego, considerablemente apesadumbrado, se volvió hacia fray Girolamo.

–Guglielmo Facciotto está casado desde hace más de veinte años con Maria Zannetti, hermana del difunto impresor de la *via* del Arco camiliano – le espetó–. ¿Y qué?

–¡Que eso lo cambia todo, cáspita!

–Se trate de lo que se trate, os invito amablemente a ser más explícito.

La actitud desafiante del secretario incitó aún más la cólera de Svampa.

–Fuisteis vos quien me dirigió hacia Facciotto, como probable dueño de las matrices xilográficas imputadas. Y sin embargo, a pesar de saber dónde se había producido el crimen, se os olvidó comentarme la relación de parentesco entre ese tipógrafo y la familia Zannetti.

El secretario soltó una risita seca.

–Si no recuerdo mal, hasta ayer no se disponía de ninguna prueba

incriminatoria en contra de maese Facciotto. Él no era más que una carta de la baraja. ¿Por qué, entonces, tendría que haberme detenido a comentar su situación familiar? Por otro lado, no se trata ni mucho menos del único caso de parentesco entre impresores. La sangre de esas familias se mezcla en Roma desde hace más de medio siglo.

–Dejaos de paparruchas –replicó Svampa–. Digáis lo que digáis, sabéis muy bien que me habéis ocultado información valiosa. Y pobre de vos que...

–Os estáis pasando de la raya, magíster –lo advirtió Capiferro, observándolo con una mirada que echaba chispas–. No soy ningún galopillo al que podáis maltratar, así que sois vos quien debe andarse con cuidado. Puede que hoy seáis un intocable *commissarius* del Santo Oficio, pero una vez que el caso quede resuelto, volveréis a ser un simple inquisidor, mientras que yo, Dios mediante, seguiré siendo secretario de la Congregación del Índice durante muchos, muchos años más.

Fray Girolamo frunció el ceño.

–¿Es una amenaza?

–Una invitación a observar el respeto mutuo –aclaró Capiferro, algo menos soberbio.

El secretario suspiró entonces y, con la mirada vuelta hacia la fachada del convento, buscó algo en el interior de su capa. La pipa, supuso Svampa. Sin embargo, tras hurgar apresuradamente unos momentos, el secretario extrajo de entre sus ropas un libelo impreso.

Al intuir de qué se trataba, el inquisidor aguzó de inmediato la vista.

–Eso es...

–La prueba de que no os estoy poniendo palos en las ruedas.

–Adelante, mostrádmelo.

Capiferro se lo entregó.

–Se titula *Mercurio* –dijo con voz atronadora– y es un opúsculo...

El secretario interrumpió la frase y desvió la atención hacia una pareja de soldados de infantería que en ese momento se dirigían corriendo hacia ellos.

–¿Qué ocurre? –preguntó, en cuanto los soldados se hallaron lo bastante cerca.

–El inquisidor *commissarius* –pronunciaron ambos soldados al unísono. Estaban jadeantes y tenían la frente perlada de sudor, pese al frío invernal.

Los colores de sus farsetos, que subían y bajaban al compás de su agitada respiración, indicaban que pertenecían a las tropas pontificias—. Hemos recibido órdenes de dirigirnos al inquisidor *commissarius*.

Svampa dio un paso al frente, intrigado por la interrupción.

—Lo tenéis ante vuestros ojos.

—Debéis seguirnos de inmediato —dijeron entonces los soldados, con muchas prisas—. Ha habido otro asesinato.

Segunda parte

La triple Muerte

25.

*Plaza del Panteón,
imprensa del pueblo romano*

El cadáver estaba encorvado sobre una bancada de tipógrafo, entre trastos y cachivaches de todo tipo. El silencio era el típico de los lugares abandonados y la penumbra, tan densa que Svampa tuvo que llegar hasta el cuerpo para darse cuenta de que tenía un puñal clavado en la espalda. Pese a la presencia del padre Capiferro, que lo había seguido con palpable nerviosismo, el inquisidor se mostraba frío, concentrado en aguzar los sentidos y hacer trabajar el intelecto. Por fin lejos del mundanal ruido, se encontraba de nuevo en una de esas burbujas del pasado que, en su trágica esencia, representaban para él una tabla de salvación. En aquel caso concreto, se trataba de la tipografía del pueblo romano, en desuso desde hacía más de veinte años. Ya antes de entrar, había sabido gracias a los dos soldados papalinos que a la víctima la habían encontrado a última hora de la mañana un grupo de muchachos que habían entrado en el edificio para jugar. Un asesinato reciente, a juzgar por el estado del cadáver. No se había visto a ningún sospechoso alejarse del lugar de los hechos.

La relación con el homicidio de Rebiba era indiscutible, lo mismo que la audacia del asesino. Fray Girolamo, sin embargo, olfateaba algo distinto. Algo improvisado, por así decirlo. Ansioso por ver con claridad, ordenó a los soldados que abrieran todas las ventanas.

La luz irrumpió con violencia, revelando los restos de un hombre de edad avanzada que vestía capa y escapulario negros. La sangre que había brotado de la herida había goteado hasta el suelo, donde formaba un charco aún fresco. Las manos, aferradas al borde de la bancada, y las rodillas, dobladas y apoyadas en el suelo, le daban al cadáver el extraño aire de estar rezando.

Svampa observó el rostro exangüe, colocado de perfil.

–¿Alguien conoce a este?

–Yo –confesó el secretario, acercándose a él–. Es fray Severo Castellano.

–¿Otro consultor?

Capiferro negó con la cabeza.

–Es..., mejor dicho, era miembro de la Santa Inquisición. Se alojaba en el convento de Santa Maria sopra Minerva.

Fray Girolamo examinó el arma del delito, un puñal normal y corriente con guarnición en cruz y empuñadura desprovista de escudos, efigies o piedras preciosas. Luego se concentró en los objetos que se hallaban sobre el banco. En su mayoría, se trataba de frontispicios sueltos, contraseñados con la marca tipográfica S.P.Q.R. y los santos Pedro y Pablo en los márgenes. La capa de polvo que los cubría revelaba que ya estaban allí mucho antes de que se produjera el asesinato de Severo Castellano.

No podía decirse lo mismo, en cambio, de las nueve pequeñas matrices tipográficas pulcramente ordenadas junto a la cabeza de la víctima. Debían proceder de algún viejo casillero situado por allí cerca, donde sin duda aparecerían otras.

Las que se encontraban sobre la bancada estaban ordenadas en filas superpuestas, en grupos de tres letras:

PON

SIN

MOR

–Un enigma –dijo Capiferro, con el aire de quien finalmente ve algo capaz de sosegarlo.

Svampa asintió.

–Como si no tuviéramos bastante con las páginas que aparecieron en la boca de Rebiba.

–Hablando de esas páginas..., tengo interesantes novedades para vos.

La atención del inquisidor, sin embargo, ya había sido reclamada por un recuerdo que había aflorado de súbito. Concretamente, un grabado descubierto durante la primera entrevista con el secretario. Durante un

momento, se encontró de nuevo paseando por el claustro cubierto de nieve de Santa Maria sopra Minerva, mientras el hermano se afanaba por mostrarle las ilustraciones de una danza macabra. Se sacó del bolsillo el pliego de páginas sujetas con cordel y empezó a hojearlas, hasta que tuvo ante los ojos justo lo que buscaba.

Era exactamente como lo recordaba. La Muerte repetida tres veces en el acto de asechar a los artesanos de una imprenta.

–Primero la prensa –reflexionó, mientras recordaba la forma en que habían asesinado a Rebiba– y ahora –añadió, observando el cadáver de fray Castellano– la bancada y las matrices.

–¿Creéis que el asesino se inspira en esa imagen? –insinuó Capiferro, al tiempo que se acercaba para echar un vistazo al grabado.

Fray Girolamo aún no tenía la respuesta. En tales circunstancias, habría bastado muy poco –incluso una sílaba susurrada por casualidad– para poner en peligro sus aún precarios razonamientos.

–¡Silencio! –ordenó, al tiempo que se alejaba del secretario.

Evocó de nuevo la imagen de la triple Muerte y la comparó con el lugar de los hechos, captando un intento de aludir a una estética muy concreta. No podía excluir, sin embargo, que se tratase de una equivocación, o que su orgulloso intelecto estuviera jugando a racionalizar elementos que no guardaban relación entre ellos.

Puesto que no se veía capaz de llegar a una conclusión, decidió mostrarle la representación a Capiferro.

–Os pido que seáis objetivo.

Antes de complacerlo, el secretario lo observó de soslayo.

–El grabado reproduce de manera bastante tosca una alegoría atribuida al tipógrafo Matthias Huss, conocido también por haber publicado una edición francesa de la *Leyenda dorada* de Santiago de la Vorágine y los curiosos *Évangiles des quenouilles* –reveló, tras lo cual señaló la danza de la Muerte–. Procede de un libro titulado *Danse macabre*, editado en Lyon en las postrimerías del siglo xv.

–¿Me equivoco –replicó Svampa– o estáis siendo más concreto que ayer?

–He realizado una investigación, claro. Los textos a los que me refiero siguen abiertos en la sala de marfil.

–¿La sala de marfil?

–La sala de marfil, sí –repitió Capiferro en tono de orgullo–. Es una de las salas de consulta en las que convergen mis bibliotecas mentales. La sala opuesta es la sala de ébano.

Desconcertado como siempre ante aquella clase de afirmaciones, el inquisidor se disponía a replicar en tono brusco cuando oyó un estridente griterío que procedía del exterior.

–¿Qué sucede? –estalló, al tiempo que se volvía a mirar.

Uno de los soldados de infantería que lo habían acompañado hasta allí entró en aquel preciso instante en la tipografía.

–¡Los esbirros de la Rotonda! –exclamó, alarmado.

En lugar de exigir más explicaciones, fray Girolamo se concentró de nuevo en examinar el cadáver. Las especulaciones sobre la danza macabra y los castillos mentales de Capiferro tendrían que esperar. La llegada de los esbirros significaba únicamente que, dentro de muy poco, aquella burbuja del pasado desaparecería para siempre. Mientras le quedara tiempo, era mejor aprovecharlo para grabar hasta el último detalle en su memoria. Pasó revista, pues, a la empuñadura del puñal, al «PON SIN MOR» que formaban las matrices, a la sangre que había goteado al suelo y... descubrió algo a los pies de la víctima.

Unos cuantos cabellos plateados. Tenían casi dos palmos de longitud y estaban unidos por un grumo de resina.

Pensando que podrían resultar útiles a efectos de la investigación, el inquisidor los recogió y se acercó a la entrada para examinarlos a la luz del sol. Solo entonces se dio cuenta de que el grumo no era de resina, sino de cola. Lo que despertó su interés, sin embargo, fue el centelleo de una vaga sensación de familiaridad. Sedosos mechones que flotaban en el aire..., ¿dónde los había visto antes?

Aquel esbozo de recuerdo se esfumó cuando resonaron de nuevo los gritos violentos.

Cada vez más irritado, dirigió la mirada hacia la plaza, bajo una maraña de nubes que oscurecían la silueta del Panteón. A pocos pasos de la imprenta, un pequeño destacamento de tropas vaticanas se empeñaba en impedir el paso a los esbirros municipales. Más allá de aquel caos de yelmos y lanzas que

apuntaban al cielo, dos individuos confabulaban a la sombra de un árbol. El más alto de los dos vestía uniforme militar, pero fue el segundo –vestido con traje prelaticio– el que le llamó la atención al inquisidor.

–Ese hombre... –dijo para sus adentros, mientras recordaba haberlo visto el día anterior en la Torre de los Vientos.

–Su eminencia monseñor Scipione Cobelluzzi –le confirmó el secretario, mientras se reunía con él en el exterior. Movido por la curiosidad, le echó un vistazo al mechón de cabellos plateados–. ¿Lo conocéis?

Svampa asintió.

–El cardenal bibliotecario.

–Entre otras cosas. Su influencia se extiende hacia diversos ámbitos de la corte vaticana, entre ellas la Tipografía Apostólica y la Congregatio de Propaganda Fide.

–¿Y qué hace aquí? La imprenta del pueblo romano cerró sus puertas el siglo pasado.

El padre Capiferro se encogió de hombros.

–Si estuviera en vuestro lugar –lo advirtió–, me preocuparía más por el alguacil.

–¿Os referís al esbirro que está hablando con él?

–En realidad, ya no está hablando. Más bien parece que se está dirigiendo hacia aquí.

Al percatarse de la presencia del inquisidor, el soldado se había despedido del cardenal bibliotecario. Luego había echado a andar a paso ligero y había dejado despreocupadamente atrás el alboroto de las dos compañías que en esos momentos se enfrentaban.

–¿Fray Girolamo Svampa? –quiso saber.

–El mismo.

–Tengo órdenes de escoltaros hasta el palacio del gobernador.

Svampa lo observó de arriba abajo.

–Informad al gobernador y a sus lugartenientes de que tendrán que esperar –declaró, en tono de suficiencia–. Y ya puestos, llevaos de aquí a vuestros secuaces. Hasta nueva orden, esta zona queda bajo custodia de las tropas pontificias. Que están bajo mi mando.

–Puede que no me haya expresado con claridad –insistió el alguacil en

tono amenazador-. Los esbirros están aquí por vos, magíster, en caso de que sea necesario llevaros a la fuerza.

26.

Capiferro se mantuvo a cierta distancia mientras Svampa se resignaba de mala gana a seguir al alguacil. Se fijó en que el inquisidor aún sujetaba entre los dedos los cabellos que había recogido junto a los pies de Severo Castellano. Luego, el toque de vísperas le recordó el importante encuentro que lo aguardaba en *piazza* Navona.

El mástín de Venecia estaba a punto de despertarse, tras un largo letargo. Mejor que se diera prisa, con la esperanza de que aquel hombre terrible le desvelase los misterios del inquisidor *commissarius*.

El palacio Madruzzo se alzaba junto a las ruinas del Circo Agonal, no muy lejos de un templete con la adorada efigie de santa Inés mártir. Iluminado por una hilera de antorchas, el palacio se defendía de las sombras de la noche y de otras, más densas aún, que no lo habían abandonado desde que entre sus muros se decretase la muerte de Giordano Bruno. Capiferro se presentó al guardia que estaba de ronda y le pidió que anunciara su llegada.

El padre Gabriele da Saluzzo lo esperaba en el primer piso, en una sala amueblada con dos sillones y una estufa de cerámica decorada con motivos florales.

–Sentaos, padre Francesco –dijo nada más verlo.

Al secretario no le gustó aquella irrespetuosa omisión del saludo, aunque por otra parte el anciano hermano inspiraba un justificado respeto. Ex inquisidor general de Venecia, que además tenía el mérito de haber arrestado a Bruno, daba la sensación de ser un veterano deseoso aún de que lo pusieran a prueba, pese a sus canas y a las arrugas que le surcaban el rostro como si fueran arabescos.

–Espero –dijo Capiferro, al tiempo que se sentaba– no haber pecado de inoportuno al solicitaros una entrevista sin previo aviso.

–En absoluto –respondió Saluzzo, con una voz que sonaba metálica y veladamente agresiva–. Lo que me escribisteis respecto al hijo de Fulvio Svampa más bien ha despertado mi interés.

–Los documentos del archivo llevan vuestro nombre, por lo que me pareció adecuado acudir a la fuente.

–¿Estáis al corriente del caso?

–A grandes rasgos –confesó el secretario–. En los registros se menciona el arresto de maese Svampa, impresor *de crimine heresiae suspectus*. Otoño de 1592, Venecia.

Fray Gabriele arrugó la frente.

–¿Y nada más?

–La ausencia de una relación más detallada es bastante curiosa, desde luego.

–Como poco.

Capiferro se inclinó hacia delante y estudió la expresión cautelosa de su interlocutor.

–Pero vos recordáis.

–Me temo que no hay mucho que contar –suspiró el anciano inquisidor, mientras acariciaba con sus larguísimas uñas los brazos del sillón–. El típico caso de impresor dedicado a divulgar libros prohibidos. Textos protestantes, si no recuerdo mal, y algunos de Petrarca y Boccaccio.

–¿Y eso le supuso una condena a muerte? –se sorprendió el secretario.

–Desde luego que no, padre. Ordené su arresto y el traslado a Roma para el proceso.

–¿Por qué no en Venecia?

–El deber me reclamaba en Roma –respondió Saluzzo– y puesto que yo no era muy dado a dejar mis responsabilidades en manos de terceros...

–Lo comprendo perfectamente –lo tranquilizó Capiferro, ansioso por ir al grano–. Por otro lado, si la información de que dispongo es correcta, Fulvio Svampa murió ese mismo año en la cárcel de Castel Sant’Angelo.

–Debo corregiros, padre, en realidad sucedió en la cárcel de Tor di Nona, donde estaba recluido.

–Pero..., ¿cómo es posible, si vos no lo condenasteis a muerte?

–Fue un desgraciado accidente. Una crecida del Tíber anegó las celdas

subterráneas, y el impresor pereció ahogado antes del proceso.

El secretario asintió. Ahora entendía por qué en el archivo solo figuraban las actas del arresto, aunque la situación seguía sin parecerle del todo clara.

–También estaba allí el hijo de maese Svampa –dijo–. Apenas un niño.

Fray Gabriele asintió.

–Sobrevivió de puro milagro.

–¿Por qué fue encarcelado con su padre?

–Un exceso de celo de mis hombres armados, supongo.

Capiferro captó un deje sarcástico que no le gustó en absoluto.

–¿Un mozalbete de cuatro años arrojado a las mazmorras?

–No me informé nunca sobre su edad –replicó el hermano, con una ávida sonrisa–. Hasta que no me llegó el rumor, claro, de que se había convertido en inquisidor. Entre nosotros, es algo que me incomoda bastante, sobre todo si consideramos que a espaldas de ese hombre se oculta monseñor Nicola Ridolfi, el actual maestro del Sacro Palacio.

–No imaginaba que pudierais ver una amenaza en Svampa –dijo el secretario, poniéndose en guardia–. Y, con toda sinceridad, lamento haberos alarmado.

–Ah, pero sois vos el que está alarmado –insinuó Saluzzo, mientras seguía arañando el sillón con las uñas, al parecer más inquieto–. Juraría que no habéis venido hasta aquí por una banal incuria en los datos del archivo. En los círculos estrechos se habla a menudo de vos, ¿sabéis? Puede que la Congregación del Índice la dirija el cardenal prefecto, pero tras el procedimiento de enmienda impuesto a Nicolás Copérnico se esconde vuestra firma. Lo mismo que ciertas medidas, dignas de una agudeza que merecería bastante más que el título de secretario del Índice. Tal vez prior de Santa Maria sopra Minerva, si se me permite aventurar.

–Si eso sucede alguna vez –replicó Capiferro, con firmeza–, desde luego no será por haber vendido a un hermano.

–Vuestra lealtad os honra –se ensombreció fray Gabriele–, aunque los religiosos de los que estamos hablando no sean dignos de ella.

–A mí lo que me urge es llenar ese vacío que me ha dejado la ausencia de informaciones en el archivo.

–¿No os basta con el papeleo de vuestro secretariado?

–Aquí se trata de algo distinto –le explicó Capiferro, en un intento de apartarse de aquella acción manipuladora–. Es más una cuestión de..., de...

–¿De sospecha? –sugirió el anciano inquisidor.

El secretario se mordió la lengua. Antes de conocer a Svampa, nunca se había parado a pensar en lo incómoda que resultaba aquella palabra, pero ahora el simple hecho de pronunciarla le causaba desasosiego. Sospecha, repitió para sus adentros. Sin eso, ¿qué quedaba de la percepción de elementos impalpables como la existencia del mal? Extirparla de su corazón era permitir que el soplo del diablo se extendiese por todas partes, privando de la intuición e incluso de la fe. Por tanto, la sospecha era algo bueno. Era un impulso natural, lícito, necesario. Y sin embargo..., sin embargo... ¡Ah, cuánto echaba de menos su pipa! Unió las manos, mientras se debatía entre una repentina indecisión y la curiosidad de querer saber algo más.

–La primera noche en que fray Girolamo se presentó en Santa Maria sopra Minerva –reveló–, le preguntó al padre portero del convento en qué lugar de Roma se alojaban los inquisidores ancianos que ya descansaban de sus tareas.

–Y vos pensasteis que me buscaba a mí –dedujo Saluzzo.

–Exactamente.

–Para vengar la muerte de su padre.

–Preferí no hacer conjeturas.

–Las conjeturas lo son todo, en nuestro oficio –lo contradijo fray Gabriele, como si hubiera intuido el conflicto que lo atormentaba–. ¿Qué sería un cazador sin su olfato? ¿Y qué sería un inquisidor sin la facultad de la sospecha? –Se levantó del sillón que ocupaba y se dirigió al cuerpo crepitante de la estufa. Era mucho más alto de lo que se apreciaba estando sentado–. Y, sin embargo –prosiguió–, no queda claro que Svampa esté interesado en mi persona.

–¿Qué queréis decir?

–Que al nombrarlo inquisidor y utilizarlo en cada caso de brujería de los Estados Pontificios, el maestro del Sacro Palacio ha creado un arma. Un arma que ahora, con el pretexto del caso Rebiba, puede volverse contra sus propios enemigos.

Capiferro se quedó atónito. Hasta ese momento se había cuidado mucho de divulgar detalles de la investigación, y el homicidio del consultor era un

hecho demasiado reciente como para que a Saluzzo le hubiese llegado a través de los rumores callejeros. Debía de haberse informado en persona, siempre y cuando no estuviese en contacto directo con alguien implicado en los hechos.

–Cualquiera que os escuche –dijo, con cautela– pensaría que se trata de un complot.

–¿Y os sorprendería? –replicó fray Gabriele, en tono significativo–. El maestro de palacio es persona de innegable doblez. Se rumorea por ahí que ha establecido acuerdos secretos con el cardenal Richelieu, y puede que hasta con ciertos representantes del clero español. En vuestra opinión, ¿a quién se debe esa laguna de archivo en lo que respecta al padre de Svampa? Recuerdo muy bien haber entregado una explicación detallada sobre las causas del arresto, sobre la encarcelación e incluso sobre la muerte accidental. Pues bien, ¿quién ha hecho desaparecer esos documentos? Él, sin la menor duda, para no ensuciar el pasado de su pupilo.

–No hay pruebas.

–Y, sin embargo, es de todos sabido que monseñor Ridolfi se ha granjeado muchos enemigos. Y precisamente aquí, en Roma.

–«Muchos enemigos» es un concepto bastante vago.

–Uno en concreto, el cardenal Ireneo Palombara.

Al escuchar aquel nombre, un estante muy concreto de las bibliotecas mentales del secretario empezó a temblar, hasta arrojar al suelo dos tomos. El menos reciente era una impresión de 1614 titulada *Fama fraternitatis Rosae Crucis*; en el frontispicio del segundo, publicado dos años más tarde, podía leerse *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*. Antes de que aquellas páginas acabaran en la hoguera, Capiferro había conseguido memorizarlas, junto al nombre del prelado al que habían pertenecido. Y era el mismo nombre que acababa de salir de labios de Saluzzo.

–¿Habláis con conocimiento de causa? –se limitó a preguntar.

–Conozco personalmente a monseñor Palombara –respondió el anciano inquisidor–. Fue hermano de la orden de santo Domingo antes de ser nombrado cardenal y tuve el privilegio de conducir junto a él varios procesos de gran importancia. Ahora se aloja en esta misma sede y no ha perdido ni

pizca de su antigua influencia. Influencia de la que se ha servido en más de una ocasión para ponerle palos en las ruedas a monseñor Ridolfi.

–¿Y si fuese al contrario? –se aventuró el secretario.

–¿Qué queréis decir?

–¿Y si fuese el maestro de palacio quien le pone palos en las ruedas? El nombre de Palombara no me resulta nuevo. Hay quien dice que no es solo inquisidor, sino también alquimista, y que está relacionado con una logia secreta conocida como Rosacruz.

Saluzzo soltó una carcajada.

–No creeréis en esas sandeces, ¿verdad? Los rosacruces son una leyenda, no existen.

–Pero sus escritos sí –replicó Capiferro–. Y también sus manifiestos, que aparecieron colgados en París precisamente el año pasado.

Saluzzo respondió con un gesto vago.

–Invenciones de algún poeta y hermético, supongo.

El secretario seguía sin estar de acuerdo. A pesar de ello, el juego empezaba a parecerle demasiado insidioso como para pensar en revelar sus propias cartas.

–En resumidas cuentas –dijo, cambiando de tema–, ¿en qué... sospechas os basáis para decir que Svampa tenga algo que ver con el cardenal Palombara?

–Ah, es posible que en estos instantes incluso él lo ignore. El maestro del Sacro Palacio es muy hábil a la hora de mover sus tropas de jenízaros, a quienes mantiene en la ignorancia hasta el último momento. Es un hecho, sin embargo, que Pietro Rebiba era muy amigo de Ireneo Palombara. Lo cual, a mi entender, suscita algo más que una simple sospecha.

–Dejando a un lado el crimen que causó la muerte de Rebiba, no veo por qué esa amistad iba a manchar la reputación del cardenal Palombara.

–Vamos, padre, no seáis ingenuo –lo reprendió fray Gabriele–. Sabéis muy bien que en estos tiempos que corren se acaba encadenado a los cepos por cualquier tontería, sobre todo en el seno de una Madre Iglesia que por propia voluntad, y con demasiada frecuencia, emprende acciones policiales que van en detrimento de sus propios hijos. Y si un vil espíritu decidiese ponerse a

trabajar con tesón, sin duda encontraría algo capaz de destruir la reputación de un príncipe de la Iglesia.

El secretario se levantó del sillón. Necesitaba meditar, reconciliarse con su propia conciencia.

–Estáis formulando una acusación a partir de meras suposiciones, padre. ¿Sois consciente de ello?

–Antes de formaros una opinión –lo retuvo Saluzzo–, deberíais excavar más a fondo entre los documentos del archivo.

–Parecéis informado.

–Mayo de 1620, acta redactada en la sede de la Santa Inquisición romana – le dijo, al tiempo que lo despedía con un gesto–. Investigad y volved a verme. Capiferro saludó con una rápida reverencia.

–Así lo haré –dijo, ansioso por alejarse de aquella estancia.

28.

Como fuegos fatuos al atardecer, las luminarias de la *via Papalis* acompañaron al inquisidor desde el palacio del gobernador hasta el *borgo* de San Pedro. A sus ojos, el resplandor que despedían no podía estar más alejado del espíritu navideño y del jubileo. Parecía más bien un hilo de Ariadna tendido hasta la sede del Santo Oficio, donde lo aguardaban nuevos interrogantes. Tras la discusión con monseñor Gessi, sin embargo, no sabía muy bien qué lente usar. No exactamente por las amenazas, sino más bien por el hecho de que el maestro de palacio pudiera estar implicado personalmente en los hechos. Esa idea lo empujaba, muy a su pesar, hacia el pantanoso terreno de la sospecha y hacía que se hundiera, igual que se le hundían los pies en el fango que afloraba entre la nieve. A cada paso que daba, el remolino del barro le retumbaba en la cabeza, por lo que avanzar le resultaba cada vez más fatigoso.

Menos mal de las luces, se dijo. El simple hecho de observarlas lo ayudaba a quedar flotando en el filo de la noche, entre el devenir y lo que ya había acaecido. Las siguió hasta llegar a las puertas de la ciudad leonina, mientras el frío lo acuciaba y el hambre empezaba a atormentarlo. El pan que había comido horas antes le había dejado un agujero en el estómago, además de una sensación de agotamiento. Aún le quedaba mucho por hacer, sin embargo, antes de poderse permitir un descanso.

Se detuvo ante la entrada del Santo Oficio, mientras repasaba la trama de razonamientos que lo habían conducido hasta allí. Sacó del bolsillo el pañuelo en el que había envuelto los largos pelos plateados y los observó a la luz de un quinqué que colgaba ante la fachada del palacio.

No tenía certeza alguna, desde luego, pero valía la pena asegurarse. Sobre todo, por aquel grumo de cola que aguijoneaba su intuición.

–Soldado –dijo, dirigiéndose a uno de los guardias de ronda–. Tengo que interrogar a quien controlaba el acceso a palacio hoy, hacia mediodía.

El hombre, apoyado en su alabarda, lo observó pasmado.

–Pero está descansado en los dormitorios...

–¿Y qué esperáis, pues? –lo apremió el inquisidor, al tiempo que le mostraba el mandato de *commissarius*–. ¡Id a sacarlo de su catre!

El soldado salió medio dormido del cuartel, con la celada de lado y los ojos legañosos.

–Magíster –dijo con voz gangosa en cuanto se encontró ante Svampa.

El inquisidor le ordenó que se acercara para observarlo al resplandor del quinqué.

–Sois vos, entonces –murmuró, al reconocer al guardia que había intervenido para ayudar al anciano a ponerse en pie.

–¿Qué queréis decir? –preguntó el guardia, al tiempo que contenía un bostezo.

–¿Os acordáis de mí? He pasado por aquí esta mañana, hacia el mediodía.

–Junto a un centenar de frailes más.

–Sí, pero yo me he visto envuelto en un pequeño incidente.

Al escuchar aquellas palabras, el hombre arrugó la frente y lo observó con atención.

–Ah, sí –dijo, tras unos instantes de vacilación–. Llegabais con la cabeza gacha, como un rayo, y habéis hecho volar por los aires al pobre viejo.

–El religioso anciano de barba larga y blanca –concretó fray Girolamo.

–Sí, ese mismo.

–Y bien, ¿qué podéis decirme de ese individuo?

El soldado volvió a observarlo con expresión confusa.

–Bueno, así de pronto...

–¿Queréis decir que hasta hoy no lo habíais visto jamás cruzar la entrada al palacio?

–No podría jurarlo, vuestra gracia, pero creo que no, en efecto.

–Por tanto, se trataba de un visitante ocasional –concluyó Svampa.

–Por lo menos, no era una de las caras que se repiten más a menudo. Después de cuatro años de ronda, puedo enorgullecerme de conocer a todos los miembros de las congregaciones que se alojan entre estos muros.

Fray Girolamo frunció el ceño.

–¿Y lo habéis dejado entrar sin comprobar antes de quién se trataba?

–¡Eso jamás, reverendo padre! –retrocedió el soldado–. Tenía un permiso.

–¿Un permiso?

–Sí, sí. Firmado y sellado con lacre, además. Aún debe de estar en el cajón de la mesa del atrio.

–Mostrádmelo –ordenó el inquisidor, al tiempo que cruzaba a largas zancadas la entrada al palacio.

El soldado lo siguió con mansedumbre y, tras hurgar en el mueble, extrajo una hoja de papel.

–Aquí está –dijo–. Lo ha entregado antes de entrar.

Svampa prácticamente se lo arrancó de las manos, con el rostro congestionado por la impaciencia y el deseo de saber más.

El sello del lacre reproducía el emblema de la Congregación del Índice. Sobre el emblema podían leerse unas cuantas palabras, escritas con una elegante caligrafía repleta de florituras, que le provocaron literalmente un estremecimiento.

Al poseedor de esta misiva se le concede sin demora permiso para entrar en el palacio del Santo Oficio con el fin de dirigirse a los espacios reservados a las sacras congregaciones del Índice y de la Inquisición.

Fdo. Pietro Rebiba, consultor.

Antes incluso de haber terminado de leer el nombre que figuraba al pie del salvoconducto, Svampa ya se dirigía velozmente a los espacios interiores del palacio.

Via dei Pontefici, *palacio del gobernador*

Su eminencia monseñor Berlinghiero Gessi era un hombre de temple sanguíneo. Se adivinaba en su rostro morado y en sus manos, descomunadamente hinchadas y surcadas de venas debido a la gota. Tenía el adiposo cuerpo encajado entre el escritorio y la silla, en el centro de una estancia repleta de objetos que celebraban su prestigio. Desde el birrete del Studium de Bolonia hasta el bastón de mando, aquellos objetos permitían seguir todas las etapas del camino que lo había llevado hasta el cargo de gobernador.

Svampa, sin embargo, no era hombre que se dejara impresionar. Tras dignarse a echar un vistazo a su alrededor, volvió la mirada hacia una ventana a través de la cual podía ver el vaivén de las luminarias de la noche. Era la primera vez que las veía desde que había llegado a Roma, tal vez por la posición elevada en que se hallaba –en una de las tres torres del palacio– o por el urgente deseo de huir de aquel edificio. La imagen del cadáver con un puñal clavado a la espalda, del «PON SIN MOR» y de la danza macabra lo reclamaban en el exterior, para conducirlo por entre las calles de un pasado inamovible en el cual el asesino se dirigía eternamente hacia la imprenta del pueblo romano para asesinar a fray Castellano. Y el único rastro que dejaba tras de sí era un mechón de cabellos plateados unidos por un grumo de cola.

–Bonita desfachatez la vuestra –resopló el gobernador, arrancando a Svampa de sus reflexiones–, ¿cómo os habéis atrevido?

–¿Atreverme yo? –replicó el inquisidor, impasible–. La única desfachatez de la que he sido testigo es la de vuestros esbirros, que he secundado únicamente para no sembrar la discordia entre el Santo Oficio y el gobernador.

Monseñor Gessi dejó escapar una risita asmática.

–Ya me habían llegado noticias de vuestro engreimiento, pero no sabía que rozase el delirio. –Se aferró a los brazos de la silla y la echó hacia atrás, consiguiendo así más espacio para gesticular–. Estabais presente en el escenario de un homicidio sin haber dado explicación alguna, ni tampoco haber solicitado permiso. Pues bien, por si aún no lo habéis comprendido, Roma se encuentra bajo mi jurisdicción. Siempre que se cometa un delito, investigarlo es tarea mía y de mis hombres. ¿Lo habéis entendido?

–He entendido el malentendido, desde luego –dijo fray Girolamo, que seguía vuelto hacia la ventana–. Pero supongo que os encantará saber que el mandato de *commissarius* me confiere libertad de *investigatio*, por encima de cualquier estorbo burocrático o jurisdiccional.

–No digáis bobadas –le espetó el prelado–. Mientras sea dentro de las murallas de la ciudad, mi autoridad está por encima de cualquier otra, incluido el tribunal del senador, el vicario y hasta el Santo Oficio.

Svampa era muy consciente de que el gobernador estaba en lo cierto. Nombrado directamente por el camarlengo, el gobernador de Roma presidía un tribunal al que correspondía el poder de actuar en contra de cualquier crimen que se produjera en la ciudad. Se erigía en lo alto de una pirámide formada por dos lugartenientes, un grupo de notarios y diez compañías de esbirros, sin contar las cárceles. Existía, sin embargo, una excepción válida y el inquisidor estaba dispuesto a recordársela.

–¿También el maestro del Sacro Palacio? –preguntó despreocupadamente.

Al escuchar aquellas palabras, a Berlinghiero Gessi se le puso el rostro aún más morado.

–¿Creéis que no sé lo de monseñor Ridolfi? –estalló–. Ha sido él quien ha enviado los soldados de caballería que os han conducido con tantas prisas a la imprenta del pueblo romano. Según parece, su carruaje pasaba por las inmediaciones del lugar justo cuando se ha descubierto el cadáver... ¡Y a mí me han saltado!

Fray Girolamo tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su sorpresa. En las prisas por seguir a los soldados papalinos, había omitido interrogarlos acerca de los motivos por los que habían acudido precisamente a él. Y, una vez ante el cadáver de Castellano, se había concentrado en la investigación y

había olvidado ese detalle. Por lo demás, desplazar la mirada del presente al pasado suponía escrutar el mundo con dos lentes de distinto espesor, lo cual inevitablemente empañaba el sentido de la realidad. Pero ahora que lo pensaba bien, el hecho de que el maestro se encontrara en las inmediaciones mientras se cometía un homicidio relacionado con el de Rebiba resultaba, cuando menos, insólito. Se sintió abochornado por haber caído en la cuenta de ese modo e indignado por verse rebajado en presencia del engreído prelado.

–Es lógico –improvisó– que monseñor Ridolfi haya exigido mi presencia.

–¡Han asesinado a un hombre, maldición! –estalló el gobernador–. Y eso es competencia mía, no de un agente del Santo Oficio.

–Estaríais en lo cierto si la naturaleza del homicidio fuese criminal –se apresuró a observar Svampa–. En este caso, en cambio, los indicios apuntan a un crimen herético, o directamente nigromántico.

–¿Me tomáis por estúpido? A fray Severo Castellano lo han apuñalado por la espalda, no estaba poseído por el demonio.

–Ignoráis los precedentes.

–¿De verdad? –Monseñor Gessi tragó saliva con dificultad mientras se aferraba al borde del escritorio con aquellas manos que más bien parecían enormes pinzas de cangrejo–. Vos... –prosiguió–, vos habéis venido a Roma para investigar la muerte de fray Pietro Rebiba, aplastado la otra noche en la *via* del Arco camiliano. ¿Creíais que no estaba enterado? En honor a la verdad, el asunto me dio risa, pero los padres del Santo Oficio me pidieron que dejara correr el tema. Ahora, en cambio...

–Ahora deberíais manteneros al margen por segunda vez –lo amenazó fray Girolamo–, porque el homicidio de Castellano está relacionado con el de Rebiba.

–¿Solo porque vos llegasteis antes que mis esbirros?

–Ambos delitos se cometieron en talleres tipográficos, de un modo similar. El nexa entre ambos casos le resultaría obvio hasta a un niño.

El gobernador lo observó con escepticismo.

–Suposiciones.

–¿Y a vos qué os importa? –se encendió el inquisidor, que empezaba a perder la paciencia–. ¿Es que no hay bastantes delitos en Roma?

–Si me importa –precisó Gessi–, no es por esos pobres que han muerto asesinados, sino por la forma en que vos estáis actuando. Solo lleváis aquí dos días y ya estáis levantando polvareda. Dos hombres arrestados sin acusación formal, diantre. ¡Dos hombres! ¿Acaso creíais que no se me iba a informar? El gobernador de Tor di Nona me ha avisado esta mañana, pues no sabía si preparar la sala de torturas o la horca para un prensista y un servita. ¿Es que habéis perdido el juicio?

Svampa se encogió de espaldas.

–Esos prisioneros no van a ser trasladados. Se quedarán donde están durante todo el tiempo que yo considere necesario.

–¿Y de qué crimen se les acusa? Porque, tened la bondad de escucharme, desde el momento en que Severo Castellano ha sido asesinado mientras vuestros prisioneros estaban encerrados en sus celdas, o los delitos de los que me estáis hablando no están relacionados entre ellos, o uno de nosotros dos está desvariando. Y, si me permitís la osadía, no soy yo.

–Lógicamente –replicó fray Girolamo– a esos dos no los he encerrado porque sean culpables de algo.

–Oh, santo cielo –se burló el gobernador–. ¿Y entonces por qué, si se puede saber?

–Porque son instrumentos de medida. Es como si los hubiera guardado en un cajón, para tenerlos a mano cuando los necesite.

–Sois un lunático.

–Y vos un vicecamarlengo, así que no podéis enfrentaros al maestro de palacio. Al menos, no sin irritar a su santidad.

–Lo que no puedo hacer es meter entre rejas a ese impertinente de Ridolfi –replicó Berlinghiero Gessi, con una especie de risotada–. Pero sí puedo reteneros a vos, magíster, hasta que...

El inquisidor lo mandó callar con un repentino gesto. Acababa de dirigir de nuevo la mirada hacia la ventana y, justo en ese momento, se fijó en una antorcha cuya llama titilaba por efecto del viento. Ese movimiento le recordó otro muy parecido, oculto en un rincón de su memoria. La cola blanca de un lobo. No, no era un lobo, pensó. En el recuerdo aparecían también unos anteojos que salían volando y un anciano fraile... Sí, un fraile que caía al suelo y... Apretó los puños, invadido por una repentina euforia.

–¡No son cabellos –exclamó de repente–, sino pelos de una barba larga!
Tras un momentáneo asombro, el gobernador volvió a la carga.

–No creáis que me vais a confundir con esas salidas de comediante. Como hay Dios que terminaréis en los cepos.

Y, al tiempo que cogía la campanilla que se hallaba sobre su escritorio, llamó a los guardias apostados en la entrada del despacho. Fray Girolamo se la quitó de las manos.

–¿Y si yo os demostrase que los crímenes de Rebiba y Castellano están relacionados, más allá de toda duda razonable?

–Otra vez con la misma historia.

–Es una certeza, y os traeré las pruebas.

–No me interesa.

–Pues debería interesaros –lo advirtió Svampa–. Si la relación entre ambos crímenes saliera a flote en algún momento y se descubriese que me habéis impedido investigar, la culpa recaería en vos. Y en vuestro honorable tribunal.

Aquellas palabras cogieron desprevenido a monseñor Gessi.

–Siguen quedando los reclusos... –objetó, aunque con menos vehemencia.

–Manelfi y Piuma deben permanecer en sus celdas. Lo exijo.

El prelado permaneció inmóvil, dividido entre el deseo de llamar a los esbirros y la duda que empezaba a abrirse camino entre las arrugas de su rostro.

–¿Más allá de toda duda razonable? –preguntó, entre dientes.

–Sí –dijo el inquisidor, al tiempo que le devolvía la campanilla–. Si me dejáis marchar, os traeré la prueba de todo lo que afirmo.

El gobernador soltó un crispado bufido.

–Tenéis tiempo hasta mañana por la mañana –concluyó–. Demostradme que tenéis razón, fray Girolamo, o ateneos a lo peor.

29.

¡Así que aquel era el último mensaje que había escrito Rebiba! No una carta, sino un salvoconducto entregado a quién sabe quién poco antes de terminar aplastado bajo la platina de la prensa. Eso, sin embargo, no era lo peor, pensó el inquisidor, mientras subía los escalones de dos en dos. La idea que se iba abriendo paso en su mente era que el poseedor del salvoconducto no fuese en realidad un apacible anciano, sino un malhechor que se había presentado ante los guardias del Santo Oficio amparado por un disfraz.

Subió la escalera que iba directamente a los espacios destinados a la Inquisición y buscó el lugar de trabajo de Severo Castellano. Porque, meditaba, hubiera resultado una coincidencia realmente absurda que la intrusión del misterioso individuo no tuviese nada que ver con la muerte de la segunda víctima. Con el permiso de su eminencia, aquel gordinflón obtuso que era el gobernador de Roma.

La proximidad de la noche había reducido drásticamente el número de religiosos presentes en el palacio. Los pocos que quedaban, ocupados aún en sus tareas, se hallaban encorvados sobre sus escritorios o bien deambulaban por los corredores, cargados con velas y fajos de papeles. Svampa interceptó a algunos de ellos para obtener apresuradas indicaciones que lo condujeron hasta una estancia sumida en la oscuridad.

Se quedó junto a la entrada solo el tiempo necesario para fijarse en la llama de una palmatoria que descansaba sobre un escritorio, donde se veían también dos manos nerviosas que compilaban un registro.

Cuando el inquisidor avanzó, las manos se detuvieron y la figura a la que pertenecían se movió con lentitud.

–¿Quién sois? –se oyó una voz.

–Quién sois vos –replicó fray Girolamo–. Este debería ser el estudio de Severo Castellano.

–Lo comparte conmigo –respondió la voz, que poco a poco fue adoptando

la forma de un dominico de pelo pajizo y rostro algo ajado—. Trabaja en la mesa de al lado.

Y, tras esas palabras, levantó la palmatoria e iluminó un escritorio que estaba junto al suyo, idéntico en todo.

Svampa dio un paso al frente.

—Tengo que inspeccionarlo.

—No sois el primero que lo intenta hoy —le hizo saber el hermano, con un suspiro—. Pero, lo mismo que al otro, debo deciros que no.

—¿Qué «otro»? —preguntó el inquisidor, frunciendo el ceño.

—El otro fraile —respondió cándidamente la voz—. No era tan joven como vos, sin embargo. Encorvado, con barba y anteojos. Buscaba a fray Castellano. O, mejor dicho, su lugar de trabajo, con la pretensión de consultar los documentos.

Bastaron aquellas palabras para que el inquisidor se convenciese de haber hecho bien en seguir su intuición. La pista conducía exactamente hasta aquel punto y, si existía un modo de dar con el túnel que comunicaba las dos madrigueras de conejos —aquella en la que había sido asesinado Rebiba y aquella en la que había muerto Castellano—, se encontraba sin duda en el escritorio de la segunda víctima. El único obstáculo era el fraile de pelo pajizo quien, a juzgar por su expresión angelical, aún no había recibido la triste noticia de la muerte del hermano.

—¿Un fraile de larga barba blanca que se ha presentado aquí a eso del mediodía? —dijo fray Girolamo, en tono conciliador.

—¿Lo conocéis?

—Ya me gustaría, creedme. ¿Ha dicho algo?

—No le he dado la oportunidad, si os soy sincero. Exigía que le permitiera hurgar entre los efectos de fray Castellano, el muy insolente. Y deberíais haber visto con qué descaro. Lo he amenazado con llamar a los guardias a menos que se calmara, lo cual debe de haberlo alterado, porque se ha marchado sin decir nada más.

—¿Ni siquiera se ha presentado?

—Si lo ha hecho, no me he dado cuenta. Farfullaba con voz ronca, tal vez por alguna dolencia propia de la estación.

O tal vez para enmascarar la voz, reflexionó Svampa. Dirigió de nuevo la

mirada hacia el escritorio vacío. De entre un caos de notas manuscritas y pilas de libros, sobresalían tres estatuillas de estilo oriental que representaban monos: uno de ellos se tapaba los ojos, el otro las orejas y el último la boca. Falta el cuarto, pensó vagamente, el de los brazos cruzados.

–¿De qué se ocupa exactamente fray Castellano? –preguntó.

El hermano eludió la pregunta.

–De la clase de tareas que deben permanecer en secreto. Si no, ¿por qué creéis que me he esforzado tanto por alejar a aquel desconocido? Y lo mismo, me atrevo a añadir, vale para vos.

–Lo dudo muchísimo –objetó Svampa, al tiempo que deslizaba bajo la luz de la palmatoria el mandato de *commissarius*–, a menos que queráis tener problemas con el maestro del Sacro Palacio.

El religioso abrió unos ojos como platos.

–Oh, misericordia. Pensaba que se trataba de...

–Me importa un comino lo que penséis –lo interrumpió fray Girolamo–. Limitaos a responder, sin adornos ni florituras.

El fraile se sosegó.

–Fray Castellano –reveló– representa uno de esos valiosos eslabones que unen la actividad de la Inquisición y la del Índice. Actualmente, se ocupa de redactar una lista de los impresores sospechosos repartidos por la ciudad.

–¿Sospechosos de qué?

–Bueno, no sabría decirlo. Ya de por sí las sospechas son..., cómo explicarlo.

–¿Inconsistentes?

–¿Qué insinuáis?

–Nada. Proseguid.

–¿Y no sería mejor discutirlo con fray Castellano?

–Lo haría encantado –respondió Svampa, impaciente por ir al grano–, pero tengo la sensación de que está muy ocupado en otra parte.

–Vaya, qué lástima.

–En cualquier caso –lo interrumpió el *commissarius*–, me gustaría consultar esa lista.

Se dirigió, pues, al escritorio de los tres monos, en busca de una luz que poder encender.

–Ahí no la encontraréis –lo advirtió el fraile, con una risita significativa.

El inquisidor se volvió a observarlo.

–¿Y eso por qué, si puede saberse?

–Porque esta mañana, antes de marcharse, Castellano me la ha confiado a mí.

–¿Por qué motivo?

–Seguridad, supongo.

–¿Temía que lo estuvieran espiando?

–No lo ha dicho explícitamente, pero... –El fraile dejó la frase en el aire y procedió a rebuscar entre las pilas de fascículos que tenía a su espalda. Finalmente, extrajo una hoja de papel–. Aquí está. Mirad, si esta lista viene de donde yo creo...

–¿Y de dónde creéis? –preguntó Svampa, al tiempo que le indicaba que se la entregara.

–De la Signatura de Breves, señor.

–¿Estáis seguro?

El religioso asintió.

–Trabajo al lado de Castellano desde hace bastante tiempo.

Tras aquellas palabras, Svampa perdió todo interés por el interlocutor y estudió la hoja. Contenía una lista de nombres. Impresores, rumió, y la Signatura. Una conexión que se daba por descontada, de no ser porque aquella lista tal vez representara el motivo por el cual se había infiltrado en el palacio del Santo Oficio el hombre misterioso. Probablemente, después de haber asesinado a Castellano.

–Esta lista queda requisada –dijo, al tiempo que se la guardaba en el bolsillo.

–No sé si... –se atrevió a objetar el fraile de pelo pajizo.

–En lo que a vos respecta –lo interrumpió el inquisidor– no os atreváis a mover un solo papel del escritorio de vuestro hermano. Mañana vendrá alguien a inspeccionarlo y será mejor que lo encuentre todo en orden. O, mejor dicho, en desorden.

Tras salir del Santo Oficio, se detuvo a contemplar la negra silueta del

Palacio Apostólico, que se recortaba contra una luna ya muy próxima al plenilunio. El capitán Spaventa, las letras parlantes, el «PON SIN MOR», el anciano misterioso y ahora, encima, la Signatura de Breves. Pero había algo más. Contuvo un escalofrío y se dirigió hacia la entrada, sobresaltando al guardia apostado en la noche.

–Solicito audiencia con el maestro del Sacro Palacio.

–Venerable padre... –vaciló el soldado–, a estas horas...

–Su eminencia lo entenderá –insistió Svampa.

En aquel momento, se les unió un segundo soldado que había escuchado la conversación.

–Sería inútil –dijo, con voz ronca–, dado que monseñor Ridolfi no se encuentra en sus aposentos.

El inquisidor se lo quedó mirando, despechado, al tiempo que se preguntaba si le estaba diciendo la verdad o no era más que una excusa de circunstancias para alejar a un postulante llegado a una hora inoportuna. Por lo demás, concluyó, tampoco tenía prisa. Tenía mucho sobre lo que reflexionar, así como otros asuntos pendientes en el convento de Santa Maria sopra Minerva.

Así, retrocedió un paso y se despidió con un gesto.

Ya había llegado a la mitad de la plaza cuando una reflexión lo indujo a volverse hacia la Torre de los Vientos. Tal vez monseñor Ridolfi estuviera apostado allí arriba, como un vigía, escrutando el oscuro rostro de una Roma repleta de pecados. Durante un segundo, se imaginó su figura inmóvil en la oscuridad, desafiando la fuerza del viento, y casi se convenció de que estaba de verdad allí arriba. Pensó, pues, en la posibilidad de ir a comprobarlo, con la idea de unirse a él en aquella cacería silenciosa.

Antes de poder tomar una decisión, sin embargo, una figura envuelta en una capa se plantó ante él.

–Por fin, magíster –exclamó Cagnolo, al tiempo que alzaba el ala del sombrero–. Hace siglos que os busco.

30.

El inquisidor y Cagnolo se encaminaron hacia el *ponte* Elio, que con sus parapetos iluminados se deslizaba entre la oscuridad de la noche y la del Tíber. Ante ellos, un silencio solo aparente. Avanzaron taciturnos, ambos sumidos en sus propios pensamientos, hasta que una ráfaga de viento hizo revolotear la capa del mesnadero.

–Llevas la pistola –observó Svampa.

–Diantre –dijo Cagnolo–, ojalá la hubiera tenido esta mañana.

–¿Qué ha ocurrido?

–Un hijo de su madre. O, mejor dicho, tres. Por poco no me matan, esos canallas, pero se las han tenido que ver con mi espada.

El inquisidor le echó un rápido vistazo, en busca de heridas visibles, pero lo único que vio fue un gran agujero en el sombrero.

–¿Los has reconocido?

–Gente del oficio, españoles quizá –respondió el mesnadero–. Me esperaban a las puertas del Colegio Romano.

–Ah, ya, el actorcillo.

–Profesorcillo.

Svampa se encogió de espaldas.

–¿Qué has averiguado acerca de él?

–Nada útil, magíster. Parece que sus agresores lo confundieron con otra persona. Y sospecho que son los mismos que querían divertirse un rato conmigo.

–Si así fuese, tu entrevista con ese tal... –dijo el inquisidor, haciendo un claro esfuerzo por recordar.

–Padre Carmelo –lo ayudó Cagnolo.

–Tu entrevista con el padre Carmelo, decía, no ha resultado ser una pérdida de tiempo. Es más, cabe suponer que te han atacado precisamente por ese motivo.

—¿Y entonces cómo es que...?

El mesnadero se interrumpió de golpe, con la mirada clavada al frente.

Había llegado a la entrada del *vicolo* del Gallo, a pocos pasos de la posada de la Vacca. La elegante fachada, de dos plantas, se asomaba a la noche gracias al resplandor de antorchas y luminarias, cuyo arco de luz iluminaba también un coche de caballos parado en la callejuela. Dos figuras estaban subiendo en ese momento al carruaje.

—Es él... —murmuró Cagnolo, al reconocer la cicatriz que desfiguraba el rostro del hombre más alto—. ¡Es él!

—¿Él, quién? —preguntó fray Girolamo. Mientras intentaba aguzar la vista, el mesnadero lo arrastró hasta un lugar a cubierto—. ¿No será por casualidad...?

—El de la cicatriz —bisbiseó Cagnolo en un tono cargado de rencor—. Uno de los que me han atacado.

El inquisidor, sin embargo, ya había concentrado toda su atención en el segundo hombre. De aspecto taurino, con gorguera y casaca de terciopelo. Se quedó tan asombrado al verlo justo allí delante que tuvo que reprimir el impulso de ir a preguntarle qué hacía en aquel lugar a aquellas horas, en compañía de un matón implicado en actos violentos.

—Magíster —lo acució Cagnolo—, ¡se van!

—¡Síguelos! —ordenó entonces Svampa, con vehemencia—. ¡Y mañana por la mañana ven a Santa Maria sopra Minerva para informarme!

Sin despedirse con un gesto siquiera, el mesnadero acató las órdenes.

El inquisidor lo vio alejarse a toda prisa, atormentado por la imagen de don Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá y embajador de España, que se perdía en la noche a bordo de aquel coche de caballos.

31.

En las inmediaciones de Campo de' Fiori, las calles eran demasiado angostas y oscuras, por lo que el carruaje no podía coger velocidad. Cagnolo, que ya lo había previsto, consiguió seguirlo avanzando rápidamente y deteniéndose a recuperar el aliento cada vez que el vehículo llegaba a un estrechamiento y aminoraba la marcha. El cochero, sin embargo, fue lo bastante listo como para dirigirse, entre vueltas y encrucijadas, hasta un ensanchamiento que le permitiría azuzar a los caballos.

El mesnadero sabía muy bien que, llegados a aquel punto, quedaría inevitablemente rezagado. Así, aprovechó la momentánea ventaja para acercarse cuanto pudo a la plataforma posterior del vehículo y, de un salto, se encaramó a ella.

Estuvo a punto de resbalar, cosa que lo hizo maldecir a todos los mocosos de Roma que a diario realizaban maniobras similares sin el menor esfuerzo.

Tras recuperar el equilibrio, se agazapó en el soporte.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

Svampa cerró de golpe la puerta del refectorio, huyendo del hielo y de los pensamientos negativos que, cual lobos, lo asediaban. Llegó a las cocinas y, con la ayuda de una vela, hurgó en la despensa en busca de pan, queso y un cuartillo de vino. Lo dejó todo sobre un taburete, junto a un fuego de brasas aún tibias, y empezó a comer. La satisfacción fue inmediata y lo distrajo momentáneamente del berenjenal en el que se había metido. Instantes después, la imagen del duque de Alcalá en el coche de caballos empezó a atormentarlo de nuevo, junto a la de los cadáveres de Castellano y Rebiba, el manuscrito de Faustus y las xilografías zoomorfas.

Aquel caso se estaba convirtiendo en una girándula de nombres. Y de familias. Fray Girolamo se reprochó a sí mismo el no haber dedicado aún tiempo a reflexionar sobre las posibles implicaciones de los Facciotto y los Zannetti, pero su mayor preocupación tenía que ver con un elemento tal vez más importante cuya naturaleza ignoraba. Capiferro lo había mencionado en la imprenta del pueblo romano pero no había tenido tiempo para profundizar en ello. Menos tiempo tenía ahora, dado lo tardío de la hora. Svampa, pues, tuvo que contentarse con estudiar el tablero tal y como estaba dispuesto y limitarse a perseguir al hombre que se había servido del salvoconducto para acceder al estudio de Castellano. No antes, sin embargo, de haber liquidado al fraile clavándole un puñal en la espalda.

¿Y todo por una lista de impresores? Una pregunta cuando menos absurda, se dijo. Tan absurda como la estética teatral que el inquisidor percibía, tanto en las referencias a la danza macabra como en la astucia de los disfraces. Primero el capitán Spaventa y ahora el anciano de larga barba. La inclinación del asesino hacia la mascarada casi parecía anteponerse a los elementos

tipográficos: de golpe, estos habían pasado de ser el elemento principal a convertirse en mero telón de fondo de una obra dramática.

No consideraba en absoluto casual, por tanto, que un actor del Colegio Romano hubiese sufrido un ataque en las inmediaciones del escenario del primer delito. Con más razón aún si uno de los rufianes implicados en la paliza se encontraba ahora en el carruaje del embajador de España. Eso siempre y cuando Cagnolo no se hubiese equivocado de persona. Y que él mismo no se hubiese tropezado con Alcalá por pura casualidad, en el transcurso de un día en que las coincidencias parecían estar al mando. No olvidaba, por otro lado, que también había visto al cardenal bibliotecario.

El siguiente paso lo conducía a la Torre de los Vientos y a la omnipresente sombra del maestro del Sacro Palacio, que lo había designado para investigar la muerte de Rebiba. Monseñor Ridolfi, el hombre de granito que en su día se había desvivido por él y lo había convencido para que dejara a un lado su sed de venganza y tomara los hábitos de fraile dominico. El hombre que tal vez le estuviera escondiendo una parte de la verdad.

Terminó de comer y, antes de que se extinguiera la llama de su vela, encontró el camino de su celda.

Aún estaba despierto cuando se abrió la puerta y dejó entrar el resplandor de un quinqué. Svampa se puso en guardia; se hizo el dormido al tiempo que deslizaba una mano bajo la cabecera de la cama.

La figura a contraluz de un hombre cruzó la entrada sin hacer el menor ruido; luego dejó la luz y se acercó. Se movía con cautela y el susurro de un largo hábito acompañaba sus pasos. Mientras se acercaba a la cama, se aclaró la voz.

El estilete surgió de entre las mantas con tanta rapidez que el intruso retrocedió y cayó hacia atrás. Apenas un instante después, Svampa ya estaba en pie, dispuesto a atravesarlo.

—¿Quién sois? —dijo entre dientes.

—Calma..., calma... —balbució un hombre, acurrucado entre sus propias vestiduras—. Tened piedad..., ¡soy yo!

33.

Gracias a la débil luz que oscilaba sobre la cabeza del cochero, el carruaje viró en la oscuridad y se adentró por una calle flanqueada por torres e imponentes edificios; luego viró hacia el sur y, por último, hacia el este, en dirección a la antigua Suburra. Agazapado como un gato en la peana trasera, Cagnolo divisó montañas de basura, estelas de cirios y estatuillas de vírgenes que pasaban velozmente en la oscuridad, hasta que el carruaje empezó a aminorar la marcha. Esperó unos segundos, hasta convencerse de que no se equivocaba, y adelantándose al «¡sooo!» del cochero, bajó de un salto para esconderse.

Se encontraba en la *piazza* Madonna dei Monti, entre edificios iluminados por antorchas y quinqués. El coche de caballos se detuvo junto a una fuente, apenas el tiempo necesario para que descendiera uno de los dos pasajeros. Inmediatamente después, partió de nuevo. El mesnadero dudó un instante, sin saber a quién seguir, pero finalmente se decidió por el hombre que iba a pie. Sobre todo, porque se trataba del tipo de la cicatriz.

Lo observó atentamente mientras el hombre se adentraba por una tortuosa callejuela y, manteniéndose a una distancia prudencial, lo siguió. Deseoso de saldar cuentas con él, pero satisfecho también de tener por fin la ocasión de confirmar sus propias sospechas, se convenció de que estaba siguiendo al capitán Spaventa o a alguno de sus fieles camaradas. Le bastarían unas pocas amenazas para que aquel matón escupiese la verdad.

La calle se ensanchó y desembocó en un campamento de gitanos. Cagnolo lo cruzó manteniéndose a un lado, pero sin perder de vista al hombre del rostro desfigurado, que avanzaba entre fogatas, acordes de guitarra y carcajadas de borrachos. Luego subió una escalinata que conducía directamente a otras torres y pórticos. Poco después, no muy lejos de las iglesias de la Virgen, de Santa Prassede y de Santa Prudenziana, el matón

dobló hacia una callejuela, para detenerse poco después ante una posada en cuyo letrero aparecía una serpiente.

El mesnadero esperó hasta que el otro hubo entrado. Luego, con una sonrisa perversa, empuñó la pistola y lo siguió al interior del local.

34.

–Tened piedad, tened piedad... –seguía implorando el hombre acurrucado entre sus vestiduras.

Svampa se inclinó amenazadoramente sobre él, con el estilete aún en la mano, sin saber si apuñalarlo o hacerle preguntas. Y entonces, para su asombro, vio asomar entre los pliegues de la tela el rostro del padre Capiferro.

–¡Válgame el cielo! –exclamó el inquisidor–. ¿Os parece que esta es la manera de entrar en los aposentos de un hermano?

–Y aunque lo fuese... –le reprochó el secretario, jadeando–. ¿Qué hacéis con un arma?

–No es la primera agresión nocturna de la que me veo obligado a defenderme.

–Esto no es ninguna agresión.

Fray Girolamo lo observó con desdén.

–Pero queríais sorprenderme.

–Lo que quería era despertaros –puntualizó Capiferro–. Pero es obvio que ya estabais despierto. Un poco más y me apuñaláis.

–Y bien –prosiguió Svampa. Al lanzar de nuevo el estilete hacia el cabecero, se dio cuenta de que solo llevaba puestos los calzones y un farseto. Cogió la capa, que estaba sobre un taburete, y se la echó sobre los hombros–. ¿A qué debo el honor?

–La conversación de hoy –dijo el secretario, con cierta urgencia–. No puedo esperar hasta mañana por la mañana.

Fray Girolamo colgó el quinqué en un gancho del techo y encendió la luz que se hallaba sobre el minúsculo escritorio.

–Supongo que se trata de las páginas encontradas en la boca de Rebiba. Mencionasteis un nombre.

–*Mercurio* –dijo el secretario, en tono vehemente–. Así se titula el

opúsculo.

–¿Y el autor? ¿El impresor?

–Anónimos.

–Eso significa que nos las tendremos que apañar con el título.

Ofendido ante tanta indiferencia, Capiferro retrocedió hacia la salida.

–Por lo que parece, la información no os ha impresionado especialmente.

–Al contrario, padre –lo retuvo el inquisidor–. Si Manelfi ha sido sincero, me servirá para desencovar a uno de los responsables.

–¿Quién es Manelfi?

–Un prensista con el aspecto y el carácter de una *mustela*.

–¿Y qué tiene que ver con la investigación?

–Lo he interrogado por recomendación de maese Facciotto. Al parecer, estuvo en posesión de las matrices xilográficas que estamos buscando, antes de vendérselas a un estudiante de la Sapienza, un tal Antonio Vanini.

–Interesantes progresos –dijo el secretario, complacido–. Estaba seguro de que aquellas imágenes zoomorfas os podrían guiar...

–Solo me convenceré de que son las que busco –lo interrumpió Svampa– cuando vea las matrices.

–Es decir, que mañana haréis una visita al estudiante en cuestión.

–Precisamente, estaba buscando un pretexto para embaucarlo y vos me lo acabáis de proporcionar.

–Conocer el nombre del *Mercurio* no os resultará suficiente.

Fray Girolamo se mostró de acuerdo.

–Espero que hayáis leído todo el opúsculo.

–Opúsculos –rectificó Capiferro–. Se trata de una publicación periódica. Y sí, los he leído todos. Aún siguen abiertos en la sala de ébano.

–¿No era de marfil?

–El marfil –exclamó el hermano– está reservado a los textos sacros, a los escritos de los padres de la Iglesia y de los ilustres teólogos, así como a todos los textos impresos o manuscritos que cuentan con la aprobación de la censura. En la sala de ébano, en cambio, solo se pueden consultar los libros prohibidos por el Índice, que en su mayoría han acabado en la hoguera.

El inquisidor lo animó con un gesto de impaciencia.

–Habladme del *Mercurio*.

–Incluye contenidos libertinos, obscenos y subversivos escritos por diversas personas, como ya habíamos descubierto. El estilo es sencillo y deliberadamente ingenuo, divulgativo.

–En resumen, dirigido a la parte letrada del pueblo.

El secretario asintió.

–Algunas máximas parecen introducidas a propósito para provocar las carcajadas y el descontento del vulgo, como por ejemplo –dijo, al tiempo que entrecerraba los ojos y movía los dedos como si estuviera pasando las páginas de un libro–, «una plegaria sin trabajo es como una azada sin mango», «Dios está en todas partes menos en Roma», «Dios ama al mundo tanto como el párroco a su cocinera» y otras por el estilo. –Volvió a abrir los ojos–. Pero lo que me preocupa es otra cosa.

–Os escucho.

–Tras el gatuperio de citas, se intuyen algunos elementos recurrentes que anhelan un mundo ideal, un rey sacerdote, una religión natural y... dejadme que os lea un pasaje. –El secretario repitió los mismos gestos de antes y recitó–: «Gozarán los filósofos de aquel estado / que como gran república han descrito, / y que en la tierra aún no ha existido».

–¿Un soneto? –preguntó Svampa.

–De Tomás Campanella, para ser más exacto. ¿Habéis leído algún texto suyo? ¿*La Ciudad del Sol*, por ejemplo?

–Algún extracto –respondió el inquisidor, ansioso por pasar a otras cuestiones. Hasta ese momento, el análisis del secretario se había demostrado útil a la hora de confirmar la naturaleza herética del crimen, pero no a la hora de desvelar la identidad del asesino–. ¿Habéis encontrado otros indicios?

–Nada especial –lo decepcionó Capiferro–, aparte de un par de párrafos en los que se exaltan las propiedades de la magia y de la astrología.

–¿Como Faustus?

–No, magíster, el estilo se aproxima más a la *libertas philosophandi* de Telesio.

–Bernardino Telesio, el naturalista.

–Exacto. Y, si lo recordáis, Campanella dice de él que es su maestro.

Impulsado por el deseo de encontrar una salida, el inquisidor echó a andar de un lado a otro de la estancia.

–Me pregunto –murmuró, absorto en sus pensamientos–, qué tiene que ver todo eso con la lista de impresores...

–¿Qué lista? –intervino el hermano.

Por toda respuesta, el inquisidor se limitó a abrir un cajón del escritorio, del que sacó la lista en cuestión. Se la entregó a Capiferro, quien procedió a estudiarla de inmediato.

–¿Dónde la habéis encontrado? –preguntó, dejándose llevar por la curiosidad.

–En el estudio de Severo Castellano, gracias a una serie de deducciones.

–Es decir –sonrió el secretario, con aire socarrón–, después del rapapolvo del gobernador.

–Eso no es asunto vuestro.

–Y no todos estos nombres son de impresores.

El inquisidor se acercó a él, tratando de disimular la sorpresa.

–Sed más claro.

–En la lista aparecen los talleres Corbo y Orlandi, donde mis dominicos requisaron los ejemplares del *Mercurio*. Sin embargo, también aparece el taller de Mascardi y otros de Parione, no muy lejos de la Sapienza... Pero el nombre que está al final de la lista, ¿lo veis? –dijo el secretario, al tiempo que le mostraba la hoja–. Pues bien, estoy seguro de que este nombre no pertenece a ningún impresor.

«Mesuraca.»

Al leerlo, Svampa tuvo la sensación de que se trataba de un batiburrillo de sílabas que desentonaban en comparación con el resto de los nombres de la lista. Una palabra extraña, que parecía llegada desde muy lejos... Lo sacudió una repentina intuición.

–Tengo que consultar los archivos de Santa Maria sopra Minerva –declaró, en voz alta.

–¿Y eso por qué? –se sobresaltó el secretario–. Y a estas horas, además.

–Vamos, marchaos –lo interrumpió el inquisidor, al tiempo que lo acompañaba de mala gana hasta la puerta.

–Esperad –insistió Capiferro, aferrándose a la jamba–. Si no he querido esperar hasta mañana es porque tengo un motivo concreto.

–¿De verdad? –preguntó Svampa, con un siseo de impaciencia.

–Bueno, veréis..., mientras consultaba ciertos textos en la sala de ébano...

–Vamos, ¡id al grano!

Por toda respuesta, al secretario se le ensombreció la expresión.

–Pues bien, he comprendido el significado del enigma –dijo, escuetamente–. Del «PON SIN MOR».

35.

A pesar de lo tardío de la hora, la posada del Serpente aún estaba llena. El hombre de la cicatriz ocupó una mesa apartada y, mientras esperaba que el mesonero lo atendiera, se dedicó a observar a un grupo de pícaros que en ese momento jugaban a cartas. Poco a poco, la escena lo empezó a aburrir y dio paso a una especie de melancolía que atenuó los brutales rasgos de su rostro. Tras superar la reticencia inicial, sacó el medallón que llevaba oculto bajo el farseto y observó el retrato de mujer que ocupaba el óvalo. Con una mueca de nostalgia que se iba abriendo paso bajo el ala de su sombrero, se perdió en la contemplación de aquel rostro de ojos profundos..., hasta que reparó en la pistola que lo apuntaba directamente.

Cagnolo la sujetaba entre los pliegues de su capa, de manera que solo asomara el cañón.

–Si vuestra gracia no tiene inconveniente –dijo, en pie delante de la mesa–, me gustaría devolverle la gentileza de esta mañana.

Más irritado que sorprendido, el de la cicatriz le devolvió una mirada desdeñosa.

–*Has entendido mal, cabrón** –resopló, al tiempo que hacía desaparecer el medallón bajo el cuello del farseto.

–*Entendido mal*, y un cuerno –gruñó el mesnadero, al tiempo que descubría el resto del arma–. Te conviene vaciar el costal, español de mala muerte, a menos que...

Una presión entre los omóplatos hizo que se le secara la garganta.

–¿Quién...?

La presión aumentó.

–¿Cagnolo Alfieri? –preguntó una voz masculina, tras él.

–¿Y qué si es así? –respondió el mesnadero, sin dejar de apuntar al de la cicatriz.

–Tengo la obligación de relevaros de vuestras funciones.

–¡Jamás! ¡Este sinvergüenza es mío!

–Y mío será vuestro pellejo –sentenció la voz–, a menos que tengáis un poco de sentido común y me escuchéis.

Siguió aumentando la presión en la espalda del mesnadero, invitándolo así a retroceder.

–¿Por qué lo defendéis? –dijo Cagnolo para ganar tiempo, mientras echaba un vistazo a su alrededor en busca de una posible vía de escape.

Lo único que percibió en la penumbra de la posada, sin embargo, fue que todos los presentes concentraban su atención en sus jarras y vasos.

–No defiendo a nadie –respondió el desconocido, cogiéndolo de un hombro para obligarlo a obedecer.

Mientras, el hombre de la cicatriz contemplaba impasible la escena. Si al principio se había sorprendido tanto como Cagnolo, ahora parecía haber comprendido la situación y saludó al mesnadero con un gesto arrogante.

–Ya nos veremos, hijo de puta –dijo entre dientes el mesnadero, muerto de rabia. Luego se volvió hacia el canalla que lo estaba sacando a rastras del local–. Ya voy, ya voy, ¡maldita sea! –resopló–. ¿Se puede saber qué es lo que queréis de mí?

El hombre se abstuvo de hablar hasta que se encontraron los dos solos en el frío de la noche. Solo entonces permitió que Cagnolo se volviera, aunque sin dejar de amenazarlo con un extraño puñal que llevaba un arma de fuego incorporada al mango. El desconocido vestía una capa de basta tela que apenas disimulaba un traje de corte militar. Su rostro quedaba oculto bajo la capucha.

–Soltad la pistola –le ordenó.

Una vez más, Cagnolo se vio obligado a obedecer. Las palabras que oyó a continuación le helaron la sangre, le hicieron olvidar al hombre de la cicatriz, su misión e incluso a su temido magíster.

–Y ahora seguidme sin hacer tonterías –dijo el desconocido– o correrá peligro la vida de vuestra hija.

36.

El hombre de la capa condujo al mesnadero hasta el confín entre el *rione* Pigna y el *rione* Colonna, y se detuvo justo delante de la iglesia de San Macuto. Esperó en silencio el toque de medianoche, tras lo cual señaló con el dedo un estrecho callejón junto al edificio.

–Tendréis que seguir solo.

Cagnolo vaciló, indeciso entre la angustia y el temor a una emboscada. Por el camino, había intentado en vano comprender la situación en que se hallaba. Observó el angosto pasaje que el otro hombre le estaba señalando y vislumbró un resplandor al fondo.

–¿Quién me espera?

–Lo descubriréis vos mismo.

El mesnadero avanzó, cauteloso. El hecho de que no lo hubieran obligado a dejar las armas le hacía pensar que ni la espada ni la pistola le iban a servir de gran cosa. Es más, lo hacían sentir ridículo, como si fuera uno de aquellos títeres sicilianos con coraza y espada que colgaban de hilos invisibles.

El resplandor procedía de un quinqué que se encontraba junto a una entrada en forma de arco. Cagnolo echó un vistazo a su espalda, para asegurarse de no haber pasado por alto ningún detalle, y luego abrió el batiente: se encontró entonces en un minúsculo zaguán, del cual partía una escalera descendente. Recogió el quinqué y se aventuró.

Los escalones, de piedra, terminaban en una galería subterránea en la cual había una segunda entrada.

Antes de cruzarla, el mesnadero sintió la necesidad de acariciar la guarnición de su espada ropera.

Como si fuera una estúpida marioneta.

Durante un segundo, creyó haber llegado a una antigua capilla de techo

increíblemente alto. No tardó, sin embargo, en comprender que se trataba de una ilusión provocada por las llamas de los candelabros que descansaban sobre una mesa cubierta por una tela roja. Tras la mesa se sentaban tres personas con el rostro oculto bajo sendas capuchas negras.

Antes de que el mesnadero pudiera pronunciar palabra, el hombre que estaba sentado en el centro le hizo una seña para que se aproximara.

–¿Sois vos Cagnolo Alfieri?

El tono de voz era el de un hombre acostumbrado a dar órdenes. Tal vez un alto prelado, a juzgar por los lentos movimientos de las manos. Cagnolo se detuvo frente a él con gesto reverencial, al tiempo que observaba las sombras de las tres capuchas, que se proyectaban amenazadoras sobre la pared.

–Sí, excelencia.

–Aclaremos una cuestión –prosiguió el individuo–: este es un lugar secreto. Si lo profanáis sin un motivo justificado, o reveláis su existencia a quien sea, encontraréis la muerte entre atroces tormentos.

–Entendido.

–En cuanto a las tres figuras que están sentadas ante vos, no intentéis por ningún medio descubrir su identidad. Nosotros lo vemos todo, no lo olvidéis. Y sabremos siempre dónde encontraros. A vos y a vuestra hija.

–Mi hija no tiene nada que ver con todo esto –replicó el mesnadero, en un arranque de ira.

–La hermana Matilde Alfieri –subrayó el misterioso hombre– lleva una vida pía entre las monjas de clausura de Santa Maria in Campo Marzio. Sería muy fácil, para cualquier sicario, colarse en su celda y...

–No os atreveréis –estalló Cagnolo, al tiempo que llevaba la mano a la guarnición de su espada.

–Desenvainad la espada –lo amenazó un segundo encapuchado– ¡y vuestra hija morirá esta misma noche!

El mesnadero profirió un lamento e interrumpió el gesto. Le temblaban las piernas y tenía el estómago revuelto. Le habrían bastado un par de fendientes para acabar con aquellos canallas, pero le quedaba la duda de que otros pudieran terminar la tarea en su lugar. Fue entonces cuando notó los hilos de la marioneta, más tensos todavía que cuando apuntaba con su arcabuz a los herejes de Bohemia. Bajó la mirada, presa de la rabia.

–¿Qué... –balbució–, qué es lo que queréis de mí?

–Sois un mercenario, ¿no es cierto? –le preguntó el hombre sentado en el centro.

–Lo era.

–Pues bien, lo que os pedimos no excede de vuestras competencias. Debéis matar a un hombre, para lo cual disponéis de dos días a partir de este momento. Después seréis libre.

–Un hombre –repitió Cagnolo, asintiendo. Observó a los tres desconocidos y, durante un segundo, captó la maldad de sus miradas bajo la sombra de las capuchas–. ¿A quién, exactamente?

–A vuestro señor –fue la respuesta–. Fray Girolamo Svampa.

37.

Borgo de San Pedro
21 de diciembre

Cuando sonó el toque de la misa matutina, Svampa estaba hablando con el capitán de los lanceros, ante el cuartel de los soldados de caballería. La noche en vela había exacerbado su carácter ya de por sí caprichoso, pero lo que más lo irritaba era no haber tenido aún noticias de Cagnolo, quien por algún misterioso motivo no se había presentado al amanecer tal y como habían acordado.

–La paloma más veloz de vuestro palomar –insistió, por segunda vez.

–Os doy mi palabra –le aseguró el capitán.

–Y exijo que se me informe en cuanto se reciba respuesta.

–A vuestras órdenes, magíster.

Complacido, el inquisidor le entregó una tira de papel en la que había anotado un breve mensaje.

–Máxima discreción –concluyó–. Y en caso de obstáculos...

El estruendo de ruedas y cascos de caballo lo indujo a apartarse para no ser arrollado por el carruaje que se aproximaba. Era totalmente negro, a excepción de las cortinillas rojas que cubrían las ventanas. Cuando estuvo prácticamente junto al inquisidor, el cochero aminoró la marcha con un fuerte tirón de las riendas.

–¡Fray Girolamo! –resonó una voz, en el interior del carruaje.

Antes de que Svampa tuviese tiempo de comprender qué ocurría, se abrió una de las portezuelas y se encontró cara a cara con el pasajero.

–¿Vuestra eminencia? –exclamó, perplejo.

–¡Rápido, subid! –dijo monseñor Ridolfi en tono apremiante, al tiempo que le tendía una mano.

–Me han dicho que esta noche me andabais buscando –exclamó el maestro de palacio, mientras el carruaje emprendía de nuevo la marcha hacia Porta Cavalleggeri.

Svampa estaba sentado frente a él, preguntándose por qué el prelado parecía tan agitado.

–Quería ponerlos al día sobre los progresos de la investigación –mintió.

–¿Después del toque de completas?

–Por desgracia, el gobernador me retuvo hasta muy tarde.

–Eso también me lo han dicho –admitió Ridolfi–. El asunto ya está resuelto, no os molestará más.

–Vuestra intervención no era necesaria –replicó Svampa, en lugar de darle las gracias–. Soy perfectamente capaz de demostrarle a monseñor Gessi que los crímenes de Rebiba y Castellano están relacionados entre sí. –Y, tras lanzarle a Ridolfi una penetrante mirada, añadió–: Tal y como vuestra eminencia ya había intuido, por otro lado.

El maestro de palacio dejó pasar la alusión y, tras apartar una cortinilla, echó un vistazo al exterior. Estaban atravesando el *rione* Trastévere, con sus edificios ruinosos y las hordas de mendigos que se amontonaban ante las obras de caridad.

–¿Adónde nos lleva el paso siguiente?

–A una doble pista –respondió el inquisidor–. Por un lado, hacia la universidad de la Sapienza y, por el otro, a la Signatura de Breves.

Sin dejar de observar por la ventanilla, Ridolfi esbozó una mueca de desaprobación.

–Nada más lejos de mi intención que meter las narices en el asunto, pero...

–Adelante, eminencia.

–En ese caso, os informo de que me han hablado del *Mercurio*.

–El padre Capiferro, supongo.

El prelado negó con la cabeza.

–Uno de los dominicos a los que se envió en busca de libelos.

–¿Y bien?

–Y bien, ¿el título no os suscita preguntas? A mí me parece, cuando menos, alarmante.

–¿Y no lo es más el contenido? –replicó Svampa–. Al fin y al cabo, si os

habéis dirigido a mí es por el contenido.

Justo en aquel momento, se detuvo el coche de caballos. Ridolfi le indicó con un gesto que tuviera paciencia, se asomó con cautela al exterior y observó, inmóvil y con los ojos entrecerrados como si fuera un cazador, hasta que se oyó el traqueteo de un carruaje que pasaba a gran velocidad. En ese momento, el prelado golpeó con prisas el techo del habitáculo y ordenó al cochero que emprendiera de nuevo la marcha.

–No exactamente –dijo al fin.

El inquisidor, que trataba por todos los medios de comprender aquella actitud, se puso tenso.

–¿Qué es lo que no me habéis contado? –dijo despacio, en un tono agresivo–. ¿No se actuaba en nombre del papa? ¿Para proteger el espíritu jubilar?

–Es una cuestión delicada –dijo el maestro de palacio, tratando de apaciguarlo–. Habría preferido ponerlos al corriente en circunstancias distintas, pero los últimos acontecimientos me obligan a forzar las cosas.

–¿Qué clase de acontecimientos?

–Relacionados con fray Rebiba. Debéis saber, de hecho, que no era un simple consultor. Cultivaba, en realidad, intereses poco convenientes para un católico, mucho más para un dominico.

Svampa se encogió de hombros.

–Por segunda vez, vuestra intervención se revela innecesaria.

–¿Qué es lo que habéis descubierto?

–Que Rebiba estaba conchabado con un adepto a la nigromancia, un servita llamado Orazio Piuma, que se proponía publicar un manuscrito de magia haciéndolo pasar por inofensiva traducción. Un manuscrito que, por otra parte, sería...

–Peces pequeños –lo interrumpió Ridolfi–. Si hablamos de artes oscuras, Pietro Rebiba cultivaba amistades bastante más encumbradas.

–Conocéis mis métodos, eminencia –lo advirtió Svampa–. Si se trata de sospechas o confesiones, no las tendré en cuenta.

–Se trata de hechos, padre. Hechos puros y duros.

–En ese caso, disponéis de toda mi atención.

–Todo empieza con el *Mercurio*. Como os señalaba hace un momento, su

título es claramente amenazador. El hecho de referirse al dios Mercurio es..., es... –Con un gesto marcial, el prelado aferró el crucifijo que le colgaba sobre el pecho–. Es una clara alusión al rey de los alquimistas y de los nigromantes. El «tres veces maestro» y «tres veces grande», como afirman esos blasfemos. ¿Lo comprendéis ahora? Hermes Trismegisto.

Svampa reconoció en aquella situación el espíritu audaz que en otros tiempos lo había impulsado a luchar contra el Maligno y la herejía. Pero el recuerdo desapareció en un abrir y cerrar de ojos, dejándolo ante un hombre en quien no sabía si podía confiar.

–A mí también me asaltó esa idea –admitió– y, sin embargo, no encaja con el contenido del opúsculo. Hablamos de textos veleidosos, libertinos, anticlericales. Nada que ver con los intereses de Piuma y Rebiba.

–¿Y si esas páginas encubrieran un mensaje oculto? –se empecinó Ridolfi, que se bamboleaba debido al traqueteo del carruaje–. Tal vez un código secreto o un enigma destinado a otros nigromantes.

–Si así fuese, lo descubriré lo antes posible.

–No subestiméis a los seguidores de Hermes, fray Girolamo. ¡Puede que estéis acostumbrado a brujos y brujas, pero desde luego no a los sumos maestros en los que se inspira esa infame ralea! Me refiero a los sacerdotes de Satanás, ¿lo entendéis? A los que nunca se dejan ver ante sus seguidores y se esconden allí donde nadie se atrevería a buscarlos, es decir, entre las togas de los purpurados, las salas de San Pedro y... –añadió, al tiempo que asomaba un dedo al exterior del carruaje–, allí.

Espoleado por aquellas palabras, el inquisidor se asomó a la ventanilla y vio que los caballos que tiraban del carruaje avanzaban en ese momento entre las callejuelas fangosas del *rione* Renula, pasada la Isola Tiberina. Abriéndose paso entre una multitud de personas, carros repletos de mercancías, piaras de cerdos y búfalos con ronzal, el cochero chasqueaba el látigo una y otra vez para no perder de vista un carruaje que lucía el emblema de una paloma plateada.

–Pero... –murmuró, al tiempo que se concentraba de nuevo en su interlocutor–, ¿a quién estamos siguiendo?

–Al cardenal Ireneo Palombara –respondió con desprecio el maestro, casi como si estuviera hablando de una pestilente infección.

–Es la primera vez que oigo ese nombre.

–Miembro anciano del Santo Oficio y hombre de noble linaje, practica en secreto la alquimia y la filosofía oculta. Estos días ha vuelto a Roma, después de un viaje a Holanda, justo en el momento en que uno de sus adeptos muere aplastado bajo una prensa tipográfica.

Svampa abrió unos ojos como platos.

–¿Rebiba era uno de sus adeptos?

Pensando a toda velocidad, evocó mentalmente los libros que obraban en poder del consultor, el manuscrito de Faustus y su relación con Orazio Piuma. Las pruebas encontradas hasta el momento le habían proporcionado el perfil de un estudioso en ciernes de la demonolatría, un pobre ingenuo movido por la curiosidad. En ese momento, sin embargo, se hallaba ante un escenario mucho más complejo y aterrador.

–¿De qué estáis hablando exactamente? –preguntó.

En los labios de Ridolfi apareció una sonrisa indescifrable.

–*Rosa Crucis*.

Pese a conocer los rumores que corrían sobre aquel nombre, el inquisidor lo había considerado siempre un *ludibrium*, una especie de broma inventada por los alquimistas franceses y alemanes. Por otro lado, la alquimia existía de verdad y él conocía muy bien los pecados que cometían quienes la practicaban, entre ellos el de rebelarse contra la divina majestad y el de adorar a falsos ídolos, sin contar la adhesión a la herejía luterana.

–¿En Roma? –exclamó—. ¿Entre los preladados más próximos al papa?

El maestro de palacio asintió.

–Es un círculo muy estrecho. Ya hace tiempo que les tengo echado el ojo y, finalmente, he descubierto que Palombara es el líder.

Durante un segundo, Svampa vio todas sus hipótesis aplastadas bajo el peso de aquella sobrecogedora revelación, pero superó el momento de desconcierto aferrándose a una pregunta.

–Si sabíais que Rebiba era un seguidor de Palombara –dijo–, ¿por qué lo nombrasteis consultor del Índice?

–Para controlar los movimientos de los rosacruces –respondió el prelado.

Un nuevo restallido del látigo indicó que la persecución se volvía cada vez más trepidante. El inquisidor, por su parte, tuvo que sobreponerse a una

vertiginosa sensación: se encontraba en mitad de una cacería que escapaba tanto a su comprensión como a su control.

–¿Dónde se dirige exactamente el carruaje de Palombara? –preguntó.

El prelado volvió a echar un vistazo al exterior.

–Es lo que me propongo descubrir. Los lugares, los encuentros... Trato de controlar todos sus movimientos.

–¿Y lo estabais siguiendo también ayer, cuando os topasteis con el cadáver de Castellano?

–Castellano era otra pieza a la que también se estaba vigilando –se limitó a responder Ridolfi.

Svampa ya empezaba a estar harto de tanta respuesta evasiva.

–¿Estáis insinuando que Castellano también era un adepto de los rosacruces?

–No, pero era amigo de Rebiba.

–A Capiferro se le olvidó comentarme ese detalle.

–No lo culpéis a él. La relación entre Castellano y Rebiba era secreta, muy pocos estaban al corriente.

–¿Y cómo os enterasteis vos?

–Espías, delatores, confesores hipócritas... –enumeró el maestro–. Lo que haga falta con tal de obtener pruebas contra el cardenal Palombara.

–Comprendo vuestro objetivo –comentó el inquisidor–, pero hay algo que se me escapa: ¿qué queréis de mí?

–Eso es fácil –exclamó Ridolfi, mientras un centelleo de obsesión relampagueaba en su mirada–. En el transcurso de la investigación, vos tendréis que hacer todo lo posible para demostrar que Rebiba era un nigromante y un adorador del diablo.

–¿Acaso os proponéis procesar a un muerto? –ironizó fray Girolamo, con frialdad.

–Lo que me propongo es golpear transversalmente a Palombara, culpándolo de haber pervertido y asesinado a Pietro Rebiba.

–¿Aunque eso no se ajuste exactamente a los hechos?

–Si queremos arrancar esa mala hierba que son los rosacruces, no podemos andarnos con sutilezas.

Svampa negó con la cabeza.

–Cada vez que un hombre poderoso se expresa en esos términos, mueren inocentes.

El prelado se dispuso a replicar con vehemencia, pero en el último segundo se tragó sus palabras. Se inclinó un poco hacia delante y le apoyó una mano en el hombro al hermano.

–Todo esto no tiene nada que ver con vuestro padre –dijo con voz profunda.

Fray Girolamo se echó hacia atrás, al notar una repentina punzada de dolor en el cuello. La marca en forma de zarzal ardía, pidiendo venganza, ¡y él se dedicaba a perder el tiempo con una intriga basada en rumores y sospechas! El rostro de Fulvio Svampa se le apareció para atormentarlo, y luego lo sustituyó el rostro de la mujer envuelta en un chal, que lo observaba inmóvil desde el muelle. De repente, el coche de caballos le pareció muy angosto y tuvo la sensación de que se ahogaba. Sintió renacer el deseo de tomar láudano.

–Con vuestro permiso, quisiera bajar.

Ridolfi lo observó, aturdido.

–¿Acaso os proponéis enfrentaros a mí?

–¿Queréis saber qué me propongo hacer? –replicó Svampa, observando a su alrededor como una fiera enjaulada–. Seguir adelante con la investigación que se me ha encomendado. Que vos me habéis encomendado, para ser más exactos.

–No podéis marcharos de este modo. Y menos después de todo lo que yo hice por...

–¡Con vuestro permiso! –insistió el inquisidor.

Aferró la manija de la portezuela y amenazó con abrirla en plena carrera. En aquel momento, y dejándose llevar por una rabia que superaba todo sentido del decoro, el maestro de palacio ordenó al cochero que aminorara.

–Recordad mis palabras, fray Girolamo –dijo entre dientes, a modo de despedida.

–Y vos atad bien a vuestros perros –replicó Svampa, al tiempo que hundía los pies en la mugre de la calle–. El cardenal bibliotecario y el embajador de España. ¿O acaso debo considerarlos aliados?

Un profundo estupor se apoderó del prelado. Apuntó a Svampa con un

dedo, como si se dispusiese a añadir algo, pero se dejó llevar por las prisas de continuar con la persecución.

–Lo descubriréis a su debido tiempo –exclamó, cerrando de golpe la portezuela.

Fray Girolamo observó alejarse el carruaje, presa de la rabia y con la boca aún entreabierta, como si quisiera proseguir con la discusión. Respiró hondo y echó un vistazo a su alrededor: se dio cuenta de que estaba en el barrio Alessandrino, no muy lejos del foro de Trajano. Bajo un cielo perlino, se vio en mitad de un bosque de ruinas y almacenes que parecía querer sitiarse. Entrecerró los párpados, perdido en un mundo que de repente temblaba bajo sus pies. Las palabras del maestro de palacio seguían resonando en su mente y le impedían recuperar el equilibrio, comprender hasta qué punto se le estaba escapando de las manos aquella situación. El cardenal Palombara, los rosacruces, las intrigas... Respira, se dijo. Respira y mantén los ojos cerrados. En la calle, sin embargo, el bullicio aumentaba e invadía aquel refugio privado en el que quería ocultarse. Porque allí habría encontrado todas las respuestas, de eso estaba seguro. Con la única condición de que todo se detuviese un instante.

Temiendo sucumbir al pánico, pensó en el frasco de láudano, pero detuvo los dedos antes de empezar a rebuscar en el bolsillo de la capa. Tenía que mantenerse lúcido, pensar. Comprender si el hombre que se había ocupado de él cuando no era más que un niño se había convertido en un enemigo o bien pretendía utilizarlo a él. O ambas cosas.

Y el único modo de averiguarlo era seguir adelante con su investigación.

Ahuyentó a una horda de niños que se habían congregado a su alrededor para pedir limosna y echó a andar hacia el *rione* Trevi, donde se hallaba la Signatura de Breves.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

El padre Capiferro cerró los ojos y se adentró en la sala de ébano.

Estaba exactamente tal y como él la había dejado el día anterior: la larga mesa de color negro azabache repleta de libros que había utilizado para comprender el *Mercurio* y el enigma del «PON SIN MOR». Le bastó un gesto para devolverlos a su sitio, en las estanterías que se extendían en su mente hasta donde alcanzaba la vista. Habían crecido con él, en el tiempo y con la memoria, hasta el punto de que mientras vagaba entre aquellos estantes, el secretario se topaba a menudo con versiones más jóvenes de sí mismo, concentradas aún en un pensamiento o decididas a perseguir ideas que ya habían volado hacia quién sabe dónde.

A medida que se iba familiarizando con aquel lugar, el secretario había aprendido a duplicarse e incluso a triplicarse, para poder consultar *ubique* libros distintos colocados en atriles distintos, mientras otras partes de él paseaban entre los estantes y examinaban páginas que se iban separando como abanicos, barajas de cartas o alas de mariposa.

Aquel día sabía con exactitud qué debía buscar, de modo que se sentó a la mesa negra y convocó tres libros. Los dos primeros los había mencionado en presencia de fray Gabriele da Saluzzo: *Fama fraternitatis Rosae Crucis* y *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*. La encuadernación olía considerablemente a quemado, cosa que recordó al padre Capiferro el día en que había visto arder aquellos dos libros en el brasero del Santo Oficio. Los textos, sin embargo, seguían intactos. Y lo mismo ocurría con los grabados, entre ellos la simbólica imagen en que Christian Rosacruz, invitado por un ángel, se entregaba a un matrimonio místico vestido con una túnica blanca y un sombrero adornado con cuatro rosas.

El volumen que más curiosidad le despertaba, sin embargo, era el tercero.

Se trataba de una edición de *Rosarium philosophorum* del clérigo Arnau de Vilanova, publicada en 1550 en el taller de un impresor alemán. El original se remontaba a casi doscientos cincuenta años antes, escrito a mano sobre pergamino en un *scriptorium* de Montpellier o Barcelona. Al padre Capiferro le habría gustado hojearlo al menos una vez más, pero tenía que contentarse con el ejemplar que conservaba en su propia mente. En cuanto lo abrió, se topó una vez más con el mismo lenguaje de símbolos atribuido a Christian Rosacruz.

La unión de los opuestos, la lluvia mercurial y el sol negro dominaban todas las páginas, evocando en la memoria del secretario otros textos igualmente antiguos, como *Aurora consurgens* y *Turba philosophorum*, pero también otros, como *Splendor solis*, *Atalanta fugiens*, *De re metallica* y *Viridarium chymicum*, tras los cuales hacían cola los escritos de Paracelso, Roberto Fludd y Nicolas Flamel.

Le bastó pensar en todos aquellos libros para verlos amontonarse sobre la mesa de ébano, listos para ser consultados. Sin embargo, Capiferro ya había encontrado en Vilanova una importante fuente de reflexión.

La rosa.

Blanca como la tintura lunar y roja como la solar, la rosa custodiaba el misterio de la piedra filosofal, llamada también «Andrógino» o «Cosa doble». También era, sin embargo, una guía mística, como la Beatriz de Dante, y al mismo tiempo el receptáculo destinado a acoger la quintaesencia humana.

Justo en aquel momento, otro volumen se abrió ante él. Era *Monas hieroglyphica*, del cabalista John Dee, invocador de ángeles. En aquellas páginas no se mencionaba la rosa, sino la *ros*, el rocío celeste que unido a la cruz se convertía en el sello del saber oculto.

A medida que el dilema se volvía más y más enrevesado, Capiferro iba convocando más y más libros, entre ellos *Hypnerotomachia Poliphili* de Francesco Colonna, *Rosa florescens* de Florentinus de Valentia y hasta *La reina de las hadas* de Edmund Spenser, para comparar y profundizar más. Y cuanto más leía, más alusiones encontraba a una tradición basada en los rituales de la magia, de la astrología y de una religión alquímica que se

remontaba a los tiempos de los egipcios, o puede que a épocas aún más lejanas.

Y todo parecía resumirse en aquel doble enigma: *Rosa Crucis*.

Devolvió los libros a su sitio con un simple gesto y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en el otro extremo de sus bibliotecas mentales, ante una mesa de marfil en la que aguardaban los textos de teólogos, inquisidores y doctores de la Iglesia. En su mayor parte se trataba de padres de la orden de santo Domingo, entre ellos Tomás de Aquino, Egidio Romano y Nicolás Aymerich, además de la bula *Spondent quas non exhibent*, de Juan XXII.

Todos ellos coincidían a la hora de describir la obra de los alquimistas como falaz y luciferina. Todos defendían la condena. Todos recelaban.

Y, sin embargo...

Sin embargo, más de un religioso practicaba aquel arte hermético en la mismísima Roma. Y, por mucho que Gabriele da Saluzzo lo negara, el secretario del Índice sabía que entre ellos se encontraba el cardenal Ireneo Palombara.

Aún no había conseguido comprender en su totalidad la guerra secreta que se libraba aquellos días en Roma, entre casos de asesinato, tipógrafos y supuestos alquimistas. Conocía, sin embargo, a algunas de las personas implicadas y no le cabía duda de que, aparte de Palombara y Saluzzo, entre ellas figuraban también el maestro del Sacro Palacio y fray Girolamo Svampa.

Llegados a aquel punto, pues, solo podía avanzar en una dirección.

Tras soltar un profundo suspiro, volvió a abrir los ojos y se encontró de nuevo en el archivo de Santa Maria sopra Minerva, a la luz de los cirios.

Frente a él, sobre una artesa, se hallaba un cartulario fechado en 1620.

El día 16 de mayo, se recogía la transcripción de un acta cuyo título le provocó un estremecimiento:

Proceso instruido
por la Santa Inquisición de Roma
contra su gracia
fray Girolamo Svampa.

40.

*Quirinal, palacio de la Signatura.
Jardines*

–¿Caravaggio sería un iniciado? –se asombró el joven fraile.

–En mi opinión, sí –respondió monseñor Ludovico Ludovisi, con mal disimulada arrogancia–. Solo hay que ver cómo ha pintado al óleo una de las habitaciones de mi Casino dell’Aurora.*

Estaban cruzando un sendero en dirección al palacio de la Signatura, una construcción del siglo xv que se alzaba no muy lejos de las termas de Constantino. Aunque eran coetáneos, además de religiosos los dos, pertenecían a castas tan distintas de la Iglesia que más bien parecían antitéticos. Más que sus respectivas vestiduras –hábito de franciscano el primero y púrpura cardenalicia el segundo–, era la altanera desenvoltura de monseñor Ludovico lo que ponía de relieve la relación de dominio establecida entre ambos. Caminaba muy erguido, mientras que el otro correteaba tras él cargado con una pila de libros que le llegaba hasta la barbilla.

–En realidad –añadió el fraile– dicen que era seguidor de Giordano Bruno.

–Su eminencia Francesco Maria del Monte –se corrigió el cardenal, en un susurro–. Fue Del Monte quien inició a Merisi da Caravaggio en el hermetismo, y a decir verdad...

Se detuvo ante el pórtico que flanqueaba el palacio, al reparar en una capa de dominico que salía de entre las sombras y se dirigía hacia él. Bajo la capucha se vislumbraba un rostro aguerrido y al mismo tiempo extasiado, parecido a ciertos frescos de san Jorge en el momento de atravesar al dragón.

–¿Sois vos monseñor Ludovisi? –preguntó el recién llegado, nada más encontrarse ante ellos.

–Su eminencia no tiene tiempo para visitas inoportunas –exclamó el franciscano, mientras la pila de libros se balanceaba–. Lo esperan en la Cancillería Apostólica y...

–Pues que espere la Cancillería –lo interrumpió el dominico, en tono imperativo–. Mi nombre es Girolamo Svampa, *frater praedicator* e inquisidor *commissarius* del Santo Oficio. Me encuentro aquí para hablar con el prefecto de la Signatura de Breves.

–Lo tenéis delante –aclaró Ludovisi, molesto por el hecho de que su acompañante hubiese salido en su defensa. Alzó la barbilla y observó a fray Girolamo con una mirada de suficiencia–. Pero no debéis olvidar que también soy cardenal nepote, prefecto de la Congregatio de Propaganda Fide, miembro del Índice y vicescanciller de su santidad.

–No he venido para tomar nota de vuestros títulos –declaró Svampa, sin dignarse a besar el anillo de oro que el cardenal le había tendido–, sino para mostraros algo.

–Y ese algo... ¿lo lleváis encima? –se burló el joven cardenal.

–Naturalmente –respondió fray Girolamo, para después mirar de soslayo al fraile–. Pero antes me gustaría que pudiéramos quedarnos a solas.

Ludovisi soltó una carcajada.

–¿Acaso mi devoto acompañante os pone nervioso?

Svampa se encogió de hombros.

–Ya me parece bastante irritante tener que hablar con un extraño. Hablar con dos a la vez es demasiado para mí.

El purpurado mostró su contrariedad, pero después despidió al franciscano con un gesto. Esperó hasta verlo dejar atrás el último tramo de setos y alcanzar el pórtico, tras lo cual se concentró de nuevo en observar a Svampa, con una expresión a medio camino entre la aversión y la curiosidad.

–¿Irritante, decíais?

–No es nada personal, eminencia.

–Casi lo lamento –replicó el otro, sin que su comentario provocara reacción alguna–. Y ahora apresuraos, padre *commissarius*, y mostradme ese misterioso objeto que os ha traído a mi presencia.

Antes incluso de que el cardenal terminara la frase, el inquisidor ya había sacado la página requisada en el escritorio de Castellano.

Ludovisi se lo arrebató de entre los dedos, lo leyó de un rápido vistazo y se encolerizó.

—¿Me estáis tomando el pelo? —exclamó, enrojeciendo de ira—. ¿Osáis molestarme por una banal lista de impresores?

—Solo aparentemente banal —puntualizó Svampa, sin inmutarse—, desde el momento en que esa lista tal vez esté relacionada con la muerte de dos personas.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso?

—Tenéis que ver y mucho, pues la lista procede de los despachos de la Signatura.

El cardenal agitó la hoja de papel, como si no tuviese valor alguno.

—Aunque eso fuera cierto, en la Signatura se hospedan muchísimos burócratas encargados de redactar actos oficiales, breves del pontífice, bandos, indulgencias, condecoraciones y todo lo que haya que divulgar e imprimir *cum privilegio*. Sería, pues, imposible adivinar de qué pluma ha salido esa lista.

Fray Girolamo sabía que tenía razón, pero también era consciente de que la Signatura sufría el constante asedio de tipógrafos necesitados de obtener el privilegio para imprimir cada traducción, grabado o mapa geográfico. Lo cual, por enésima vez, conducía de nuevo al mundo de las prensas, de las matrices y de los crueles asesinatos.

—No se trata de adivinarlo —puntualizó—. A menos que me equivoque, solo el prefecto de la Signatura se comunica con los miembros del Santo Oficio. Sobre todo en el caso de que se trabaje de común acuerdo con el Índice y la Inquisición.

—¿Y si así fuese? —preguntó Ludovisi, con aire desafiante.

—Si así fuese y, en efecto, así es, la pluma de la que habláis se encontraría sin duda sobre vuestro escritorio. Y, por tanto, también la lista que os he mostrado.

—En ese caso, recordaría haberla redactado. ¿no creéis?

—Teniendo en cuenta la gran cantidad de obligaciones que se derivan de vuestros títulos, no me extrañaría que lo hubieseis olvidado.

—Yo no olvido nunca nada, padre.

—Entonces haced un esfuerzo, eminencia, porque la lista de impresores se

encontraba en el lugar de trabajo del inquisidor Castellano, asesinado ayer en el edificio de la imprenta del pueblo.

–Ah –se sobresaltó el cardenal–, entonces se trata de eso.

–¿Estáis al corriente?

–Como todo el que es alguien en Roma. ¿Por qué, entonces, no vais a molestar a otro prelado?

–Puede que lo haga enseguida –respondió Svampa–. De momento, me gustaría conocer los motivos que os llevaron a escribir esa lista y entregársela a Castellano.

–Sois imposible. ¿Os lo tengo que repetir? ¡Esa lista no es obra mía e ignoro quién la ha escrito!

Fray Girolamo no era, desde luego, ningún experto en la naturaleza humana. Por otro lado, la patraña de Ludovisi le parecía tan desvergonzada que no podía dejar de considerarla un indicio.

–En ese caso –dijo, recurriendo a la astucia–, me veré obligado a interrogar a todos los miembros de la Signatura de Breves, hasta encontrar al responsable.

–El cargo de *commissarius* no os otorga tanto poder –dijo entre dientes el purpurado–. No ante un cardenal nepote.

–Sobrino* de un papa que expiró ya hace un año –le recordó Svampa–. Ya no es Gregorio XV quien ocupa el solio de san Pedro, sino Urbano VIII. Y yo, eminencia, investigo por encargo de este último un crimen que apunta a la herejía. ¿De verdad queréis disgustarme?

Ludovico Ludovisi frunció el ceño. El inquisidor lo observó, sin revelar emoción alguna, tras lo cual hizo un gesto de aprobación, como si aceptase pasar por alto la cuestión.

–Si yo renuncio a mis intenciones –propuso–, ¿responderíais vos a una pregunta?

–¿Qué pregunta? –dijo entre dientes el prelado.

–¿Podéis confirmarme que todos los nombres de la lista son de impresores?

–Que sí, que sí –masculló.

–¿El último también? –insistió fray Girolamo.

El cardenal, pues, se vio obligado a dirigir la mirada al final de la lista. De

repente, abrió unos ojos como platos.

–¿Qué pretendéis insinuar? –preguntó, mientras le devolvía la hoja con un gesto impulsivo.

–Mesuraca –leyó en voz alta Svampa, casi como si estuviera formulando una acusación–. ¿Ese también es el nombre de un maestro impresor?

Su eminencia retrocedió instintivamente.

–¿Y cómo queréis que yo lo sepa?

–¿Estáis seguro de que es la primera vez que oís ese nombre? –insistió Svampa.

En lugar de responder, el purpurado empezó a dirigirse hacia el pórtico.

–Marchaos.

–Vuestra gracia –lo retuvo fray Girolamo–, esperad un momento.

–¡La conversación ha terminado!

–Una última palabra y cumpliré vuestros deseos.

Ludovisi se detuvo de golpe y resopló, exasperado.

–Adelante, pero rápido.

–*Mercurio*.

–¿Qué?

–*Mercurio* –repitió Svampa, mientras el purpurado palidecía–. ¿Os dice algo?

El cardenal parecía indeciso entre alejarse del inquisidor o pegarle.

–Podéis iros al diablo, fray Girolamo –le dijo con sequedad, mientras le señalaba la salida de los jardines–. Por vuestro propio pie o arrastrado por mis guardias, me trae sin cuidado.

41.

El altercado con el prefecto de la Signatura le había servido a Svampa para apaciguar la frustración y el desconcierto provocados por el maestro del Sacro Palacio. Pero en cuanto se encontró de nuevo a solas, caminando entre hordas de desconocidos en aquella tregua del invierno, sintió aflorar de nuevo en el pecho la turbación. Hizo un esfuerzo por ignorarla y reflexionó sobre lo que, a su entender, no era solo un caso de homicidio, sino una intriga urdida a varios niveles. En su intento de comprenderla, se imaginó a Ludovico Ludovisi transformado en una *l* xilográfica custodiada por un lobo. Aquel hombre estaba claramente implicado en los hechos, pero el inquisidor ignoraba aún las circunstancias y el móvil. Necesitaba pruebas, hechos concretos, y la única manera de obtenerlos era sumergirse de nuevo en el pasado, en las regiones oscuras e inmutables en las que el cardenal nepote había entregado a Castellano la lista que incluía el misterioso nombre de Mesuraca. Nombre que tal vez tuviera relación con el falso fraile que se había infiltrado en las dependencias del Santo Oficio y, desde luego, claramente relacionado con el mundo de los libreros. Y, por los mismos motivos, con el capitán Spaventa, el emisario de la triple Muerte, y con el *Mercurio*.

A medida que los distintos elementos se confundían de nuevo entre sí, fray Girolamo se dio cuenta de que su desazón aumentaba más y más.

«Todo esto no tiene nada que ver con vuestro padre.»

Sí que tiene que ver, gritó el niño que había sobrevivido en Tor di Nona. Tiene que ver con él, siempre tiene que ver con él, y así será mientras el zarzal siga ardiendo.

Presa de viejos rencores, Svampa puso rumbo hacia poniente.

Palacio Madruzzo, había dicho el portero de Santa Maria sopra Minerva.

La sede de los ancianos inquisidores.

El opulento refugio donde él esperaba.

En cuanto llegó a *piazza* Navona, echó un vistazo a su alrededor y, tras

reconocer el edificio, lo observó con el rencor que le corroía el estómago.

No te mueras, canalla.

Todavía no.

No hasta que llegue el momento de mi venganza.

Y luego, reprimiendo su cólera, se alejó de allí.

En el lado contrario de la plaza, oculto tras el puesto de un alfarero, Cagnolo vio al inquisidor emprender de nuevo la marcha.

Aferró la empuñadura de su pistola, comprobó el gatillo.

Apartó la mano.

Y se dirigió hacia el lugar que más temía en el mundo.

42.

*Monasterio de Santa Maria
in Campo Marzio*

–¡He dicho que quiero verla!

–No se puede.

–¿Por qué no?

–Para las monjas de clausura se necesita el permiso de la superiora.

–¡Pues llamad a la superiora! –exclamó Cagnolo, golpeando con un puño el portal del convento.

La monja que observaba a través del atisbadero retrocedió de un salto, para después acercarse de nuevo al rostro con expresión beligerante.

–En este momento la superiora está ocupada con su confesor.

–¿Confesor? ¿Es un hombre? –se asombró el mesnadero.

–¿Hay alguno que sea mujer?

–¡Pues vaya con las monjitas!

–Y bien, señor –suspiró la religiosa–, ¿os marcháis o no?

Él negó con la cabeza.

–Esperaré a que la superiora termine de confesarse.

–¡Pero después empieza el oficio de la hora sexta!

–Pues esperaré a que termine también.

–¡Pero bueno! ¿Es que no podéis pasar más tarde?

–Tengo que hablar urgentemente con mi hija –se empeñó Cagnolo–. Y si para eso hace falta un permiso, me quedaré aquí delante hasta que se me conceda.

Sor Matilde había soñado con él. Despierta, sí, mientras rezaba. No era la

primera vez que le sucedía. Tras años de reclusión, a medida que las tinieblas empezaban a despejarse y los pensamientos a adquirir consistencia, se había dado cuenta de que la ascesis propiciaba aquellas cosas.

Para ser sincera, no estaba segura de si había soñado con él o lo había visto de verdad. En la oscuridad de su celda, era difícil saberlo. Y por otro lado..., por otro lado, se contaban historias de monjas a las que se les habían aparecido santos, serafines e incluso el diablo. ¿Por qué no, entonces, un hombre de carne y hueso?

¿Y por qué no, precisamente, aquel al que tanto había amado?

Recordó aquel rostro de piel aceitunada, aquellos ojos profundos como la noche, y sintió crecer el deseo hasta que se convirtió en un tormento. Abatida, se dejó caer sobre su jergón con el rostro bañado en lágrimas.

–Vete –gimió–. No sigas atormentándome.

La imagen, en cambio, se volvió más definida, hasta convertirse casi en una presencia palpable. Tuvo, incluso, la impresión de que le susurraba palabras dulces al oído.

Sor Matilde se sujetó con fuerza el griñón, presa de un sentimiento intenso hasta el punto de causarle dolor.

–Ni siquiera aquí... –siguió lamentándose–. Ni siquiera aquí me das sosiego...

La irrupción de una luz dorada fue para ella como un bálsamo. Levantó la mirada hacia la puerta, que en ese momento se abría, incapaz de comprender la insólita situación. Y entonces reconoció la figura de una monja que, palmatoria en mano, se esforzaba por disipar la penumbra.

–Sor Matilde –dijo–. Vuestro señor padre os espera.

Cagnolo fue conducido al parlatorio del convento, donde recibió órdenes de sentarse ante una celosía de madera al otro lado de la cual se adivinaba la trémula luz de una vela. Esperó durante casi una hora, solo, con el sombrero entre las manos. Transcurrido ese tiempo, percibió un movimiento.

Al otro lado del enrejado de agujeros cuadrados se recortó una sombra, acompañada por el chirrido de una puerta y de una voz que advertía: «Solo una clepsidra».

El mesnadero observó la silueta con la garganta seca, incapaz de pronunciar palabra. Allí estaba su niña: su única hija, a menos de un palmo de distancia, y ni siquiera podía verla. Sintió el deseo de aferrarse a la celosía, pero se contuvo.

–Matilde, mi ángel.

–Mi señor padre –murmuró la monja, con el tono distante de quien acaba de despertar de un largo sueño.

El mesnadero tragó con dificultad.

–Disculpa que no haya vuelto a visitarte, pero...

–¿Por qué? –preguntó ella–. ¿Ha transcurrido mucho tiempo?

Cagnolo retorció las alas de su sombrero.

–Meses.

Al otro lado de la celosía, la figura guardó silencio.

–Sé que estáis muy ocupado –prosiguió al poco–. Que debéis resolver asuntos muy importantes. Y yo os estoy inmensamente agradecida por vuestro afecto, así como por la dote que habéis aportado al convento.

Dote que él habría preferido destinar a la boda de su hija, pensó, con una punzada de amargura.

–¿Estás bien? –preguntó, con voz ronca–. ¿Necesitas algo?

–No debéis preocuparos por mí.

–Pero tu voz suena tan..., apagada.

–La vuestra, en cambio, suena muy angustiada.

Cagnolo bajó la cabeza.

–Me han pedido que haga algo... –dijo, en tono amargo–. Algo que..., no está bien.

–Vos sois un buen hombre. Haréis lo correcto.

–Me obligan, mi ángel. ¿Lo entiendes?

–Solo el Señor puede obligarnos.

Ojalá fuera cierto, meditó el mesnadero. Se secó un lágrima con un tosco gesto y se observó la palma de la mano. Él llorando: eso sí que era toda una novedad. Ni siquiera el tifus había conseguido arrancarle un lamento, pero bastaba una silueta tras una celosía para despertar en él las debilidades más ocultas. ¡Ni tan solo podía estar seguro de que fuese Matilde! Si por lo menos hubiese podido vislumbrar sus ojos o sentir el roce de sus manos... Pero no.

Incluso eso prohibía la clausura, como si todo en este mundo fuese pecado, hasta un simple abrazo. Como si la carne tuviese que apergaminarse antes de alcanzar la beatitud. Como si su hija no hubiese sido perfecta ya desde el día en que había nacido.

–A veces, el Señor se olvida de nosotros.

–No, no debéis decir esas cosas.

–Permite que los chacales nos hieran y nos engañen. Y tú lo sabes.

–Mi señor padre, os ruego...

Dos dedos blanquísimos asomaron entre los listones de la celosía. Para Cagnolo, fue como ver abrirse una flor. Los acarició.

–Yo lo he perdonado, ¿sabéis? –murmuró Matilde, casi como si estuviera confesando un pecado–. Se lo he perdonado todo. Todo.

A Cagnolo se le encogió el estómago. Pues entonces sal de aquí, quiso decirle. Sal de esta asquerosa tumba y sigue viviendo. Porque no hay Cristo ni Dios por el que valga la pena sacrificarse...

–¡Se acabó el tiempo! –atronó una voz.

El mesnadero intentó alargar el contacto con su hija, pero se dio cuenta de que Matilde, obedeciendo la orden recibida, ya se estaba retirando.

Escuchó los pasos de la persona a la que amaba por encima de todas las cosas, hasta que se quedó solo de nuevo.

–Reza por mí, mi ángel –murmuró.

43.

Cagnolo se alejó del monasterio de Santa Maria con el corazón aún más pesado que cuando había llegado. La había perdido. La había perdido para siempre. La efímera presencia al otro lado de la celosía ya no se parecía en nada a la Matilde que él había criado, la muchacha a la que había visto crecer y enloquecer de amor.

Y todo por un noble que no tenía ni escrúpulos ni dignidad.

Al principio, Cagnolo había creído que no era más que un capricho, una chifladura que con el tiempo se le pasaría. Sin embargo, los sentimientos hacia aquel gusano habían echado raíces en Matilde de un modo obsesivo, hasta el punto de que se pasaba semanas enteras junto a la ventana, esperando que él le dedicara una sonrisa o un gesto galante. Y cuando, finalmente, él se había aprovechado de Matilde para después rechazarla, le había causado un dolor tan profundo que la joven había acabado por perder el juicio.

Desde aquel momento, para Matilde solo habían existido el dolor y la vergüenza, además de la necesidad de olvidar y aislarse del mundo.

Cagnolo se estremeció bajo su capa y se dirigió hacia la taberna más próxima, en busca de vino y olvido. El momento de cometer el crimen se acercaba, lo cual solo empeoraba el desasosiego que le martilleaba el pecho. Sus dudas, sin embargo, no eran producto del miedo, ni del temor al infierno, pues eran muchos los cristianos a los que había despachado a lo largo de su vida. Y también a sacerdotes, en alguna que otra ocasión. Svampa, sin embargo, era distinto. Pese a todas sus extravagancias y sofismas, no encajaba con la imagen del clásico religioso. En más de una ocasión había mostrado su repugnancia hacia las jerarquías de la Iglesia, y también hacia el populacho.

Aun así, era él quien lo había ayudado cuando había surgido la necesidad de encontrarle un refugio a Matilde. Sirviéndose de su autoridad inquisitorial, había convencido a las hermanas de Santa Maria para que acogieran a la

joven, a cambio de una dote bastante inferior a la que exigían a las nobles familias romanas.

Y, a pesar de todo ello, el magíster debía morir.

Con un triste suspiro, Cagnolo se dispuso a cruzar la puerta de una posada cuando algo le llamó la atención. Se detuvo, pues, debajo del letrero para observar un carruaje que estaba parado ante la entrada de un zaguán.

Carruajes como aquel los había a montones en Roma, pero ese en concreto le resultaba familiar. No podía estar del todo seguro, pero las probabilidades de que fuera el mismo de la noche anterior le parecieron bastante elevadas. Sí, concluyó. Los detalles de la madera, las ruedas y hasta la plataforma posterior eran iguales. Sin embargo, fue el blasón bordado en las cortinillas lo que acabó de convencerlo: un escudo de armas en el que aparecían un león y dos torres, todo ello dominado por una corona.

En cuanto tuvo la ocasión, observó al cochero, que dormitaba en el pescante. Luego, al darse cuenta de que el habitáculo estaba vacío, echó un vistazo a su alrededor, en busca del hombre de la cicatriz en el rostro. Nada, se dijo. No había ningún peligro.

En aquel momento, y con la mano en la espada, se dirigió con cautela hacia el zaguán.

Pese a que era casi mediodía, el pasaje estaba tan en penumbra que solo consiguió vislumbrar a dos religiosos que llevaban capa, uno joven y el otro anciano. Parecían muy ocupados, como si estuviesen tramando algo.

Se pegó a una pared para que no lo descubrieran y prestó atención.

–¡Os digo que lo sabe todo! –decía en ese momento uno de los dos–. ¡Ha venido hoy a verme!

–Sí, sí –le dijo el otro, para obligarlo a bajar la voz–. Pero..., ¿dónde está el otro, el loco?

–¿Y cómo voy a saberlo yo? Sigue por ahí matando a diestro y siniestro. Y enviándome cartas amenazadoras.

–Si consiguiéramos dar con él...

–Pero bueno, ¿es que no me escucháis? El problema no es él, es el inquisidor.

–Os alarmáis por nada, eminencia.

–¡Y un cuerno! Le bastaría con descubrir...

–¿Disculpad?

Cagnolo se volvió de golpe y se encontró frente a unos anteojos colocados sobre una nariz rubicunda. Apenas tuvo tiempo de recordar dónde había visto aquellos anteojos y aquella nariz, pues recibió un fortísimo garrotazo en la cabeza.

El dolor lo cegó.

Y entonces, mientras todo se volvía oscuro, se aferró al recuerdo de Matilde.

Y al poco tiempo que quedaba antes de que la mataran.

Al salir de *piazza* Navona, Svampa se había dedicado a deambular por el barrio de Sant'Eustachio mientras reflexionaba acerca de su próximo movimiento. Después de la Signatura tendría que haberle llegado el turno a la Sapienza, pero dar con el paradero del estudiante Antonio Vanini y verificar a través de sus palabras las declaraciones de Manelfo Manelfi –o viceversa– habría significado más altercados, de los que en ese momento no quería saber nada. Su paciencia ya había sido sometida a duras pruebas.

Era inútil, por otro lado, volver la vista al pasado, al menos hasta que Cagnolo lo informase respecto a la persecución de la noche anterior. Si el embajador de España estaba implicado en los asesinatos de los tipógrafos y en los planes del maestro de palacio, de una siniestra secta o del diablo en persona, debía descubrirlo lo antes posible. Sobre todo, consideró fray Girolamo, porque los textos jurídicos hallados sobre el escritorio de Rebiba también eran españoles, lo mismo que el duque de Alcalá y, tal vez, que los matones que habían agredido al padre Carmelo a las puertas del Colegio Romano. Lo cual lo llevaba a pensar que el móvil de aquellos crímenes quizá sí fuese de naturaleza política. Eran muchos los que al otro lado de los Pirineos, y también al norte de los Alpes, criticaban las pretensiones del papa en cuestión de potestad temporal.

Acompañado por aquellas ideas, Svampa llegó casi sin darse cuenta al *rione* Renula, justo a las puertas del arrabal en el que se alzaba la casa de Cagnolo. Si bien no la había visitado nunca, Svampa conocía perfectamente la ubicación y la historia. El mesnadero la había heredado de su padre –un maestro de esgrima que, en el momento de reunirse con el Creador, tenía un palmo de acero clavado en el pecho–, pero raramente la visitaba.

Se detuvo ante la entrada y llamó hasta convencerse de que allí dentro no había nadie. Sacó, pues, su estilete y lo introdujo entre la jamba y el batiente, con la intención de forzar la cerradura. Aquella delicada tarea lo transportó a

su infancia, a los momentos en que su padre recurría a él porque tenía las manos pequeñas y le pedía que desbloqueara los engranajes de la vieja prensa que tenían en su taller veneciano.

El chasquido de la cerradura lo devolvió al presente y se halló en una pequeña antesala que olía a rancio. De las paredes colgaba lo que parecía una colección de armas blancas, además de varios cuadros, escudos y vestigios de antiguos fastos.

La siguiente estancia era bastante más espaciosa y estaba ocupada casi en su totalidad por una plataforma en la que, en otros tiempos, sin duda se ejercitaban los discípulos del maestro esgrimista. Ahora albergaba una maraña de mantas, rodeada de botellas y restos de comida. Allí era donde se había establecido Cagnolo, dejando prácticamente que el resto de la casa se viniera abajo. Svampa tuvo ocasión de confirmarlo al echar un vistazo a las estancias contiguas, que se encontraban en un triste estado de abandono. En algunos puntos, incluso, el techo se había desprendido, lo cual hacía que se colaran el frío y las malas hierbas, sin respeto alguno por quien en otros tiempos había amado aquel lugar.

Pero, en fin, ¿qué más le daba a él? Si había entrado en la casa era para saber dónde se había metido el mesnadero, si bien no le parecía sencillo encontrar pistas en un sitio que Cagnolo solo utilizaba de vez en cuando para descansar y repararse del frío. Eso parecía, al menos, por las huellas que habían dejado sus botas: una estela de barro seco que iba de la entrada al jergón.

Precisamente en el jergón se concentró Svampa, pues le parecía el único punto de la casa digno de examen. Cagnolo había colocado su camastro delante del retrato de una mujer joven, probablemente Matilde antes de entrar en clausura. Entre la pila de botellas y la suciedad esparcida por todas partes, descubrió un objeto que asomaba bajo las mantas.

Se inclinó para recogerlo y se encontró entre las manos una edición del *Brancaleone, historia piacevole et morale*, escrita por un tal Latrobio e impresa en Milán en 1610.

Observó el libro, perplejo.

Siempre había sabido que Cagnolo era un mentiroso. Pero que ahora resultara que sabía leer...

Dejó el libro junto a la cabecera del camastro y dirigió la mirada hacia el umbral.

Un mocoso vestido con harapos lo espiaba desde la calle, frotándose la nariz.

–Quieto ahí –exclamó el inquisidor, antes de que se esfumara.

–¡A la orden, excelencia! –se sobresaltó el niño.

–¿Conoces al hombre que vive aquí?

–Qué va, señó, no lo he visto nunca.

Svampa se metió una mano en el bolsillo y sacó un bayoco de plata.

–Si me obedeces –dijo– tendrás otra además de esta.

Venciendo una instintiva reticencia, más parecida a la de un animal salvaje que a la de un ser humano, el mocoso se acercó y cogió la moneda.

–¿Qué tengo qu’hacer?

–Espera al hombre que vive en esta casa y cuando vuelva, le das un mensaje.

–¿Y qué le tengo que decí, a es’hombre?

–Que el inquisidor lo espera en Santa Maria sopra Minerva.

45.

Cagnolo entrecerró los ojos con un sordo lamento. Seguía teniendo grabada en la mente la imagen del hombre de la nariz grande. Lo buscó en la oscuridad mientras sus sentidos y su conciencia se esforzaban por vencer el aturdimiento. Notaba los párpados pesados y las extremidades inertes. Distinguió, a duras penas, una luz que se posaba sobre una pared rugosa, decorada con antiguas pinturas, y sus pensamientos regresaron de golpe a los tres encapuchados.

Justo entonces, apareció una figura ante él.

–Duerme –le dijo.

–No... –masculó Cagnolo, antes de sumergirse una vez más en el olvido.

46.

Rione *Sant'Eustachio*

Un viento molesto mecía los letreros de barberías, jubonerías, carpinterías y cualquier otro oficio que tuviera su taller en aquel barrio. Había de todo menos impresores, pensó fray Girolamo, por mucho que se hallaran cerca del mismísimo corazón del saber ciudadano. O, al menos, eso se decía. En realidad, le habían llegado rumores bastante desalentadores sobre los estudiantes de la universidad romana. Más interesados en irse de picos pardos que en pasar las horas hincando los codos en sus escritorios, la mayor parte de ellos solo frecuentaba los cursos durante un par de años, tras lo cual se iban a alardear por el mundo de la escasa cultura que habían adquirido. No era de extrañar, pues, que libreros y tipógrafos buscaran sus encargos en otro lado, aunque no por ello renunciaran, si se daba el caso, a imprimir la tesis de algún que otro graduado.

El eje de la Sapienza se concentraba entre la basílica de Sant'Eustachio y un Studium, provisto de patios y pórticos, que no dejaba de crecer. Fue precisamente allí donde Svampa empezó a buscar a Antonio Vanini.

Mientras se alejaba de la casa de Cagnolo, había meditado largo rato acerca de si debía proseguir con su investigación o regresar al convento de Santa Maria sopra Minerva, y no solo porque cada vez estaba de peor humor. Por mucho que le costara admitirlo, sentía la necesidad de encontrarse con Capiferro. En mitad de aquel berenjenal, el secretario era el único capaz de transmitir cierta sensación de estabilidad, que era justo lo que el inquisidor necesitaba en aquellos momentos. Por no decir que también necesitaba hablar con alguien lo bastante versado en materia de intrigas y logias secretas.

Se encaminó hacia la fachada del Studium, donde un bedel trataba de

impedir que las ráfagas de viento desordenaran las publicaciones expuestas sobre un banco.

–Señor –lo saludó Svampa–, unas preguntas.

–Esperad, esperad –farfulló el hombre, al tiempo que atrapaba unos cuantos opúsculos que estaban a punto de salir volando.

Era un hombre desmañado, de frente baja y lóbulos prominentes como los de un búfalo.

–Si os dignarais a mirarme... –insistió Svampa, al tiempo que señalaba su hábito de dominico.

–Sí, sí, un momento de paciencia y...

En un momento de impulsividad, Svampa le arrebató las hojas de la mano.

–¿Cómo osáis? –exclamó–. ¡Os halláis en presencia de un padre del Santo Oficio!

–¡Oh, reverendísimo! –se sobresaltó el bedel–. No me había dado cuenta, os lo juro. Y, desde luego, no imaginaba que...

–No me incordiéis –lo interrumpió Svampa– y limitaos a responder. – Antes de formular la pregunta, sin embargo, Svampa se dio cuenta de que uno de los opúsculos que acababa de confiscar se había abierto por la primera página, ofreciéndole así la imagen de un título que le resultaba muy familiar–. ¡Un momento!

–¿Qué ocurre?

–Estos libelos –dijo, al tiempo que le mostraba el frontispicio–. ¿Tenéis más?

–¿El *Mercurio*? Sí, sí, una caja llena.

–¿Y de dónde vienen?

–No sabría decirlo, padre. Yo solo me encargo de venderlos, como el resto de las publicaciones aquí expuestas.

–¡Pero bueno! –estalló Svampa–. Alguien os los habrá tenido que dar, ¿no? El hombre se encogió de hombros.

–Por la mañana me encuentro los libros ya apilados debajo del banco, listos para ser distribuidos. Unas veces los traen los docentes, otras los estudiantes. La mayoría de ellos escriben su nombre en las cajas, para que yo pueda llevar la cuenta de las ventas y saber a quién debo entregar la

recaudación. Pero a veces alguien se olvida –dijo, mientras señalaba el *Mercurio*–, como en este caso.

–Y entre esos estudiantes de los que habláis –prosiguió el religioso–, ¿figura un tal Antonio Vanini?

–Vanini, Vanini... –rumió el bedel–. Ah, os referís al Zorro.

–¿El Zorro?

–Por el pelo rojizo.

El inquisidor golpeó el banco con una mano.

–¿Figura o no figura?

–Suele deambular por aquí, sí, pero no recuerdo que me haya dejado nunca libros para vender.

–¿Estáis seguro?

–Querido padre –dijo el hombre, soltando una carcajada–, ¡yo no estoy seguro ni de mi nombre! ¿Me habéis tomado por uno de esos doctorcitos de ahí dentro?

Svampa imitó al bedel y dirigió la mirada hacia el edificio de la Sapienza; luego observó de nuevo al hombre, con una mirada a caballo entre la frustración y el agotamiento.

–¿Sabéis por lo menos dónde puedo encontrar al tal Vanini?

–¿Al Zorro? Ah, eso es fácil. Cada dos por tres está en la Academia de Trappola.

–Nunca la he oído mencionar.

–Es una asociación de estudiantes, padre. Una de las muchas congregaciones en que esos holgazanes, con el pretexto de dárselas de intelectuales, se emborrachan, juegan a cartas y se divierten con las fulanas.

Y no solo eso, reflexionó el inquisidor, invadido de repente por una intuición. Solo había que pensar un poco en las comedias de Andreini: Trappola era, de hecho, el nombre del burlón siervo del capitán Spaventa. Y con todo el respeto por las jugarretas del destino, no podía tratarse de una coincidencia más.

–Parecéis bien informado –dijo con sequedad–. La pregunta, sin embargo, es si lo estáis lo bastante como para saber dónde tiene su sede esa supuesta academia.

–No es difícil –respondió el hombre, intimidado–. Os lo enseñaré.

Fray Girolamo entró al frente de cuatro soldados con yelmo, espadas desenvainadas y pistolas listas para disparar. El local se hallaba en el sótano de una posada y, más que un lugar de encuentro para estudiantes, parecía el escondrijo de un bandido. Una pequeña ventana y varias velas de sebo iluminaban el suelo de tierra batida, las paredes manchadas de humedad y una prensa de tipografía. Al ver a los soldados, varios jóvenes vestidos con camisa y farseto salieron disparados hacia el artilugio, como si se propusieran defenderlo, mientras otros se colocaban apresuradamente ante una mesa sobre la cual se apilaban fascículos sueltos.

Svampa avanzó entre ellos, observándolos uno a uno, hasta que descubrió un rostro pecoso coronado por bucles aleonados. El Zorro, se dijo. Llegó a la mesa, cogió una hoja recién imprimida –subdividida en octavos, como las páginas del *Mercurio*– y buscó en el texto hasta localizar una *a* mayúscula decorada con un águila de alas extendidas. La dejó caer con gesto despreocupado y siguió andando hacia la prensa.

Le bastó una mirada para apartar a los jóvenes que la ocultaban. Luego cogió la palanca que se encontraba sobre el tímpano y la hizo girar, levantando así la platina lo justo para poder inspeccionar las matrices.

Asintió, satisfecho.

–Son las mismas –sentenció, sin dirigirse a nadie en particular–. Las mismas letras xilográficas que aparecieron en la boca de Rebiba. Las mismas del tristemente célebre opúsculo utilizado por el asesino.

–¡Locuras de un sacerdote! –estalló el pelirrojo, abriéndose paso entre sus compañeros–. ¡No somos asesinos, somos estudiantes!

Y, en un arranque de indignación, arremetió contra el inquisidor.

Por toda respuesta, Svampa cogió el rodillo entintador que descansaba sobre la prensa y golpeó en el rostro al estudiante, que salió despedido hacia atrás.

–Antonio Vanini –dijo con sequedad, al tiempo que sacaba un pañuelo para limpiarse las manos–, no os atormentéis. Seáis estudiante, homicida o solo un pobre necio, lo averiguaré lo antes posible. –Hizo un gesto a los soldados para que se acercaran–. A la cárcel de Tor di Nona.

–¡Todo esto es absurdo! –dijo el Zorro, tendido en el suelo con la mitad de la cara embadurnada de negro–. ¡Absurdo!

Svampa, sin embargo, ya estaba inspeccionando el semisótano que albergaba la Academia de Trappola, casi como si esperara ver surgir de entre las sombras la figura del capitán Spaventa. El niño que aún vivía en su interior lo buscaba, lo reclamaba casi, deseoso de enfrentarse a un auténtico monstruo y no a simples homúnculos.

Al margen de eso, su mayor preocupación era tener los dedos manchados de tinta, pues sabía que le costaría volver a tenerlos blancos.

Tal vez, pensó mientras se llevaban de allí a los estudiantes, pudiera hundirlos en la nieve.

48.

Tor di Nona

Más oscuridad, más paredes húmedas. Esta vez, sin embargo, el artilugio que descansaba en un rincón, acariciado por el resplandor de una llama, era una mesa de torturas. Antonio Vanini se volvía de vez en cuando para observarla, concentrándose sobre todo en el rodillo utilizado para dislocar las articulaciones de los condenados. El rostro, manchado aún de tinta, no permitía adivinar su expresión.

Svampa estaba sentado frente a él, tratando de decidir si el pelo rojizo de Vanini se asemejaba más a la zorra de la fábula de Fedro, a los zorros del *Cantar de los cantares*, o al del *Roman de Renart*. Se hallaba a un paso de la verdad y, sin embargo, se sentía insatisfecho, como si el inmenso tablero de ajedrez que había estado analizando hasta ese momento se hubiese precipitado de repente en una especie de embudo. O, mejor dicho, en el ojo de una aguja, desde el momento en que todo –de una forma u otra– conducía al insulso estudiante que tenía justo ante los ojos. Y si bien el inquisidor era consciente de que cada cerradura tenía una única llave, había esperado de aquel caso revelaciones algo más sorprendentes.

–Para evitar equívocos –dijo el inquisidor, rompiendo así el silencio–, estoy informado de vuestros actos.

–Esta sí que es buena –exclamó Vanini, que había recuperado su arrogancia–. ¿Sin haberme interrogado siquiera?

–Intento evitar los interrogatorios, si puedo. Me limito a reconstruir.

–¿Y qué habéis reconstruido?

–El pase de unas manos a otras de las matrices xilográficas, para empezar. De Facciotto a Manelfi y, luego, de Manelfi a vos.

–¿Matrices xilográficas?

–Las que se han encontrado en vuestra prensa. Las letras con imágenes zoomorfas, para ser más exactos.

–Las obtuve de Manelfo Manelfi, sí. ¿Y qué?

Fray Girolamo cambió el peso del cuerpo sobre el sillón, con un gesto de fastidio. Casi todo lo que sabía sobre la condición humana lo había aprendido en circunstancias parecidas y, todas las veces sin excepción, constataba que a los prisioneros solía faltarles estrategia verbal y sobrarles agresividad ferina.

–Por otro lado –dijo, como si hablara consigo mismo–, primero la *mustela* y ahora el zorro.

–No os comprendo –dijo Vanini.

–No es necesario.

–En cualquier caso, pagué las matrices como es debido.

–Si se os hubiese arrestado por robo –le recordó Svampa–, ahora estaríais bajo la custodia del alguacil y no de un agente del Santo Oficio.

–¿Me creéis un estúpido? Sé muy bien quién sois.

–Entonces, moderad vuestra desfachatez –lo advirtió, al tiempo que se ponía en pie de golpe–. Sois culpable, junto a vuestros amigos, de haber impreso un opúsculo titulado *Mercurio*. Un opúsculo libertino y anticlerical del cual sois también el autor, si bien no destacáis por vuestro talento. Y cuidado, porque no se trata de una acusación, sino de una certeza. Las matrices encontradas en la prensa de vuestro cuchitril coinciden exactamente con las utilizadas en el mencionado opúsculo. –Unió ambas manos y, al hacerlo, se dio cuenta de que una de las dos seguía manchada de tinta. La rodeó con la otra, para ocultarla–. Hasta aquí por lo menos –concretó–, el misterio está resuelto.

–¿Qué misterio? –preguntó el Zorro.

–Callad –ordenó el inquisidor–. La difusión de textos libertinos, ya sean impresos o manuscritos, es un delito bastante grave, castigado por el Índice y por la Inquisición de Roma. Pero lo peor, desde mi punto de vista, es que podríais evitarla con una sencilla retractación y algún que otro trato de cuerda.

El estudiante abrió unos ojos como platos.

–¿Tortura?

–Callad, os he dicho.

–Pero yo...

–Una retractación y un trato de cuerda –prosiguió fray Girolamo–, si no fuera por los crímenes, naturalmente.

–¿Qué crímenes? –se sobresaltó Vanini.

Svampa esbozó un gesto vago.

–No os voy a preguntar si los habéis cometido, ni siquiera si conocéis a las víctimas. –A aquellas alturas, el inquisidor ni siquiera se molestaba en mirarlo. Se concentraba en la imagen surgida de sus propios pensamientos: una z xilográfica decorada con un zorro que se escondía entre sarmientos–. Dejando a un lado el hecho de que los hayáis matado vos o no, vuestra respuesta sería la misma y yo saldría de aquí aún más confuso que antes. «Inocente», excluiríais a voz en cuello y lo mismo harían vuestros queridos compañeros, encerrados en las celdas contiguas. Por otro lado, sé que estáis implicado. Vos y los demás. Las matrices de las letras capitulares y la referencia a Trappola son pruebas aplastantes. –Procedió a dar vueltas en torno al reo, en silencio, para después apoyarse en una pared con una expresión indecisa–. Por eso, en contra de mi premisa y para mayor fastidio mío, me veo obligado a formularos ciertas preguntas. Preguntas a las que responderéis con la mayor sinceridad y objetividad posibles, a no ser que queráis agravar vuestra situación. ¿Habéis comprendido?

El estudiante, más desconcertado que atemorizado, asintió.

–Bien –prosiguió fray Girolamo–, ¿cuál es el objeto de la danza macabra?

–¿Qué danza macabra?

–El grabado de las páginas del *Mercurio*. Matthias Huss, la triple Muerte que acecha a los tipógrafos.

–¡Ah, eso! ¿De verdad no habéis comprendido el significado?

–Y vos..., ¿de verdad queréis poner a prueba mi paciencia? –lo advirtió Svampa, mientras se volvía hacia la mesa de tortura.

Vanini tragó saliva.

–Es una alegoría, una burla *in figura* –reveló–. Libreros, impresores y prensistas bailan con la Muerte para burlarse de los ignorantes y de todos aquellos que se dejan someter por la Iglesia y por la sociedad. Sé muy bien que esas palabras os resultan desagradables, pero en fin, veréis... Es un himno a la divulgación de la *libertas philosophandi*, ¿comprendéis? Una oda

a Mercurio, el mensajero de los dioses. No es, desde luego, ningún secreto que su espíritu revive, hoy día, en el divino arte de la imprenta.

Divino, reflexionó Svampa con una punzada de sarcasmo. Eran muchos los que habían definido en esos términos las artes tipográficas, entre ellos León X y el luterano Peucer. En realidad, no existía en este mundo forma de progreso que los conservadores católicos detestaran más. A excepción del teatro, desde luego.

–Un mensajero del Olimpo –dijo, mientras reflexionaba sobre lo mucho que eso desentonaba con la hipótesis hermética que tanto asustaba al maestro de palacio–. Un antiguo ídolo reducido a banal divulgador de anarquía.

–¿Por qué? –preguntó el Zorro–. ¿Qué creíais que significaba?

–En honor a la verdad –replicó el inquisidor–, le he dedicado más atención a los textos que al título de *Mercurio*. Y, sobre todo, al hecho de que, en mitad de un marasmo de citas, en sus páginas se advierta un constante interés por Tomás Campanella.

–El filósofo más importante de nuestros tiempos.

–Mago, astrólogo y puede que también luterano –lo corrigió Svampa, evitando añadir que también era un «hermano». Se apartó de la pared y recuperó el hilo de sus pensamientos–. Sin embargo, no es la calidad de su filosofía lo que me interesa, sino las circunstancias que lo vinculan al asesino.

–Os lo repito –se defendió Vanini–, la Academia de Trappola no acoge a ningún asesino.

–Y, sin embargo –objetó fray Girolamo, con repentina vehemencia–, está la cuestión del «PON SIN MOR».

–Pero..., ¿no os entiendo!

–El enigma que apareció junto al cadáver de la segunda víctima.

–Santo cielo, ¿puedo saber al menos de qué víctimas habláis?

El inquisidor no tenía la menor intención de dar explicaciones. Su tendencia natural a abstraerse lo arrastró de nuevo al pasado, ante el cadáver apuñalado de Severo Castellano.

–El «PON SIN MOR» –dijo, absorto en sus pensamientos– representa el nexo entre el *Mercurio* y Campanella, pero también entre este último y el homicida. Puede que Capiferro lo haya comprendido antes, pero..., pero yo ahora veo más allá de su razonamiento.

–No os sigo –dijo Vanini, reclamando así su atención–. ¿Cómo pueden tres sílabas...?

–No son sílabas, sino nombres.

–¿Nombres?

–Lo afirma Campanella en *La Ciudad del Sol* –se decidió a revelar–. Entre sus páginas encontraréis la descripción de un mundo utópico gobernado por un sacerdote junto a tres príncipes, que personifican el poder, la sabiduría y el amor. Se trata de símbolos, como vuestro dios Mercurio, pero sus nombres no provienen del mito griego. Campanella los llama Pon, Sin y Mor.

–Lo que vos digáis –dijo el Zorro, encogiéndose de hombros–, pero yo me dedico más bien a los proverbios populares, no estoy muy versado en Campanella.

–Pero si acabáis de elogiarlo y decir de él que es un gran filósofo.

–Es lo que se afirma unánimemente, por eso...

–Por eso me resultáis tan útil como un zapato viejo –resopló fray Girolamo, encerrándose en sus propios razonamientos–. Por otro lado, si el *Mercurio* cita a Campanella, eso significa que otros estudiantes de vuestro grupo están sin duda mejor preparados que vos.

–Preguntad a Simone Mesuraca, él es el experto en la materia.

Svampa se sintió como si acabaran de arrojarle un cubo de agua helada. ¿Era posible? ¿Había oído bien? Se abalanzó sobre el estudiante y lo sujetó por el cuello.

–Repetid ese nombre, ¡ahora!

–Simone..., Mesuraca –balbució Vanini.

El inquisidor soltó a su presa y se obligó a recuperar el control, mientras las ventanas de su mente se abrían de par en par a un nuevo escenario.

–He leído la lista de los integrantes de la Academia de Trappola –se apresuró a decir– y estoy seguro de que ninguno de ellos se llama así.

–Mesuraca no es exactamente miembro de la academia, ni siquiera es estudiante.

–Entonces, ¿quién es?

–Un artesano. Fue él quien nos facilitó la prensa que utilizamos, y también quien nos enseñó a usarla. Por algún motivo, se ha tomado muy en serio nuestra causa de divulgadores y nos aconseja, nos apoya, nos ayuda...

Incluso nos sugirió que rebautizáramos la academia con el nombre de Trappola, en referencia al ingenio del siervo del capitán Spaventa. Una idea magnífica, a mi entender, lo mismo que la de poner a nuestro opúsculo el título de *Mercurio*. Se suele dejar caer por allí de noche, sobre todo, para proseguir con nuestro trabajo, redactar textos, añadir frases y... Sí, ahora que lo pienso, la mayoría de las citas de Campanella son cosa suya.

Fray Girolamo apenas podía creerse lo que estaba escuchando. Días enteros hurgando en el pasado, investigando los hechos y..., allí estaba ahora, ante la incógnita en torno a la cual habían circunnavegado sus pensamientos.

–¿Por qué no me lo habéis contado de inmediato? –se limitó a decir.

–No me parecía que fuese tan importante –replicó Vanini, con candidez.

–¡Pues lo es! Y, precisamente por eso, ahora debéis contármelo todo sobre él.

–¿Sobre quién?

–¡Sobre Mesuraca, maldición! ¡Empezando por dónde puedo encontrarlo!

–Si queréis que os diga la verdad, hace unos cuantos días que no lo veo. Podríais probar en el taller de su señor.

–¿Tiene un señor? –se maravilló Svampa.

–Impresor y librero de primera categoría –confirmó el estudiante pelirrojo–. Maese Orlandi, en *piazza Pasquino*.

49.

Un artesano impresor, estudiantes libertinos...

El primero había utilizado a los segundos, se había servido de sus ideales para poner en marcha un plan que seguramente llevaba años tramando. Cuanto más pensaba en la cuestión, más reconocía Svampa el patrón. Simone Mesuraca se había escondido tras el *Mercurio* –o, mejor dicho, dentro– quién sabe por qué motivos, hasta que un hecho desconocido había desencadenado su furia criminal, o la de alguien muy próximo a él. Era primordial, pues, descubrir de qué se trataba y hasta qué punto estaba implicado el cardenal Ludovico Ludovisi. Al entregarle a Severo Castellano una lista de impresores, el prelado había manifestado interés por Mesuraca. Y eso antes de la muerte de Rebiba, puesto que era este último quien había firmado el salvoconducto utilizado por el asesino para tratar de apropiarse de la lista en cuestión.

Las puertas de la Signatura, sin embargo, estaban cerradas, lo cual reducía toda posible hipótesis a una serpiente que se mordía la cola. Un uróboros, meditó fray Girolamo mientras salía de Tor di Nona. Se levantó la capucha para protegerse del frío y, sin preocuparse de los guardias que hacían su ronda, se acercó a un montículo de nieve que estaba junto a la entrada, hundió en él la mano manchada de tinta y se la frotó con la otra hasta que quedó impoluta.

–¡Magíster!

Se volvió de golpe y vio al padre Capiferro, que en ese momento salía de la plazoleta situada frente al palacio. Acostumbrado como estaba a situarlo en las inmediaciones de Santa Maria sopra Minerva, experimentó una leve sensación de náusea.

–¿Qué hacéis vos aquí?

–Os estaba buscando, precisamente –respondió el secretario, al tiempo que se acercaba a él.

Sobre la capa llevaba un manto de lana oscura, entre cuyos pliegues asomaba el caño blanco de su pipa.

–¿Mi mesnadero se ha presentado en el convento preguntando por mí? – preguntó el inquisidor, algo perplejo.

–No que yo sepa.

–¿Qué queréis, entonces?

–Tengo que hablar urgentemente con vos.

–Ahora no tengo tiempo.

–Dejadme que os explique.

–No –lo interrumpió Svampa, impaciente por ponerse en marcha–. Tengo que reunir a un pelotón de hombres armados para llevar a cabo un arresto.

–¿Otro? –se asombró el secretario.

El inquisidor lo observó de soslayo.

–¿Acaso espiáis mis movimientos?

–No me hace falta –ironizó el secretario–. A estas alturas, hasta los muros saben que habéis abarrotado de prisioneros la cárcel de Tor di Nona. Mientras venía hacia aquí, me he encontrado con su eminencia el gobernador y, desde luego, no puedo decir que me haya hablado de vos en términos precisamente amables.

–Monseñor Gessi haría mejor en ocuparse de su gota –replicó fray Girolamo–. En cuanto a los prisioneros, los quiero precisamente donde están. Necesito saber que se están quietecitos en un mismo lugar, como los papeles en un archivo.

–Y hablando de archivos –aprovechó el secretario–, acabo de visitar el de Santa Maria sopra Minerva y...

–Ahora no, os he dicho. Me encuentro en un momento crucial de la investigación.

–Razón de más, es fundamental que os informe acerca de un asunto del cual no he tenido conocimiento hasta hoy.

–Acabo de descubrir quién es Mesuraca, ¿sabéis? –exclamó Svampa, mientras escudriñaba el laberinto de calles que se extendía a orillas del Tíber–. Sé dónde se esconde, no puedo perder más tiempo.

–Lo que tengo que deciros también es urgente.

–Pues entonces, informadme dentro de dos horas en Santa Maria sopra

Minerva.

–Pero...

–No puedo hacer más.

–No lo entendéis –intentó retenerlo el hermano–. Se trata de vuestra seguridad personal.

Tras saludar con un gesto, el inquisidor empezó a alejarse.

–En Santa Maria sopra Minerva –repitió, a modo de despedida–, dentro de dos horas.

El padre Capiferro observó al inquisidor, que en ese momento cruzaba la plaza de las ejecuciones a grandes zancadas. Luego encendió la pipa y se volvió hacia los guardias apostados ante la entrada de Tor di Nona.

–Bueno, ¿habéis escuchado al *commissarius*? –dijo, en tono autoritario.

–¿Reverendo padre? –se sobresaltó uno de los soldados.

El secretario lo observó, entre escandalizado y asombrado.

–¿No habéis escuchado sus órdenes?

–¿Qué órdenes?

–¡Desdichado! ¿Es que acaso dormíais de pie?

–No, os lo aseguro... Yo...

–Entonces dejadme pasar, rápido.

–¿De qué estáis hablando?

–¿Os lo tengo que repetir? –resopló Capiferro, apartando la pica que le cerraba el paso–. ¡Apartaos! El *commissarius* me acaba de autorizar para que interrogué a uno de sus prisioneros.

Hacía años que Capiferro no se comportaba con tanta desfachatez y, por si eso fuera poco, que no se divertía engañando a alguien. Sin embargo, de haberse visto obligado a explicar aquella intromisión ante el gobernador de la cárcel, no le habría resultado fácil, ni tampoco agradable, motivo por el cual se dirigió a los sótanos antes de que algún guardia lo bastante sagaz se preguntase sobre los motivos de la presencia en Tor di Nona del secretario del Índice.

–Me envía el *commissarius* –se limitó a decirle al vigilante.

El hombre, medio derrumbado sobre un sillón, estaba en ese momento echando una cabezadita. Observó sin demasiado interés el hábito de dominico, asintió y le entregó el manojito de llaves.

–Coged también una luz –le aconsejó, entre bostezos.

El secretario cogió una antorcha de la pared.

–¿Está lejos la celda de Orazio Piuma?

–No mucho.

Tras apenas un día de encierro, Orazio Piuma había perdido ya todo vestigio de respetabilidad. Con el rostro demacrado y el hábito manchado de la misma suciedad viscosa que cubría el suelo, estaba encogido en un rincón, como un pordiosero cualquiera de los bajos fondos de Roma. Solo los bigotes, que le sobresalían asombrosamente bajo la nariz, conservaban un ápice de dignidad, o tal vez fuera ferocidad.

–¿Quién sois? –murmuró, al reparar en el fraile dominico.

–Alguien que ha leído vuestro manuscrito –respondió Capiferro, deteniéndose junto al umbral de la celda.

Se oyó un tintineo de cadenas.

–No es obra mía..., yo solo he traducido el libro...

–Los dos sabemos que eso no se corresponde con la verdad, pero podéis estar tranquilo, no he venido para acusaros de nada.

Un destello de esperanza le iluminó las pupilas al servita.

–¿Habéis venido a liberarme, pues?

El secretario negó con la cabeza.

–He venido para comprender.

–¿Comprender el qué?

–El motivo por el cual un hermano ha terminado en la cárcel.

–Yo no soy un *frater praedicator* de los vuestros.

–No me refería a ese tipo de hermandad –precisó Capiferro, con una sonrisa significativa–. He leído vuestro manuscrito –repitió– y, entre las incontables alusiones a la demonología, he descubierto algo que no esperaba. Sí, es verdad, es necesaria la perspicacia de un iniciado para percatarse. Solo a la luz de una conciencia así se puede reconocer, bien oculto entre líneas, el lenguaje de los alquimistas, llamado también «de los pájaros». El lenguaje, para ser más explícito, de quien celebra los misterios de la Rosa y de la Cruz.

Al escuchar aquellas palabras, Piuma se pegó a la pared.

–No os conozco.

–Y yo no os conocía a vos, hasta hoy. Pero sí conozco a vuestro maestro.

–Mentís.

–¿Con qué objeto? –intentó tranquilizarlo el secretario–. Razonad, señor. Mis palabras no ocultan trampa alguna.

–Son vuestras intenciones las que me preocupan.

–Intenciones amistosas, os lo garantizo. Por otro lado, ¿no acabo de deciros que he reconocido los símbolos rosacruces que se esconden en vuestro manuscrito?

–Los habéis captado, cierto. Pero el manuscrito no es mío.

–Entonces, ¿Faustus existe?

–Si de verdad fueseis quien decís ser, no tendríais necesidad de preguntármelo –se echó a reír, con sarcasmo, el servita.

–¿Y si, en cambio, me hubiese enviado él mismo para asegurarme de que mantengáis la boca cerrada?

–En ese caso, decidle que puede estar tranquilo.

–En realidad, no lo está en absoluto –afirmó Capiferro, en tono

amenazador—. Teme que podáis revelarle algo a Svampa o, incluso, que ya lo hayáis hecho.

Y, mientras pronunciaba esas palabras, el secretario introdujo una mano bajo el manto y cogió el largo objeto que llevaba oculto entre los pliegues. Al percatarse de aquel gesto, Orazio Piuma dio un respingo, asustado.

—No, no, esperad —exclamó, al tiempo que se protegía el rostro con ambas manos—. ¡Decidle al cardenal Palombara que no he abierto la boca! Y a Ludovisi...

—¿También el cardenal Ludovisi? —repitió el secretario, mientras sacaba muy despacio su pipa holandesa—. Interesante.

Piazza Pasquino

Giovanni Orlandi, librero e impresor de grabados en cobre, se retiró a un rincón de su taller para no obstaculizar la irrupción de los hombres armados. Solo eran dos, a decir verdad, pero empuñaban sendos arcabuces tan aparatosos que prácticamente ocupaban toda la entrada. Antes de que tuviera tiempo de decir algo, una tercera figura se materializó entre las otras dos, apartando con gesto despreocupado el cañón de las armas. El artesano se fijó entonces en la capucha de dominico y en los ojos llameantes que se ocultaban debajo.

–Reverendo padre..., ¿qué deseáis?

–Simone Mesuraca –respondió Girolamo Svampa.

Maese Orlandi lo observó, pasmado.

–Pero..., ¿no estaba protegido? Me contó que...

–¿Qué os contó?

–Que tenía amigos poderosos. No llegó nunca a entrar en detalles, pero tal y como lo decía...

–Dejaos de tanta charla, señor, y entregádmelo. Sé que trabaja y vive aquí, en vuestro taller.

–Sí, pero...

–¿Sois sordo o duro de mollera?

El artesano agachó la cabeza.

–En este momento, Mesuraca no está. Estaba aquí por la mañana, pero luego se ha ido... Si lo deseáis, os puedo mostrar su habitación, en la trastienda.

Tercera parte

El baile de las máscaras

En la habitación de Mesuraca podría haber vivido una pequeña familia, de no ser por el caos de objetos que la abarrotaban. Libros, sobre todo, pero también carteles de comedias, marionetas colgadas del techo, una guitarra gitana, un escritorio cubierto de gotas de cera de vela y un gran espejo ovalado. Tras dejar a Orlandi y a los soldados junto a la puerta, Svampa procedió a inspeccionar el lugar. Abrió una cómoda que se encontraba junto a la cama y descubrió que estaba repleta de ropa, de hombre y de mujer, laica y religiosa. Junto al mueble, en el suelo, había un baúl que contenía máscaras de todo tipo, así como pelucas, falsas barbas y todos los accesorios imaginables para camuflarse. Entre tanta baratija, el inquisidor encontró hasta una espada envainada en su funda. Le bastó rozar el filo para reconocer el metal de mala calidad de las armas que se usaban en el teatro.

Tomó nota de todos los detalles y luego se dirigió al otro lado de la estancia. A excepción del jergón, en aquella parte de la sala solo había volúmenes de pequeño tamaño, encuadernados en fascículos de octavos o dieciseisavos, y apilados en precario equilibrio contra la pared. El inquisidor echó un vistazo a algunos de los volúmenes y reconoció entre ellos *L'ateista fulminato*, *El nigromante* y otras comedias teatrales que no gozaban del visto bueno de la censura eclesiástica. Los mismos títulos ya anunciaban la huella de su infamia, pues se adivinaban tras ellos historias de magia e inmoralidad inventadas a propósito para aguijonear el tradicionalismo romano.

Fue pasando por el tamiz decenas de libelos de contenido similar, hasta que encontró otros ejemplares impresos en formato distinto, bastante más dignos y apilados con sumo cuidado contra la cómoda de la cama.

Y allí fue donde se tropezó con Tomás Campanella.

Mesuraca, al parecer, estaba en posesión de las obras completas del filósofo, desde *De monarchia hispanica* hasta *Apollogia pro Galileo*, desde *Metaphysica* hasta *Civitas solis*. Entre las páginas de ese último libro, una

edición muy reciente pero ya gastada por el uso, Svampa encontró una página doblada en cuatro. Se trataba de un mensaje anónimo, escrito con elegante caligrafía.

El contenido del texto abrió una nueva grieta en sus pensamientos.

Señor:

Vuestra insensatez debe de ser considerable, dado que os atrevéis a dirigiros a mi reverenda persona con tanta crueldad, sobre todo teniendo en cuenta la inmensa deuda de gratitud que tenéis para conmigo. Es con desdén, por tanto, que finalmente me he decidido a responderos. Dos veces os he salvado la vida y, sin embargo, vos seguís haciendo estragos entre los hombres de Dios, mis hermanos, casi como si eso os produjera satisfacción. Así que... ¡os ordeno que detengáis de inmediato esta macabra broma! ¿Os proponéis acaso azuzar al can dormido? Debéis saber que, desde los cielos de san Pedro, son muchos los ojos que os observan, pero las pupilas más aguzadas se ocultan entre las tinieblas de Isis. ¡Poned, pues, fin a esta matanza! Y yo os prometo –a condición de que sigáis en silencio, en señal del secreto que compartimos–, dirigirme como pedís a las grutas, mañana 21 de diciembre al caer la noche, sin siervos ni hombres armados que me escolten.

L.

Fray Girolamo leyó de nuevo aquellas palabras para asegurarse de que no se le hubiera escapado ni una sola sílaba. Estaba eufórico, apenas se lo podía creer. Allí estaba, por fin, la clave que permitía comprender los acontecimientos que hasta ese momento había investigado. Aún desconocía el móvil, a decir verdad, y sin embargo estrujaba entre los dedos la prueba concreta de que había sido precisamente Simone Mesuraca, con crueldad y astucia teatral, quien había matado a Rebiba y a Castellano. Y no por herejía ni por extravagancias libertinas, sino para asustar a alguien.

Y sobre la identidad de ese alguien, el inquisidor no tenía dudas. Bastaba detenerse un momento en aquella *l* para adivinar la silueta del lobo cauto y orgulloso que había descubierto en la persona de su excelencia el cardenal Ludovisi.

Sin embargo, había algo que no encajaba, y no se trataba del cuerpo en carne y hueso de Mesuraca, alias capitán Spaventa. O no solo de eso, por lo menos. Las alusiones al templo subterráneo de Isis, a las grutas y al can dormido hacían pensar en un amenazador escenario cuyas dimensiones el inquisidor ni siquiera podía imaginar.

Se quedó el mensaje y salió de la estancia para encontrarse justo delante de

maese Orlandi.

–Pues bien, señor –le dijo–, parece que dais cobijo a un asesino.

–Ni siquiera me lo imaginaba, padre –se defendió el artesano, con un estremecimiento de miedo–. Lo único que puedo decir para justificarme es que yo lo contraté como prensista.

–Prensista –repitió Svampa, absorto–. ¿Y dónde se encuentra en estos momentos?

–¿Quién sabe? Ya hace algún tiempo que entra y sale continuamente.

–¿No tenéis ni la menor idea de dónde encontrarlo?

–Bueno, solo hace unos pocos meses que lo conozco, pero estoy bastante seguro de que se dedica a frecuentar los teatros cuando no tiene nada que hacer. Como actor, supongo. Creo que tiene un pasado de comediante, pero no solo eso. –Y, con esas palabras, Orlandi entró en la habitación de Mesuraca y, tras echar un vistazo a su alrededor, cogió una carpeta que ocupaba un lugar de honor en un estante–. Mirad –dijo, al tiempo que se la entregaba al inquisidor–. Es obra suya. Me la habrá mostrado por lo menos una decena de veces para presumir de ella.

Svampa desató el lazo de cuero que mantenía unido el legajo y se encontró entre las manos una serie de comedias manuscritas.

–¿Frecuenta también el teatro de los jesuitas? –preguntó–. ¿El del Colegio Romano?

–Eso ya es preguntarme demasiado. Ya os he dicho que lo conozco desde hace poco.

–¿Y las grutas?

–¿Qué grutas?

–¿Lo habéis oído hablar alguna vez de un lugar de ese tipo?

–No, de verdad, reverendo padre. Simone Mesuraca siempre habla del mismo tema, hasta el punto de que empiezo a pensar que, aparte de las artes tipográficas, no le interesa nada más en esta vida.

–¿Y qué tema es ese, si no os importa?

En el rostro de maese Orlandi apareció una críptica expresión.

–Máscaras.

Cagnolo emergió de su duermevela presa de la angustia por el paso del tiempo. Dos días, habían dicho aquellos malvados y, así a ojo, uno ya había transcurrido. Faltaba poco antes de que le hicieran daño a Matilde, y allí estaba él, atado a una silla. Impotente.

Dejó resbalar la vista, ya acostumbrada a la oscuridad, de nuevo hacia aquellas paredes que parecían antiguas. Vio en ellas frescos parecidos a los de las criptas o a los de algunas ruinas abandonadas desde hacía siglos. Sí, aquello era lo que sugería aquel lugar: abandono. El aire olía a cerrado y, quizá, también a muerte.

Y, entonces, concentró toda su atención en la silueta a contraluz que permanecía apoyada en una pared.

–Ya sé quién sois –dijo. Al hablar, se dio cuenta de que tenía la garganta seca–. El tipo de la taberna, el que me habló...

El hombre se le acercó, con una risa queda.

–El que me preguntó por la batalla de la Montaña Blanca –prosiguió el mesnadero, que empezaba a percibir un dolor lacerante en la cabeza–. El que solo entendía..., solo entendía de papeles...

Su secuestrador se limitó a detenerse ante él, casi como si esperara ser admirado.

–Libérame... –gruñó Cagnolo–. Libérame, oh mi hija...

Antes de poder terminar la frase, sin embargo, el mesnadero vio al otro hombre realizar un gesto que al principio le inspiró espanto y, luego, un desconcierto cada vez mayor.

Tras quitarse las gafas, el hombre se sujetó la prominente nariz con los dedos y, tras tirar de ella de mala manera, casi como si le molestase, se la arrancó de la cara.

Al descubierta quedó la pequeña nariz que se ocultaba debajo.

Via del Arco camiliano

Tarquinia Passeri volvía a casa con un cesto de hortalizas bajo el brazo. Siempre vestida de luto, con un velo de encaje negro que le caía sobre la espalda, se abría paso entre los transeúntes con sus bruscos andares. Se detuvo ante su vivienda y se dispuso a llamar para que sus hijos abrieran. De repente, una presencia a su espalda la sobresaltó.

–¡Ah! –exclamó en tono hostil, al tiempo que reconocía el rostro que se ocultaba bajo la capucha de fraile–. Otra vez vos.

–No pretendía asustaros –replicó Svampa, sin dignarse siquiera a saludar.

–¿Asustarme? –le restó importancia la tipógrafa, casi como si quisiera ridiculizar al inquisidor–. Sencillamente, no esperaba volver a veros.

–Y yo lo habría evitado si vos no me hubierais mentido.

–¿Sobre qué, si no es molestia?

–Sobre Manelfo Manelfi. En vuestra declaración, se os olvidó comentar que el taller Zannetti cuenta con un artesano que no pertenece a la familia.

–Decir que eso es una mentira me parece una exageración. No lo consideré relevante y punto.

–Suponer qué es relevante y qué no lo es –la advirtió el inquisidor– es el peor error que se puede cometer. No solo denota estupidez, sino también la arrogancia propia de quien quiere imponer a los demás su propia versión de los hechos.

–Muy bien, pues –resopló Tarquinia–. Maese Manelfi trabaja como prensista en este taller. ¿Ya estáis satisfecho?

–Lo estaré cuando me digáis el nombre de su predecesor.

La mujer se quedó perpleja.

–No os entiendo.

–Manelfo Manelfi lleva aquí poco tiempo –aclaró Svampa, sin inmutarse–. Antes de él, ¿quién desempeñaba las funciones de prensista?

–¿Y qué tiene eso que ver con la muerte de Rebiba?

Pronto lo averiguaréis, indicó fray Girolamo con una larga mirada.

–Veréis, señora. Cuando el hurón se adentra en el subsuelo para buscar al conejo, se enfrenta a dos posibilidades: la primera, encontrar una única madriguera; la segunda, encontrar muchas madrigueras, conectadas entre ellas por una red de túneles. Pues bien, adentrándome en esas madrigueras, de túnel en túnel, es como he llegado hasta vos.

–Ya estamos –se lamentó la mujer–. Solo nos faltaba un fraile que dice disparates sobre madrigueras y túneles. ¿Se puede saber de qué estáis hablando?

–Burbujas del pasado –explicó el inquisidor, al tiempo que arqueaba las cejas–, sucesos ya ocurridos que reconstruyo gracias a las pruebas y a las relaciones de causa y efecto. Pero si he llegado hasta aquí, se lo debo sobre todo a un mensaje encontrado hace una hora en la trastienda de un librero e impresor. Un mensaje del cardenal Ludovico Ludovisi, para ser exactos. ¿Os resulta familiar el nombre?

Tarquinia soltó una seca carcajada.

–Todo tipógrafo romano que se precie de serlo conoce a su eminencia, el prefecto de la Signatura.

–Supongo que así es –convino el inquisidor–. Por otro lado, yo estoy prácticamente convencido de que este taller mantiene con su eminencia una relación especialmente estrecha. Es más, estoy seguro de ello. Por eso, y a no ser que preferáis desentrañar este asunto ante una comisión del Santo Oficio, con todas las circunstancias desagradables que eso podría conllevar, os pido que seáis sincera.

–El cardenal Ludovisi recurrió a mi marido –se vio obligada a admitir la impresora–. ¿Y?

–¿Recurrió a él para qué, exactamente? Dudo que un reverendo miembro de la Congregatio de Propaganda Fide necesite a un artesano de Parione para publicar libros. ¿No sería más adecuado que se hubiera dirigido a la Tipografía Apostólica?

–Es posible, ¿cómo queréis que yo lo sepa?

–En cambio, yo creo que sí lo sabéis –objetó Svampa– y, si me concedéis el tiempo, os lo demostraré. Empecemos suponiendo que un hombre de mala vida, por motivos que desconocemos, planea asustar a un religioso asesinando a una persona cercana a este último. Un amigo, por ejemplo, o un socio en algún asunto. Bien, ¿dónde deja el cadáver? En la casa en la que vive el religioso, supuestamente, o bien en la iglesia en la que este oficia la misa. Pero ahora escuchadme con atención. Si ese religioso fuese un cardenal, un intocable de la corte vaticana, nuestro malhechor no podría acercarse tanto a él. Tendría que buscar, forzosamente, otro sitio, un lugar que el religioso frecuente o que, en su defecto, conozca bien. –Hizo una pausa, que aprovechó para observar la expresión de perplejidad de la tipógrafa–. Llegar hasta ahí no me ha resultado difícil –admitió el inquisidor–. Lo complicado ha sido establecer qué significa este taller para Ludovico Ludovisi. En otras palabras, saber por qué había dirigido su interés precisamente hacia aquí. No conseguía adivinar el motivo. Hasta que pensé en el prensista.

–¿Manelfi?

–No, el de antes. Aquel al que sin duda vos ayudasteis.

–Yo no he ayudado a nadie –se encolerizó Tarquinia, al tiempo que dejaba caer el cesto al suelo–. A nadie, ¿lo habéis entendido?

Svampa se quedó mirando las hortalizas, que rodaban por el cieno.

–¿Erais su amante?

–¡No digáis barbaridades!

–Entonces, os amenazó –sugirió el inquisidor–. Porque alguien tiene que...

La hoja de la puerta de entrada se abrió de golpe, dando paso a un joven de anchos hombros.

–¡Madre! –exclamó el recién llegado, al tiempo que observaba al inquisidor con cara de pocos amigos–. ¿Qué ocurre? Os he oído gritar y...

–¡Vete, Francesco! –ordenó ella, al tiempo que lo empujaba literalmente hacia el interior de la vivienda–. Vete y di a tus hermanos que no se entrometan.

Fray Girolamo siguió la escena con indiferencia y, a la espera de volver a quedarse a solas con la viuda, se dedicó a examinar el rostro encolerizado del muchacho. Instantes después, retomó la conversación.

–Alguien, decía, tiene que haberle abierto la puerta del taller la noche en que Pietro Rebiba murió aplastado bajo vuestra prensa. Y ese alguien solo puede ser vuestro anterior prensista.

–Simone Mesuraca tenía una llave, sí –admitió la mujer, con un suspiro de exasperación que a duras penas podía contener su rencor–. Cuando se marchó, no la devolvió.

Svampa se limitó a asentir, mientras evocaba mentalmente la imagen del asesino entrando en el taller con su víctima.

–Creedme –prosiguió Tarquinia–, hasta ahora ni se me había ocurrido pensar que pudiese ser el autor del crimen. Me parecía un hombre de bien, sensible... ¿Estáis seguro de que no os equivocáis de persona?

El *commissarius* eludió la respuesta. La presunción de culpabilidad se basaba en el testimonio de maese Orlandi, quien había afirmado que Mesuraca era un protegido, que tenía amigos poderosos. En el calor del momento, no había hecho caso a ese detalle. Pero ahora, después de haberlo meditado, se daba cuenta de que el mensaje de Ludovisi confirmaba las palabras del tipógrafo.

Aquel pensamiento le ensombreció el rostro, cosa que hizo retroceder a la viuda.

–Y ese es el motivo de que el cardenal nepote esté relacionado con este taller, ¿verdad? Ludovisi era el protector de Mesuraca y se lo recomendó a vuestro esposo para que lo contratara como prensista.

La mujer echó un vistazo a su alrededor, un tanto aturdida. Bajo el velo, su rostro adquirió una tonalidad terrosa.

–Ocurrió hacia finales del año pasado, sí –confesó–. Todo fue bien hasta que, después de la Santa Pascua, Mesuraca no se presentó más en el taller. Así, de repente, sin que nadie supiera qué había sido de él. Imaginad lo que supuso para nosotros tenérselo que explicar al cardenal Ludovisi, que por motivos que solo él conoce pretendía dar con Mesuraca a cualquier precio. Pero lo peor fue cuando llegaron aquellos rufianes españoles con las mismas intenciones. Querían a nuestro prensista. Lo único que pudo hacer mi esposo fue aconsejarles que echaran un vistazo por los teatros de Parione, a los que solía acudir Mesuraca en su tiempo libre. Y no sé nada más, os lo juro.

–¿Y las grutas?

La mujer lo observó, perpleja.

–¿No eran túneles?

–No, no, las grutas. ¿Mesuraca mencionó en algún momento un lugar de ese tipo?

Tarquinia negó con la cabeza.

–Siempre pensé que lo único que le interesaba eran las máscaras y las comedias.

–Hasta ahora, por lo menos –dijo el inquisidor, al tiempo que se despedía con un vago gesto de saludo.

A aquellas alturas, empezaba a vislumbrar la verdad, pero aún quedaba mucha niebla por disipar.

55.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

–Llegáis tarde –observó el padre Capiferro, mientras señalaba un reloj de tambor situado sobre el borde del escritorio.

–He tenido que interrogar a algunas personas –replicó Svampa, al tiempo que se sentaba ante él.

–Creía que no erais muy amigo de esa clase de prácticas.

–Solo recurro a ellas para obtener confirmación.

–¿Y la habéis obtenido?

–La suficiente como para resolver el caso.

El secretario le dedicó un gesto de admiración.

–En otras palabras, que mis advertencias tendrán que esperar.

–A menos que versen sobre el aspecto oficial de mi tarea.

–Tienen que ver con algo muy distinto, magíster, de modo que ocupémonos primero del asesino. ¿Lo habéis arrestado?

–Todavía no.

–Y entonces, ¿qué es lo que habéis resuelto?

–Todo lo demás –dijo fray Girolamo, al tiempo que se tocaba la frente–. He descubierto que nuestro hombre trabajó como prensista en la imprenta Zannetti hasta Pascua, recomendado por el cardenal Ludovisi. En aquel momento, algo debió de causarle desasosiego y obligarlo a trasladarse a otro *rione* para ocultarse del mismísimo cardenal. Encontró trabajo en el taller Orlandi, también como prensista, mientras en su tiempo libre se dedicaba a actuar en alguna que otra comedia y a colaborar con los estudiantes libertinos del *Mercurio*. Sin embargo, estaba atormentado, tal vez furioso a causa de algún agravio sufrido o de alguna promesa incumplida por parte de esas amistades a las que él definía como poderosas. El caso es que, de repente, empezó a amenazar a Ludovisi con el objeto de infundirle miedo, hasta el

punto de llegar a asesinar a Rebiba y a Castellano. –Unió las manos, como si quisiera reunir en una baraja las cartas que había extendido ante su interlocutor–. Pues bien, ese individuo por fin tiene un nombre. El capitán Spaventa, mi querido padre, es Simone Mesuraca.

Capiferro entrecerró los ojos, hasta convertirlos casi en rendijas, y observó al inquisidor mientras se retorció los bigotes untados con pomada.

–¿Disponéis de pruebas que apoyen todo lo que habéis afirmado?

El inquisidor le mostró una hoja de papel.

–Un mensaje escrito por el propio Ludovisi, encontrado hoy mismo en los aposentos de Mesuraca.

–Pero... –murmuró el secretario, al tiempo que le echaba un vistazo–. ¡Solo está firmado con una *l*!

–Una *l* lo bastante elocuente, si consideráis la procedencia de la lista de impresores encontrada en el escritorio de Castellano.

–¿La lista en la que aparece el nombre de Mesuraca?

Svampa asintió.

–Al entregarle esa lista a Castellano, sin duda Ludovisi le estaba pidiendo que investigara a Mesuraca. Que lo localizara, probablemente. Por otro lado, ¿no era eso lo que hacía Castellano? Recopilar información sobre libreros y tipógrafos sospechosos, a modo de enlace entre el Santo Oficio y la Signatura. A mi entender, el cardenal aprovechó las atribuciones de Castellano y lo encaminó hacia una pista: las imprentas a las que nuestro prensista asesino podría haber acudido a solicitar trabajo. Y, de no ser porque fue asesinado, sin duda Castellano habría conseguido dar con el paradero de Mesuraca.

–Es una hipótesis.

–Una certeza, dado que Simone Mesuraca se arriesgó mucho intentando robar la lista en cuestión de las dependencias del Santo Oficio. Solo falta saber por qué Ludovisi se cebó tan cruelmente con él.

–¿Cruelmente, decís?

–O algo peor. Además de recurrir a Castellano, de hecho, también debió de soltarle a los rufianes españoles: gente muy ruidosa, sin duda, pero poco experimentada en lo que respecta a las tipografías y los *rioni* de Roma.

El secretario soltó una risita escéptica.

–Y, decidme, ¿pretendéis importunar al prefecto de la Signatura basándoos en esas vagas especulaciones?

–Vagas o no, se trata de hechos reconstruidos desde un punto de vista lógico.

–Y apoyados por un mensaje firmado con una *l* y por una lista de impresores salida de la misma Signatura.

–Eso no es todo –puntualizó fray Girolamo–. Dispongo también del testimonio de Tarquinia Passeri.

–¿No erais precisamente vos quien desconfiaba de los testigos?

–Sí, por lo general. Este testimonio, sin embargo, se ve reforzado por el hecho de que Mesuraca sigue en posesión de una de las llaves del taller en el que fue asesinado Rebiba.

–¿Y habéis encontrado la llave en cuestión?

–Aún no –admitió Svampa, al tiempo que se encogía de hombros–. He encargado a dos arcabuceros pontificios que registren con ese fin el taller de Orlandi.

–Estando así las cosas –subrayó Capiferro– se me escapan los motivos de que os mostréis tan seguro.

Como si se hubiese sentido insultado, el inquisidor se puso en pie de golpe y empezó a caminar de un lado a otro del estudio.

–Tarquinia Passeri no es la única persona a la que he solicitado confirmación –dijo, con una expresión impenetrable.

–¿A quién más? –preguntó el secretario, mientras sacaba del cajón una magnífica tabaquera de plata.

–A su excelencia Scipione Cobelluzzi, el cardenal bibliotecario.

–¿Y por qué?

–Lo vimos ayer en la plaza del Panteón, ¿lo recordáis?

–Junto a la imprenta del pueblo, sí –confirmó Capiferro, mientras empezaba a llenar la cazoleta de su pipa–. Después de haber examinado el cadáver de Severo Castellano y antes de que el alguacil os llevase en presencia del gobernador.

–Pues bien –prosiguió Svampa–, lo había visto ya el día anterior, en circunstancias poco claras, y la situación me pareció un tanto...

–¿Sospechosa? –lo provocó el secretario.

–No digáis bobadas –resopló el inquisidor–. Me pareció insólita. Bastante insólita. Y, como seguramente ya sabéis, quien confía en la lógica y el orden divino de la creación, no cree en las coincidencias. Partiendo, pues, de la suposición de que el cardenal bibliotecario estuviese implicado de algún modo, he ido a verlo después de hablar con Tarquinia Passeri y le he formulado unas preguntas para verificar mi hipótesis, es decir, que el asesinato de Castellano, lo mismo que el de Rebiba, se cometió en un lugar vinculado con su gracia Ludovico Ludovisi.

–¿Y...?

–No me equivocaba. Por otro lado, ¿no fuisteis precisamente vos quien me dijo que tanto Ludovisi como Cobelluzzi son miembros de la Congregatio de Propaganda Fide? El día en que murió Castellano, el cardenal bibliotecario tenía el encargo de dirigirse a la sede de la imprenta del pueblo para verificar si aquel lugar podía usarse como almacén para los libros publicados por la Tipografía Apostólica.

–¡Ahora entiendo por qué lo vimos conchabarse con el alguacil!

Fray Girolamo asintió.

–Se estaba informando sobre lo sucedido.

–En resumen, vuestra teoría –recapituló el secretario– es que Simone Mesuraca tuvo conocimiento de aquel lugar con la suficiente anticipación como para planificar el asesinato de Castellano en la antigua imprenta.

–Una puesta en escena perfecta, sí.

–Y todo para conseguir que fuera Cobelluzzi quien encontrara el cadáver y, de ese modo, pudiese contárselo a Ludovisi.

–Exacto. Perpetrando un crimen, además, que le ha permitido escapar a la persecución del cardenal nepote.

–Vuestro razonamiento parece lógico, pero tendréis que demostrarme que Mesuraca estaba de verdad al corriente de la inspección que debía realizar Cobelluzzi. Lo cual, convendréis, no es en absoluto sencillo.

–En realidad, no solo es sencillo –lo contradijo el inquisidor–, sino que también es el presupuesto en el que se basa mi reconstrucción. Monseñor Cobelluzzi me ha revelado, de hecho, que habló en el teatro sobre esa inspección, cuyo encargo había recibido diez días atrás.

–¿El cardenal bibliotecario en el teatro?

–No olvidéis que monseñor Cobelluzzi tiene formación jesuita y que la obra en cuestión, un drama en cinco actos sobre los mártires de la fe, la representaba la Compañía de Jesús en el claustro de Sant’Eustachio. Por tanto, nada que pudiera resultar inconveniente. Lo que a nosotros nos interesa saber, por otro lado, es que Cobelluzzi no se hallaba solo en aquella situación, sino que lo acompañaba el padre Severo Castellano.

–Ah –exclamó el secretario, al tiempo que reaparecía entre las volutas de humo–. Por tanto, suponéis que...

–Que mientras hablaban de esto y de lo otro –concluyó fray Girolamo–, a Cobelluzzi tal vez se le escapara algo sobre la inminente inspección en la imprenta del pueblo y que a Castellano le ocurrió lo mismo respecto a la lista de impresores que Ludovisi le había entregado. –Eché un vistazo al reloj y empezó a dirigirse a la salida–. Pero no se trata de suposiciones –añadió, abriendo ya la puerta–, sino de certezas.

–¿Y cómo habéis llegado hasta ellas? –exclamó Capiferro, desairado por el hecho de que el inquisidor se estuviera ya marchando–. No iréis a dejarme a medias...

–Lo que sigue no será yo quien os lo cuente –reveló Svampa, al tiempo que lo invitaba a ponerse en pie–, sino la tercera persona presente en aquella situación, la cual nos espera ahora mismo entre los muros del Santo Oficio.

–¿Quién es?

–Un profesorcillo –respondió, lacónico–. O, mejor dicho, un sacerdote y actor del Colegio Romano.

Borgo de San Pedro

Aún había luz, pero los encargados de encender antorchas en calles y edificios ya estaban haciendo su trabajo, mientras las voces de un coro de castrados resonaban con énfasis en un pórtico cercano. El inquisidor no les hizo el menor caso, pues estaba demasiado ocupado pensando en el profesorcillo que lo esperaba en el palacio del Santo Oficio y en el poco tiempo que le quedaba para descubrir dónde se encontraban las grutas citadas en el mensaje.

Capiferro caminaba a su lado. Llevaba la pipa pegada a los labios e iba dejando tras él un hilo de humo.

–Concluido este asunto –le recordó, de repente–, las amenazas que penden sobre vos no desaparecerán de un día para otro.

–Ya me hablaréis de ello a su debido tiempo, padre.

–Si os pudiera adelantar algo ahora, me quedaría más tranquilo.

–Mi «ahora» no coincide con el vuestro –le explicó fray Girolamo–. El mío se apoya en un momento del pasado, del cual saldré solo cuando se aclaren ciertos detalles.

–¿Por ejemplo?

–Las tinieblas de Isis, por citar uno.

–Un momento, que releo –anunció Capiferro, al tiempo que fruncía el ceño–: «pero las pupilas más aguzadas se ocultan entre las tinieblas de Isis».

Svampa lo observó de soslayo.

–¿Habéis memorizado el mensaje de Ludovisi?

–El mensaje firmado «L» –precisó el secretario–. Y naturalmente que sí, me basta con leerlo una vez para conservarlo toda la vida. O, por lo menos, hasta la demencia que conlleva la vejez. Cuanto más lo pienso, más me

convenzo de que el contenido de esas líneas está estrechamente relacionado con las insidias acerca de las cuales me gustaría preveniros.

–¿Isis? –replicó Svampa, en tono sarcástico.

–Isis, sí, la diosa de los herméticos. La que se esconde tras el velo de las artes ocultas..., en el subsuelo de Roma.

–¿Qué tiene que ver el subsuelo de Roma?

–Pero bueno –dijo el secretario, irritado–, ¿es que no os habéis fijado en todas las ruinas desperdigadas por esta ciudad?

–Desde luego –respondió vagamente el inquisidor, mientras avanzaba por el empedrado de la *via Alessandrina*. El hecho de saber que Ludovisi estaba implicado en aquel asunto y, sin embargo, no poder demostrarlo más allá de toda duda razonable, era para él un fastidio continuo-. ¿Y?

–¿Cómo que «y»? –repitió el secretario–. Que algunos de estos edificios se extienden en la superficie y otros bajo nuestros pies. De hecho, son precisamente estos últimos los que custodian el lado más oscuro y peligroso de Roma. Son las guaridas de cultos misteriosos, orgiásticos, representan los vestigios de antiguas idolatrías engendradas en Grecia y Egipto y llegadas después hasta nuestros días.

–¿Estáis diciendo que hoy en día aún se celebran ritos paganos?

–No en todos los subterráneos, naturalmente, y tampoco es que sea fácil comprobarlo. Pero desde el momento en que también yo, lo mismo que vos, me abstengo de creer en las coincidencias, intuyo en la Isis del mensaje de «L» un elemento fundamental del caso. Y eso, lo reconozco, me inquieta bastante.

–¿Isis y las tipografías?

–Isis y las tipografías, sí.

–Con todos los respetos, nada hasta ahora me ha llevado a considerar tal cosa.

–Eso es porque no habéis observado bien.

Svampa se detuvo sobre sus pasos.

–¿Os han dicho alguna vez que sois un impertinente?

–¿Y a vos que no veis lo obvio?

Siguieron el uno frente al otro, como dos espadachines a punto de batirse en duelo a la sombra del gran obelisco. Luego, con un largo suspiro, fray

Girolamo se echó sobre el hombro uno de los faldones de la capa y echó a andar de nuevo.

–Habéis olvidado vuestra función de instrumento –se limitó a decir.

El secretario no hizo ademán de seguirlo.

–Los subterráneos del templo de Isis se extienden hasta el *rione* Pigna –dijo, en voz alta–. ¡Y uno de los accesos más conocidos está en la *via* del Arco camiliano!

Como si lo hubiera fulminado un rayo al escuchar aquellas palabras, Svampa se detuvo por segunda vez.

–¿Junto a la tipografía Zannetti? –preguntó sin volverse.

–¡Oh! –dijo el hermano, dando las gracias–. ¡Por fin lo habéis entendido!

El inquisidor permaneció inmóvil, frente al palacio del Santo Oficio, dividido entre las tareas inmediatas y los nuevos escenarios que se iban perfilando en su mente.

–¿Y qué relación puede tener...? –murmuró, como si hablara consigo mismo.

–Os falta una pieza, magíster –se apresuró a añadir Capiferro–. Una esquina del tablero que todavía desconocéis.

–¿E Isis es la clave? –preguntó fray Girolamo, casi como si quisiera agredirlo.

El hecho de encontrarse de repente a oscuras lo hacía sentir vulnerable e inepto, a pesar de su orgullo.

–Isis, Mercurio, Hermes Trismegisto... –insistió el secretario–. ¿Captáis la relación? Tras todo esto se oculta una logia secreta.

–¡Ahora no! –lo interrumpió el inquisidor, aferrándose a su altiva firmeza–. Estamos a un paso del Santo Oficio y...

–¿Y qué?

–El profesorcillo nos espera.

–Al diablo el profesorcillo. Las prioridades son otras.

Svampa sintió la tentación de taparse los oídos, refugiarse en la celda más aislada de Santa Maria sopra Minerva y ordenar todas sus ideas para reafirmar su lógica.

–¡Pero bueno! –estalló–. ¿Se puede saber qué es lo que tanto os asusta?

El cofrade lo observó, con los hombros echados hacia atrás y una mano

apoyada en la cadera, al estilo de ciertos hombres de armas cuando querían hacer gala de su propia audacia. Lo que revelaba su mirada, sin embargo, no era miedo, sino curiosidad y el pundonor de llegar hasta el fondo del asunto. Ignorando la provocación del inquisidor, se plantó ante él y le dio un golpecito en el pecho con el caño de la pipa.

–Los rosacruces –sentenció.

–¿Los rosacruces?

–Todos los indicios apuntan hacia ellos. Todos los detalles. Y vos no estáis a salvo, magíster. Vuestro pasado, el proceso instruido contra vos hace cuatro años...

Fray Girolamo emergió bruscamente de un torbellino de reflexiones centradas en el maestro del Sacro Palacio y el cardenal Palombara.

–¿Cómo habéis sabido lo del proceso? –exclamó, retrocediendo de golpe.

–He realizado una investigación paralela a la vuestra –trató de justificarse el secretario– y...

–Ahora no –dijo Svampa entre dientes y, tras rechazar a Capiferro en un arrebatado de pura rabia, cruzó a buen paso el tramo de calle que lo separaba del adusto portón en el que se abrían las aspilleras de los arcabuces–. ¡Antes de nada, el profesorcillo!

El carruaje con el emblema de la paloma se detuvo no muy lejos y los tres hombres que viajaban en su interior observaron a fray Girolamo cruzar la entrada del Santo Oficio, seguido por el padre Capiferro.

–Es vuestro turno, padre –dijo finalmente el más anciano de los tres.

–Será un placer –respondió fray Gabriele da Saluzzo.

Y, mientras abría la portezuela, lanzó una impaciente ojeada hacia la plaza del Vaticano.

Palacio del Santo Oficio

El padre Carmelo se encontraba en una estancia del piso más alto, muy ocupado recitando un aria del *Orfeo* de Monteverdi mientras observaba, a través de las rejas de una ventana, el cementerio de los peregrinos de San Salvatore *de ossibus*. El campo de batalla que era su rostro resultaba aún más evidente cada vez que llenaba los pulmones para entonar en falsete con el mayor entusiasmo. Cuando la puerta se abrió, guardó silencio de inmediato y saludó con un respetuoso gesto.

Svampa correspondió con un gesto y luego le dedicó otro a Capiferro, invitándolo a situarse junto a la entrada para impedir la posible llegada de inoportunas visitas.

–Aún no me habéis aclarado –le recordó en aquel momento el secretario– cómo habéis llegado hasta este hombre.

–Una pista de mi buen Cagnolo –respondió con sequedad fray Girolamo, que aún estaba encolerizado.

Lo que le hacía hervir la sangre no era el hecho de que Capiferro hubiese descubierto su desagradable pasado, sino el suponer quién lo había puesto al corriente. El maestro de palacio, sin la menor duda. Por otro lado, seguramente también había sido él quien le había mencionado a los rosacruces. Aunque le molestaba tener que admitirlo, la alusión al templo de Isis representaba un elemento nuevo, puede que crucial para la investigación.

–¿Qué pista? –quiso saber el secretario.

–Todo a su tiempo –lo interrumpió el inquisidor. Se volvió entonces hacia el jesuita, que los escuchaba desconcertado–. Reverendo padre, vayamos al grano. ¿Podéis repetir aquí a este hermano lo que me habéis referido a mí esta mañana?

–¿Para eso me habéis retenido? –preguntó Carmelo, que parecía pasmado–.
¿Solo para repetir como un papagayo?

–Dad gracias de no estar ahora mismo en Tor di Nona –replicó el secretario, al tiempo que fingía estar muy interesado en una grieta del techo.

–¿Tor di Nona? –exclamó el actor, horrorizado.

–Haced lo que os pedido –lo reprendió fray Girolamo– y seréis libre de marcharos. Regresemos a diez días atrás, en el claustro de Sant’Eustachio.

–¿Incluyendo la representación teatral?

–¿Y qué me importa a mí la representación? Lo importante es lo otro.

–Ah, mi encuentro con su eminencia el cardenal bibliotecario.

–Monseñor Cobelluzzi –concretó Svampa, asintiendo–. Y ahora, sed preciso y describid las circunstancias en las que hablasteis con él.

–Fue al caer la noche, justo después de la obra. El público estaba enfervorizado, extasiado tras mi excelente interpretación, hasta el punto de que su eminencia expresó el deseo de felicitar me en persona. Por otro lado, me dije, era natural. Había interpretado yo a san Sebastián mártir y con tantas cuerdas y la tinta de color sangre sobre la piel y las flechas con las que simulaban haberme acribillado...

–Volvamos a Cobelluzzi –lo reprendió el inquisidor, mientras consideraba la posibilidad de acribillarlo de verdad.

Al ver interrumpido su momento de autocomplacencia, el padre Carmelo se ofendió.

–También su eminencia se educó en la Compañía de Jesús, ¿sabéis? –prosiguió al poco–. Y, por ese motivo reconoce, como ya antes hizo Aristóteles, las inmensas posibilidades educativas y moralizantes del teatro.

–«Que los teatros se inflamen con gritos de falsa alegría –declamó Capiferro– y con toda clase de cruel y obscena voluptuosidad».

–¿Ahora os metéis también vos? –se encolerizó el inquisidor, al tiempo que se volvía hacia el hermano–. Cerrad ese libro, en el nombre de Dios, sea el que sea.

–¿Qué libro? –preguntó el jesuita. Observó al secretario, que seguía fumando con expresión burlesca–. Yo solo veo una pipa.

–Silencio también vos –le ordenó fray Girolamo–. Mejor dicho, ¡hablad! Pero de lo que yo os he preguntado.

El padre Carmelo, un tanto confuso, obedeció.

–Cuando se me comunicó que el cardenal bibliotecario quería felicitar me –prosiguió–, me encontraba aún en el palco que se alza en los límites del claustro, así que bajé y me reuní con él bajo una arcada. Y allí me di cuenta de que su eminencia se hallaba en compañía de otro religioso, un dominico como vos.

–¿Recordáis su nombre?

–No, ya os lo he dicho. Lo único que recuerdo es que estaba hablando con Cobelluzzi sobre una lista de impresores que había recibido del prefecto de la Signatura. Hablaba en tono de frustración, como si se tratara de una tarea de la que no le apetecía ocuparse.

Svampa le lanzó a Capiferro una mirada significativa.

–Solo podía tratarse de fray Severo Castellano –dijo. Esperó un gesto afirmativo del hermano y luego se volvió de nuevo hacia el jesuita–. ¿Y el cardenal bibliotecario?

–¿Monseñor Cobelluzzi? Bueno, en un determinado momento se echó a reír delante del religioso que lo acompañaba y le dijo que a él le había tocado una tarea aún más desagradable, siempre por culpa del prefecto. Tenía que realizar una inspección en una imprenta, o algo así.

–Hasta aquí, está todo muy claro –intervino el secretario, dirigiéndose a Svampa–. Habéis sacado a la luz la relación entre Cobelluzzi y Ludovisi y, sobre todo, entre este último y Castellano. Pero a menos que nuestro querido padre Carmelo esté conchabado con el asesino, no acabo de ver la relación con la premeditación de los crímenes.

–¿Crímenes? –se sobresaltó el jesuita.

–Ya lo descubriréis –le aseguró el inquisidor, mientras calmaba al profesorcillo con un gesto de desdén–. Padre Carmelo –añadió–, tengo una última pregunta que haceros, tras lo cual podréis regresar al Colegio Romano. Mientras estabais en compañía de monseñor Cobelluzzi y de Castellano, ¿visteis a alguien más por allí cerca?

–Pues sí –respondió el jesuita–. A los actores que, como yo, habían terminado de lucirse muy poco antes y a los artesanos ocupados en desmontar la *machinae* escenográfica. Era un ir y venir continuo, como sucede siempre

al finalizar una representación teatral. Se ordena todo, se intercambian comentarios...

–Lo sé, lo sé. Antes me habéis facilitado la lista completa de sus nombres. Ahora, sin embargo, os pido que repitáis únicamente el del figurante vestido de centurión romano.

–Ah, ese metomentodo. No nos lo quitábamos de encima. Y pensar que no es un religioso, ni siquiera un actor de teatro. No dejaba de acercarse, casi como si quisiera robarme los elogios.

–El nombre.

–Os pido disculpas, padre. Se trata de un actor aficionado, un enamorado de las artes escénicas que de vez en cuando llama a las puertas del Colegio para mendigar que se le permita interpretar algún papel secundario. Su nombre es Simone Mesuraca.

–Lo habéis demostrado –repetía Capiferro, presa de la agitación, mientras recorría los pasillos del Santo Oficio junto al inquisidor–. ¡Lo habéis demostrado, cáspita! ¡Mesuraca conocía de verdad el encargo que había recibido Cobelluzzi y también la existencia de la lista de impresores! Conocía la relación con el prefecto de la Signatura y..., ¡todo encaja! –En aquel punto, sin embargo, frunció el ceño–. Pero..., ¿cómo dirigirse a Ludovisi sin una prueba concreta? ¿Cómo preguntarle el porqué de todo esto? La declaración del padre Carmelo es un hecho efímero, sujeto a interpretación, lo mismo que los otros elementos que se hallan en vuestro poder.

Svampa avanzaba rápidamente, sin dignarse siquiera a mirarlo.

–Y a pesar de todo ello –constató–, la lógica de la reconstrucción es impecable.

El secretario suspiró.

–Pero en San Pedro no todos se conforman con seguir la lógica.

–*Intra Ecclesiam nulla salus* –dijo para sus adentros el inquisidor, casi como si recitara un antiguo refrán.

–No habléis así, parecéis un luterano.

–Pues la verdad es que ellos comprenden la lógica a la perfección –resopló fray Girolamo–, aunque solo cuando les conviene.

–¿Es eso lo que ocurrió en el proceso instruido contra vos? –dijo Capiferro sin poder contenerse, al tiempo que observaba de soslayo al inquisidor.

Una sombra de desdén cruzó el rostro de Svampa. Una sombra que a punto estuvo de convertirse en cólera y que, sin embargo, terminó diluyéndose en amargura.

–Esa cuestión la abordaremos cuando llegue el momento –le prometió—. De momento, sin embargo, tengo que cumplir con mi tarea y atrapar a Simone Mesuraca.

–Lo entiendo –observó el hermano—. Pero no os olvidéis de los rosacruces.

–Ni de Isis, sobre todo.

–*¡Deo gratias!* ¿Finalmente habéis decidido escucharme?

Svampa, que odiaba dar la razón a alguien que no fuera a sí mismo, negó con la cabeza solo para darse el gusto de provocarlo.

–He decidido tener en cuenta vuestra teoría –precisó—, pero solo en lo que respecta al templo de Isis. Si ese lugar existe, es un hecho objetivo. Si de verdad se puede acceder a él desde el *rione* Pigna, por algún pasadizo cercano al taller Zannetti, ese sería otro hecho objetivo. Y también que Ludovisi y Mesuraca estén al corriente de ello. Lo demuestra el mensaje de «L».

–De Ludovisi –precisó el secretario—. Ahora sabemos con toda seguridad que se trata de él.

–Por tanto, vale la pena –prosiguió fray Girolamo— verificar si ese templo coincide con el escenario de la cita mencionado en el mensaje en cuestión.

–¿Os referís a las grutas?

–Sí, a las grutas. Hoy es 21 de diciembre y se acerca el caer de la noche. Mesuraca y Ludovisi se reunirán en ese sitio dentro de poco. Si tuviéramos la suerte de sorprenderlos juntos, la relación entre ellos sería tan evidente que no nos haría falta demostrar nada.

–Estoy de acuerdo en todo, magíster. Excepto en las grutas.

–¿Qué significa eso?

–Dudo mucho que coincidan con el templo de Isis. El *rione* Pigna está demasiado urbanizado como para incluir un lugar que encaje con esa descripción. Me parece mucho más probable que esas grutas se encuentren en alguna otra parte.

–No azucéis mi curiosidad –lo advirtió el inquisidor–, sé perfectamente que habláis con conocimiento de causa. Así pues, sed más explícito.

–Existe un lugar, en Roma –reveló el secretario–. Un lugar antiguo al que a menudo se refieren con ese nombre los artistas y la gente del pueblo. La *domus* del Oppio.

–¿Os referís al monte Oppio?

En el preciso instante en que formulaba esa pregunta, descubrió ante sí a un fraile altivo de pelo canoso, apostado frente al pórtico de la salida. Tenía una mirada endemoniada, clavada en él, y los brazos cruzados sobre el pecho en una pose marcial.

Svampa se detuvo de golpe y endureció la expresión del rostro, invadido por un odio tan profundo que incluso le temblaban las piernas. Eso no era nada, sin embargo, comparado con el afán de venganza que había roto sus ataduras y se le extendía por el pecho con un ímpetu devastador.

Y mientras la marca del zarzal empezaba a quemarle en la base del cuello, Svampa se irguió cuan alto era para enfrentarse al demonio que le había destrozado la vida.

–Padre Gabriele da Saluzzo –dijo entre dientes, como si estuviera lanzando un desafío mortal–. ¿Vos aquí?

El coche de caballos con el emblema de la paloma partió de la plaza de San Pedro con una sacudida del látigo y, bajo la luz gris del atardecer, dejó atrás las murallas leoninas. Su marcha se confundía con la de otros vehículos y con el murmullo de los transeúntes, más y más numerosos a orillas del Tíber, en cuyas aguas espejeaban los reflejos metálicos del cielo. Los dos cardenales sentados en el interior del carruaje, cada uno pegado a una ventanilla, contemplaban los mansos copos de nieve que el viento arrastraba.

–¿De verdad pensáis –dijo el más joven de los dos– que Gabriele da Saluzzo tendrá éxito en su intento?

El otro, de larga barba plateada y ojos de color verde mar, siguió con la mirada fija en la calle.

–Hará lo que pueda, supongo.

–Seguís subestimando el problema.

–El verdadero problema no es Girolamo Svampa, sino el maestro del Sacro Palacio. Y a ese, la verdad, no es tan fácil eliminarlo.

–Por otro lado, quitar de en medio a Svampa significaría romper su espada más afilada.

–Quiere decir que si Saluzzo no lo consigue, lo hará el mesnadero, ese tal Cagnolo Alfieri. De una forma limpia y definitiva.

–Pero aún no se tienen noticias de Alfieri.

–Ya se decidirá, creedme –replicó el anciano, en tono autoritario–. ¿Habéis procedido según mis instrucciones?

–Sí, uno de mis hombres se encuentra ya en las inmediaciones de Santa Maria in Campo Marzio. Cuando caiga la oscuridad, entrará en acción.

–¿Y Mesuraca? –añadió el anciano, después de asentir–. El tiempo apremia. ¿Aún tenéis intención de encontraros a solas con él en las grutas?

–¿Después de lo que me ha costado averiguar dónde se esconde? –se echó

a reír el otro, en tono sarcástico—. Mandaré a un matón que se me parece, armado con pistola y cuchillo.

—¡Eso es pensar con la cabeza!

—Que muera, ese perro desagradecido.

—La noticia sin duda será del agrado de don Fernando, el duque de Alcalá.

—Pues mejor para el español. Será el pago por sus servicios.

—El embajador se merece más —replicó el anciano, molesto por aquel comentario despectivo—. Sin él, a lo largo de los últimos meses habríamos sabido poco o nada de los movimientos del maestro de palacio.

—Sus matones, sin embargo, no sirven para nada —observó el joven—. De no haber sido por mi hombre, que los guiaba en la búsqueda de Mesuraca, se habrían cargado a aquel pobre jesuita, el padre Carmelo, que no tiene nada que ver.

—Tal vez hubiera sido lo mejor, teniendo en cuenta dónde se encuentra ahora el padre Carmelo.

—Svampa es muy obtuso, no lo entenderá.

—¿Lo veis? Vos mismo lo habéis admitido —concluyó el anciano, con cierto sarcasmo—. Os estáis preocupando por nada.

Y luego siguió observando cómo caía la nieve en el exterior.

–¿Y bien? –exclamó fray Gabriele da Saluzzo, dirigiéndose con voz atronadora al padre Capiferro–. ¿Habéis desenmascarado al canalla?

–Miradme a mí –le dijo entre dientes Svampa, como respuesta a la afrenta de haber sido ignorado.

Durante un segundo, tuvo la sensación de que las aguas del Tíber lo envolvían, en la oscuridad de un sótano en el que percibía la presencia de su padre, a pesar de que no podía verlo. Y en mitad de aquella cacofonía de sonidos que retumbaban dentro de él desde hacía decenios, se abandonó, braceando, para después emerger con sed de venganza.

El secretario, sin embargo, ya estaba un paso por delante de él.

–Fui al archivo, sí –declaró, en tono beligerante–, pero no encontré ninguna prueba que pudiera empañar la reputación del *commissarius*.

–¿Osáis contradecirme, padre Francesco? –lo reprendió el anciano inquisidor–. Os creía un hombre sensato y, en cambio, ahí estáis, cometiendo un error.

–¿Qué error? Someterse a un proceso no implica necesariamente ser culpable.

–Por todos los cielos, ¿habéis leído el acta? ¡Ese poseído envió a la hoguera a un ministro de Dios! Para defender a ciertas mujeres sospechosas de brujería, por si fuera poco.

–¡Estáis tergiversando los hechos! –intervino fray Girolamo.

Pese al odio que le inspiraba Saluzzo, lo que lo había trastornado era el repentino descubrimiento de que Capiferro había investigado su pasado. Lo fulminó con una iracunda mirada, para después concentrarse en su adversario.

–Yo no actúo a vuestra manera –se defendió–. No condeno deliberadamente, menos aún para satisfacer los caprichos de algún alto prelado. A mí solo me guía la razón.

–No hace falta añadir nada más –lo respaldó el secretario, deseoso de congraciarse ante él y, al mismo tiempo, de desalentar el interés de los religiosos que se habían congregado a su alrededor, atraídos por la disputa–. La sentencia se pronunció hace cuatro años. Se os declaró inocente, y punto.

–¡Qué valor! –protestó con énfasis fray Gabriele–. Era monseñor Ridolfi quien presidía el comité del tribunal. ¿Cómo iba a acusar a su propio discípulo?

–Monseñor Ridolfi me interrogó sin favoritismos –replicó Svampa– y finalmente tuvo que darme la razón.

–No todo el comité estaba de acuerdo –puntualizó Saluzzo–. Yo también estuve presente en aquel proceso y, si no recuerdo mal, hubo muchas críticas. Algunos padres venerables hasta insistieron en que se os revocase la licencia de inquisidor. ¡Y con toda la razón, por lo que a mí respecta! –dijo, en tono sarcástico–. Sumergirse en el pasado, ignorar las sospechas, la regla del hurón... –enumeró–. ¡Quiero pensar que ya no seguís esos métodos tan absurdos!

Una risita de fondo impulsó a fray Girolamo a contemplar a la multitud de curiosos, cada vez más numerosos. Franciscanos, dominicos y jesuitas salidos de todos los rincones del Santo Oficio se aglomeraban en ese momento tras las columnas situadas entre el atrio y la salida del palacio. Absortos en sus murmullos, observaban a Svampa entre divertidos y desconcertados, casi como si fuera un extraño animal. Svampa dejó a un lado su desprecio y se obligó a ignorarlos para concentrarse en el rostro endemoniado de fray Gabriele.

–Para vuestra información –dijo, masticando las sílabas–, mis métodos se basan en reglas férreas, dictadas por la razón.

–Ah, ¿de verdad? –se burló el otro–. Y yo que creía que los inspiraba el láudano.

–¿El láudano? –se sobresaltó Capiferro.

–El láudano, sí –confirmó Saluzzo, provocando el estupor general–. Durante el proceso, se demostró que este presunto inquisidor hacía uso de tales sustancias, con el riesgo que ello conlleva de comprometer esa lucidez y ese sentido común de los que tanto presume. No se hizo constar en el acta para ahorrarle la vergüenza eterna, pero el delito sigue ahí. –Sin dejar de

observar al *commissarius*, se dirigió a Capiferro—. ¿Aún estáis convencido, padre Francesco, de haber tomado el partido más conveniente?

—Osáis criticar mis métodos y mis estrategias de investigación —lo atacó Svampa—, cuando el canalla sois vos. ¿A cuántos inocentes habéis enviado a la hoguera?

—Habláis de muertes provocadas por las llamas —replicó fray Gabriele, con una nota de compasión en la voz—, pero la única que os importa de verdad, la que provocó un ahogamiento, no fue en absoluto responsabilidad mía.

—¿Que no fue responsabilidad vuestra? —repitió Svampa, mientras que el rencor que lo consumía por dentro se iba exacerbando hasta resultarle doloroso—. ¿Acaso no eran vuestras las acusaciones que condujeron a la detención de mi padre? ¿No eran vuestras las órdenes que indujeron a los Señores de la Noche a llevárselo de su taller, encerrarlo en el Criminàl y trasladarlo a Roma? —En un arranque, lo agarró por el borde de la capucha y lo empujó contra una columna—. ¡Y todo por una sospecha! —gritó—. ¡Una sospecha engendrada por la estúpida soberbia del inquisidor general de Venecia, vos! ¡Más interesado en los elogios que en perseguir la verdad!

—¡Erais un niño! —rugió Saluzzo, con una expresión amenazadora y las manos extendidas hacia delante—. ¿Qué podéis saber vos de la verdad?

—¡Lo sé porque estaba con él! —replicó fray Girolamo, mientras el anciano le arañaba con las uñas el cuello del hábito. El ruido del tejido rasgado le retumbó en la mente, acompañado del centelleo de los recuerdos—. ¡Estaba con él cuando lo subieron a una barca, delante de mi pobre madre! ¡Y estaba con él cuando el verdugo decidió quemarme el cuello para que mi padre admitiese que era un hereje!

Trastornado por la ira, apartó las manos de Saluzzo y se arrancó de un tirón el escapulario, mostrando la zarza en llamas que tenía grabada en la piel.

—Marcado como una vaca —dijo con desdén—, con la misma matriz tipográfica que utilizaba Fulvio Svampa, mi padre, para marcar sus libros. La misma figura de la que tan orgulloso estaba y que muchos en Venecia tuvieron el privilegio de admirar. ¡Pues bien, aquí la tenéis, delante de vos, pidiendo venganza!

—¿Venganza por qué? —preguntó Saluzzo, escupiendo todo su veneno.

—¡Por la aberrante necedad que representáis! —respondió Svampa—.

Gabriele da Saluzzo, ¡vos y vuestros amigos habéis convertido la Iglesia en un círculo infernal que abarca el mundo entero y eso nunca dejará de repugnarme!

–Blasfemo mentecato, ¡cómo os atrevéis! –aulló el anciano, al tiempo que se volvía hacia los presentes con una vulgar risotada–. Ahora que habéis mostrado lo que sois en verdad, un loco y un impostor, ¡no penséis que vais a abandonar libremente estas murallas! Vamos –gritó–, ¡que vengan los guardias!

–Los guardias no serán necesarios –dijo una voz.

En mitad de un repentino silencio sepulcral, la multitud se fue disgregando poco a poco para dejar paso a una imponente figura, vestida de púrpura de pies a cabeza.

Saluzzo, con la mirada de una víbora a punto de ser aplastada, observó acercarse al recién llegado.

–Vos..., ¿vos aquí?

–Hermano Gabriele –lo reprendió el maestro de palacio–, vos siempre dispuesto a atizar el fuego.

–Y vos –replicó el anciano– a esconder las cenizas bajo la alfombra.

–Hermano Girolamo –prosiguió el hombre de granito, pasando por alto la provocación–, ¿habéis olvidado vuestro cometido, tal vez?

Svampa, que aún aferraba con el puño un jirón de su escapulario, dominó sus instintos y adoptó la actitud más decorosa posible. Durante un instante, le pareció que la garganta se le hacía más pequeña, como si quisiera dar voz al niño que había sobrevivido en la cárcel de Tor di Nona y no al adulto en que se había convertido. Temiendo no ser capaz de pronunciar palabra, se limitó a negar con la cabeza.

–Espero resultados, pues –prosiguió el prelado, recalcando las palabras a fin de que todos los presentes lo oyeran–. También el santo padre los espera –añadió.

Fray Girolamo se sintió obligado a decir algo. Sin embargo, no tuvo tiempo de abandonar su silencio, pues alguien le apoyó una mano en el hombro y lo hizo estremecer de puro nerviosismo.

–Venid conmigo –le susurró Capiferro.

Svampa observó al secretario y, sin pararse siquiera a pensar, decidió

seguirlo, como si fuera un soldado herido al que alguien se lleva a rastras del campo de batalla.

–Buena jugada, sí señor –lo reprendió Capiferro–. ¡Andar a la greña, como vulgares gatos, en el sagrado suelo del Santo Oficio!

Hundido en su mutismo, Svampa lo siguió hacia la plaza vaticana sin dignarse siquiera a mirarlo. Se acercaba el caer de la noche, perturbado tan solo por los copos de nieve que revoloteaban y le acariciaban la piel expuesta del cuello. Él apenas se daba cuenta. Tieso como una escoba, seguía temblando por las emociones que lo habían asaltado de repente, después de reprimirlas tantos años. Desde luego, no era así como se había imaginado su primera contienda con Gabriele da Saluzzo. Siempre había creído que podría enfrentarse a él con una firmeza indiferente, en su paciente espera de incriminarlo por un delito grave y poder llevar a cabo así su venganza.

Sin embargo, todo se había ido al garete. Recordó el hábito rasgado y lo cubrió con una mano. Había caído en una trampa y había conseguido salir ileso, cosa que debía agradecerle al maestro de palacio. Pero también había alguien a quien debía maldecir.

–Me habéis traicionado –murmuró en tono áspero, volviéndose hacia el secretario.

Este último se dirigía directamente a la puerta de Sant’Angelo, con la eterna pipa pegada a la boca, bajo los bigotes.

–Mi deber era controlar –dijo, con un gesto de disculpa.

–Controlar..., ¿basándoos en una sospecha?

–Sí, aunque ahora finalmente entiendo por qué detestáis tanto esa idea. Imagino que es a causa de vuestro señor padre, fallecido en un desgraciado accidente sin tener la posibilidad de luchar por su inocencia. ¿Quién podría criticaros? Yo mismo, por otro lado, me he sentido como un gusano por haber sospechado de vos. Pero luego lo he comprendido.

–¿Qué habéis comprendido?

–Que existen dos tipos distintos de sospecha. Durante nuestro primer

encuentro, apuntasteis a la *dubitatio incerta*, que nace de las fobias y del instinto depredador. No hay nada más reprobable, os lo admito. Pero sin duda no podemos ignorar la *dubitatio licita*, vinculada a causas racionales y suficiente para instilar el sentimiento de la prudencia, e incluso el deber moral de investigar acerca de la naturaleza de determinados sucesos. Gregorio de Valencia, en sus comentarios teológicos, sostiene que los...

–Gregorio de Valencia es un jesuita –murmuró fray Girolamo, irritado.

–Y, a pesar de ello –objetó Capiferro–, se inspira en Tomás de Aquino, dominico...

–Y en este caso concreto –prosiguió el inquisidor, que no estaba dispuesto a contentarlo–, ¿actuasteis a mis espaldas impulsado por la prudencia, la moral..., o por Saluzzo?

–Por Saluzzo –se echó a reír el secretario, levantando ambas manos como si se rindiera–. O, mejor dicho, por la *dubitatio licita* de que Saluzzo pretendía, a través de mí, desacreditaros ante toda la corte vaticana. Pero hacerme desempolvar el acta de aquel proceso fue, lo admito, una jugada bastante astuta.

Svampa se encogió de hombros.

–Fue un proceso absurdo, una farsa a la que me vi sometido porque condené a un sacerdote que le caía en gracia a algún prelado de Roma.

–Lo sé, lo sé –lo reconfortó el hermano, dejando entrever cierta curiosidad–. He leído, sin embargo, que se requirió vuestra intervención para investigar sobre un caso de brujería.

–Tres muchachas retrasadas –asintió fray Girolamo–, sospechosas de haber yacido con el mismísimo Satanás. No tardé mucho en descubrir que en realidad era el sacerdote quien había abusado de ellas. Al acusarlas, ese supuesto hombre de Dios pretendía hacerlas callar antes de que reuniesen el valor necesario para contar la verdad.

–¿Y vos lo mandasteis a la hoguera sin vacilar?

–Sí, acusado de brujería.

–Volvamos a Saluzzo –dijo Capiferro, ocultando su asombro tras una sonrisa burlona–. Lo que aún no entiendo es si hoy ha decidido enfrentarse a vos con fines personales o siguiendo instrucciones de los rosacruces.

–¿Otra vez con la historia de los rosacruces?

–Saluzzo respalda a Palombara –añadió el secretario, para apoyar su propia afirmación.

–¿Y qué? Yo no tengo el menor interés en Palombara.

–Vos tal vez no, pero puede que otros sí.

El inquisidor se detuvo de golpe, con los dedos apoyados en el zarzal en llamas, como si le causase dolor.

–¡Monseñor Ridolfi! –exclamó, pensando en la oportuna aparición del prelado.

Cegado por la ira que le inspiraba Saluzzo, no había reflexionado sobre ese detalle, pero ahora que el hermano Capiferro lo azuzaba, empezaba a ver una trama secundaria que no le parecía en absoluto tranquilizadora. Saliendo en defensa de un *commissarius* nombrado por orden suya, lo que había hecho básicamente Ridolfi era poner en práctica un gesto de autodefensa. Nada tenía que ver ni con la lealtad ni con el sentido de la justicia. Se trataba de un juego de sombras en el que hasta ese momento Svampa había creído interpretar el papel de depredador, cuando en realidad era el cebo. Un cebo utilizado por el maestro de palacio para descubrir a sus propios enemigos.

Cuando se volvió hacia el secretario, ya se había sumido en un desconcierto que rayaba en la angustia.

–¿Y vos cómo lo sabéis?

–Me lo reveló Saluzzo.

–¿Os dais cuenta de que habéis participado conscientemente en un complot?

Capiferro le devolvió una mirada de complicidad.

–Una ocasión inmejorable para recoger indicios.

Fray Girolamo no estaba de humor para elogiar al secretario, menos aún para compartir su entusiasmo. Por enésima vez, se sumergía en una maraña de acontecimientos que no acertaba a controlar, por lo que experimentaba la necesidad de alejarse del mundo, como si fuera un demente o un ermitaño. El caso Rebiba y la intromisión de Saluzzo, los intereses de Ridolfi y puede que también los de los rosacruces se enredaban como las raíces de dos árboles, hasta el punto de que ya no distinguía dónde empezaban unas y terminaban las otras. Cada vez más inquieto, se llevó una mano al bolsillo y sacó el frasco de cristal, que destapó con un gesto ansioso.

–¡Quieto ahí! –se alarmó Capiferro–. ¿Eso es lo que yo creo?

–No es asunto vuestro –dijo Svampa, eludiendo la pregunta. Se echó en la palma de la mano una píldora amarillenta.

–¿Sabéis por lo menos que es obra del mago Paracelso? –continuó el secretario, con la intención de quitársela de la mano–. ¡No seáis estúpido! Es fuente de espejismos y si lo tomáis demasiado tiempo...

–¡Al diablo con vos! –lo interrumpió Svampa, al tiempo que la engullía.

–Eso, muy bien, aturdíos –se encolerizó el secretario–, precisamente ahora que os conviene estar lúcido.

–¿Y a vos qué os importa? Dejadme en paz y volved a Santa Maria sopra Minerva.

–¿A aburrirme? ¡Jamás!

Fray Girolamo echó un vistazo a su alrededor para orientarse y, al darse cuenta de la hora que era, echó a andar a grandes zancadas hacia la salida del Borgo.

–Pues entonces, apresuraos y recordadme dónde se encuentran las dichas grutas.

–¡No me digáis que ya se os ha olvidado!

–Vamos, rápido, el lugar en que se han citado Ludovisi y Mesuraca. Hablabais de un monte.

–Sí, la antigua *domus* del monte Oppio. No estoy del todo seguro, pero vale la pena cerciorarse.

–Muy bien –concluyó Svampa–. Pues entonces necesitamos un carruaje.

En aquel momento, sin embargo, un lancero a caballo le cerró el paso. Llevaba la espada de ordenanza y la pistola en la funda de la silla de montar, pero en lugar de coraza vestía una capa para la lluvia y botas altas con doblez. Bajo el fieltro del sombrero, salpicado de copos de nieve, se apreciaba su expresión de urgencia.

–¿Sois vos el inquisidor *commissarius*? –preguntó el jinete.

–El mismo.

–Os traigo la respuesta al despacho que habéis enviado esta mañana, al amanecer.

–¿Qué despacho? –intervino Capiferro.

–¿De Nápoles? –quiso asegurarse el inquisidor, sin hacer caso al hermano.

–Sí –confirmó el soldado–. Lo acaba de traer la paloma.

Y, tras esas palabras, hurgó en la alforja de su silla de montar y le entregó un tubo.

Fray Girolamo lo cogió, despidió al jinete y abrió el pequeño contenedor, ansioso por leer el mensaje. En cuanto se quedaron solos, el secretario se acercó a él.

–¿Se puede saber qué...?

–Rápido, necesito luz.

–¡Solo tengo el yesquero de chispa de mi pipa!

–Entonces, no me servís de nada –masculló Svampa, mientras se dirigía apresuradamente al resplandor que proyectaba una luminaria sobre el empedrado.

A medida que las líneas de tinta iban surgiendo de las tinieblas, el inquisidor arrugaba y estiraba la frente con inquietos movimientos.

–¡Pero bueno! –lo zarandó el secretario, ofendido–. ¿Me vais a dejar participar o no?

Por toda respuesta, fray Girolamo escondió la nota en el puño y observó a Capiferro con los ojos muy abiertos, perdidas ya las pupilas en la luminiscencia opalina del láudano.

–Por fin he resuelto el enigma –se limitó a susurrar–. Tenemos que llegar enseguida a las grutas.

61.

Grutas

El desconocido surgió de entre las sombras con una cantimplora de madera, que acercó a la boca del mesnadero. Cagnolo opuso cierta resistencia, pero después bebió. No conseguía entender con quién debía enfrentarse, ni cuáles eran los motivos de aquel secuestro. El hombre se había quitado el disfraz y la peluca, quedándose en calzones y casaca. Era de hombros anchos y tenía un cuerpo sino imponente, cuando menos vigoroso. La frente despejada y los rizos negros apuntaban más al rostro de un filósofo o poeta que al de un asesino. Y, a pesar de ello, había sido capaz de dejarlo fuera de combate y llevarlo hasta allí sin cometer ni un solo error. En su mirada se apreciaba valentía, aunque también un destello de locura.

–Veamos –dijo el hombre, al tiempo que apartaba la cantimplora–, ¿por qué estabas vigilando para Ludovisi?

Acento siciliano, se dijo Cagnolo.

–Yo no estaba vigilando para nadie –respondió, secándose la barbilla en el pecho. Tenía las manos atadas a la espalda y, mientras hablaba, las movía sin descanso en un intento de deshacer los nudos–. Estaba espiondo.

–¡Mentiroso! Te he visto ir y venir del Colegio Romano a Santa Maria sopra Minerva. Buscabas algo. Me buscabas a mí. ¿Eres uno de sus matones?

–¿Del tal Ludovisi, quieres decir? –se echó a reír el mesnadero–. ¡Pero si ni siquiera sé quién es!

El desconocido lo observó con una mirada de incredulidad.

–¿Me equivoco o acabas de decir que lo estabas espiondo?

–Reconocí el carruaje, pero no sabía quiénes eran los pasajeros.

–¡Esa sí que es buena! ¿Quieres hacerme creer que tampoco conoces a Palombara?

–¿Quieres decir el anciano que estaba con Ludovisi?

El hombre se apartó de repente.

–O no sabes nada de nada –murmuró, confuso–, o me estás engañando.

Echó a andar de un lado a otro con pasos vigorosos, casi como si estuviera actuando.

–No te engaño –insistió Cagnolo–. Déjame marchar, o mi hija morirá.

–¿Tu hija?

–Mi hija, mi hija –repitió el mesnadero, en un tono que de repente era de súplica–. ¡Te lo ruego! Si tienes ni que sea un ápice de honor y de nobleza...

En lugar de apiadarse de él, el secuestrador se limitó a comprobar las ataduras.

–Tú te quedas aquí –dijo– hasta que averigüe qué pintas tú en toda esta historia.

–¡Bellaco! –rugió Cagnolo, gritando de repente–. ¡Te he dicho que me sueltes! ¡Suéltame o juro que te mato! Te lo juro por Dios, en cuanto esté libre te rajo de la garganta a las pelotas y luego...

–¡Calla! –le ordenó el otro. Irguió la cabeza y echó un vistazo a su espalda–. ¿Has oído?

El mesnadero siguió rugiendo contra la palma de la mano del otro, tratando de morderlo y de empujarlo.

–Una voz –dijo el hombre–. Estoy casi seguro.

Tras un instante de vacilación, le metió un trozo de tela en la boca al prisionero, cogió una espada apoyada en la pared y se adentró por una galería que se perdía entre las sombras.

Cagnolo esperó en su prisión y aguzó bien el oído para captar cualquier rumor, con la esperanza de que aquel loco volviese a liberarlo. Antes de que fuera demasiado tarde para su pobre Matilde.

Entonces se oyó un grito.

Y luego un disparo.

El eco se perdió en las entrañas de aquellas oscuras catacumbas.

Los caballos corrían escupiendo espuma por la boca, al este de la Isola Tiberina. Entre el chirrido de las ruedas, arrastraron el carruaje hasta el otro lado del *rione* Ripa, siguiendo el crepúsculo entre las colinas del Palatino y las ruinas del Circo Máximo, para después dejar atrás Santa Francesca Romana y el Coliseo. Azuzadas por el cochero, las bestias treparon por una cuesta flanqueada por antiguos edificios, columnas y restos de murallas. A cada curva del sendero, el carruaje se inclinaba peligrosamente.

–Ya estamos en el Esquilino –anunció Capiferro, que iba sentado en el interior–. Falta muy poco.

Svampa siguió con la mirada fija en la ventanilla, indiferente a todo, incluso a las violentas sacudidas. Se había mostrado ausente durante todo el trayecto, limitándose a contemplar de vez en cuando la caligrafía fina y minúscula del mensaje llegado de Nápoles, pero sin decir ni una palabra. Al secretario le hubiera gustado echar un vistazo para conocer el contenido de la nota, pero creía que ni siquiera una salva disparada con mosquetes habría servido para despejar la niebla del láudano. Se puso la pipa en la boca, sin saber si encenderla o no, y se preguntó si no habría sido más inteligente dirigirse a la *domus* del monte Oppio escoltados por unos cuantos hombres armados.

El coche de caballos se detuvo con tanta brusquedad que Capiferro salió despedido hacia el asiento de enfrente, tras lo cual solo se oyó el silencio de la noche. El secretario abrió la portezuela e invitó al hermano a descender, pero dado que este seguía absorto en su indolencia, se dirigió en solitario a la parte delantera del carruaje para desenganchar el quinqué que colgaba del pescante.

–Es mío –protestó el cochero.

–Pues tendréis que pasar sin él –lo hizo callar Capiferro, mientras

escudriñaba la oscuridad que se extendía ante él—. Y, en cualquier caso, no os atreváis a volver sin nosotros.

Dirigió la luz hacia el desigual terreno de la colina e iluminó una hilera de árboles de retorcido tronco que, en mitad de la perezosa nevada, se confundían con ruinas de épocas pasadas. Un búho o mochuelo batía las alas oculto en los árboles, entre un viento tan gélido que erizaba los pelos de la nuca.

Se disponía a volver junto a Svampa, dispuesto a sacarlo del carruaje por las buenas o por las malas, cuando se dio cuenta de que lo tenía al lado.

—Magíster —gritó, para obligarlo a salir de su aturdimiento—, la entrada de la *domus* está por allí.

Fray Girolamo siguió el movimiento del índice del secretario, que señalaba hacia un montón de rocas medio ocultas en la oscuridad.

—Vamos —murmuró, echando a andar sin la ayuda del quinqué.

El secretario lo siguió, atónito, sin dejar de prestar atención a cualquier ruido procedente de los arbustos. Hasta el crujido de sus pasos sobre la nieve tenía un aire siniestro, como si quisiera advertirlos de que estaban profanando un lugar que contaba con siglos de antigüedad. Por otro lado, el religioso estaba casi seguro de que él y Svampa no eran los primeros visitantes de aquella noche. Si habían acertado en sus suposiciones, no tardarían en encontrarse con Mesuraca y, tal vez, con el mismísimo cardenal Ludovisi. Por ese motivo, al secretario lo entusiasmaba y asustaba al mismo tiempo la idea de adentrarse en galerías de las cuales solo había leído y oído hablar.

—Creo que ya hemos llegado —susurró, mientras repasaba mentalmente el relato de un viajero que se había aventurado por el monte Oppio en busca de tesoros paganos—. El acceso a la *domus* tendría que parecerse a la boca de un pozo, así que si prestamos atención...

Se quedó petrificado al ver que el inquisidor tropezaba y se estrellaba contra las rocas.

—¡Hermano Girolamo! —gritó, al tiempo que corría a ayudarlo—. Si me hubierais permitido que os alumbrara el camino... —dijo, tendiéndole una mano.

—Apartaos —exclamó Svampa, mientras se ponía en pie de un salto.

A pesar de la herida que había sufrido en la frente, parecía haber

recuperado su habitual carácter huraño y orgulloso. Echó un vistazo a su alrededor, para comprender con qué había tropezado y luego indicó al secretario que iluminara un punto concreto del terreno.

A sus pies, medio oculto bajo una fina capa de nieve, yacía el cadáver de un hombre. El inquisidor se agachó para examinarlo, apartando con el canto de la mano el blanco sudario que lo cubría. A juzgar por el hábito púrpura que vestía bajo la capa, se trataba de un alto prelado. Sin embargo, y por extraño que resultase, aún llevaba una daga sujeta a la cintura y una pistola corta en la mano.

Svampa olisqueó el tambor y el cañón de la pistola, para después concentrarse en las facciones del rostro.

–Ha disparado antes de morir –dijo, al tiempo que volvía a ponerse en pie–. Su adversario debe de haber esquivado el disparo y lo ha apuñalado en el abdomen.

–¿Entonces...? –balbució el hermano, asombrado no tanto por el macabro descubrimiento como por la velocidad con que el *commissarius* había despertado de su aparente torpor.

Antes de responder, fray Girolamo echó un vistazo a su alrededor hasta que vislumbró una cavidad entre las rocas.

–Entonces, descendamos.

–¿Y no sería mejor pedir refuerzos?

–¿Por qué?

–Porque, presumiblemente, el asesino está al acecho en esa misma grieta por la que os proponéis bajar.

–No –lo tranquilizó Svampa, mientras examinaba un tosco cabrestante sujeto a los lados de la cavidad. Alguien había cortado la soga atada a la entrada de la grieta–. Ningún animal lo bastante listo vuelve a refugiarse en la misma madriguera, después de haber sido atacado.

Capiferro se aproximó y acercó el quinqué para sondear las tinieblas subterráneas.

–Y aunque fuese así –dijo, con inquietud–, ¿cómo pensáis bajar hasta allí?

–Llamad al cochero –le ordenó el inquisidor–. Seguro que tiene una cuerda. Le pediremos que nos baje con la ayuda de los caballos.

63.

Rione Campo Marzio

El hombre del rostro desfigurado salió del portal de un zaguán, se detuvo un instante a contemplar el medallón que contenía el retrato de mujer y luego volvió a depositarlo con cuidado bajo la capa. Desvió entonces la mirada hacia la intensa nevada, en la oscuridad, para después fijarse en la fachada de Santa Maria della Concezione.

–Sor Matilde Alfieri –dijo–, con las monjas de clausura.

El hombre que estaba tras él, un buey de descomunal cuello, asintió.

–La priora está informada, nos la entregará sin hacer preguntas.

–Mejor estar preparados –dijo, al tiempo que desenvainaba un puñal–. Tú vigila el carro.

64.

Aunque había vuelto en sí, Svampa sufría repentinas recaídas en sus alucinaciones y se sumergía en el abismo, o en algo que a él se le antojaba un abismo. La peor de esas recaídas le sobrevino nada más entrar en la caverna. Después de que lo ayudaran a descender unos cuantos metros, posó los pies en un suelo cubierto de basura. Levantó el quinqué e iluminó frescos que le parecieron líquidos, veteados de intensos tonos rojos. Reconoció ninfas, sátiros y divinidades paganas, y se convenció de que los veía bailar, derretirse como cera fundida e incluso hablar.

Se los quedó mirando casi sumido en un duermevela, sin reparar apenas en Capiferro: el religioso, balanceándose lentamente, descendía en ese momento desde la grieta del techo con la expresión maravillada de un niño.

A un palmo del suelo, el secretario sacó los pies de la argolla atada a la soga a la que se aferraba.

–Voces –dijo, echando un vistazo a su alrededor.

–¿Vos también las oís? –dijo fray Girolamo, bañado en sudor a pesar del frío.

Del rasguño de la frente le caía un hilillo de sangre que llegaba hasta el mentón.

–Yo las escucho con los oídos. ¿Vos?

–Lo ignoro.

–¡Ah, pues estamos arreglados! Dadme el estilete.

–¿Para qué?

–Si aparece alguien con intenciones hostiles...

–Siempre le podéis apuntar con vuestra pipa.

–¿Os parece que es momento de bromear?

–Guardad silencio y seguidme –lo interrumpió Svampa, rasgando el velo de la ilusión.

Simone Mesuraca y Ludovico Ludovisi ocupaban de nuevo sus

pensamientos, además de la ira hacia Saluzzo y las dudas hacia Ridolfi.

Cruzaron un pasadizo repleto de frescos que Capiferro atribuyó al arte clásico romano, bastante apreciado por pintores, escultores y viajeros dispuestos a aventurarse al interior de aquellas cavernas para estudiarlos.

–Si observamos bien –prosiguió, tras haber olvidado ya el peligro– tal vez podamos descubrir algún nombre pintado en estas paredes. Quién sabe, tal vez Rafael, Pinturicchio, Ghirlandaio...

Fray Girolamo se detuvo y le hizo un gesto para que guardara silencio.

–Otra vez las voces.

El secretario asintió y aguzó el oído.

–Por allí –dijo, al tiempo que indicaba hacia la derecha.

Cruzaron una gran sala revestida de mármol y decorada con pinturas de formas geométricas y nichos en la parte alta de las paredes. Elaborados mosaicos cubrían el suelo, en cuyos rincones se amontonaba basura, trastos varios y restos de fogatas, lo cual indicaba que no solo los artistas frecuentaban aquellas cuevas. Mientras, el eco de la voz era cada vez más claro y fue aumentando de volumen hasta conducirlos a una especie de cripta.

La luz del quinqué iluminó solo algunas partes de la estancia, mostrando otros frescos y un ejército de murciélagos en las grietas del techo. Y, entonces, el resplandor iluminó el origen de los improperios que habían guiado al secretario y al inquisidor hasta allí.

Un hombre atado a una silla, en el centro del suelo.

65.

Svampa dejó el quinqué y se precipitó hacia Cagnolo. No sin esfuerzo, pues aún tenía los dedos entumecidos a consecuencia del láudano, procedió a deshacer los nudos de las cuerdas. Finalmente, lo consiguió.

–Cuéntamelo todo –le dijo a Cagnolo–. ¿Qué ha ocurrido?

El mesnadero, que hasta ese momento había gritado sin descanso para conseguir ayuda, permaneció en silencio hasta que pudo volver a moverse. Luego, se quitó de encima el trapo que había escupido y se dirigió trastabillando hacia el rincón en el que descansaba su espada. La desenvainó impetuosamente y apuntó al pecho del inquisidor sin vacilar.

–¡Quieto! –gritó Capiferro, tratando de interponerse–. ¿Es que habéis perdido la razón?

–¡Si no lo mato, Matilde morirá! –dijo Cagnolo entre dientes, mientras lanzaba un fendiente para mantenerlo alejado.

El secretario estuvo a punto de caer hacia atrás.

–¿Quién es Matilde?

–Su hija –respondió fray Girolamo, indiferente al hecho de que Cagnolo lo estuviera amenazando de nuevo con la espada.

Estaba muy erguido y con los dedos entrelazados sobre el vientre, casi como si tuviera curiosidad por ver cómo terminaba el asunto.

–¿Y de dónde procede tal amenaza? –continuó Capiferro, cada vez más inquieto.

–De tres hombres encapuchados. –El tono de Cagnolo era de arrepentimiento, pero también de profunda desesperación–. Si no lo hago...

Apoyó la punta de su acero en el hábito del inquisidor.

–¡Un momento! –se sobresaltó Capiferro–. ¡Pensad!

El mesnadero inclinó el rostro y sus bigotes apuntaron hacia abajo.

–Hay poco en qué pensar, vuestra gracia.

–¿Cuándo se produjo la amenaza? –intervino Svampa.

Cagnolo lo observó, desconcertado. Yo me dispongo a mataros, decía su mirada, ¿y vos os dedicáis a charlar? Su rabia se transformó en cólera.

–¡Con vos siempre tiene que haber un cuándo! –estalló, sin apartar ni una pizca su espada ropera–. ¿Por qué no queréis entender que hay que vivir el presente?

–¿Y si el presente de Matilde se está agotando?

–No os entiendo... ¿Qué queréis decir?

–De tus prisas por matarme –le aclaró fray Girolamo–, deduzco que te han dado un plazo límite.

Por primera vez, el mesnadero vaciló.

–Dos días –se esforzó por recordar–. Dos días desde la noche del 20 de diciembre.

–Cuando te envié a seguir el coche de caballos en el que viajaba el embajador español.

–¡Ya estamos otra vez con el cuándo! –exclamó Cagnolo–. ¿Y a mí qué me importa eso?

–Pues debería importarte –lo advirtió fray Girolamo–, porque el tiempo que se te concedió ya prácticamente se ha agotado. Cuando dentro de muy poco dé la medianoche, ya habremos entrado en el 22 de diciembre. ¿Estás seguro de que, una vez que me hayas arrebatado la vida, dispondrás del tiempo necesario para reunirte con los chantajistas? ¿Tienes modo de advertirlos antes de que le hagan daño a Matilde?

Por toda respuesta, Cagnolo escupió una blasfemia y hundió un dedo la espada. Al momento, una mancha de sangre fue tiñendo el hábito immaculado del inquisidor. Entonces, el mesnadero apartó la mirada de la herida y observó a Svampa a los ojos. Su expresión le pareció imperturbable, casi como si hubiera aceptado los acontecimientos que lo estaban conduciendo a la muerte. O, tal vez, el inquisidor se hubiera refugiado en algún rincón del pasado para reflexionar. Al darse cuenta de que la empuñadura de la espada le temblaba en la mano, pensó en Matilde, en el paso del tiempo y en el hecho de que el magíster tenía razón. Y entonces aulló, encolerizado.

–¡Oh, señor! –dijo, al tiempo que retiraba la espada y se dejaba caer de rodillas–. ¿Qué debo hacer? ¡Ya no sé nada!

–Algo sí sabes –lo tranquilizó el inquisidor, al tiempo que se presionaba la

herida con una mano—. Para empezar, dime dónde está Mesuraca.

El mesnadero lo observó, descompuesto.

—¿Y quién es ese Mesuraca?

—El hombre que os ha traído hasta aquí —intervino Capiferro—. Supongo.

Cagnolo bajó de nuevo la cabeza, aferrando con los dedos la guarnición de su espada.

—Bueno, he oído un disparo y ya no ha vuelto, pero..., pero... —Se puso de pie en un arranque de indignación, dispuesto de nuevo a matar—. Por el amor de Dios, magíster, ¡mi Matilde! Ayudadme a salvarla —exclamó, al tiempo que el rostro se le ensombrecía otra vez— ¡o juro que os mato!

—Un momento —lo entretuvo Svampa, mientras la mancha del hábito se iba extendiendo más y más. Trastabilló, pero consiguió apoyarse en el hombro de Cagnolo antes de caer—. ¿Cómo iba vestido?

—¿El tal Mesuraca? Pues nada especial, una casaca negra y calzones de cuero. Al salir ha cogido una capa, un arma y..., ¿qué tiene todo eso que ver con mi hija?

—Subamos a la superficie —ordenó, mientras le indicaba con un gesto que lo ayudara a llegar hasta la salida—. El resto me lo contarás en el coche de caballos.

—¿Y luego?

—¡Espera!

Le señaló un objeto de madera y metal que había aparecido entre las sombras del suelo al mover Svampa el quinqué. Esperó a que el mesnadero lo recogiese y luego, ante el estupor de Cagnolo, le pidió que se lo entregase.

—Y luego —prosiguió, con voz cada vez más débil— te llevaré al *rione* Trevi, a la plaza de la fuente. Allí se encuentra la compañía de esbirros más cercana. Cuando llegues allí, dirígete al caporal y pide un caballo y soldados de apoyo. Usa mi nombre, el de monseñor Gessi y, sobre todo, el del maestro de palacio. Te daré mi mandato de *commissarius* para que nadie se atreva a poner en duda tu palabra. Y luego corre lo más rápido que puedas hacia Campo Marzio para salvar a tu hija.

—¿Y vos, magíster?

A pesar de que estaba perdiendo las fuerzas a consecuencia de la herida, Svampa le dedicó una valiente sonrisa.

–El padre Capiferro y yo tenemos que dirigirnos a otro lugar –susurró, al tiempo que se aseguraba de que la pistola recogida del suelo estuviera cargada y bien engrasada–, para saldar cuentas.

Rione Trevi, Casino dell'Aurora

Mesuraca se coló con facilidad en los extensos jardines que rodeaban la villa. En un principio, había pensado en la posibilidad de dejar inconsciente a uno de los guardias para después ponerse su uniforme, pero después se había limitado a ponerse un hábito que, llegado el caso, lo ayudaría a hacerse pasar por uno de los franciscanos que se hospedaban en la cercana obra de Sant'Isidoro. No se trataba de una elección dictada por las circunstancias. El hábito de religioso lo trasladaba a la época de Campanella, del sur y de la peste, infundiéndole la furia y la tristeza necesarias para concluir su tarea.

Una tarea que, a decir verdad, cumplía muy a su pesar.

Por otro lado, no era él quien había empezado todo aquello. Las humillaciones, el dolor, el verse obligado a pedir ayuda... Podría haberlo soportado todo, excepto la traición. Lo había sabido desde el principio, desde el momento en que había accedido, y sin embargo..., ¿cómo se atrevía? ¿cómo osaba aquel engreído prelado de tres al cuarto jugar con las vidas de los demás de aquel modo tan infame? En algún lugar, en la mente de un devoto pensador, existía un mundo en el que aquellos atropellos no eran posibles. Un mundo en el que los grandes no se habrían aventurado jamás a ensañarse con los pequeños. Y, sin embargo, el infierno terrenal se regía por normas injustas que el hombre valeroso debía enderezar. Con la espada. Sí, la espada. Finalmente, no le iba a quedar más remedio que volver a empuñarla para restablecer el orden. Sin advertencias ni escenificaciones teatrales esta vez. Solo una estocada bien asestada.

Era el último intento. A aquellas alturas, ya lo había probado todo para frenar la mano de su eminencia: cartas, amenazas, homicidios... Pero no había conseguido disuadirlo de ninguna de las maneras. La emboscada en las

grutas, con aquel ridículo matón disfrazado de cardenal, había sido la gota que había colmado el vaso.

Nada de dudas, pues. Nada de *Mercurio*, ni de ideales ni, menos aún, de teatro. Mesuraca había hecho todo lo posible por cambiar, por poner en práctica las enseñanzas de fray Tomás. Pero no podía seguir mintiéndose a sí mismo. Sencillamente, había regresado el aventurero de otros tiempos.

Avanzó entre setos cubiertos de nieve, fuentes de mármol y antiguas esculturas que lo siguieron con la mirada vacía. Daba la sensación de que no terminaban nunca, de que se encontraba en un laberinto encantado, sin rastro alguno del género humano. La única utopía verdadera.

Finalmente, vislumbró el edificio, un palacio de dos plantas que contaba también con una torrecilla. Estaba rodeado de guardias: algunos patrullaban en parejas, mientras que otros lo hacían acompañados de enormes perros.

Mesuraca había superado obstáculos más difíciles, así que no tenía la menor intención de echarse atrás. Y menos ahora, que ya había tomado una decisión.

Aquella noche, aunque el cielo se viniese abajo, el cardenal Ludovisi se enfrentaría al capitán Spaventa.

Tras cruzar las puertas de los jardines, el padre Capiferro le ordenó al cochero que se dirigiera a toda velocidad hasta la entrada del palacio, ignorando los gritos de los soldados que hacían su ronda y de los setos y antiguallas esparcidas por lo que en otros tiempos habían sido los huertos salustianos. Cuando el cochero tiró de las riendas, el secretario abrió de golpe la portezuela y descendió, sujetando a Svampa por una axila. El inquisidor estaba pálido como un cadáver y llevaba un improvisado vendaje sobre el pecho.

–¡Excelencia, excelencia! –se le acercó un sirviente, que llevaba una palmatoria en la mano–. ¡No podéis irrumpir con tanto alboroto! Os ruego que...

–¡Dejadnos entrar! –aulló el religioso, sin dignarse siquiera a mirarlo a la cara. Detuvo con un autoritario gesto a varios soldados que habían salido corriendo tras el coche de caballos y se dirigió de nuevo al sirviente–. Soy el secretario del Índice y este es el *commissarius* inquisidor nombrado por el maestro del Sacro Palacio. ¡Dejadnos entrar si no queréis pasaros el resto de la vida remando en las galeras pontificias!

Capiferro esperó mientras el sirviente le echaba un consternado vistazo a fray Girolamo. Después, el secretario agarró al pobre hombre por el cuello de la librea y lo empujó hacia delante, ordenándole al mismo tiempo que los condujera en presencia del cardenal Ludovisi, a despecho de lo que dictaba el protocolo en lo referente a las visitas nocturnas.

–¿Aunque esté ya en su alcoba? –insistió el siervo, mientras empezaba ya a iluminar el camino con la palmatoria.

–Esté donde esté –concretó Capiferro, mientras ayudaba al cofrade a subir los escalones de la opulenta entrada.

Cagnolo llegó a Santa Maria in Campo Marzio justo a tiempo de ver un carro que se perdía en el vórtice de la nieve. Era un vehículo provisto de cubierta, barrotes y listones metálicos, como los que se empleaban habitualmente para el traslado de prisioneros. Le bastó una mirada para comprender qué había sucedido, de modo que picó de espuelas e hizo un gesto a los dos esbirros que lo seguían a caballo.

Matilde aún estaba viva, reflexionó, mientras se inclinaba hacia delante para volar con su corcel en la noche. Viva, sí, aunque sin duda aterrorizada, tal vez incluso herida. Aquella idea lo llenó de rabia y de un terror irracional. Dobló bruscamente hacia una callejuela entre decrepitos edificios, después de lo cual solo quedó espacio para avanzar tras el carro. Los arrabales de Roma no eran, desde luego, los lugares idóneos para correr a caballo, menos aún para circular en carro. En cuanto la calle se ensanchó un poco, al llegar a una avenida flanqueada de árboles, indicó a sus acompañantes que se separaran para atacar desde dos frentes distintos. En aquel momento, una sombra se asomó desde el pescante y se oyó un disparo.

–¡No podéis huir! –dijo Cagnolo entre dientes, al tiempo que hacía un gesto a los esbirros para que respondieran a los disparos.

Un par de impactos se perdieron entre la nieve; luego, el carro se tambaleó al doblar una curva en subida y aminoró la marcha lo suficiente como para que sus perseguidores pudieran ganar terreno. El mesnadero no tardó en llegar a la altura de las ruedas, desde donde pudo distinguir la silueta del tirador. Estaba recargando su arma, el muy hijo de perra. En un santiamén, lo vio colocar el arcabuz en posición horizontal, apoyar la culata bajo el brazo y apuntar.

Después vio el fogonazo y un instante después la bala le pasó silbando junto a una oreja. El corazón le dio un vuelco, pero no fue por el miedo: el resplandor del disparo le había permitido reconocer aquel rostro desfigurado

por una cicatriz, despertando de nuevo su deseo de venganza. Supo contener la rabia y, espoleando a su montura, adelantó el carro. Mientras, los esbirros hacían exactamente lo mismo por el otro lado.

–¡Ahora! –aulló Cagnolo–. ¡Disparad a los caballos!

La bóveda del salón mostraba la perspectiva de un cielo cubierto de nubes, de cuyo centro surgía velozmente, con aire triunfal, el carro de Aurora.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, el padre Capiferro no pudo dejar de admirar aquella obra maestra de Guercino, ni tampoco las demás maravillas que iban apareciendo a medida que las iluminaba el resplandor de las velas. Obviamente, ya había oído hablar del palacete de Ludovisi, pero no habría imaginado jamás que la decoración fuese tan espléndida ni que su propietario fuese tan rico. Avanzó entre frescos, escudos nobiliarios, muebles de artesanía francesa y estatuas de la antigüedad, mientras seguía haciéndole gestos al sirviente para que se apresurara. Esperaba de verdad que su eminencia se hubiese acostado ya, que permaneciera ajeno a todo y lejos de cualquier peligro. La reconstrucción de los hechos que le había facilitado Svampa durante el último tramo de camino era demasiado precisa como para no ajustarse a la verdad. Una verdad dramática, si tenía que ser sincero. Los asesinatos de Rebiba y Castellano dejaban entrever un trasfondo no solo delictivo, sino tan violento que apuntaba, necesariamente, a un tercer asesinato. Como la base de una pirámide que, por su intrínseca naturaleza, asciende hasta culminar en un ápice.

Mientras avanzaba a buen paso por las estancias de la villa, el secretario empezó a experimentar una admiración cada vez mayor hacia el hermano que se arrastraba a su lado. En tan solo tres días, y mientras investigaba de un modo discreto que solo él comprendía, aquel hombre imposible había reconstruido los tejemanajes del caso e incluso había intuido el final antes de tiempo. Y allí estaba, renqueando, exhausto física y espiritualmente, azuzado solo por el orgullo de ser él quien pronunciara la última palabra.

–En su alcoba no está –se oyó de repente la voz del siervo.

–¿Y entonces? –replicó Capiferro mientras echaba un vistazo a su alrededor, sirviéndose de la vela que le habían proporcionado–. ¿Dónde está?

–Pues... –vaciló el sirviente–. El comedor y el estudio están vacíos, la biblioteca y la torrecilla también. Así que...

–¿Ya se os ha olvidado lo de las galeras? –lo amenazó el secretario–. ¡Se trata de una cuestión de vida o muerte, mentecato! ¿Dónde está vuestro señor?

–Hay otra habitación –se atrevió a decir el sirviente, con cautela–. El gabinete. Pero no tengo permiso para entrar.

–¿Por qué no?

–Su eminencia ha dado órdenes de que no entre nadie, excepto en raras ocasiones. Guarda él mismo las llaves para entrar y...

–¡Moveos! –le ordenó Capiferro, al tiempo que le propinaba una patada en el trasero–. ¡Yo os doy el permiso para entrar!

El carro concluyó su alocada carrera en una callejuela iluminada por la luz trémula de las antorchas, entre los estertores de los caballos moribundos. Bajo la nieve que caía, el hombre de la cicatriz en el rostro descendió al suelo, se deshizo del arcabuz y descargó una pistola contra el pecho del primer esbirro que se le puso a tiro. Después desenvainó su espada.

Cagnolo descendió de un salto de su silla y se preparó para atacar.

–¿Qué le habéis hecho a mi hija?

–Todo a su debido tiempo –replicó el hombre, a la vez que intentaba una estocada.

El mesnadero paró el golpe con la daga y le devolvió un fendiente.

–Así que no habláis solo castellano. ¡Vuestro nombre, si no es molestia!

El rival esquivó el golpe, cogió un faldón de su manto y se lo enrolló en el antebrazo izquierdo.

–¿Por qué? –preguntó.

–Vos conocéis el mío.

–Pues entonces basta con eso, ya que seré yo quien escriba vuestro epitafio.

–¡Bellaco! –lo insultó Cagnolo, al tiempo que daba un cuarto de giro para golpearlo con la punta.

Mientras giraba, se fijó en que el cochero buscaba pelea con el único esbirro que quedaba en pie. Un combate igualado, pensó. Siguió batiéndose, pues, pero tras una fulminante toma de hierro no pudo evitar que su adversario rompiera la distancia.

–¿Quién os envía? –lo interrogó, jadeante.

–Alguien que no os aprecia mucho. Ni a vos ni a vuestro señor.

Por toda respuesta, Cagnolo lanzó un nuevo ataque, pero lo único que consiguió fue rasgar la tela que le envolvía el brazo a su adversario. Aquel desconocido era muy hábil y, de no haber sido porque Cagnolo ansiaba

liberar a Matilde, habría preferido mantener las distancias con él. Sin embargo, había otro sentimiento ante el que el mesnadero debía rendir cuentas: el remordimiento. Por mucho que se repitiera una y otra vez que no le había quedado más remedio, se arrepentía de haber hendido la carne de Svampa. Así, veía en aquel duelo la posibilidad de redención, o por lo menos de aclarar aquella conjura urdida contra el magíster.

–¡Atención! –dijo entre dientes el de la cicatriz, al tiempo que atravesaba las defensas de Cagnolo con un inesperado golpe de guarnición.

El mesnadero recibió en la nariz el impacto de la cazoleta de su espada y cayó hacia atrás. Intentó levantarse enseguida, pero se encontró con el arma de su rival apuntándole al rostro.

–¿Qué esperas, canalla? –gruñó, atragantándose con su propia sangre.

El hombre de la cicatriz se tomó su tiempo, observó al cochero que huía del esbirro e impidió el intento de Cagnolo de recoger su espada ropera. Se erguía sobre el mesnadero completamente vestido de negro, a excepción de la pluma carmesí que llevaba sujeta al sombrero. La luz trémula lo iluminaba a duras penas, lo cual lo hacía parecer enorme y evanescente al mismo tiempo. Su expresión no revelaba crueldad. Ni tampoco rabia. Solo una velada melancolía, tal vez incluso tristeza. Desvió la punta de su espada hacia el pecho de Cagnolo y, con un gesto de despedida, anunció la estocada.

Y entonces alzó el rostro, alarmado por el ruido de cascos sobre el empedrado. Buscó la confirmación en la sonrisa triunfal del mesnadero y, tras envainar de nuevo la espada, desapareció en la noche.

–Volveremos a vernos las caras –murmuró Cagnolo.

Solo entonces volvió a ponerse en pie, saludó al segundo escuadrón de esbirros, que lo habían seguido a cierta distancia, y se dirigió rápidamente al carro. Pidió una pistola para hacer saltar la cerradura, tras lo cual abrió de par en par la portezuela de madera tachonada y saltó al interior.

Envuelta en una oscuridad infernal, vio acurrucada en un rincón la silueta de una monja.

–Matilde –susurró, mientras lo asaltaba el terror de que le hubieran hecho daño–. Mi ángel...

La figura que se hallaba frente a él no se movió al principio, pero después

la monja se apartó el velo del hábito y le mostró un rostro blanco como la luna.

Un rostro que Cagnolo ya casi había olvidado.

No se trataba de un simple gabinete, sino de un laboratorio alquímico. Los alambiques, los zodiacos y los dos imponentes hornos de atañor que iluminó el resplandor de la vela, despejaban cualquier duda al respecto. Svampa entró en la sala, con ayuda de Capiferro, y se dio cuenta de que el cardenal Ludovisi había reunido en aquel espacio toda clase de artilugios concebidos para transformar y sublimar la materia. Que había resucitado en su propia casa las artes de Isis y de Hermes Trismegisto, igual que –según se contaba– hacían los rosacruces. No tuvo tiempo de analizar las nuevas suposiciones que se abrían paso en su mente. Y tampoco le fue posible reconocer en aquel caos las cuatro fases de la Obra alquímica que, según los eruditos, iban del negro al rojo. Había demasiado desorden y oscuridad, y él estaba demasiado exhausto.

El verdadero motivo que le impedía reflexionar, sin embargo, era la presencia de dos personas al fondo de la estancia.

La primera, que parecía llevar la voz cantante, era un hombre de pelo moreno vestido de franciscano. Se quedó inmóvil, observando a los recién llegados: sujetaba con ambas manos la palanca de un tórculo que sin duda se utilizaba para pulverizar minerales. Con la diferencia de que, en ese momento, lo que se hallaba bajo la prensa era la cabeza de monseñor Ludovisi.

–¡No os atreváis a mover ni un solo músculo! –le ordenó el secretario, al darse cuenta de que el cardenal aún estaba vivo.

El falso fraile esbozó una sonrisa de sádico placer.

–¿Por qué, qué haréis si me muevo? –lo provocó, al tiempo que imprimía un cuarto de giro al tornillo, arrancándole un lamento a la víctima.

Capiferro tenía el rostro empapado en sudor.

–¿Deseáis que os ilustre acerca de lo que sabe hacer el verdugo del Santo Oficio?

–No es necesario, excelencia, lo sé perfectamente y, a estas alturas, ¡ya no me importa! –replicó el hombre, en tono de burla–. ¡Nada me impedirá exprimirle el cerebro a este traidor!

–Yo lo dudo bastante –intervino Svampa, mientras se apartaba del secretario con un gesto de dolor. Aunque apenas se tenía en pie, consiguió empuñar la pistola con la firmeza de un artillero–. ¡Alejaos de la prensa, Simone Mesuraca!

–¡Un dominico con un arma de fuego! –se echó a reír Mesuraca–. ¿No teméis cometer un pecado mortal?

–¿Y vos no teméis que Ludovisi se salga con la suya?

Mesuraca lo observó, perplejo.

–¿Qué queréis decir?

–Los meses en la clandestinidad, los libelos libertinos, los disfraces, los homicidios... Si yo os mato ahora, él saldrá libre de toda culpa.

–Media vuelta más –respondió el asesino, aplicando fuerza a la palanca– y queda resuelto el problema.

–¡Magíster, disparad! –aulló Capiferro, mientras la agonía del cardenal aumentaba hasta lo inverosímil.

Fray Girolamo observó la cabeza de Ludovisi, ya a punto de explotar, y luego le hizo una seña al hermano para que mantuviera la calma.

–He entendido el porqué de las muertes de Rebiba y Castellano –dijo, dirigiéndose a Mesuraca–. Si os soy sincero, hasta he comprendido vuestra afición por las máscaras y por la espectacularidad de las ejecuciones. Si quien mataba no erais vos, sino el capitán Spaventa, se trataba de un símbolo, casi de un castigo divino. O, mejor aún, de la Muerte personificada. La misma Muerte que aparecía xilografiada en las páginas del *Mercurio*. Al hombre de carne y hueso, en cambio, le habéis concedido el privilegio de la venganza. Lo que no comprendo es por qué decidisteis quedaros en Roma y derramar más sangre, cuando podíais haber huido sin más.

–¿Huir adónde? ¿A Nápoles, a Sicilia? –replicó el asesino, con una nota de desesperación en la voz–. ¡Allí arrasa la peste, como en todo el sur! ¡Y yo no quiero morir de la peste, ni hablar! Además, ¿para qué tomarme tantas molestias, dado que este traidor había prometido protegerme?

Svampa lo escudriñó con la mirada.

–¿Quién habla ahora, el comediante o el soldado?

–Basta –dijo el hombre entre dientes, preparándose para el último giro de la prensa–. ¿Sabéis dónde aprendí el oficio de prensista? En tierras sicilianas, donde mi pobre padre, campesino toda su vida, usaba un artilugio similar para extraer aceite de las aceitunas.

Y, al tiempo que apretaba las mandíbulas, hizo fuerza con la palanca.

El inquisidor sujetó con fuerza la culata de la pistola y apuntó.

–Bien, pues será mejor que sepáis –dijo–, que no fue Ludovisi quien envió a los matones en vuestra busca.

–¿Qué? –se sobresaltó el capitán Spaventa.

Svampa apretó el gatillo, lo cual accionó la llave de chispa que cebó la carga.

El resplandor de la deflagración lo deslumbró durante un segundo.

Palacio Apostólico, corredor norte

La Torre de los Vientos se recortaba con el cielo gris azulado que precede al alba. Dos hombres apostados en lo alto, envueltos en sus capas, escudriñaban el mosaico de tejados, terrazas y luminarias, bajo el lento caer de la nieve. Aunque exhausto por la herida –que los barberos vaticanos habían cosido–, Svampa se empeñaba en seguir de pie delante del maestro de palacio, mientras este se devanaba los sesos en un intento de comprender la conversación que acababan de mantener.

–Os nombro *commissarius* para dar caza a una secta herética –resopló el prelado–, ¡y vos me entregáis a un vulgar asesino!

El inquisidor se encogió de hombros.

–Me he ceñido a los hechos.

–Hechos claramente sórdidos, provocados por un siciliano imbécil que, no contento con haber arrebatado la vida a dos ilustres hermanos, ha intentado acabar con el prefecto de la Signatura.

–Un caso bastante banal, si lo pensáis bien.

–Tenéis razón, lo admito. Aunque sigo sin entender cómo habéis conseguido solucionarlo.

–El mensaje llegado desde Nápoles.

–¡Ah, el bendito mensaje! –dijo Ridolfi, al tiempo que golpeaba el parapeto con un puño–. ¿Se puede saber cómo se os ocurrió enviar una paloma mensajera al Santo Oficio de Nápoles?

–Por una insólita serie de circunstancias –le explicó Svampa–. O, como diría el padre Capiferro, por una *dubitatio licita*.

Cambió el peso de una pierna a otra, para aliviar las punzadas de dolor en el pecho. Los efectos del láudano ya se le habían pasado, dejándolo a merced

del dolor físico y de la incertidumbre de saber si el hombre que tenía delante era o no un enemigo. Recordó al religioso de granito que lo había cogido de la mano cuando era apenas un niño y lo había conducido por el camino de la fe y del orden. El hombre que había sustituido a su padre y lo había criado como un perro de guerra. Trató de ahuyentar su disgusto y se decidió a exponer los hechos.

–Para no extenderme mucho, diré que hay demasiados españoles y sículos implicados en los hechos como para que se trate de una coincidencia. Me refiero al padre Carmelo y a los rufianes que lo agredieron al confundirlo con Simone Mesuraca. No hay que olvidar, además, al duque de Alcalá, las alusiones a Tomás Campanella, todavía recluido en las cárceles del virreinato de Nápoles. Ya durante el segundo día de pesquisas me convencí de que el verdugo de Rebiba y Castellano estaba relacionado con el sur español y con Campanella. Aún se me escapaban los motivos, claro, pero intuía que el teatro tenía algo que ver en todo el asunto. Con esa manía suya de escenificar los crímenes, el asesino parecía querer despertar las fantasías de Ludovisi, más que aterrorizarlo. Mi búsqueda en los archivos de Santa Maria sopra Minerva resultó inútil, sin embargo, desde el momento en que ignoraba los antecedentes criminales, si es que los hubo nunca, del hombre al que me proponía atrapar. Por otro lado, estaba la cuestión del sur. Como muy bien sabéis, la Inquisición de Nápoles no obedece a la romana ni a la española, por lo que el tribunal napolitano posee sus propios archivos. Si a Mesuraca lo hubieran investigado en el sur, antes de su llegada a Roma, yo no lo habría podido averiguar en los documentos del archivo de Santa Maria sopra Minerva. Por tanto, decidí dirigirme al ministro del Santo Oficio de Nápoles para preguntarle si entre los casos de su competencia figuraba el de un comediante libertino, sículo o español, experto en prensas y relacionado, de algún modo, con el caso de Campanella. Su excelencia respondió rápidamente y me envió, mediante paloma mensajera, una breve lista de nombres con sus correspondientes noticias sumarias, extraídas de las actas de su tribunal. Al mismo tiempo, entregó también a un correo una lista más detallada, que viajó a caballo durante toda la noche y me llegó cuando ya había realizado el arresto. Pues bien, en ambos mensajes del ministro napolitano aparece el nombre de Simone Mesuraca.

Ridolfi no pudo contener un gesto de satisfacción.

–¿Y qué delitos pudo haber cometido ese hombre, para llamar la atención del Santo Oficio de Nápoles?

–Antes de hacerse comediante –precisó fray Girolamo–, Mesuraca fue mercenario. Combatió en Flandes, en el sitio de Ostende, y luego bajo las órdenes del conde de Fuentes contra la República de Venecia. La fama de buen soldado, sin embargo, se la ganó en Calabria, cuando tenía apenas quince años y tomó parte en la conjura antiespañola impulsada por Campanella. En esas circunstancias, precisamente, fue arrestado por primera vez e interrogado por los padres inquisidores de Nápoles. Según las actas, el joven Simone, hijo de campesinos, declaró que se había dejado cautivar por las prédicas de fray Tomás, igual que otros muchos pueblerinos, de modo que quedó libre tras una breve reclusión. En realidad, los hechos posteriores ponen de manifiesto una relación mucho más estrecha entre Mesuraca y el autor de *La Ciudad del Sol*. Cansado de luchar a sueldo de los españoles, y harto tal vez de su virreinato, Mesuraca regresó al sur al cabo de unos diez años. Para entonces ya no era soldado, sino que viajaba con una compañía teatral. No pasó mucho tiempo antes de que volvieran a arrestarlo. Esta vez en Nápoles, tras haber intentado junto a unos cuantos rebeldes, ayudar a Campanella a huir de Castel dell’Ovo. Era el año 1612, para ser exactos. Las actas lo definen como *actor theatri* y detallan su pasado como soldado. Durante los interrogatorios, Mesuraca confesó que, durante todos aquellos años de violencia, había conservado su propia humanidad gracias al consuelo que le proporcionaban las palabras de Campanella escuchadas durante su juventud. No hubo súplica que le ahorrara la condena.

–Siempre en Castel dell’Ovo, supongo.

Svampa asintió.

–Lo encerraron en un calabozo contiguo al de Campanella. ¿Os lo imagináis, eminencia? El mismo Mesuraca al que de joven habían enardecido las palabras de aquel predicador, se encontraba de repente escuchando su voz como único alivio, a través de los muros de una celda. Durante dos años ininterrumpidos, mientras acariciaba el sueño de volver al teatro para huir de su odio a los españoles y de la amargura de una vida transcurrida entre las armas.

–¿Solo dos años? –lo interrumpió Ridolfi.

–Al término de los cuales tendría que haber acabado en la horca. Pero gracias a un plan muy elaborado, consiguió huir el mismo día en que lo aguardaba la muerte: tomó como rehén al religioso que se disponía a impartirle la absolución, un joven jesuita español cuyo cadáver encontraron los perseguidores de Mesuraca.

El maestro del Sacro Palacio apoyó los codos en el parapeto de la terraza, adoptando el aspecto de una de aquellas monstruosas gárgolas esculpidas en los muros de las iglesias antiguas.

–Estoy satisfecho, hermano Girolamo –admitió–. Aunque vuestro relato no ponga de relieve la relación entre el tal Mesuraca y su eminencia el cardenal Ludovisi, ni tampoco el móvil de los asesinatos de Rebiba y Castellano.

–Lo harán las siguientes pruebas –le aseguró el inquisidor, al tiempo que sacaba de debajo de su capa un delgado fajo de páginas–. Pruebas de las que no disponía aún cuando irrumpí en el Casino dell’Aurora. Han salido a la luz hace apenas tres horas, gracias a la habilidad del padre Capiferro para desenterrar documentos en los archivos de Santa Maria sopra Minerva. Los nombres de Ludovisi y Mesuraca lo han ayudado a dar con el acta de un caso sucedido el año pasado, en Roma. Un caso de entrada irrelevante, pero crucial para comprender el que nos ocupa.

–Proseguid, pues.

Fray Girolamo experimentó una repentina punzada de dolor y, tras apretar los dientes, se acercó al resplandor de una antorcha para leer.

–13 de noviembre de 1623, *rione* Ripa –dijo, en cuanto recuperó el aliento–. Una compañía de comediantes, llegada poco antes a la ciudad, se exhibió ante el pueblo sin la aprobación del maestro del Sacro Palacio, es decir vos, escenificando una comedia de Lope de Vega considerada como ultrajante hacia la religión cristiana. Esa misma noche se arrestó a los comediantes, acusados de blasfemia, y se los sometió a un juicio inquisitorial que los condenó a dos tratos de cuerda por cabeza. –Fray Girolamo levantó la mirada–. El episodio se habría resuelto con normalidad de no ser porque entre aquellos artistas callejeros se encontraba Mesuraca. Sí, eminencia, precisamente él. El registro de sus efectos personales sacó a la luz muchos libros prohibidos, entre ellos los de Tomás Campanella. Y con el objeto de

descubrir ante quién se encontraba, el jurado dispuso que se prolongara la tortura, pasando de la cuerda a la rueda y luego al potro, hasta que Mesuraca se vio obligado a confesar quién era y qué había hecho, desde su fuga de Castel dell'Ovo hasta el asesinato del jesuita madrileño. Añadió, además, que tenía conocimientos de latín, de filosofía e incluso de prensas, a pesar de ser hijo de una familia de rústicos campesinos.

El maestro asintió.

–Los dos años transcurridos en la cárcel con Campanella debieron de dar sus frutos, supongo.

–Es lo mismo que pienso yo –replicó Svampa–. Sin embargo, lo que impresionó a la comisión fue otra cosa: a cambio de obtener protección y libertad, Mesuraca se ofreció a revelar los contenidos de un libro de magia escrito por Campanella en su juventud. Un libro enviado a la hoguera por la inquisición de Nápoles y que fray Tomás, sabiéndoselo de memoria, consiguió transmitir oralmente a su compañero de reclusión.

–¿Os estáis refiriendo, por casualidad, a *De sensu rerum et magia*?

–No, excelencia. Ese, según me ha dicho Capiferro, se imprimió en Fráncfort hace cuatro años. El texto confiado a Mesuraca contenía preceptos de artes divinatorias transmitidos por los sacerdotes persas.

–*Goetia, ars diaboli...* –murmuró el prelado, en tono despectivo–. Por otro lado, ¿de qué me sorprende? Entre las muchas imputaciones de magia, ¡a Campanella se lo acusó incluso de esconder un demonio de la guarda bajo la uña del dedo meñique!

–A pesar de todo ello –prosiguió Svampa–, Mesuraca consiguió seducir a la comisión que lo estaba juzgando. Y a intercambiar sus presuntos conocimientos por libertad.

–Me pregunto quiénes fueron los frailes depravados que le permitieron salirse con la suya –dijo Ridolfi, mientras contemplaba cómo iba apareciendo una luz blanquecina sobre los tejados del *rione* Monti–. Yo mismo me ocuparé de profundizar mañana en esa cuestión. No, mejor después de que se celebre la Santa Navidad, ¡en cuanto tenga un poco de tiempo! Por lo que a vos respecta, hermano Girolamo, no comprendo por qué todo eso nos conduce hasta el nombre de Ludovisi.

–¡Ah, es justo aquí donde aparece el nombre del cardenal nepote! –reveló

el inquisidor, al tiempo que alzaba con rabia los documentos que tenía en la mano. Se acercó al prelado para mostrarle las firmas que aparecían al pie—. Fue su eminencia en persona quien dirigió el interrogatorio al que fueron sometidos Simone Mesuraca y sus compañeros comediantes. ¡Y eso no es todo! Junto a él se hallaban dos dominicos, uno de ellos consultor y el otro inquisidor: Pietro Rebiba y Severo Castellano.

Antes de contestar, el maestro del Sacro Palacio tuvo que reponerse de un repentino aturdimiento.

—Sí... —murmuró, antes de observar al *commissarius* como si acabara de presenciar un prodigio—. Entre las atribuciones del cardenal Ludovisi figura la de presidir los juicios, aunque sea esporádicamente... Y el hecho de que aquella noche fuera precisamente él... ¡Válgame el cielo! Entonces..., ¿debo pensar que todo empezó ahí?

El secretario asintió.

—Aquella noche, probablemente, Ludovico Ludovisi se ofreció a convertirse en protector de Mesuraca a cambio de sus no demostrados conocimientos divinatorios, copiados de Campanella. Nunca sabremos con absoluta certeza si lo hizo únicamente por simpatía, o por consejo de Rebiba y Castellano. Conocemos los hechos, sin embargo: es decir, que no mucho después fue su eminencia quien presentó a Mesuraca al impresor Zannetti y lo recomendó como prensista. Y eso a pesar de los delitos de los que él mismo había tenido conocimiento durante los interrogatorios. Sabemos, por otro lado, que una vez contratado por el impresor, Mesuraca siguió dedicándose al teatro, escribiendo comedias e incluso imprimiendo opúsculos anónimos en los que celebraba las ideas de Campanella ocultándolas en un batiburrillo de toscas citas. Me refiero al *Mercurio*, que vos, sin prueba alguna, atribuísteis impulsivamente al Hermes Trismegisto de los rosacruces.

—¡Pero los rosacruces existen! —protestó Ridolfi.

—Oh, desde luego que existen —le dio la razón Svampa—. Finalmente, hasta yo me he convencido. E incluso el padre Capiferro, que también ha elaborado su particular teoría sobre el tema.

—¿Qué teoría?

—La descubriréis a su debido tiempo.

—El relato sobre Mesuraca puede esperar.

Svampa negó con la cabeza. Ignoraba durante cuánto tiempo más podría mantener la lucidez y, por otro lado, no soportaba la idea de dejar a medias una exposición tan astuta.

–¿No despierta vuestra curiosidad saber por qué Simone Mesuraca se echó al monte? –preguntó–. ¿O por qué decidió enfrentarse a Ludovisi?

–¿Por qué, a ver? –suspiró el maestro.

–Fue a causa de ciertos rufianes españoles. Se presentaron hace algunos meses en la *via* del Arco camiliano, concretamente en el taller de Zannetti, y preguntaron por él. Sabían su nombre, sus raíces sicilianas y el hecho de que le gustaba el teatro. Nada más. Nuestro hombre, sin embargo, lo consideró suficiente como para sentirse amenazado.

–¿Y qué hizo, entonces?

–Huyó. Y, como es lícito suponer, empezó a formularse preguntas acerca de quién podía haber enviado a aquellos mercenarios en su busca. ¿Sabéis, eminencia? Es imposible entrar en la mente de un hombre marcado por la guerra, las cárceles y la tortura, pero podemos imaginar que le entró el pánico. Pánico e ira al sentirse traicionado, momento en el que concentró sus sospechas en las únicas personas de Roma que conocían su pasado. En otras palabras, los tres religiosos que lo habían interrogado pocos meses antes: Rebiba, Castellano y Ludovisi.

–Por tanto, asesinó a los dos primeros –se apresuró a concluir Ridolfi– con la intención de enviar una advertencia al tercero.

–Creo que los asesinatos se produjeron en un segundo momento –objetó Svampa–. En un principio, Mesuraca se esforzó por borrar sus huellas y buscó trabajo en otro barrio, concretamente en la imprenta Orlandi. Luego envió cartas al cardenal nepote, pidiéndole explicaciones y suplicándole que pusiera fin a las hostilidades. Si, por un lado, Ludovisi lo ignoró, por el otro los rufianes españoles siguieron dándole caza.

–Y entonces reaccionó como un animal asustado.

El inquisidor se apretó el pecho con suavidad, mientras se preguntaba si un puñado de nieve podría aliviar la quemazón de la herida.

–Desgraciadamente para Mesuraca –suspiró–, los matones que iban tras él no obedecían órdenes del cardenal Ludovisi.

El maestro frunció el ceño.

–¿De qué estáis hablando? ¿Y la carta que encontrasteis en la imprenta de Orlandi? ¿Y la emboscada en la *domus* del monte Oppio? ¿Todo eso no fue obra de Ludovisi?

–Enviar a la cita a un matón disfrazado de purpurado, con la esperanza de que Mesuraca lo tomara por Ludovisi, fue el único acto cruel que ordenó el cardenal. Fue una trampa urdida *in extremis*, tras la muerte de Rebiba y de Castellano. Por muy cierto que sea que su eminencia se sentía amenazado ya desde antes y se hubiera apresurado a poner a Castellano tras la pista de Mesuraca.

–Pero si obedecían órdenes de Ludovisi –intervino Ridolfi, retomando la cuestión–, ¿de dónde procedían aquellos matones?

–Es evidente, eminencia. De España.

–¿Por qué estáis tan seguro?

–Vayamos por partes –repuso el inquisidor–. Primero será mejor que sepáis cómo he resuelto el enigma de los dos coches de caballos.

–¿Qué coches de caballos?

–El del emblema de la paloma plateada y el de la corona.

El maestro de palacio estaba cada vez más perplejo.

–Bueno, el primero es del cardenal Palombara, pero... ¿el segundo?

–Si he identificado el segundo es gracias a mi querido Cagnolo –admitió Svampa, retomando el hilo–. La noche del 20 de diciembre lo siguió por orden mía, desde la posada de la Vacca, y el día después volvió a verlo junto al Campo Marzio. Fue él quien se fijó en el blasón bordado en las cortinillas de las portezuelas. Cuando me lo ha descrito mientras yo me dirigía al Casino dell’Aurora, hace apenas unas horas, me ha hecho un gran favor. Porque en Roma son realmente muy pocos los aristócratas que poseen el derecho de lucir sobre su escudo de armas la corona de los ducados españoles. Concretamente, recuerdo solo uno.

–¡Don Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá!

–El embajador de España, sí.

Ridolfi parecía casi indignado.

–¿Y qué tiene que ver su gracia?

Svampa le dedicó una sonrisa zorruna.

–La noche del 20 de diciembre –reveló– estaba en su carruaje con el matón

del rostro desfigurado que aquel mismo día había agredido a mi mesnadero. Uno de sus sicarios, sin duda. El mismo hombre al que Cagnolo se ha enfrentado esta noche para salvar la vida de su hija.

–Ah, sí, ya me han informado –dijo el prelado, al tiempo que se llevaba una mano a la sien–. Sor..., sor...

–Sor Matilde Alfieri.

–Eso. ¿Se encuentra bien?

El inquisidor asintió.

–Con vuestro permiso, ordenaré que la trasladen a un convento alejado de Roma, de manera que el padre no tema más por su seguridad.

–Concedido.

Llegados a aquel punto, Svampa hizo una pausa y contempló, a la luz de las antorchas, la mirada esquiva del maestro.

–Una curiosidad, eminencia –se aventuró–. ¿El hecho de que Alcalá haya recurrido a un sicario no os inquieta en absoluto?

No es precisamente eso lo que me inquieta, dio a entender Ridolfi con un gesto vago.

–Habladme del primer coche de caballos –se limitó a decir, en un tono ligeramente ansioso–. El de Palombara.

–El carruaje de la paloma plateada –murmuró Svampa, mientras recordaba la persecución en la que muy a su pesar había tomado parte y la posterior discusión. Aún le ardían las palabras del maestro–. Debéis saber –prosiguió– que, en estos días, el cardenal Palombara no ha utilizado únicamente ese carruaje, sino también el otro, distinguido con el escudo de armas del embajador español.

–¿Estáis absolutamente seguro?

–Absolutamente –respondió–. Cuando mi mesnadero se topó por segunda vez con el carruaje de Alcalá, espío a los dos pasajeros que habían descendido del vehículo y que, en ese momento, estaban tramando algo bajo un zaguán. Y, a su entender, ninguno de ellos tenía aspecto de noble madrileño. Eran dos religiosos, uno joven y el otro anciano. Sus nombres los supo más tarde de labios de su secuestrador, es decir, Mesuraca. Eran Ludovico Ludovisi e Ireneo Palombara.

–¡Eso es absurdo! –exclamó el maestro–. Ignoraba que esos dos se trataran.

–Ignorabais mucho más, creedme.

–Os creeré cuando me lo aclaréis mejor.

Extenuado por la fiebre cada vez más alta, el inquisidor se preparó para desvelar la parte más difícil del caso: la madriguera más profunda, aquella a la que solo había podido acceder en último lugar.

–Alcalá, Ludovisi y Palombara –dijo– comparten un interés común. Sobre todo, Alcalá y Ludovisi, en mi opinión.

–¿Y qué interés podría unir a hombres tan distintos?

–Mesuraca –respondió con serenidad–. Y el motivo es de lo más sencillo: entre las informaciones enviadas por el ministro del Santo Oficio de Nápoles, figura el nombre del jesuita madrileño asesinado por nuestro hombre durante su fuga de Castel dell’Ovo. Pues bien, se trata del padre Alfonso Enríquez de Ribera, primo hermano de su gracia el duque de Alcalá.

En la semioscuridad, los ojos entrecerrados de Ridolfi centellearon como la madreperla.

–El mismo –confirmó Svampa.

–¿Suponéis pues que don Fernando, tras albergar durante años el deseo de arrancarle el pellejo a Simone Mesuraca por el asesinato de su primo, lo persiguió por las calles de Roma?

–A través de sus matones, sí. Los mismos matones que buscaron a Mesuraca en el taller de Zannetti. Los mismos que le dieron una paliza al padre Carmelo, siciliano y actor, para luego comprender que se habían equivocado de hombre.

–¡Esperad un momento, hay un detalle que se me escapa! –lo interrumpió Ridolfi–. Vuestro razonamiento tiene lógica, pero presupone que Alcalá sabía de la presencia de Mesuraca en Roma. ¿Cómo podéis demostrarlo?

Fray Girolamo alzó las manos.

–Debió de saberlo por Ludovisi –se limitó a decir–. Entre aristócratas y eminencias que se intercambian los carruajes, supongo que también habrá momentos para intercambiar alguna que otra charla.

–Por tanto, el círculo se cierra –sentenció el maestro.

–Solo en lo relativo a Mesuraca –le recordó el inquisidor–. La venganza, los homicidios, las máscaras, los libelos libertinos, las citas de Campanella... Todo encaja. Excepto la presencia de Palombara.

El interés de Ridolfi se avivó de inmediato.

–¡Finalmente! –exclamó, en tono agresivo–. ¿Me lo queréis explicar?

–Si me lo permitís, lo haré exponiendo la hipótesis del padre Capiferro.

–De acuerdo.

–Pues bien, Ludovico Ludovisi es alquimista y rosacruz, lo mismo que Ireneo Palombara. Ello se deduce del interés por el libro persa de adivinación, por las citas sobre Isis encontradas en la carta dirigida a Mesuraca y también por los instrumentos que su eminencia oculta en el Casino dell’Aurora. Instrumentos que ha visto con sus propios ojos un servidor, además. Se trataría, sin embargo, y en el caso de que queramos dar crédito a las especulaciones de Capiferro, de una variante corrupta de la auténtica Fraternitas Rosae Crucis del otro lado de los Alpes, es decir, una instrumentalización de la alquimia y de las ciencias heréticas para alcanzar el poder y no la sabiduría. También Gabriele da Saluzzo participa, de uno u otro modo, en este juego de sombras. Por otro lado, no hay ninguna prueba concreta. Ningún testimonio digno de ser tenido en cuenta. Solo una *dubitatio licita* que no bastará para incriminar a esas tres figuras eminentes..., siempre y cuando el bueno de Orazio Piuma no esté dispuesto a retractarse.

–Orazio Piuma –meditó el maestro–. ¿Os referís al servita que ordenasteis encerrar en la cárcel de Tor di Nona?

–El autor del manuscrito de demonología, sí –respondió Svampa. Tras liberar a Manelfi, Vanini y compañía, Piuma era el único investigado al que se había preocupado de mantener entre rejas–. Creía haber reconocido en él al verdadero Faustus.

–¿Pero...?

–Pero resulta que no –se vio obligado a admitir, en un tono de ligera decepción–. Padre Capiferro asegura haberle arrancado la confesión de que, en realidad, Faustus sería otra persona: un alto prelado cuyo nombre Piuma oculta, por un pacto de lealtad y por miedo.

–¿Un rosacruz? –quiso asegurarse Ridolfi, mientras desplegaba una ávida sonrisa.

Fray Girolamo asintió.

–Ludovico Ludovisi.

–¿Su gracia el prefecto de la Signatura? ¿Él habría escrito el texto sobre

demonología sometido a la lectura de Pietro Rebiba?

El inquisidor le lanzó una mirada sarcástica.

–Depende de la confianza que depositéis en los castillos construidos en el aire.

–La misma que deposito en vuestras madrigueras subterráneas.

–Con la diferencia de que Capiferro no dispone de prueba alguna.

El maestro contuvo una imprecación.

–¿Ni siquiera una?

–Simone Mesuraca sabe algo, desde luego –sugirió Svampa–. La elección del nombre *Mercurio*, las alusiones que Ludovisi hace en su carta a ciertos secretos y el hecho de que el primer cadáver, el de Rebiba, fuera hallado no muy lejos de la entrada secreta al templo de Isis, constituyen la prueba.

Ridolfi soltó una amarga carcajada.

–Como siempre, hermano Girolamo, estáis más acostumbrado a observar la inmovilidad del pasado que el fluir de los recientes acontecimientos –dijo, al tiempo que se apartaba del parapeto para protegerse de una ráfaga de viento especialmente fría–. Simone Mesuraca ha muerto poco después de que ordenarais encerrarlo en una celda.

–Pero... –dijo Svampa, atónito–. ¡Le he disparado a un hombro!

–Ha muerto estrangulado –concretó el prelado.

Fray Girolamo lo observó con el respeto que se tributa a un honorable enemigo derrotado, pues sabía que había creado amplias zonas de oscuridad en el tablero que, desde hacía años, le quitaba el sueño al hombre de granito. Un tablero de holgazanes y conspiradores en el que él, ahora lo sabía, no había desempeñado el papel de simple peón, sino el de la reina. Un plenipotenciario móvil, honrado con el mandato de *commissarius*. Y, sin embargo, aún lo ofendía el hecho de haber sido manipulado sin la menor consideración.

–Queda Orazio Piuma –propuso, a modo de débil consuelo.

–En el caso de que Piuma decidiera retractarse –objetó Ridolfi, ya aniquilado–, parecerá que quiere echarle las culpas a otro. A algún intocable del Vaticano, por si eso fuera poco. Nadie lo creerá.

–En tal caso, dejadlo donde está –propuso Svampa, con un gesto de

despedida—. Tarde o temprano, las crecidas del Tíber se lo llevarán a él y a su estupidez.

—Queda por aclarar la posición que ocupa don Fernando —lo retuvo el maestro—. ¿Qué intereses se ocultan tras su relación con Ludovisi y Palombara? ¿Y por qué, sabiendo lo de Mesuraca, no recurrió a mí?

—Eso es asunto vuestro —respondió, en tono evasivo, el *commissarius*—. Yo he cumplido con mi deber.

Monseñor Ridolfi contuvo una respuesta airada y, tras unos momentos de reflexión, contempló de nuevo el cielo.

—Estáis vivo de milagro —susurró, a modo de advertencia—, ¿lo sabéis?

—¿Os referís a los tres encapuchados? —observó el inquisidor, que había recuperado su habitual frialdad.

—¿Habéis comprendido de quién se trata?

—Tengo mis sospechas —respondió, con vaguedad—. Y como vuestra eminencia sabe bien, yo nunca hago caso de las sospechas. Ni en lo que respecta a mis supuestos enemigos —dijo, observándolo de soslayo— ni menos aún en lo que a vos respecta.

Luego, casi como si quisiera desprenderse de su traje de *commissarius*, saludó con una elaborada reverencia y se retiró, protegiéndose así de la luz invernal que empezaba a propagarse desde el oeste. Sobre una ciudad enferma. Y sobre una Iglesia que no prometía la salvación, ni para sí misma ni para sus propios hijos.

*Rione Pigna, estrechamiento junto
a la iglesia de San Macuto*

Las volutas de humo se elevaban hacia el techo, acompañadas por el resplandor de la llama que iluminaba un ciclo de pinturas antiguas, ajenas al sentimiento cristiano. Durante un segundo, el padre Capiferro vio a los sacerdotes de Isis bailar entre las paredes de aquel templo subterráneo y, tratando de imaginar su mentalidad remota, sumergida en un mundo de símbolos y estrellas, los envidió. Nunca había leído libros en los que se atribuyera un alma a algún lugar y, sin embargo, en aquel momento percibía a su alrededor –casi como si estuvieran vivos allí a su lado– los misterios de Hermes, de Frigia y de Egipto. Y le parecían fascinantes.

No podía permitir, sin embargo, que todo aquello invadiera los cimientos mismos de la Iglesia.

Aquella enigmática libido amenazaba con envenenar la sangre de la Santa Iglesia Romana, igual que en el pasado habían hecho el agnosticismo y la herejía maniquea. Bien pensado, ya era un pecado encontrarse allí, sopesando la hipótesis de tomar en consideración los halagos. En detrimento de las verdades absolutas y los dogmas.

Así era como debía de haber empezado todo para Ludovico Ludovisi y Gabriele da Saluzzo. Empujados al oscuro antro del cardenal Palombara, habían contemplado un legado de antigua sabiduría y habían experimentado el mismo vértigo que en ese momento obligaba al secretario a apoyarse en las paredes y a aspirar con fuerza por el caño de su pipa para no vacilar ante la vanidad de conocer lo incognoscible.

Se retorció un bigote, mientras se preguntaba si habría sabido demostrar aquella misma prudencia ante un espacio ocupado no solo por pinturas, sino

también por libros, pergaminos e instrumentos. Un lugar como el gabinete alquímico de Ludovisi, por ejemplo.

Si no hubiera sido por la lealtad –¿o tal vez fuera amistad?– que le inspiraba Svampa, el padre Francesco se habría entregado de verdad a un examen bastante arriesgado para su intelecto, pasando por el tamiz cada uno de los extraños objetos del Casino dell’Aurora, deteniéndose en cada por qué y en cada cómo, hasta sopesar si era posible, e incluso lícito, cultivar la obra de la filosofía oculta. Sin ofender a Dios, naturalmente. O tal vez disgustándolo un poco.

Ah, beato san Agustín, que antes de convertirse al cristianismo había conocido las costumbres de paganos e incluso de magos, teúrgos y nigromantes. Qué fácil era resistirse a la tentación, pensó Capiferro, cuando se había saciado la sed de experiencias similares.

Mientras trataba de ahuyentar ese resentimiento, Capiferro mantuvo el quinqué en alto para examinar el espacio en que Cagnolo Alfieri había encontrado a los tres encapuchados que le habían ordenado asesinar a fray Girolamo Svampa. A pesar de que el mesnadero había hablado de una mesa y varios candelabros, el lugar estaba completamente vacío. Ningún indicio de que allí se hubiesen celebrado conciliábulos secretos.

Ninguna señal de que aquello fuese una madriguera de huidizos rosacruces.

Y, sin embargo, el secretario sabía que no se equivocaba.

Hasta el punto de que le parecía vislumbrar, en su propia mente, el rostro de los tres hombres misteriosos.

Palombara, Ludovisi, Saluzzo.

Dubitatio licita, se dijo.

Eso o la regla sencilla y ancestral de la sospecha, que guiaba a la Congregación del Santo Oficio desde hacía cuatro siglos. El instinto depredador acompañado de la herética presunción de que era el Espíritu Santo quien lo guiaba.

Y no la ignorancia.

El prejuicio.

El miedo.

Bajó la luz.

Y puesto que no había nada más que ver en la oscuridad, regresó a la superficie.

A una oscuridad mucho más densa.

Epílogo

Convento de Santa Maria sopra Minerva 22 de diciembre

El coche de caballos aguardaba bajo el sol de una mañana templada, mientras las campanas de San Pedro tocaban a fiesta para anunciar, por voluntad de Urbano VIII, la inminente apertura de la Puerta Santa. Svampa salió del convento apoyándose en el brazo de Cagnolo, dolorido aún pero satisfecho de haber resuelto el caso del capitán Spaventa. En el fondo de su corazón, se alegraba de alejarse de Roma antes de que la euforia de la Navidad y del jubileo exacerbaran su intolerancia hacia cualquier tipo de exceso y, en general, hacia toda la humanidad.

Había apoyado ya un pie en la escalerilla del coche de caballos, dispuesto a subir a bordo, cuando reparó en una presencia que lo impulsó a volverse. Se apartó entonces del mesnadero y, recuperando el orgullo, se irguió pese al dolor.

Gabriele da Saluzzo lo observaba a diez pasos de distancia, no muy lejos de la plaza situada ante el Panteón. Estaba arrebuñado en su hábito negro, con una mirada de rabia en los ojos rodeados de arrugas.

Fray Girolamo avanzó en su dirección para enfrentarse a él, pero se detuvo justo delante sin pronunciar palabra. Yo os odio, sí, y me sobran motivos, pensó al tiempo que apretaba los puños. Os odio por lo que nos hicisteis a mí y a mi padre. Os odio por las perversas razones que guían vuestros actos y que os convierten en un ser más aberrante aún que el mismo concepto del mal. Pero vos..., ¿vos por qué me odiáis?

Como si hubiese escuchado la pregunta, el anciano inquisidor torció los labios en un gesto de desprecio y escupió al suelo.

Svampa siguió observándolo, indiferente al insulto. Por mucho que su vida

hubiera estado marcada por el esfuerzo constante de disciplinar su rabia, en aquel preciso momento, cuando se hallaba ante su enemigo, se imponía la curiosidad.

De repente, sin embargo, comprendió que se hallaba frente a un universo tan distinto a él que le resultaba incognoscible.

Así, se encogió de hombros y, del mismo modo que había llegado hasta allí, volvió sobre sus pasos. Y, mientras tanto, iba reflexionando acerca de cómo y cuándo pondría en marcha su propia venganza.

Observó a Saluzzo por última vez. Finalmente, mientras subía al coche de caballos, dirigió la mirada hacia Santa Maria sopra Minerva. Luego pensó en Capiferro y en su pipa de marinero y permitió que una fugaz sonrisa le cruzara el rostro.

Por último, cerró los párpados. El restallido de las riendas lo transportó a un mundo lejano, un mundo en el que el agua fluía por un laberinto de canales y un niño jugaba en el taller de su padre.

Nota del autor

Hay novelas que se escriben de un tirón y otras que, antes de pasar al papel, han de madurar. Esta la he llevado dentro durante muchísimo tiempo, como si fuera una especie de galanteo que poco a poco me ha ayudado a irle cogiendo confianza a fray Girolamo Svampa. En cuanto el inquisidor dio señales de querer salir de entre las sombras, me puse en marcha para buscarle un trasfondo histórico que se adaptara a sus necesidades.

Marcado por la Guerra de los Treinta Años, por un arte impregnado de una sensibilidad macabra y de una religiosidad enfocada a lo trágico, el Siglo de Hierro suele definirse como un periodo de crisis. Si por un lado la afirmación es correcta, por el otro resulta quizá demasiado banal. El siglo xvii se caracterizó –y eso sí es cierto– por un estancamiento económico que, sin embargo, no afectó de igual modo a toda Europa. Si Inglaterra consiguió salir adelante, España e Italia (el sur, sobre todo), quedaron irremediabilmente afectadas. En el periodo que va de 1619 a 1623, mientras Milán acusaba una dura crisis monetaria, Venecia, Génova y Florencia sufrían una disminución en el comercio. Por no hablar de la caída demográfica, del fenómeno de la refeudalización, de las controversias religiosas y de las diversas epidemias de peste que se extendieron por el sur.

Habría que preguntarse si la crisis socioeconómica del siglo xvii llevó también a una crisis de pensamiento. Si bien algunos estudiosos equiparan ese periodo a un desierto sobre el cual se alzaron «gigantes» como Galileo, Pascal y Francisco de Sales, no hay que perder de vista la agitación que caracteriza una época tan compleja. Una época estratificada, para entendernos. Hay que pensar, ante todo, en el espíritu sutil que impregna el lenguaje de la poesía y el teatro, en la música y en las disputas político-teológicas de repercusiones europeas, orquestada por preladados del calibre de Roberto Bellarmino, Cesare Baronio y Richelieu. Si la literatura surgida de las lenguas romance goza por fin de un respiro «internacional», la pintura y la

arquitectura italianas ejercen una influencia mucho más amplia que en el siglo XVI. Bernini representa el ejemplo clásico, junto a la fachada de la iglesia de Santa Susanna Maderno en Roma (1603), considerada la primera expresión típica del espíritu barroco.

Luego están las artes tipográficas.

Escribir un *thriller* histórico dedicado a los impresores romanos del siglo XVII ha sido todo un reto, pero no quise privarme del placer de describir un mundo que recoge, elaborándolo, el legado de los miniaturistas medievales. Para familiarizarme con las distintas dinastías de impresores, técnicas de prensado y las infinitas variedades de letras capitulares, he recurrido a una amplísima bibliografía. De entre todos esos libros, destacan los ensayos de Franca Petrucci Nardelli, gracias a la cual he profundizado en las relaciones entre las familias Zannetti, Facciotto, Manelfo Manelfi y otros tipógrafos, prensistas y grabadores que aparecen en esta historia. Situarlos en una realidad compleja y vivaz como la Roma posterior al Concilio de Trento, que en la época contaba con unas ciento treinta librerías repartidas en los distintos *rioni*, ha sido una cruz y un auténtico placer al mismo tiempo.

Igualmente documentadas están las figuras de Nicola Ridolfi, Berlinghiero Gessi, Scipione Cobelluzzi, Ludovico Ludovisi, Fernando Afán de Ribera y Gabriele da Saluzzo. Todos ellos, situados en los cargos que realmente ocuparon durante el primer cuarto del siglo XVII, me suscitaron profundas reflexiones ya durante la fase de documentación. Ninguno de ellos, sin embargo, me suscitó tantas como Francesco Capiferro (su nombre completo era Francesco Capiferro Maddaleni), que entre 1615 y 1627 ocupó el cargo de secretario de la Congregación del Índice, para luego convertirse en prior de Santa Maria sopra Minerva y, en 1628, prior en la provincia romana de la orden de santo Domingo. Con él he jugado bastante y espero que no me lo tenga en cuenta. No he podido resistirme a la tentación de atribuirle algunos rasgos dignos del coprotagonista de una novela de género inspirada, entre otras cosas, en mi amor por Sherlock Holmes. Por lo demás, las pipas y el tabaco no eran nada extraño en la Roma del XVII, sobre todo en el ámbito religioso, si se tiene en cuenta que el pontífice prohibió su uso a los sacerdotes durante las celebraciones jubilares de 1625.

Ateniéndome al espíritu de la época, he querido infundirle al padre

Capiferro el hastío y la frustración que sin duda caracterizaron, en gran parte de Italia, a la época de censura inmediatamente posterior a la persecución de libros del siglo XVI. Para hacernos una idea, basta echar un vistazo al intercambio de correspondencia que tuvo lugar en 1619 entre el erudito Nicolas-Claude Fabri de Peiresc y el secretario cardenalicio Girolamo Aleandro: «En esta ciudad [Roma] nadie tiene intención de imprimir nada nuevo por la rígida censura de los que están arriba». Más aún: «En estos lares, no es costumbre imprimir libros curiosos; es más, el negocio se está reduciendo tanto que pronto nos limitaremos a imprimir misales y breviarios» (*Correspondance de Peiresc et Aleandro*, edición comentada de Jean-François Lhote y Danielle Joyal, Clermont-Ferrand, 1995).

Sin embargo, tampoco es que la gente se muriera de aburrimiento en las calles de Roma. Si ladrones y mendigos estaban organizados en auténticos gremios, los esbirros, que sumaban más de trescientos, se repartían en nueve estaciones que dependían del palacio de Parione. En lo alto de esta pirámide, dirigía las operaciones policiales un gobernador facultado para proceder contra homicidios, bandoleros y delitos de sangre, y con jurisdicción tanto en el ámbito laico como en el eclesiástico. Con la ayuda de dos lugartenientes, decenas de caporales y notarios, ejercía la supremacía sobre los otros tribunales municipales (entre ellos, el Santo Oficio, el Senador de Roma, el Auditor Camerae y el tribunal de las buenas costumbres) y controlaba también las cárceles. De ese modo, se creaba un inmenso –e incómodo, a mi entender– conflicto de poderes.

Ha llegado, finalmente, el momento de aclarar la figura del *commissarius*. No me resultó nada fácil trazar el perfil de un investigador que se desvinculase de las jerarquías cardenalicias de la Inquisición romana, y el motivo es que me encontraba en un territorio un tanto olvidado por los estudiosos. Así, gracias a Elena Brambilla (*Alle origini del Sant'Uffizio*, Il Mulino, Bolonia, 2000), que me ofreció la ocasión de investigar sobre esos «plenipotenciarios móviles» tan particulares –expresión que debo agradecerle al querido Severino Cesari–, conocidos como comisarios extraordinarios capacitados para saltarse las jerarquías, ya fueran jueces ordinarios o conventuales. Introducidos por los papas en la segunda mitad del siglo XV, su

autoridad estaba por encima de la de obispos y de los más comunes inquisidores delegados. Después de Pío V, aquella época tocó a su fin.

En cuanto a los métodos de investigación de Svampa, me basé en santo Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*, II, II, q. 60, a. III), según el cual la sospecha no es más que un conocimiento incierto del pecado («*suspicio enim videtur esse opinio incerta de aliquo malo*») desde el momento en que «*de singularibus contingentibus non potest haberi opinio nisi incerta*». Más escuetamente, el consultor parmesano Francesco Bordoni (*Sacrum Tribunal iudicum in causis sanctae fidei contra haereseos et de haereticis suspectos*, Parma, 1648) afirma: «*Suspicio non est cognitio certa sed dubitatio incerta*». Estas encomiables afirmaciones, lógicamente, chocan con un sistema de investigación inquisitorial vigente durante casi cuatrocientos años y legitimado en un clima de Contrarreforma por la bula *Licet ab initio* de Pablo III con ocasión de la constitución de la Inquisición romana, es decir, la Congregación del Santo Oficio.

En lo que respecta a la supuesta secta de los rosacruces, se podría escribir mucho, pero no pretendo restar valor a la fascinación que ejerce lo oculto haciendo gala aquí de un montón de conocimientos. Diré únicamente que me dejé inspirar por la leyenda del círculo rosacruz (o tal vez de magia negra o de alquimia) fundado en Roma a mediados del xvii por el marqués Massimo Palombara. Nombre que, por otro lado, me indujo a fantasear con la posibilidad de un misterioso –e improbable– predecesor, el cardenal Ireneo Palombara.

Ya para terminar, y dejando a un lado los delitos y las obsesiones de Svampa, nos queda Roma. He descrito los *rioni*, calles, palacios y ruinas basándome en la cartografía de la época, en la investigación histórica y en una buena dosis de inventiva. Además de los edificios visibles «en superficie», muchos de los cuales se han conservado casi intactos, existieron –y siguen existiendo aún– el templo de Isis y la *domus* del monte Oppio, conocida hoy en día como la *domus aurea* de Nerón. Lo mismo he de decir acerca de todos los talleres, tipografías y librerías visitadas por el inquisidor *commissarius*.

Y todo ello, en resumen, para crear una dimensión narrativa que pudiese servir de marco a intrigas, duelos y polémicas verbales, del mismo modo que

París lo fue para Cyrano de Bergerac, D'Artagnan y Vidocq. Y, solo a título informativo, la *via Alessandrina* que se cita en la novela no se corresponde con la actual. Se trata de una calle empedrada por orden del papa Alejandro VI en el año 1500, llamada poco después Recta e Borgo Nuovo. Como recuerda el erudito Gaetano Moroni (*Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, vol. 88) discurría «*a Castro Sancti Angeli ad Plateam Sancti Petri principis apostolorum*».

Me queda solo una última cuestión: la nieve en Roma. Entre el siglo xv y el xix, toda Europa hasta el centro de Italia, atravesó un periodo caracterizado por un clima excepcionalmente duro, que los historiadores llaman «pequeña Edad de Hielo». Por tanto, y si bien no puedo asegurar que durante el invierno de 1624 nevara en Roma, tal fenómeno tampoco hubiera resultado insólito.

Agradecimientos

Gracias a Francesco Colombo y a Paolo Repetti por haberme buscado y por haberme encontrado preparado para escribir esta novela. Gracias a Severino Cesari por su extraordinaria humanidad e inteligencia. Y al equipo de Einaudi por su profesionalidad y colaboración.

Gracias a mi agente, Roberta Oliva.

Gracias a mi esposa, Giorgia, por haber leído y comprendido antes que los demás. Y a mi madre Rosaura por su trabajo como correctora.

Gracias, finalmente, a esos diablillos que corretean por mi jardín. Al más dulce y desafortunado de ellos lo perdimos durante la redacción de esta novela y dejó tras él un vacío que nunca podremos llenar.

Notas al texto

La cita de la página 9 procede de Pablo III, *Licet ab initio*, 21 de julio de 1542 (*Bullarium Romanum*, VI, Augustae Taurinorum 1860, pp. 344-6).

La cita de la página 9 procede de Cyrano de Bergerac, *Contre un Jésuite assassin et médisant*, de *Oeuvres diverses*, Librairie Garnier, París, 1933, p. 121.

La cita de la página 214 es de Tomás Campanella, soneto sobre el Padre nuestro en *Opere*, edición de A. Guzzo y R. Amerio, Ricciardi, Milán-Nápoles, 1956, p. 850.

La cita de la página 319 procede de Agustín de Hipona, *De civitate Dei contra paganos*, II, 20, extraído de J. P. Migne, *Patrologia Latina*, vol. 41 (1864), col. 65.

Notas

* *Canna*: antigua unidad de medida italiana. Su valor variaba según la localidad, pero en Roma, la *canna architectonica* equivalía a 2,234 metros, por lo que la Torre de los Vientos tendría aproximadamente 74 metros de altura. (N. de la T.)

* Literalmente, *Diálogo en el cual se razona sobre la forma de aumentar y conservar la memoria*, obra de Lodovico Dolce no traducida al español. (N. de la T.)

* Nomenclatura referente al tamaño de los caracteres utilizados. (N. de la T.)

* En español en el original. (N. de la T.)

* Así se llamaba, en la Roma del siglo xvii, a los cortabolsas o rateros. (N. del A.)

* Así se llamaba antiguamente a lo que hoy es la *piazza* del Teatro de Roma por el mercado de volatería (*pollame*, en italiano) que allí tenía lugar desde el siglo xv. (N. de la T.)

* Nombre latino de la garduña o comadreja. (N. del A.)

* En español en el original. (N. de la T.)

* Palacete del siglo xvi y antigua residencia del tesorero pontificio Cecchino del Nero, perteneciente al complejo de la villa romana Ludovisi (anteriormente Orsini). El nombre deriva del fresco del carro de Aurora que en 1621 pintara Guercino. (N. del A.)

* Un cardenal nepote es un cardenal promovido por un papa que es su tío (en italiano, *nepote* significa «sobrino») o, de un modo más general, su pariente. (N. de la T.)

Título original: Il marchio dell'inquisitore

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2016, Marcello Simoni

© de la traducción, 2018 de Montse Triviño González

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-26-5

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Créditos